

Lucy Maud Montgomery

Ana De Las
Tejas Verdes



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ANA DE LAS TEJAS VERDES

LUCY MAUD MONTGOMERY

**PUBLICADO: 1908
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| <u>CAPÍTULO I: LA SRA. RACHEL LYNDE SE SORPRENDE</u> | 2 |
| <u>CAPÍTULO II: MATTHEW CUTHBERT SE SORPRENDE</u> | 8 |
| <u>CAPÍTULO III: MARILLA CUTHBERT SE SORPRENDE</u> | 18 |
| <u>CAPÍTULO IV: MAÑANA EN GREEN GABLES</u> | 24 |
| <u>CAPÍTULO V: LA HISTORIA DE ANA</u> | 29 |
| <u>CAPÍTULO VI: MARILLA SE DECIDE</u> | 33 |
| <u>CAPÍTULO VII: Ana REZA SUS ORACIONES</u> | 37 |
| <u>CAPÍTULO VIII: COMIENZA LA EDUCACIÓN DE ANA</u> | 40 |
| <u>CAPÍTULO IX: LA SRA. RACHEL LYNDE ESTÁ MUY HORRORIZADA</u> | 46 |
| <u>CAPÍTULO X: LA DISCULPA DE ANA</u> | 51 |
| <u>CAPÍTULO XI: IMPRESIONES DE Ana SOBRE LA ESCUELA DOMINICAL</u> | 56 |
| <u>CAPÍTULO XII: UN VOTO Y UNA PROMESA SOLEMNES</u> | 60 |
| <u>CAPÍTULO XIII: LAS DELICIAS DE LA ANTICIPACIÓN</u> | 65 |
| <u>CAPÍTULO XIV: LA CONFESIÓN DE Ana</u> | 69 |
| <u>CAPÍTULO XV: UNA TEMPESTAD EN LA TETERA DE LA ESCUELA</u> | 76 |

| | |
|--|-----|
| <u>CAPÍTULO XVI: DIANA ES INVITADA A TOMAR EL TÉ CON TRÁGICOS RESULTADOS</u> | 95 |
| <u>CAPÍTULO XVII: UN NUEVO INTERÉS POR LA VIDA</u> | 103 |
| <u>CAPÍTULO XVIII: Ana AL RESCATE</u> | 108 |
| <u>CAPÍTULO XIX: UN CONCIERTO, UNA CATÁSTROFE Y UNA CONFESIÓN</u> | 115 |
| <u>CAPÍTULO XX: UNA BUENA IMAGINACIÓN QUE SALE MAL</u> | 124 |
| <u>CAPÍTULO XXI: UNA NUEVA PARTIDA EN SABORES</u> | 129 |
| <u>CAPÍTULO XXII: Ana INVITADA A TOMAR EL TÉ</u> | 136 |
| <u>CAPÍTULO XXIII: Ana SUFRE EN UN ASUNTO DE HONOR</u> | 139 |
| <u>CAPÍTULO XXIV: LA SEÑORITA STACY Y SUS ALUMNAS PREPARAN UN CONCIERTO</u> | 144 |
| <u>CAPÍTULO XXV: MATTHEW INSISTE EN LAS MANGAS ABULLONADAS</u> | 147 |
| <u>CAPÍTULO XXVI: SE FORMA EL CLUB DE CUENTOS</u> | 154 |
| <u>CAPÍTULO XXVII: VANIDAD Y VEJACIÓN DE ESPÍRITU</u> | 159 |
| <u>CAPÍTULO XXVIII: UNA DESAFORTUNADA DONCELLA DE LI-RIO</u> | 164 |
| <u>CAPÍTULO XXIX: UNA ÉPOCA EN LA VIDA DE ANA</u> | 170 |
| <u>CAPÍTULO XXX: SE ORGANIZA LA CLASE DE LA REINA</u> | 176 |
| <u>CAPÍTULO XXXI: DONDE SE UNEN EL ARROYO Y EL RÍO</u> | 183 |
| <u>CAPÍTULO XXXII: LA LISTA DE APROBADOS</u> | 188 |
| <u>CAPÍTULO XXXIII: EL CONCIERTO DEL HOTEL</u> | 194 |
| <u>CAPÍTULO XXXIV: LA HIJA DE LA REINA</u> | 201 |
| <u>CAPÍTULO XXXV: EL INVIERNO EN QUEEN'S</u> | 206 |
| <u>CAPÍTULO XXXVI: LA GLORIA Y EL SUEÑO</u> | 209 |

CAPÍTULO I: LA SRA. RACHEL LYNDE SE SORPRENDE

Mrs. Rachel Lynde vivía justo donde el camino principal de Avonlea se adentraba en una pequeña hondonada, bordeada de alisos y alhelíes y atravesada por un arroyo que nacía en los bosques de la antigua casa de Cuthbert; Tenía fama de ser un arroyo intrincado y precipitado en su primer recorrido por aquellos bosques, con oscuros secretos de pozas y cascadas; pero cuando llegó a Lynde's Hollow era un arroyuelo tranquilo y bien dirigido, pues ni siquiera un arroyo podía pasar por delante de la puerta de Mrs. Rachel Lynde sin la debida consideración por la decencia y el decoro; probablemente era consciente de que la señora Rachel estaba sentada en su ventana, vigilando atentamente todo lo que pasaba, desde los arroyos hasta los niños, y que si notaba algo extraño o fuera de lugar no descansaría hasta haber averiguado los porqués.

Hay muchas personas, en Avonlea y fuera de ella, que pueden ocuparse de los asuntos de sus vecinos a fuerza de descuidar los suyos propios; pero la señora Rachel Lynde era una de esas criaturas capaces que pueden ocuparse de sus propios asuntos y de los de otras personas. Era una notable ama de casa; su trabajo siempre estaba hecho y bien hecho; "dirigía" el Círculo de Costura, ayudaba a dirigir la escuela dominical y era el mayor apoyo de la Sociedad de Ayuda a la Iglesia y de la Auxiliar de Misiones Extranjeras.

Sin embargo, con todo esto, la señora Rachel encontraba tiempo de sobra para sentarse durante horas junto a la ventana de su cocina, tejiendo colchas de "urdimbre de algodón" -había tejido dieciséis, como solían contar las amas de casa de Avonlea con voz asombrada- y vigilando atentamente la carretera principal que cruzaba la hondonada y ascendía por la empinada colina roja que había más allá. Puesto que Avonlea ocupaba una pequeña península triangular que se adentraba en el golfo de San Lorenzo, con agua a ambos lados, cualquiera que saliera de ella o entrara en ella tenía que pasar por el camino de la colina y así sortear el guante invisible del ojo que todo lo veía de la señora Rachel.

Estaba sentada allí una tarde de principios de junio. El sol entraba por la ventana, cálido y brillante; el huerto, en la ladera bajo la casa, estaba en un florecimiento nupcial de color blanco rosado, zumbado por una miríada de abejas. Thomas Lynde -un hombrecillo manso al que los habitantes de Avonlea llamaban "el marido de Rachel Lynde"- estaba sembrando sus nabos tardíos en el campo de la colina, más allá del granero; y Matthew Cuthbert debería haber estado sembrando los suyos en el gran campo del arroyo rojo, junto a Tejas Verdes. La señora Rachel lo sabía porque la noche anterior le había oído decir a Peter Morrison en la tienda de William J. Blair, en Carmody, que tenía intención de sembrar sus nabos al día siguiente por la tarde. Peter le había preguntado, por supuesto, ya que Matthew Cuthbert nunca había dado información voluntaria sobre nada en toda su vida.

Y, sin embargo, allí estaba Matthew Cuthbert, a las tres y media de la tarde de un día ajetreado, conduciendo plácidamente por la hondonada y subiendo la colina; además, llevaba un cuello blanco y su mejor traje, prueba evidente de que salía de Avonlea; y tenía la calesa y la yegua alazana, lo que indicaba que se dirigía a una distancia considerable. Ahora bien, ¿adónde iba Matthew Cuthbert y por qué iba allí?

Si hubiera sido cualquier otro hombre de Avonlea, la señora Rachel, uniendo hábilmente esto y aquello, podría haber dado una buena respuesta a ambas preguntas. Pero Matthew salía tan raramente de casa que debía ser algo apremiante e inusual lo que le llevaba; era el hombre más tímido del mundo y odiaba tener que ir entre extraños o a cualquier lugar donde pudiera tener que hablar. Matthew, vestido con cuello blanco y conduciendo una calesa, era algo que no ocurría a menudo. La Sra. Rachel, por más que pon-

deró, no pudo hacer nada al respecto y su tarde de diversión se echó a perder.

"Iré a Tejas Verdes después del té y le preguntaré a Marilla adónde ha ido y por qué", concluyó finalmente la digna mujer. "Generalmente no va al pueblo en esta época del año y nunca va de visita; si se le hubiera acabado la semilla de nabo no se vestiría y cogería la calesa para ir a por más; no conducía lo bastante deprisa como para ir a buscar a un médico. Sin embargo, algo debe haber sucedido desde anoche para que se pusiera en marcha. Estoy totalmente desconcertada, eso es lo que pasa, y no tendré ni un minuto de paz mental o de conciencia hasta que sepa qué se ha llevado hoy a Matthew Cuthbert fuera de Avonlea".

En consecuencia, después del té, la señora Rachel se puso en camino; no tenía que ir muy lejos; la casa grande, rampante y llena de huertos donde vivían los Cuthbert estaba a apenas un cuarto de milla de Lynde's Hollow. Sin duda, el largo sendero lo hacía bastante más lejos. El padre de Matthew Cuthbert, tan tímido y silencioso como su hijo después de él, se había alejado todo lo posible de sus semejantes sin retirarse realmente a los bosques cuando fundó su granja. Tejas Verdes se construyó en el extremo más alejado de su terreno despejado y allí permanecía hasta el día de hoy, apenas visible desde la carretera principal a lo largo de la cual todas las demás casas de Avonlea estaban tan sociablemente situadas. La señora Rachel Lynde no llamaba en absoluto vivir a vivir en un lugar así.

"Sólo es quedarse, eso es lo que es", dijo mientras caminaba por el profundo sendero de hierba bordeado de rosales silvestres. "No es de extrañar que Matthew y Marilla estén un poco raros, viviendo aquí solos. Los árboles no son una gran compañía, aunque si lo fueran habría suficientes. Preferiría mirar a la gente. Parecen contentos, pero supongo que están acostumbrados. Un cuerpo puede acostumbrarse a cualquier cosa, incluso a ser ahorcado, como dijo el irlandés".

Con estas palabras, la señora Rachel salió del camino y entró en el patio trasero de Tejas Verdes. Aquel patio era muy verde, pulcro y preciso, rodeado por un lado de grandes sauces patriarcales y por el otro de primorosos lombardos. No se veía ni un palo ni una piedra sueltos, pues la señora Rachel los habría visto si los hubiera habido. En privado opinaba que Marilla Cuthbert barría aquel patio tan a menudo como barría su casa. Se podría ha-

ber comido una comida del suelo sin rebosar el proverbial picotazo de suciedad.

La señora Rachel llamó a la puerta de la cocina y entró cuando se lo pidieron. La cocina de Tejas Verdes era un apartamento alegre, o habría sido alegre si no hubiera estado tan penosamente limpia como para darle el aspecto de un salón en desuso. Sus ventanas daban al este y al oeste; por la del oeste, que daba al patio trasero, entraba un torrente de suave luz solar de junio; pero la del este, desde la que se divisaban los cerezos blancos en flor del huerto de la izquierda y los esbeltos abedules que cabeceaban en la hondonada junto al arroyo, estaba cubierta por una maraña de enredaderas. Allí estaba sentada Marilla Cuthbert, cuando se sentaba, siempre un poco recelosa de la luz del sol, que le parecía algo demasiado danzante e irresponsable para un mundo que debía tomarse en serio; y allí estaba sentada ahora, tejiendo, y la mesa detrás de ella estaba preparada para la cena.

La señora Rachel, antes de cerrar la puerta, había tomado nota mental de todo lo que había en la mesa. Había tres platos, de modo que Marilla debía de estar esperando a alguien en casa con Matthew para tomar el té; pero los platos eran cotidianos y sólo había confituras de cangrejo y manzana y un tipo de pastel, de modo que la compañía esperada no podía ser ninguna en particular. ¿Y qué decir del cuello blanco de Matthew y de la yegua alazana? La señora Rachel se estaba mareando bastante con este insólito misterio sobre la tranquila y poco misteriosa Tejas Verdes.

"Buenas noches, Rachel", dijo Marilla enérgicamente. "Hace una noche estupenda, ¿verdad? ¿Quieres sentarte? ¿Cómo están tus padres?"

Algo que, a falta de otro nombre, podría llamarse amistad, existía y siempre había existido entre Marilla Cuthbert y la señora Rachel, a pesar de -o tal vez debido a- su diferencia.

Marilla era una mujer alta y delgada, con ángulos y sin curvas; su cabello oscuro mostraba algunas mechaz grises y siempre estaba recogido en un pequeño nudo duro por detrás con dos horquillas de alambre clavadas agresivamente a través de él. Parecía una mujer de experiencia estrecha y conciencia rígida, que lo era; pero había algo salvador en su boca que, si se hubiera desarrollado ligeramente, podría haberse considerado indicativo de sentido del humor.

"Todos estamos bastante bien", dijo la señora Rachel. "Sin embargo, temía que no lo estuvierais cuando vi a Matthew salir hoy. Pensé que tal vez iba al médico".

Los labios de Marilla se movieron comprensivamente. Había esperado que la Sra. Rachel se levantara; sabía que ver a Matthew alejarse tan inexplicablemente sería demasiado para la curiosidad de su vecina.

"Oh, no, estoy bastante bien aunque ayer tuve un fuerte dolor de cabeza", dijo. "Matthew fue a Bright River. Vamos a traer a un niño de un asilo de huérfanos de Nueva Escocia y vendrá en el tren esta noche."

Si Marilla hubiera dicho que Matthew había ido a Bright River a encontrarse con un canguro de Australia, la señora Rachel no podría haberse quedado más asombrada. Se quedó muda durante cinco segundos. Era inimaginable que Marilla se estuviera burlando de ella, pero la señora Rachel se vio casi obligada a suponerlo.

"¿Hablas en serio, Marilla?", preguntó cuando recobró la voz.

"Sí, por supuesto", dijo Marilla, como si traer chicos de los asilos de huérfanos de Nueva Escocia formara parte del trabajo habitual de primavera en cualquier granja Avonlea bien regulada en lugar de ser una innovación inaudita.

La señora Rachel sintió que había recibido una fuerte sacudida mental. Pensó en signos de exclamación. ¡Un niño! Precisamente Marilla y Matthew Cuthbert adoptando a un niño. De un asilo de huérfanos. El mundo estaba patas arriba. ¡No se sorprendería de nada después de esto! ¡De nada!

"¿Qué demonios te ha metido semejante idea en la cabeza?", preguntó con desaprobación.

Aquello se había hecho sin pedirle consejo, y por fuerza debía ser desaprobado.

"Bueno, hemos estado pensando en ello durante algún tiempo, todo el invierno de hecho", respondió Marilla. "La señora Alexander Spencer estuvo aquí un día antes de Navidad y dijo que iba a traer a una niña del asilo de Hopetown en primavera. Su prima vive allí y la señora Spencer la ha visitado y lo sabe todo. Así que Matthew y yo lo hemos hablado de vez en cuando desde entonces. Pensamos en tener un niño. Matthew se está haciendo

mayor, ya sabes, tiene sesenta años, y ya no es tan ágil como antes. Su corazón le da muchos problemas. Y ya sabes lo difícil que tiene que ser conseguir ayuda contratada. No hay nadie más que esos francesitos estúpidos y medio crecidos, y en cuanto consigues que uno se familiarice con tus costumbres y aprenda algo, se marcha a las conserveras de langosta o a Estados Unidos. Al principio Matthew me sugirió un chico Barnado. Pero le dije que no. Pueden estar bien -no digo que no lo estén-, pero para mí nada de árabes de las calles de Londres', dije. Dame un nativo al menos. Habrá un riesgo, no importa quién nos toque. Pero me sentiré más tranquilo y dormiré más tranquilo por las noches si conseguimos un canadiense de nacimiento". Así que al final decidimos pedirle a la Sra. Spencer que nos eligiera uno cuando fuera a buscar a su hijita. La semana pasada nos enteramos de que iba a ir, así que le enviamos un mensaje a través de los amigos de Richard Spencer en Carmody para que nos trajera un niño inteligente y probable de unos diez u once años. Decidimos que ésa sería la mejor edad, lo bastante mayor para ser útil en las tareas domésticas y lo bastante joven para ser educado adecuadamente. Queremos darle un buen hogar y una buena educación. Hoy recibimos un telegrama de la señora Alexander Spencer -el cartero lo trajo de la estación- diciendo que venían en el tren de las cinco y media de la noche. Así que Matthew fue a Bright River a recibirlo. La Sra. Spencer lo dejará allí. Por supuesto, ella misma va a la estación de White Sands".

La señora Rachel se enorgullecía de decir siempre lo que pensaba; procedió a decirlo ahora, habiendo ajustado su actitud mental a esta sorprendente noticia.

"Bueno, Marilla, te diré sin rodeos que creo que estás haciendo una cosa muy tonta, una cosa arriesgada, eso es lo que pasa. No sabes lo que te espera. Estás trayendo a un niño extraño a tu casa y no sabes nada de él, ni cómo es su carácter, ni qué clase de padres tuvo, ni cómo puede llegar a ser. La semana pasada leí en el periódico que un hombre y su esposa, al oeste de la isla, sacaron a un niño de un asilo de huérfanos y él prendió fuego a la casa por la noche -lo hizo a propósito, Marilla- y casi los quema en sus camas. Y conozco otro caso en el que un niño adoptado solía chupar los huevos; no pudieron librarlo de ello. Si me hubieras pedido consejo al respecto -cosa que no hiciste, Marilla-, te habría dicho que, por piedad, no pensaras en semejante cosa".

El consuelo de Job no pareció ofender ni alarmar a Marilla. Siguió tejiendo con firmeza.

"No niego que hay algo en lo que dices, Rachel. Yo también he tenido algunos reparos. Pero Matthew estaba muy empeñado en ello. Me di cuenta y cedí. Es tan raro que Matthew se proponga algo que cuando lo hace siempre siento que es mi deber ceder. Y en cuanto al riesgo, hay riesgos en casi todo lo que uno hace en este mundo. Hay riesgos en que la gente tenga sus propios hijos, si llega el caso; no siempre salen bien. Además, Nueva Escocia está muy cerca de la isla. No es como si lo trajéramos de Inglaterra o Estados Unidos. No puede ser muy diferente de nosotros".

"Bueno, espero que salga bien", dijo la señora Rachel en un tono que indicaba claramente sus dolorosas dudas. "No diga que no se lo advertí si quema Tejas Verdes o pone estricnina en el pozo; oí de un caso en New Brunswick en el que un niño huérfano de un asilo hizo eso y toda la familia murió en espantosas agonías. Sólo que en ese caso era una niña".

"Bueno, no vamos a tener una niña", dijo Marilla, como si envenenar pozos fuera un logro puramente femenino y no debiera temerse en el caso de un niño. "Jamás se me ocurriría criar a una niña. Me asombra que la señora Alexander Spencer lo haga. Pero allí, ella no se encogería de adoptar un asilo de huérfanos entero si lo tomara en su cabeza."

A la señora Rachel le hubiera gustado quedarse hasta que Matthew volviera a casa con su huérfana importada. Pero pensando que pasarían al menos dos horas antes de su llegada, decidió ir a casa de Robert Bell y darles la noticia. Sin duda causaría sensación, y a la señora Rachel le encantaba causar sensación. Así que se marchó, en cierto modo para alivio de Marilla, pues ésta sentía que sus dudas y temores revivían bajo la influencia del pesimismo de la señora Rachel.

"¡Vaya, de todas las cosas que han sido o serán!" exclamó la señora Rachel cuando estuvo a salvo en el sendero. "Realmente parece que debo estar soñando. Bueno, lo siento por esa pobre joven y no me equivoco. Matthew y Marilla no saben nada de niños y esperarán que sea más sabio y firme que su propio abuelo, si es que alguna vez tuvo abuelo, lo cual es dudoso. De algún modo resulta extraño pensar en un niño en Tejas Verdes; nunca ha habido ninguno allí, porque Matthew y Marilla ya eran mayores cuando se construyó la nueva casa... si es que alguna vez fueron niños, lo cual es difí-

cil de creer cuando uno los mira. Yo no me pondría en el lugar de ese huérfano por nada del mundo. Vaya, pero qué lástima me da".

Así dijo la señora Rachel a los rosales silvestres desde la plenitud de su corazón; pero si hubiera podido ver al niño que esperaba pacientemente en la estación de Bright River en aquel mismo momento, su compasión habría sido aún más profunda.

CAPÍTULO II: MATTHEW CUTHBERT SE SORPRENDE

Matthew Cuthbert y la yegua alazana trotaron cómodamente las ocho millas hasta Bright River. Era un camino muy bonito, que discurría entre granjas acogedoras, de vez en cuando con un poco de bosque de abetos balsámicos para atravesar o una hondonada donde los ciruelos silvestres colgaban su floración vaporosa. El aire era dulce con el aliento de muchos huertos de manzanos y los prados se inclinaban en la distancia hacia nieblas de horizonte perla y púrpura; mientras que

"Los pajarillos cantaban como si fuera

El único día de verano en todo el año".

Matthew disfrutó del viaje a su manera, excepto en los momentos en que se encontraba con mujeres y tenía que saludarlas con la cabeza, ya que en la Isla del Príncipe Eduardo se supone que hay que saludar con la cabeza a todo el que te encuentras por el camino, tanto si lo conoces como si no.

Matthew temía a todas las mujeres excepto a Marilla y a la señora Rachel; tenía la incómoda sensación de que aquellas misteriosas criaturas se reían de él en secreto. Puede que tuviera razón al pensar así, porque era un personaje de aspecto extraño, con una figura desgarbada y un largo cabello gris que le llegaba hasta los hombros encorvados, y una poblada y suave barba castaña que llevaba desde que tenía veinte años. De hecho, su aspecto a los veinte era muy parecido al que tenía a los sesenta, aunque le faltaba un poco de canicie.

Cuando llegó a Bright River no había señales de ningún tren; pensó que había llegado demasiado pronto, así que ató su caballo en el patio del pequeño hotel de Bright River y se dirigió a la estación. El largo andén estaba casi desierto; el único ser vivo a la vista era una muchacha sentada sobre un montón de tejas en el extremo. Matthew, apenas se percató de que se trataba de una muchacha, pasó a su lado lo más rápidamente posible, sin mirarla. Si la hubiera mirado, no habría dejado de notar la tensa rigidez y expectación de su actitud y expresión. Estaba allí sentada esperando algo o a alguien y, como sentarse y esperar era lo único que se podía hacer en aquel momento, se sentó y esperó con todas sus fuerzas.

Matthew encontró al jefe de estación cerrando la taquilla antes de irse a casa a cenar, y le preguntó si el tren de las cinco y media llegaría pronto.

"El tren de las cinco y media llegó y se fue hace media hora", contestó aquel enérgico funcionario. "Pero le han dejado un pasajero: una niña. Está sentada en el tejadillo. Le pedí que pasara a la sala de espera de señoras, pero me dijo con gravedad que prefería quedarse fuera. Había más espacio para la imaginación", dijo. Es un caso, diría yo".

"No espero una niña", dijo Matthew sin comprender. "He venido a buscar a un chico. Debería estar aquí. La Sra. Alexander Spencer me lo iba a traer de Nueva Escocia".

El jefe de estación silbó.

"Supongo que hay un error", dijo. "La Sra. Spencer bajó del tren con esa niña y me la entregó. Dijo que usted y su hermana la iban a adoptar de un asilo de huérfanos y que vendría a buscarla enseguida. Eso es todo lo que sé, y no tengo más huérfanos escondidos por aquí".

"No entiendo", dijo Matthew con impotencia, deseando que Marilla estuviera a mano para hacer frente a la situación.

"Bueno, será mejor que interrogues a la chica", dijo el jefe de estación con despreocupación. "Me atrevo a decir que ella podrá explicarlo; tiene lengua propia, eso es seguro. A lo mejor no les quedaban chicos de la marca que usted quería".

Se alejó alegremente, hambriento, y al desdichado Matthew le tocó hacer lo que le resultaba más difícil que barbear a un león en su guarida: acercarse a una chica, una chica extraña, una chica huérfana, y preguntarle por qué no

era un chico. Matthew gimió en espíritu mientras se daba la vuelta y se arrastraba suavemente por el andén hacia ella.

Ella le había estado observando desde que había pasado junto a ella y ahora tenía los ojos puestos en él. Matthew no la estaba mirando y no habría visto cómo era en realidad si lo hubiera hecho, pero un observador ordinario lo habría visto:

Una niña de unos once años, ataviada con un vestido muy corto, muy ajustado y muy feo de wincey gris amarillento. Llevaba un sombrero de marinero marrón descolorido y bajo el sombrero, extendiéndose por su espalda, había dos trenzas de pelo muy espeso y decididamente pelirrojo. Su rostro era pequeño, blanco y delgado, también muy pecoso; su boca era grande y también lo eran sus ojos, que parecían verdes en algunas luces y estados de ánimo y grises en otros.

Hasta aquí, el observador ordinario; un observador extraordinario podría haber visto que la barbilla era muy puntiaguda y pronunciada; que los grandes ojos estaban llenos de espíritu y vivacidad; que la boca era de labios dulces y expresivos; que la frente era amplia y llena; en resumen, nuestro perspicaz observador extraordinario podría haber llegado a la conclusión de que ningún alma vulgar habitaba el cuerpo de esta mujer-niña extraviada de la que el tímido Matthew Cuthbert estaba tan ridículamente asustado.

Matthew, sin embargo, se libró de la prueba de hablar primero, porque tan pronto como ella se dio cuenta de que él se dirigía a ella, se puso de pie, agarrando con una mano delgada y marrón el asa de una raída y anticuada bolsa de alfombra; la otra se la tendió a él.

"Supongo que es usted el señor Matthew Cuthbert de Tejas Verdes", dijo con una voz peculiarmente clara y dulce. "Me alegro mucho de verle. Empezaba a temer que no vinieras a buscarme y me imaginaba todas las cosas que podrían haber ocurrido para impedirte. Había decidido que si no venías a buscarme esta noche, bajaría por el camino hasta ese gran cerezo silvestre de la curva y me subiría a él para pasar la noche. No tendría ningún miedo, y sería precioso dormir en un cerezo silvestre todo blanco de flores a la luz de la luna, ¿no crees? Podrías imaginar que vives en salones de mármol, ¿verdad? Y estaba segura de que vendrías a buscarme por la mañana, si no lo hacías esta noche".

Matthew había cogido torpemente la escuálida manita entre las suyas; en ese momento decidió qué hacer. No podía decirle a aquella niña de ojos brillantes que se había equivocado; la llevaría a casa y dejaría que Marilla lo hiciera. De todos modos, no podía dejarla en Bright River, fuera cual fuese el error cometido, de modo que todas las preguntas y explicaciones podían aplazarse hasta que él estuviera a salvo en Tejas Verdes.

"Siento llegar tarde", dijo tímidamente. "Vamos. El caballo está en el patio. Dame tu bolsa".

"Oh, puedo llevarla", respondió alegremente el niño. "No pesa mucho. Llevo todos mis bienes terrenales dentro, pero no pesa. Y si no se lleva de una manera determinada, el asa se sale, así que mejor me la quedo porque sé cómo hacerlo. Es una bolsa de alfombra muy vieja. Oh, me alegro mucho de que hayas venido, aunque hubiera sido agradable dormir en un cerezo silvestre. Tenemos que conducir un largo trecho, ¿no? La Sra. Spencer dijo que eran ocho millas. Me alegro porque me encanta conducir. Oh, parece tan maravilloso que vaya a vivir contigo y pertenecerte. Nunca he pertenecido a nadie, no realmente. Pero el manicomio era lo peor. Sólo estuve cuatro meses, pero fueron suficientes. Supongo que nunca has sido huérfana en un asilo, así que no puedes entender lo que es. Es peor que cualquier cosa que puedas imaginar. La Sra. Spencer dijo que era malvado por mi parte hablar así, pero no quería ser malvado. Es tan fácil ser malvada sin saberlo, ¿no? Eran buenos, la gente del asilo. Pero hay tan poco espacio para la imaginación en un asilo, sólo en los otros huérfanos. Era muy interesante imaginar cosas sobre ellos, imaginar que tal vez la chica que se sentaba a tu lado era realmente la hija de un conde con cinturón, que había sido robada a sus padres en su infancia por una cruel enfermera que murió antes de que pudiera confesar. Solía quedarme despierto por las noches e imaginar cosas así, porque no tenía tiempo durante el día. Supongo que por eso estoy tan delgada; estoy terriblemente delgada, ¿verdad? No tengo ni un pico en los huesos. Me encanta imaginar que soy bonita y rellenita, con hoyuelos en los codos".

Con esto la compañera de Matthew dejó de hablar, en parte porque estaba sin aliento y en parte porque habían llegado a la calesa. No dijo ni una palabra más hasta que salieron del pueblo y descendieron por una empinada colina, cuya parte del camino estaba tan profundamente excavada en el suelo

blando que las orillas, bordeadas de cerezos silvestres en flor y esbeltos abedules blancos, estaban a varios metros por encima de sus cabezas.

La niña extendió la mano y arrancó una rama de ciruelo silvestre que rozó el lateral de la calesa.

"¿No es precioso? ¿En qué te ha hecho pensar ese árbol, asomado a la orilla, blanco y encaje?", preguntó.

"Bueno, no lo sé", dijo Matthew.

"En una novia, por supuesto, una novia toda de blanco con un precioso velo vaporoso. Nunca he visto una, pero puedo imaginarme cómo sería. Yo nunca espero ser una novia. Soy tan fea que nadie querrá casarse conmigo, a menos que sea un misionero extranjero. Supongo que un misionero extranjero no sería muy exigente. Pero espero tener algún día un vestido blanco. Ese es mi mayor ideal de felicidad terrenal. Me encanta la ropa bonita. Y nunca he tenido un vestido bonito en mi vida, que yo recuerde; pero, por supuesto, eso es lo que más espero, ¿no? Y entonces puedo imaginar que estoy vestida maravillosamente. Esta mañana, cuando salí del asilo, me sentí tan avergonzada porque tenía que llevar este horrible y viejo vestido. Todas las huérfanas tenían que llevarlos, ya sabes. Un comerciante de Hopeton donó el invierno pasado trescientas yardas de wincey al asilo. Algunos decían que era porque no podía venderlo, pero yo preferiría creer que fue por la bondad de su corazón, ¿no crees? Cuando subimos al tren sentí como si todo el mundo me estuviera mirando y compadeciéndose de mí. Pero me puse manos a la obra y me imaginé que llevaba un vestido de seda azul pálido -porque cuando uno imagina, también puede imaginar algo que merezca la pena- y un gran sombrero lleno de flores y penachos, un reloj de oro, guantes de seda y botas. Me animé enseguida y disfruté de mi viaje a la isla con todas mis fuerzas. No me sentí nada mal al venir en el barco. Tampoco la señora Spencer, aunque generalmente lo está. Dijo que no había tenido tiempo de marearse, vigilando que yo no me cayera por la borda. Dijo que nunca me había visto por ahí merodeando. Pero si eso evitó que se mareara, fue una lástima que yo merodeara, ¿no? Y quería ver todo lo que se podía ver en ese barco, porque no sabía si volvería a tener otra oportunidad. ¡Oh, hay muchos más cerezos en flor! Esta isla es el lugar más florido. Ya me encanta, y estoy tan contenta de vivir aquí. Siempre había oído que la Isla del Príncipe Eduardo era el lugar más bonito del mundo, y solía imaginarme

que vivía aquí, pero nunca pensé que lo haría. Es encantador cuando tus imaginaciones se hacen realidad, ¿verdad? Pero esas carreteras rojas son muy divertidas. Cuando subimos al tren en Charlottetown y empezaron a pasar las carreteras rojas, le pregunté a la señora Spencer qué las hacía rojas y me dijo que no lo sabía y que, por piedad, no le hiciera más preguntas. Me dijo que ya le había hecho mil. Supongo que yo también, pero ¿cómo vas a enterarte de las cosas si no haces preguntas? ¿Y qué hace que las carreteras sean rojas?"

"Pues no lo sé", dijo Matthew.

"Bueno, ésa es una de las cosas que habrá que averiguar alguna vez. ¿No es maravilloso pensar en todas las cosas que hay por descubrir? Me hace sentir feliz de estar vivo, es un mundo tan interesante. No sería ni la mitad de interesante si lo supiéramos todo, ¿verdad? Entonces no habría lugar para la imaginación, ¿verdad? ¿Pero hablo demasiado? La gente siempre me dice que sí. ¿Preferirías que no hablara? Si tú lo dices, paro. Puedo parar cuando me lo propongo, aunque es difícil".

Matthew, para su propia sorpresa, estaba disfrutando. Como la mayoría de la gente tranquila, le gustaban las personas habladoras cuando estaban dispuestas a hablar ellas mismas y no esperaban que él cumpliera con su parte. Pero nunca había esperado disfrutar de la compañía de una niña. Las mujeres ya eran malas en conciencia, pero las niñas eran peores. Detestaba la manera que tenían de pasar a su lado tímidamente, con miradas de reojo, como si esperaran que se las tragara de un bocado si se atrevían a decir una palabra. Este era el tipo de niña bien educada de Avonlea. Pero esta bruja pecosa era muy diferente, y aunque a él le resultaba bastante difícil para su lenta inteligencia seguir el ritmo de sus enérgicos procesos mentales, pensó que "en cierto modo le gustaba su parloteo". Así que dijo tan tímidamente como de costumbre:

"Oh, puedes hablar todo lo que quieras. No me importa".

"Oh, me alegro mucho. Sé que tú y yo nos vamos a llevar muy bien. Es un alivio poder hablar cuando uno quiere y que no te digan que a los niños hay que verlos y no oírlos. Eso me lo han dicho un millón de veces si una vez. Y la gente se ríe de mí porque uso grandes palabras. Pero si tienes grandes ideas tienes que usar grandes palabras para expresarlas, ¿no?"

"Bueno, eso parece razonable", dijo Matthew.

"La señora Spencer dijo que mi lengua debía de estar colgada por la mitad. Pero no lo está; está firmemente sujeta en un extremo. La señora Spencer dijo que tu casa se llamaba Tejas Verdes. Le pregunté todo al respecto. Y dijo que había árboles alrededor. Me alegré más que nunca. Me encantan los árboles. Y no había ninguno en todo el asilo, sólo unos pobres enanos en el frente con pequeñas cosas encaladas y enjauladas. Aquellos árboles parecían huérfanos. Me daban ganas de llorar al mirarlos. Solía decirles: "¡Pobrecitos! Si estuvierais en un gran bosque con otros árboles a vuestro alrededor y musgos y campanillas creciendo sobre vuestras raíces y un arroyo no muy lejos y pájaros cantando en vuestras ramas, podríais crecer, ¿verdad? Pero donde estás no puedes. Sé exactamente cómo os sentís, arbolitos". Me dio pena dejarlos atrás esta mañana. Te encariñas tanto con cosas así, ¿verdad? ¿Hay algún arroyo cerca de Tejas Verdes? Olvidé preguntarle eso a la Sra. Spencer".

"Pues sí, hay uno justo debajo de la casa".

"¡Impresionante! Siempre ha sido uno de mis sueños vivir cerca de un arroyo. Aunque nunca esperé hacerlo. Los sueños no suelen hacerse realidad, ¿verdad? ¿No sería bonito que se cumplieran? Pero ahora mismo me siento casi perfectamente feliz. No puedo sentirme exactamente feliz porque... bueno, ¿de qué color llamarías a esto?".

Acomodó una de sus largas y brillantes trenzas sobre su delgado hombro y la levantó ante los ojos de Matthew. Matthew no estaba acostumbrado a decidir sobre las tonalidades de las trenzas de las damas, pero en este caso no podía haber muchas dudas.

"Es rojo, ¿verdad?", dijo.

La muchacha dejó caer la trenza hacia atrás con un suspiro que parecía salirle de los dedos de los pies y exhalar todas las penas de los siglos.

"Sí, es roja", dijo resignada. "Ahora ves por qué no puedo ser perfectamente feliz. Nadie podría serlo si fuera pelirroja. No me importan tanto las otras cosas: las pecas, los ojos verdes y mi delgadez. Puedo imaginármelos. Puedo imaginar que tengo una hermosa tez de hoja de rosa y unos encantadores ojos violeta estrellados. Pero no puedo imaginarme ese pelo rojo. Hago lo que puedo. Pienso: "Ahora mi pelo es de un negro glorioso, negro

como el ala de un cuervo". Pero todo el tiempo sé que es simplemente rojo, y eso me rompe el corazón. Será mi pena de por vida. Una vez leí en una novela sobre una chica que tenía una pena de por vida, pero no era pelirroja. Su cabello era oro puro ondulando desde su frente de alabastro. ¿Qué es una frente de alabastro? Nunca pude averiguarlo. ¿Puedes decírmelo?"

"Bueno, me temo que no puedo", dijo Matthew, que se estaba mareando un poco. Se sentía como se había sentido una vez en su temeraria juventud, cuando otro chico le había tentado en el tióvivo de un picnic.

"Bueno, fuera lo que fuera debía de ser algo agradable porque ella era divinamente hermosa. ¿Alguna vez has imaginado lo que se debe sentir al ser divinamente hermosa?"

"Bueno, no, no lo he hecho", confesó Matthew ingenuamente.

"Yo sí, a menudo. ¿Qué preferirías ser si pudieras elegir: divinamente bello, deslumbrantemente inteligente o angelicalmente bueno?"

"Bueno, no lo sé exactamente".

"Yo tampoco. Nunca me decido. Pero no hay mucha diferencia, porque no es probable que yo llegue a ser ninguna de las dos cosas. Es seguro que nunca seré angelicalmente buena. La Sra. Spencer dice... ¡Oh, Sr. Cuthbert! ¡Oh, Sr. Cuthbert!"

No era eso lo que había dicho la señora Spencer; ni el niño había salido dando tumbos de la calesa ni Matthew había hecho nada asombroso. Simplemente habían doblado una curva de la carretera y se encontraban en la "Avenida".

La "Avenida", así llamada por la gente de Newbridge, era un tramo de carretera de cuatrocientos o quinientos metros de largo, completamente rodeado de enormes manzanos, plantados años atrás por un viejo y excéntrico granjero. Por encima había un largo dosel de níveas y fragantes flores. Debajo de las ramas, el aire estaba lleno de un crepúsculo púrpura y, a lo lejos, un atisbo de cielo pintado al atardecer brillaba como un gran rosetón al final del pasillo de una catedral.

Su belleza pareció dejar muda a la niña. Se recostó en la calesa, con las finas manos entrelazadas y el rostro extasiado ante el blanco esplendor de lo alto. Ni siquiera se movió ni habló cuando ya se habían alejado y descen-

dían por la larga pendiente hacia Newbridge. Aún con el rostro extasiado, contemplaba a lo lejos el atardecer del oeste, con ojos que veían visiones recorriendo espléndidamente aquel fondo resplandeciente. Atravesaron Newbridge, un pueblecito bullicioso donde los perros les ladraban, los niños ululaban y los rostros curiosos se asomaban a las ventanas. Cuando habían dejado atrás otras tres millas, la niña no había hablado. Podía guardar silencio, era evidente, con tanta energía como podía hablar.

"Supongo que estás muy cansada y hambrienta", aventuró Matthew al fin, explicando su larga visita de mudez con la única razón que se le ocurrió. "Pero ahora no tenemos que ir muy lejos, sólo una milla más".

Ella salió de su ensoñación con un profundo suspiro y lo miró con la mirada soñadora de un alma que se ha estado preguntando a lo lejos, estrellada.

"Oh, señor Cuthbert", susurró, "ese lugar por el que pasamos, ese lugar blanco, ¿qué era?".

"Bueno, debes referirte a la Avenida", dijo Matthew después de unos momentos de profunda reflexión. "Es un lugar muy bonito".

"¿Bonito? Oh, bonito no parece la palabra adecuada. Ni tampoco bonito. No van lo suficientemente lejos. Fue maravilloso, maravilloso. Es la primera cosa que he visto que no puede mejorarse con la imaginación. Simplemente me satisfizo aquí -se puso una mano en el pecho-, me produjo un dolor extraño y divertido, y sin embargo fue un dolor agradable. ¿Alguna vez tuvo un dolor así, Sr. Cuthbert?"

"Bueno, no recuerdo haberlo tenido nunca."

"Yo lo tengo muchas veces... siempre que veo algo realmente hermoso. Pero no deberían llamar a ese hermoso lugar la Avenida. Un nombre así no tiene sentido. Deberían llamarla -déjame ver- la Vía Blanca del Deleite. ¿No es un nombre imaginativo? Cuando no me gusta el nombre de un lugar o de una persona siempre imagino uno nuevo y siempre pienso así de ellos. Había una chica en el asilo que se llamaba Hepzibah Jenkins, pero yo siempre me la imaginaba como Rosalia De Vere. Otras personas pueden llamar a ese lugar la Avenida, pero yo siempre lo llamaré la Vía Blanca del Deleite. ¿Realmente sólo nos queda otra milla antes de llegar a casa? Me alegro y lo siento. Lo lamento porque este viaje ha sido muy agradable y siempre la-

mento cuando las cosas agradables terminan. Algo aún más agradable puede venir después, pero nunca se puede estar seguro. Y es tan a menudo el caso que no es más agradable. Esa ha sido mi experiencia de todos modos. Pero me alegra pensar en volver a casa. Nunca he tenido un verdadero hogar desde que tengo memoria. Me da ese agradable dolor de nuevo sólo pensar en llegar a un verdadero hogar. Oh, ¡qué bonito!"

Habían pasado por la cresta de una colina. Debajo de ellos había un estanque que parecía casi un río, de tan largo y sinuoso que era. Un puente lo cruzaba por la mitad y desde allí hasta su extremo inferior, donde un cinturón de colinas arenosas de color ámbar lo separaba del golfo azul oscuro que había más allá, el agua era una gloria de muchos matices cambiantes: las tonalidades más espirituales del azafrán y el rosa y el verde etéreo, con otros tintes evasivos para los que nunca se ha encontrado nombre. Por encima del puente, el estanque se adentraba en las arboledas de abetos y arces y quedaba todo oscuramente translúcido en sus vacilantes sombras. Aquí y allá, un ciruelo silvestre se asomaba a la orilla como una muchacha vestida de blanco que se acercara de puntillas a su propio reflejo. De la marisma, en la cabecera del estanque, llegaba el coro claro y lúgubrememente dulce de las ranas. Había una casita gris asomando alrededor de un manzano blanco en una ladera más allá y, aunque aún no había oscurecido del todo, una luz brillaba desde una de sus ventanas.

"Es el estanque de Barry", dijo Matthew.

"Oh, a mí tampoco me gusta ese nombre. Lo llamaré -déjame ver- el Lago de las Aguas Brillantes. Sí, ése es el nombre correcto. Lo sé por la emoción. Cuando doy con un nombre que encaja exactamente, me emociono. ¿Alguna vez te emocionan las cosas?"

reflexionó Matthew.

"Bueno, ahora sí. Siempre me emociona ver esas feas larvas blancas que se meten en los parterres de pepinos. Odio su aspecto".

"Oh, no creo que pueda ser exactamente el mismo tipo de emoción. ¿Crees que puede? No parece haber mucha relación entre los pepinos y los lagos de aguas brillantes, ¿verdad? Pero, ¿por qué los demás lo llaman el estanque de Barry?"

"Supongo que porque el señor Barry vive allí, en esa casa. Orchard Slope es el nombre de su casa. Si no fuera por ese gran arbusto que hay detrás se podría ver Tejas Verdes desde aquí. Pero tenemos que pasar el puente y rodear la carretera, así que está casi media milla más lejos."

"¿Tiene el Sr. Barry niñas pequeñas? Bueno, tampoco muy pequeñas, más o menos de mi tamaño".

"Tiene una de unos once años. Se llama Diana".

"¡Oh!" con un largo suspiro. "¡Qué nombre más bonito!"

"Bueno, no sé. Me parece que tiene algo terriblemente pagano. Preferiría Jane o Mary o algún nombre sensato como ese. Pero cuando Diana nació había un maestro de escuela internado allí y le dieron el nombre de ella y él la llamó Diana".

"Ojalá hubiera habido un maestro así cuando yo nací". Oh, aquí estamos en el puente. Voy a cerrar bien los ojos. Siempre me da miedo pasar por un puente. No puedo evitar imaginarme que, tal vez, justo cuando lleguemos a la mitad, se arrugue como una navaja y nos pellizque. Así que cierro los ojos. Pero siempre tengo que abrirlos cuando creo que nos acercamos a la mitad. Porque, verás, si el puente se arrugara, me gustaría verlo arrugarse. ¡Qué alegre estruendo hace! Siempre me gusta la parte del estruendo. ¿No es espléndido que haya tantas cosas que gusten en este mundo? Ya está, hemos terminado. Ahora miraré hacia atrás. Buenas noches, querido Lago de las Aguas Brillantes. Siempre le digo buenas noches a las cosas que amo, igual que a la gente. Creo que les gusta. Esa agua parece como si me sonriera".

Cuando hubieron subido la colina y doblado la esquina, Matthew dijo:

"Ya estamos cerca de casa. Eso de ahí es Tejas Verdes..."

"Oh, no me digas", interrumpió ella sin aliento, agarrándose a su brazo parcialmente levantado y cerrando los ojos para no ver su gesto. "Déjame adivinar. Estoy segura de que acertaré".

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaban en la cima de una colina. Hacía tiempo que el sol se había puesto, pero el paisaje seguía siendo claro a la suave luz del atardecer. Hacia el oeste, una oscura aguja de iglesia se alzaba contra un cielo color de caléndula. Abajo había un pequeño valle y,

más allá, una larga ladera que ascendía suavemente, con acogedoras granjas diseminadas a lo largo de ella. Los ojos de la niña iban de una a otra, ansiosos y melancólicos. Por fin se detuvieron en una a la izquierda, lejos de la carretera, tenuemente blanca por los árboles en flor en el crepúsculo de los bosques circundantes. Sobre él, en el cielo inoxidable del sudoeste, una gran estrella blanca como el cristal brillaba como una lámpara de guía y promesa.

"Es ésa, ¿verdad?", dijo señalando.

Matthew golpeó con alegría las riendas del alazán.

"¡Vaya, lo has adivinado! Pero creo que la señora Spencer lo describió para que lo supieras".

"No, no lo hizo, realmente no lo hizo. Todo lo que dijo podría haber sido sobre la mayoría de esos otros lugares. No tenía ni idea de cómo era. Pero en cuanto lo vi, sentí que era mi hogar. Oh, parece como si estuviera en un sueño. Sabes, mi brazo debe estar negro y azul del codo para arriba, porque me he pellizcado muchas veces hoy. Cada poco tiempo me invadía una horrible sensación de náusea y temía que todo fuera un sueño. Entonces me pellizcaba para ver si era real, hasta que de pronto recordé que, aun suponiendo que sólo fuera un sueño, era mejor seguir soñando todo lo que pudiera, y dejé de pellizcarme. Pero es real y ya casi estamos en casa".

Con un suspiro de éxtasis se sumió en el silencio. Matthew se removió inquieto. Se alegró de que fuera Marilla y no él quien tuviera que decirle a aquella niña abandonada que el hogar que anhelaba no iba a ser suyo después de todo. Atravesaron Lynde's Hollow, donde ya había oscurecido bastante, pero no tanto como para que la señora Rachel no pudiera verlos desde la ventana, y subieron la colina hasta el largo camino de Tejas Verdes. Cuando llegaron a la casa, Matthew se encogía ante la revelación que se acercaba con una energía que no comprendía. No pensaba en Marilla ni en sí mismo, ni en los problemas que probablemente les causaría aquel error, sino en la decepción de la niña. Cuando pensó en aquella luz embelesada que se apagaba en sus ojos, tuvo la incómoda sensación de que iba a ayudar a matar algo, la misma sensación que le invadía cuando tenía que matar un cordero o un ternero o cualquier otra criaturita inocente.

El patio estaba bastante oscuro cuando entraron en él y las hojas de los álamos crujían sedosamente a su alrededor.

"Escucha cómo hablan los árboles mientras duermen", susurró ella mientras él la levantaba hasta el suelo. "¡Qué sueños tan bonitos deben de tener!"

Luego, agarrando con fuerza la bolsa que contenía "todos sus bienes terrenales", le siguió al interior de la casa.

CAPÍTULO III: MARILLA CUTHBERT SE SORPRENDE

Marilla se acercó enérgicamente cuando Matthew abrió la puerta. Pero cuando sus ojos se posaron en la pequeña y extraña figura del vestido rígido y feo, con las largas trenzas de pelo rojo y los ojos ansiosos y luminosos, se detuvo en seco, asombrada.

"Matthew Cuthbert, ¿quién es?", exclamó. "¿Dónde está el chico?"

"No había ningún chico", dijo Matthew desdichadamente. "Sólo estaba ella".

Señaló con la cabeza a la niña, recordando que ni siquiera le había preguntado su nombre.

"¡Ningún niño! Pero tenía que haber un niño", insistió Marilla. "Mandamos decir a la señora Spencer que trajera un niño".

"Pues no lo hizo. La trajo a ella. Se lo pedí al jefe de estación. Y tuve que traerla a casa. No podía dejarla allí, no importaba dónde se hubiera producido el error".

"¡Bueno, esto es un bonito asunto!", eyaculó Marilla.

Durante este diálogo la niña había permanecido en silencio, con los ojos vagando de uno a otro, toda la animación desapareciendo de su rostro. De pronto pareció comprender el significado de lo que se había dicho. Dejando caer su preciada bolsa de alfombras, se adelantó un paso y juntó las manos.

"¡No me quieres!", gritó. "¡No me quieres porque no soy un chico! Me lo esperaba. Nunca nadie me quiso. Podría haber sabido que todo era demasiado bonito para durar. Podría haber sabido que nadie me quería de verdad. Oh, ¿qué voy a hacer? Voy a echarme a llorar".

Y se echó a llorar. Se sentó en una silla junto a la mesa, extendió los brazos sobre ella y enterró la cara en ellos. Marilla y Matthew se miraron con desprecio al otro lado de la estufa. Ninguno de los dos sabía qué decir o hacer. Finalmente, Marilla intervino cojeando.

"Bueno, bueno, no hay necesidad de llorar tanto por eso".

"¡Sí que hay necesidad!" La niña levantó la cabeza rápidamente, mostrando una cara manchada de lágrimas y labios temblorosos. "Tú también llorarías si fueras huérfano y hubieras llegado a un lugar que creías que iba a ser tu hogar y te encontraras con que no te querían porque no eras un niño. Oh, ¡esto es lo más trágico que me ha pasado nunca!".

Algo parecido a una sonrisa renuente, bastante oxidada por el largo desuso, suavizó la expresión adusta de Marilla.

"Bueno, no llores más. No vamos a sacarte fuera esta noche. Tendrás que quedarte aquí hasta que investiguemos este asunto. ¿Cómo te llamas?"

La niña dudó un momento.

"¿Quieres llamarme Cordelia, por favor?", dijo con impaciencia.

"¡Llamarte Cordelia! ¿Ese es tu nombre?"

"No-o-o, no es exactamente mi nombre, pero me encantaría que me llamaran Cordelia. Es un nombre tan perfectamente elegante".

"No sé a qué demonios te refieres. Si Cordelia no es tu nombre, ¿cuál es?"

"Ana Shirley," titubeó de mala gana la dueña de ese nombre, "pero oh, por favor llámame Cordelia. No puede importarte mucho cómo me llames si sólo voy a estar aquí un ratito, ¿verdad? Y Ana es un nombre tan poco romántico".

"¡Un nombre poco romántico!" dijo Marilla sin compasión. "Ana es un nombre sencillo y sensato. No tienes por qué avergonzarte de él".

"Oh, no me avergüenzo de él", explicó Ana, "sólo que me gusta más Cordelia. Siempre he imaginado que me llamaba Cordelia, al menos últimamente. Cuando era joven me imaginaba que era Geraldine, pero ahora me gusta más Cordelia. Pero si me llamas Ana, por favor, llámame Ana con e".

"¿Qué más da cómo se escriba?" preguntó Marilla con otra sonrisa oxidada mientras cogía la tetera.

"Oh, qué diferencia. Queda mucho más bonito. Cuando oyes pronunciar un nombre, ¿no puedes verlo siempre en tu mente, como si estuviera impreso? Yo sí; y A-n-n parece horrible, pero A-n-n-e parece mucho más distinguido. Si me llamas Ana con e, intentaré reconciliarme con no llamarme Cordelia".

"Muy bien, entonces, Ana deletreada con e, ¿puedes decirnos cómo se cometió este error? Le dijimos a la Sra. Spencer que nos trajera un niño. ¿No había chicos en el asilo?"

"Oh, sí, había abundancia de ellos. Pero la señora Spencer dijo claramente que usted quería una niña de unos once años. Y la matrona dijo que creía que yo serviría. No sabe cuánto me alegré. No pude dormir en toda la noche de alegría. Oh -añadió con reproche, volviéndose hacia Matthew-, ¿por qué no me dijiste en la estación que no me querías y me dejaste allí? Si no hubiera visto la Vía Blanca de la Delicia y el Lago de las Aguas Brillantes no sería tan duro".

"¿Qué demonios quiere decir?" preguntó Marilla, mirando fijamente a Matthew.

"Ella... ella sólo se refiere a una conversación que tuvimos en el camino", dijo Matthew apresuradamente. "Voy a salir a meter la yegua, Marilla. Ten listo el té cuando vuelva".

"¿Trajo la señora Spencer a alguien además de usted?" continuó Marilla cuando Matthew hubo salido.

"Trajo a Lily Jones para ella sola. Lily sólo tiene cinco años y es muy guapa. Tiene el pelo castaño. Si yo fuera muy guapa y tuviera el pelo castaño, ¿te quedarías conmigo?"

"No. Queremos un niño para ayudar a Matthew en la granja. Una niña no nos serviría de nada. Quítate el sombrero. Lo pondré junto con tu bolso so-

bre la mesa del vestíbulo".

Ana se quitó el sombrero dócilmente. Matthew volvió enseguida y se sentaron a cenar. Pero Ana no podía comer. En vano mordisqueaba el pan y la mantequilla y picoteaba la conserva de cangrejo y manzana de la pequeña fuente de cristal festoneada que había junto a su plato. En realidad no avanzaba nada.

"No comes nada -dijo Marilla bruscamente, mirándola como si se tratara de un defecto grave.

Ana suspiró.

"No puedo. Estoy sumida en la desesperación. ¿Se puede comer cuando se está en las profundidades de la desesperación?"

"Nunca he estado en las profundidades de la desesperación, así que no puedo decirlo", respondió Marilla.

"¿No lo estuviste? Bueno, ¿alguna vez trataste de imaginar que estabas en las profundidades de la desesperación?"

"No, no lo hice".

"Entonces no creo que puedas entender lo que se siente. Es una sensación muy incómoda. Cuando intentas comer se te hace un nudo en la garganta y no puedes tragar nada, ni aunque fuera un caramelo de chocolate. Una vez, hace dos años, comí un caramelo de chocolate y estaba sencillamente delicioso. Desde entonces he soñado a menudo que comía muchos caramelos de chocolate, pero siempre me despierto justo cuando me los voy a comer. Espero que no se ofenda porque no pueda comer. Todo está riquísimo, pero aun así no puedo comer".

"Supongo que está cansada", dijo Matthew, que no había hablado desde su regreso del granero. "Será mejor que la acuestes, Marilla".

Marilla se había estado preguntando dónde habría que acostar a Ana. Había preparado un sofá en la cámara de la cocina para el deseado y esperado niño. Pero, aunque estaba ordenado y limpio, no parecía muy apropiado acostar allí a una niña. Pero la habitación de invitados estaba descartada para un niño tan desamparado, así que sólo quedaba la habitación del hastial este. Marilla encendió una vela y le dijo a Ana que la siguiera, cosa que ésta hizo sin ningún ánimo, cogiendo a su paso el sombrero y la bolsa de la al-

fombra de la mesa del vestíbulo. El vestíbulo estaba terriblemente limpio; la pequeña habitación del hastial, en la que se encontró, parecía aún más limpia.

Marilla puso la vela sobre una mesa de tres patas y tres esquinas y bajó la ropa de cama.

"Supongo que tendrás un camisón", preguntó.

Ana asintió.

"Sí, tengo dos. Me los hizo la matrona del asilo. Son muy escuetos. En un manicomio nunca hay suficiente para todos, así que las cosas siempre son escasas, al menos en un manicomio pobre como el nuestro. Odio los camisones estrechos. Pero una puede soñar igual de bien con ellos que con unos preciosos de tirantes, con volantes alrededor del cuello, eso es un consuelo."

"Bueno, desvístete tan rápido como puedas y vete a la cama. Volveré en unos minutos a por la vela. No me atrevo a confiar en que la apagues tú misma. Probablemente incendiarías el lugar".

Cuando Marilla se hubo marchado, Ana miró a su alrededor con nostalgia. Las paredes encaladas estaban tan dolorosamente desnudas y tenían una mirada tan fija que pensó que debían de doler por su propia desnudez. El suelo también estaba desnudo, excepto por una estera redonda trenzada en el centro, como Ana no había visto nunca. En un rincón estaba la cama, alta y anticuada, con cuatro postes oscuros y bajos. En la otra esquina estaba la mencionada mesa de tres esquinas, adornada con un gordo alfiletero de terciopelo rojo lo bastante duro como para hacer girar la punta del alfiler más aventurero. Encima colgaba un pequeño espejo de seis por ocho. A mitad de camino entre la mesa y la cama estaba la ventana, con un gélido volante de muselina blanca sobre ella, y enfrente estaba el lavabo. Todo el apartamento era de una rigidez que no puede describirse con palabras, pero que produjo un escalofrío hasta la médula de los huesos de Ana. Con un sollozo se deshizo apresuradamente de sus ropas, se puso el camisón y se metió en la cama, donde se hundió boca abajo en la almohada y se tapó la cabeza con la ropa. Cuando Marilla se levantó para encender la luz, varias prendas de vestir desaliñadas esparcidas por el suelo y un cierto aspecto tempestuoso de la cama eran los únicos indicios de su presencia.

Recogió deliberadamente la ropa de Ana, la colocó ordenadamente sobre una primorosa silla amarilla, y luego, cogiendo la vela, se acercó a la cama.

"Buenas noches", dijo, un poco torpemente, pero no sin amabilidad.

La cara blanca y los grandes ojos de Ana aparecieron por encima de la ropa de cama con una brusquedad sorprendente.

"¿Cómo puedes decir que es una buena noche cuando sabes que debe de ser la peor noche que he pasado en mi vida?"

Luego volvió a sumergirse en la invisibilidad.

Marilla bajó lentamente a la cocina y se puso a fregar los platos de la cena. Matthew estaba fumando, señal inequívoca de perturbación mental. Rara vez fumaba, pues Marilla se oponía a ello por considerarlo un hábito asqueroso; pero en ciertos momentos y estaciones se sentía impulsado a hacerlo y entonces Marilla guiñaba un ojo ante la práctica, comprendiendo que un simple hombre debe tener algún desahogo para sus emociones.

"Bueno, esto es una bonita caldera de pescado", dijo con ira. "Esto es lo que pasa por enviar la palabra en lugar de ir nosotros mismos. La gente de Robert Spencer ha tergiversado el mensaje de alguna manera. Uno de nosotros tendrá que ir a ver a la señora Spencer mañana, eso es seguro. Esta chica tendrá que ser enviada de vuelta al manicomio".

"Sí, supongo que sí", dijo Matthew de mala gana.

"¿Eso supones! ¿No lo sabes?"

"Bueno, es una cosita muy bonita, Marilla. Es una pena enviarla de vuelta cuando está tan decidida a quedarse aquí".

"Matthew Cuthbert, ¿no querrás decir que crees que deberíamos quedárnosla!"

El asombro de Marilla no podría haber sido mayor si Matthew hubiera expresado predilección por pararse de cabeza.

"Bueno, no, supongo que no-no exactamente", tartamudeó Matthew, incómodamente acorralado por su significado preciso. "Supongo... que difícilmente podríamos esperar quedarnos con ella".

"Yo diría que no. ¿De qué nos serviría?"

"Podríamos ser algo bueno para ella", dijo Matthew de repente e inesperadamente.

"¡Matthew Cuthbert, creo que esa niña te ha hechizado! Veo tan claro como el agua que quieres quedártela".

"Bueno, es una cosita muy interesante", insistió Matthew. "Deberías haberla oído hablar cuando venía de la estación".

"Oh, ella puede hablar bastante rápido. Lo vi enseguida. Tampoco es nada a su favor. No me gustan los niños que tienen tanto que decir. No quiero una niña huérfana y si la quisiera no es el estilo que elegiría. Hay algo que no entiendo de ella. No, hay que enviarla de inmediato al lugar de donde vino".

"Podría contratar a un chico francés para ayudarme", dijo Matthew, "y ella sería compañía para ti".

"No estoy sufriendo por compañía", dijo Marilla brevemente. "Y no voy a quedármela".

"Bueno, es como tú dices, por supuesto, Marilla", dijo Matthew levantándose y guardando su pipa. "Me voy a la cama".

A la cama se fue Matthew. Y a la cama, cuando hubo guardado los platos, se fue Marilla, con el ceño fruncido. Y arriba, en el hastial este, una niña solitaria, hambrienta de corazón y sin amigos lloraba hasta quedarse dormida.

CAPÍTULO IV: MAÑANA EN GREEN GABLES

Era pleno día cuando Ana se despertó y se sentó en la cama, mirando confusamente hacia la ventana por la que entraba un torrente de alegre sol y fuera de la cual algo blanco y plumoso ondeaba entre destellos de cielo azul.

Por un momento no pudo recordar dónde estaba. Primero sintió un estremecimiento delicioso, como de algo muy agradable; luego un recuerdo horrible. Esto era Tejas Verdes y no la querían porque no era un niño.

Pero era por la mañana y, sí, había un cerezo en flor junto a su ventana. De un salto se levantó de la cama y cruzó el suelo. Levantó la faja, que subió rígida y chirriante, como si no se hubiera abierto en mucho tiempo, que era el caso; y se atascó tan fuerte que no hizo falta nada para sostenerla.

Ana se arrodilló y contempló la mañana de junio, con los ojos brillantes de placer. ¿No era hermoso? ¿No era un lugar precioso? Supongamos que no fuera a quedarse aquí. Se imaginaría que sí. Aquí había espacio para la imaginación.

Afuera crecía un enorme cerezo, tan cerca que sus ramas golpeaban contra la casa, y estaba tan lleno de flores que apenas se veía una hoja. A ambos lados de la casa había un gran huerto, uno de manzanos y otro de cerezos, también cubiertos de flores, y el césped estaba salpicado de dientes de león. En el jardín de abajo había lilas púrpuras de flores, y su fragancia vertiginosamente dulce llegaba hasta la ventana con el viento de la mañana.

Debajo del jardín, un campo verde y exuberante de tréboles descendía hasta la hondonada por donde corría el arroyo y donde crecían decenas de abedules blancos que brotaban airosos de un sotobosque que sugería deliciosas posibilidades de helechos, musgos y cosas boscosas en general. Más allá había una colina, verde y plumosa de abetos y píceas; había un hueco en el que se veía el frontón gris de la casita que ella había visto desde el otro lado del Lago de las Aguas Brillantes.

A la izquierda se veían los grandes graneros, y más allá, a lo lejos, sobre los verdes campos de baja pendiente, se vislumbraba el mar de un azul resplandeciente.

Los ojos de Ana, amantes de la belleza, se detuvieron en todo aquello, absorbiéndolo todo con avidez; había contemplado tantos lugares desagradables en su vida, pobre niña; pero esto era tan hermoso como nada que hubiera soñado jamás.

Se arrodilló allí, perdida en todo excepto en la belleza que la rodeaba, hasta que se sobresaltó al oír una mano en su hombro. Marilla había entrado sin que la pequeña soñadora la oyera.

"Es hora de que te vistas", le dijo secamente.

Marilla realmente no sabía cómo hablarle a la niña, y su incómoda ignorancia la hacía brusca y cortante cuando no era su intención.

Ana se levantó y dio un largo suspiro.

"Oh, ¿no es maravilloso?", dijo, agitando la mano con amplitud hacia el buen mundo exterior.

"Es un árbol grande", dijo Marilla, "y florece muy bien, pero la fruta nunca llega a mucho: pequeña y agusanada".

"Oh, no me refiero sólo al árbol; por supuesto que es encantador -sí, es radiantemente encantador- florece como si lo dijera en serio; pero me refería a todo, al jardín y al huerto y al arroyo y al bosque, a todo el gran y querido mundo. ¿No te sientes como si amaras el mundo en una mañana como ésta? Y puedo oír el arroyo riendo todo el camino hasta aquí. ¿Te has dado cuenta de lo alegres que son los arroyos? Siempre están riendo. Incluso en invierno los he oído bajo el hielo. Me alegro tanto de que haya un arroyo cerca de Tejas Verdes. Tal vez pienses que no tiene importancia para mí que

no vayas a quedarte conmigo, pero sí la tiene. Siempre me gustará recordar que hay un arroyo en Tejas Verdes, aunque no vuelva a verlo. Si no hubiera un arroyo me perseguiría la incómoda sensación de que debería haberlo. No estoy en las profundidades de la desesperación esta mañana. Nunca puedo estarlo por la mañana. ¿No es algo espléndido que haya mañanas? Pero me siento muy triste. He estado imaginando que, después de todo, era a mí a quien querías y que iba a quedarme aquí para siempre. Fue un gran consuelo mientras duró. Pero lo peor de imaginar cosas es que llega el momento en que tienes que parar y eso duele."

"Será mejor que te vistas y bajas y te olvides de tus imaginaciones", dijo Marilla en cuanto pudo articular palabra. "El desayuno te espera. Lávate la cara y péinate. Deja la ventana abierta y vuelve a poner la ropa de cama a los pies de la cama. Sé tan lista como puedas".

Evidentemente, Ana podía arreglarse de algún modo, porque en diez minutos estaba abajo, con la ropa bien puesta, el pelo peinado y trenzado, la cara lavada, y una confortable conciencia invadiendo su alma de que había cumplido todas las exigencias de Marilla. Sin embargo, se había olvidado de dar la vuelta a las sábanas.

"Tengo bastante hambre esta mañana", anunció, mientras se deslizaba en la silla que Marilla le había colocado. "El mundo no parece un páramo tan aullante como anoche. Me alegro de que sea una mañana soleada. Pero también me gustan las mañanas lluviosas. Todas las mañanas son interesantes, ¿no crees? No sabes lo que va a pasar a lo largo del día, y hay tanto margen para la imaginación. Pero me alegro de que hoy no llueva, porque es más fácil estar alegre y soportar la aflicción en un día soleado. Siento que tengo mucho que soportar. Está muy bien leer sobre penas e imaginarse a uno mismo viviéndolas heroicamente, pero no es tan agradable cuando realmente llegas a tenerlas, ¿verdad?".

"Por el amor de Dios, cállate", dijo Marilla. "Hablas demasiado para ser una niña".

Y Ana se calló tan obediente y completamente, que su continuo silencio puso nerviosa a Marilla, como si se encontrase ante algo que no era precisamente natural. Mateo también se contuvo, pero esto al menos era natural, de modo que la comida transcurrió en silencio.

A medida que avanzaba, Ana se abstraía cada vez más, comiendo mecánicamente, con sus grandes ojos fijos y fijos en el cielo que se veía por la ventana. Esto ponía a Marilla más nerviosa que nunca; tenía la incómoda sensación de que, aunque el cuerpo de aquella extraña niña estuviese en la mesa, su espíritu se hallaba muy lejos, en algún remoto y aéreo país de nubes, llevado por las alas de la imaginación. ¿Quién querría a una niña así en su casa?

Sin embargo, Matthew deseaba quedársela, ¡de todas las cosas inexplicables! Marilla sintió que Matthew la deseaba tanto aquella mañana como la noche anterior, y que seguiría deseándola. Así era Matthew: se le metía un capricho en la cabeza y se aferraba a él con la más asombrosa persistencia silenciosa, una persistencia diez veces más potente y eficaz en su propio silencio que si lo hubiera expresado verbalmente.

Cuando terminó la comida, Ana salió de su ensueño y se ofreció a lavar los platos.

"¿Sabes lavar bien los platos?", preguntó Marilla con desconfianza.

"Bastante bien. Aunque se me da mejor cuidar niños. Tengo mucha experiencia en eso. Es una pena que no tengas ninguno aquí para que lo cuide".

"No creo que quisiera tener más hijos de los que tengo ahora. Eres un problema suficiente en conciencia. No sé qué hacer contigo. Matthew es un hombre de lo más ridículo".

"A mí me parece encantador", dijo Ana con reproche. "Es tan comprensivo. No le importaba lo mucho que hablaba, parecía gustarle. Sentí que era un alma gemela en cuanto lo vi".

"Los dos sois bastante raros, si eso es lo que entiendes por espíritus afines", dijo Marilla resoplando. "Sí, puedes lavar los platos. Toma mucha agua caliente, y asegúrate de secarlos bien. Ya tengo bastante que hacer esta mañana, porque por la tarde tengo que ir a White Sands a ver a la señora Spencer. Vendrás conmigo y arreglaremos lo que haya que hacer contigo. Cuando termines de lavar los platos, sube y haz tu cama".

Ana lavó los platos con bastante destreza, como pudo comprobar Marilla, que no perdía de vista el proceso. Después hizo la cama con menos éxito, pues nunca había aprendido el arte de luchar con una garrapata de plumas.

Pero de algún modo la hizo y la alisó; y entonces Marilla, para librarse de ella, le dijo que podía salir al aire libre y entretenerse hasta la hora de cenar.

Ana voló hacia la puerta, con la cara encendida y los ojos brillantes. En el umbral se detuvo en seco, dio media vuelta, regresó y se sentó junto a la mesa, con la luz y el resplandor tan eficazmente apagados como si alguien le hubiera puesto un extintor encima.

"¿Qué pasa ahora?", preguntó Marilla.

"No me atrevo a salir", dijo Ana, en el tono de una mártir que renuncia a todas las alegrías terrenales. "Si no puedo quedarme aquí, de nada me sirve amar Tejas Verdes. Y si salgo y conozco todos esos árboles y flores y el huerto y el arroyo, no podré dejar de quererlo. Ya es bastante difícil ahora, así que no lo haré más difícil. Tengo tantas ganas de salir, que todo parece llamarme: 'Ana, Ana, ven con nosotros. Ana, Ana, queremos una compañera de juegos', pero es mejor que no. No sirve de nada amar las cosas si te tienen que arrancar de ellas, ¿verdad? Y es tan difícil no amar las cosas, ¿verdad? Por eso me alegré tanto cuando pensé que iba a vivir aquí. Pensé que tendría tantas cosas que amar y nada que me lo impidiera. Pero ese breve sueño se acabó. Ahora estoy resignada a mi destino, así que no creo que salga por miedo a volver a quedarme sin resignación. ¿Cómo se llama ese geranio del alféizar de la ventana, por favor?"

"Es el geranio con olor a manzana".

"Oh, no me refiero a ese tipo de nombre. Me refiero al nombre que tú mismo le diste. ¿No le diste un nombre? ¿Puedo darle uno entonces? ¿Puedo llamarlo Bonny mientras esté aquí? Oh, ¡déjame!"

"Dios mío, no me importa. Pero, ¿qué sentido tiene ponerle nombre a un geranio?"

"Oh, me gusta que las cosas tengan asas aunque sólo sean geranios. Hace que parezcan más personas. ¿Cómo sabes que a un geranio le duele que le llamen geranio y nada más? A ti no te gustaría que te llamaran mujer todo el tiempo. Sí, lo llamaré Bonny. Esta mañana le puse ese nombre al cerezo que está frente a la ventana de mi habitación. Lo llamé Reina de las Nieves porque era muy blanco. Por supuesto, no siempre estará en flor, pero uno puede imaginar que lo está, ¿no?"

"Nunca en mi vida vi ni oí nada que se le pareciera", murmuró Marilla, retrocediendo por el sótano tras las patatas. "Es interesante, como dice Matthew. Ya siento que me estoy preguntando qué diablos dirá a continuación. También me hechizará a mí. Ya lo hizo con Matthew. La mirada que me echó cuando salió repite todo lo que dijo o insinuó anoche. Ojalá fuera como otros hombres y hablara las cosas. Un cuerpo podría responder entonces y hacerle entrar en razón. Pero, ¿qué se puede hacer con un hombre que sólo mira?".

Ana se había sumido en un ensueño, con la barbilla entre las manos y los ojos fijos en el cielo, cuando Marilla regresó de su peregrinación al sótano. Allí la dejó Marilla hasta que la cena temprana estuvo en la mesa.

"Supongo que puedo quedarme con la yegua y la calesa esta tarde, Matthew", dijo Marilla.

Matthew asintió y miró con nostalgia a Ana. Marilla interceptó la mirada y dijo sombríamente:

"Voy a ir a White Sands a arreglar este asunto. Llevaré a Ana conmigo y la señora Spencer probablemente hará los arreglos necesarios para enviarla de vuelta a Nueva Escocia de inmediato. Te prepararé el té y llegaré a casa a tiempo para ordeñar las vacas".

Pero Matthew no dijo nada y Marilla tuvo la sensación de haber malgastado palabras y aliento. No hay nada más irritante que un hombre que no contesta, a menos que sea una mujer la que no contesta.

Matthew enganchó el alazán en la calesa a su debido tiempo y Marilla y Ana se pusieron en marcha. Matthew les abrió la verja del patio y, mientras pasaban lentamente, dijo, al parecer a nadie en particular:

"El pequeño Jerry Buote, del Creek, estuvo aquí esta mañana, y le dije que suponía que lo contrataría para el verano".

Marilla no contestó, pero dio a la desafortunada alazana un golpe tan fuerte con el látigo que la gorda yegua, poco acostumbrada a semejante trato, zumbó indignada por el sendero a un ritmo alarmante. Marilla miró hacia atrás una vez mientras la calesa avanzaba y vio al molesto Matthew inclinado sobre la verja, mirándolos con nostalgia.

CAPÍTULO V: LA HISTORIA DE ANA

"Sabes -dijo Ana confidencialmente-, me he propuesto disfrutar de este viaje. Según mi experiencia, casi siempre se puede disfrutar de las cosas si uno se lo propone firmemente. Claro que hay que decidirse firmemente. No voy a pensar en volver al manicomio mientras conducimos. Sólo voy a pensar en el viaje. ¡Oh, mira, ha salido una pequeña rosa silvestre! ¿No es preciosa? ¿No crees que debe estar contenta de ser una rosa? ¿No estaría bien que las rosas hablaran? Seguro que nos contarían cosas preciosas. ¿Y no es el rosa el color más encantador del mundo? Me encanta, pero no puedo ponérmelo. Las personas pelirrojas no pueden usar rosa, ni siquiera en la imaginación. ¿Has conocido a alguien que de joven fuera pelirroja y de mayor tuviera el pelo de otro color?"

"No, no sé si alguna vez", dijo Marilla sin piedad, "y tampoco me parece probable que ocurra en tu caso".

Ana suspiró.

"Bueno, esa es otra esperanza perdida. Mi vida es un perfecto cementerio de esperanzas enterradas. Es una frase que leí una vez en un libro, y la repito para consolarme cada vez que me decepciona algo."

"Yo misma no veo dónde está el consuelo", dijo Marilla.

"Porque suena muy bonito y romántico, como si yo fuera la heroína de un libro. Me gustan mucho las cosas románticas, y un cementerio lleno de es-

peranzas enterradas es lo más romántico que se puede imaginar, ¿verdad? Me alegro de tener uno. ¿Vamos a cruzar el Lago de las Aguas Brillantes hoy?"

"No vamos a cruzar el estanque de Barry, si es a eso a lo que te refieres con tu Lago de las Aguas Brillantes. Vamos por el camino de la costa".

"El camino de la costa suena bien", dijo Ana soñadoramente. "¿Es tan bonito como suena? En cuanto has dicho "camino de la costa" me lo he imaginado, ¡así de rápido! Y Arenas Blancas también es un nombre bonito; pero no me gusta tanto como Avonlea. Avonlea es un nombre precioso. Suena a música. ¿A qué distancia está White Sands?"

"Son cinco millas; y ya que evidentemente estás empeñada en hablar, podrías hablar con algún propósito contándome lo que sabes de ti misma".

"Oh, lo que sé de mí no vale la pena contarlo", dijo Ana con impaciencia. "Si me dejaras contarte lo que imagino de mí, te parecería mucho más interesante.

"No, no quiero ninguna de tus imaginaciones. Límitate a los hechos. Empieza por el principio. ¿Dónde naciste y cuántos años tienes?"

"El pasado mes de marzo cumplí once años", dijo Ana, resignándose a los hechos con un pequeño suspiro. "Y nací en Bolingbroke, Nueva Escocia. Mi padre se llamaba Walter Shirley, y era profesor en el instituto de Bolingbroke. Mi madre se llamaba Bertha Shirley. ¿No son Walter y Bertha unos nombres preciosos? Me alegro de que mis padres tuvieran nombres bonitos. Sería una verdadera desgracia tener un padre llamado... bueno, digamos Jedediah, ¿no?"

"Supongo que no importa cómo se llame una persona mientras se comporte", dijo Marilla, sintiéndose llamada a inculcar una buena y útil moraleja.

"Pues no lo sé". Ana se quedó pensativa. "Una vez leí en un libro que una rosa con otro nombre olería igual de dulce, pero nunca he podido creerlo. No creo que una rosa fuera tan agradable si se llamara cardo o col zorrillo. Supongo que mi padre podría haber sido un buen hombre aunque se hubiera llamado Jedediah; pero estoy segura de que habría sido una cruz. Bueno, mi madre también fue profesora en el instituto, pero cuando se casó con padre dejó la enseñanza, claro. Un marido era suficiente responsabilidad. La seño-

ra Thomas decía que eran un par de bebés y tan pobres como ratones de iglesia. Se fueron a vivir a una casita amarilla en Bolingbroke. Nunca he visto esa casa, pero me la he imaginado miles de veces. Creo que debe haber tenido madreselva sobre la ventana del salón y lilas en el patio delantero y lirios del valle justo dentro de la puerta. Sí, y cortinas de muselina en todas las ventanas. Las cortinas de muselina le dan a una casa ese aire. Yo nací en esa casa. La Sra. Thomas dijo que yo era el bebé más hogareño que había visto, era tan escuálido y diminuto y no tenía más que ojos, pero esa madre pensaba que era perfectamente hermoso. Creo que una madre puede juzgar mejor que una pobre mujer que viene a fregar, ¿no? De todos modos, me alegro de que estuviera satisfecha conmigo; me sentiría muy triste si pensara que la decepcioné, porque no vivió mucho después de aquello. Murió de fiebre cuando yo sólo tenía tres meses. Ojalá hubiera vivido lo suficiente para acordarme de llamarla madre. Creo que sería muy dulce decir "madre", ¿no? Y padre también murió cuatro días después de fiebre. Eso me dejó huérfana y la gente no sabía qué hacer conmigo. Ya ves, nadie me quería incluso entonces. Parece ser mi destino. Padre y madre habían venido de lugares muy lejanos y era bien sabido que no tenían parientes vivos. Finalmente la Sra. Thomas dijo que me aceptaría, aunque era pobre y tenía un marido borracho. Me trajo a mano. ¿Sabe usted si hay algo en ser criado a mano que haga que la gente que se cría así sea mejor que otra gente? Porque cada vez que me portaba mal, la señora Thomas me preguntaba cómo podía ser tan mala si me había criado a mano, como si me reprochara algo.

"El señor y la señora Thomas se mudaron de Bolingbroke a Marysville, y yo viví con ellos hasta los ocho años. Ayudé a cuidar a los hijos de los Thomas -había cuatro menores que yo- y puedo decir que necesitaron muchos cuidados. Entonces el Sr. Thomas murió al caer bajo un tren y su madre se ofreció a acoger a la Sra. Thomas y a los niños, pero ella no me quiso. La Sra. Thomas no sabía qué hacer conmigo. Entonces, la señora Hammond, que vivía río arriba, vino y dijo que me aceptaría, ya que yo era buena con los niños, y me fui río arriba a vivir con ella en un pequeño claro entre los tocones. Era un lugar muy solitario. Estoy segura de que nunca habría podido vivir allí si no hubiera tenido imaginación. El Sr. Hammond trabajaba en un pequeño aserradero y la Sra. Hammond tuvo ocho hijos. Tuvo gemelos tres veces. Me gustan los bebés con moderación, pero gemelos tres veces seguidas es demasiado. Se lo dije firmemente a la Sra. Hammond cuando vino el último par. Me cansaba tanto cargarlos.

"Viví río arriba con la Sra. Hammond más de dos años, y luego el Sr. Hammond murió y la Sra. Hammond se separó de la casa. Dividió a sus hijos entre sus parientes y se fue a Estados Unidos. Tuve que ir al asilo de Hopeton, porque nadie quería acogerme. Tampoco me querían en el asilo; decían que ya estaban superpoblados. Pero tuvieron que llevarme y estuve allí cuatro meses, hasta que llegó la señora Spencer".

Ana terminó con otro suspiro, de alivio esta vez. Evidentemente no le gustaba hablar de sus experiencias en un mundo que no la había querido.

"¿Fuiste alguna vez a la escuela?", preguntó Marilla, haciendo girar la yegua alazana por el camino de la orilla.

"No mucho. Fui un poco el último año que me quedé con la señora Thomas. Cuando fui río arriba estábamos tan lejos de una escuela que no podía ir andando en invierno y había vacaciones en verano, así que sólo podía ir en primavera y otoño. Pero, por supuesto, fui mientras estuve en el manicomio. Sé leer bastante bien y me sé de memoria muchos poemas: "La batalla de Hohenlinden", "Edimburgo después de Flodden", "Bingen a orillas del Rin", "La dama del lago" y la mayor parte de "Las estaciones", de James Thompson. ¿No te encanta la poesía que te da una sensación de arruga en la espalda? Hay un fragmento en el Quinto Lector, "La caída de Polonia", que está lleno de emoción. Por supuesto, yo no estaba en el Quinto Lector, sólo estaba en el Cuarto, pero las chicas mayores solían prestarme los suyos para que los leyera".

"¿Eran buenas contigo aquellas mujeres -la señora Thomas y la señora Hammond-?", preguntó Marilla, mirando a Ana con el rabillo del ojo.

"O-o-o-h", titubeó Ana. Su carita sensible se puso de pronto colorada y la vergüenza se le agolpó en la frente. "Oh, querían ser... sé que querían ser lo más buenos y amables posible. Y cuando la gente tiene la intención de ser buena contigo, no te importa mucho cuando no lo son del todo... siempre. Tenían mucho de qué preocuparse. Es muy duro tener un marido borracho, ya ves; y debe ser muy duro tener gemelos tres veces seguidas, ¿no crees? Pero estoy segura de que querían ser buenos conmigo".

Marilla no hizo más preguntas. Ana se entregó a un silencioso embeleso por el camino de la orilla y Marilla guió a la alazana con aire abstraído mientras reflexionaba profundamente. La compasión se agitó de pronto en

su corazón por la niña. Qué vida de hambre y falta de amor había tenido, una vida de trabajo penoso, pobreza y abandono; porque Marilla era lo bastante sagaz como para leer entre líneas la historia de Ana y adivinar la verdad. No era de extrañar que se hubiera alegrado tanto ante la perspectiva de un verdadero hogar. Era una lástima que tuvieran que enviarla de vuelta. ¿Y si ella, Marilla, consentía el inexplicable capricho de Matthew y la dejaba quedarse? Él estaba empeñado en ello; y la niña parecía una cosita agradable y enseñable.

"Tiene mucho que decir", pensó Marilla, "pero se la puede educar para que no lo haga. Y no hay nada grosero o vulgar en lo que dice. Es una dama. Es probable que su gente fuera buena gente".

El camino de la costa era "boscoso, salvaje y solitario". A la derecha crecían densos matorrales de abetos, con el espíritu intacto tras largos años de lucha contra los vientos del golfo. A la izquierda estaban los escarpados acantilados de arenisca roja, tan cerca de la pista en algunos tramos que una yegua menos firme que la alazana podría haber puesto a prueba los nervios de la gente que iba detrás de ella. Abajo, en la base de los acantilados, había montones de rocas desgastadas por el oleaje o pequeñas calas arenosas con incrustaciones de guijarros como joyas del océano; más allá estaba el mar, brillante y azul, y sobre él se elevaban las gaviotas, con sus piñones centelleando plateados a la luz del sol.

"¿No es maravilloso el mar?", dijo Ana, despertando de un largo silencio. "Una vez, cuando vivía en Marysville, el señor Thomas alquiló un expreso y nos llevó a todos a pasar el día a la orilla del mar, a quince kilómetros de allí. Disfruté cada momento de aquel día, aunque tuviera que cuidar de los niños todo el tiempo. Lo viví en felices sueños durante años. Pero esta orilla es más bonita que la de Marysville. ¿No son espléndidas esas gaviotas? ¿Te gustaría ser una gaviota? Creo que sí, si no pudiera ser una chica humana. ¿No crees que sería bonito despertarse al amanecer y descender en picado sobre el agua y volar por encima de ese precioso azul todo el día; y luego, por la noche, volver volando al nido? Me imagino haciéndolo. ¿Qué casa grande es esa de ahí delante, por favor?"

"Es el hotel White Sands. Lo regenta el Sr. Kirke, pero aún no ha empezado la temporada. Hay montones de americanos que vienen allí a pasar el verano. Piensan que esta costa está muy bien".

"Temía que fuera la casa de la señora Spencer", dijo Ana con tristeza.
"No quiero llegar allí. De alguna manera, me parecerá el fin de todo".

CAPÍTULO VI: MARILLA SE DECIDE

Sin embargo, llegaron a tiempo. La señora Spencer vivía en una gran casa amarilla en White Sands Cove, y llegó a la puerta con sorpresa y bienvenida mezcladas en su rostro benevolente.

"Queridos, queridos", exclamó, "sois los últimos a quienes buscaba hoy, pero me alegro mucho de veros. ¿Vas a subir tu caballo? ¿Y cómo estás tú, Ana?"

"Estoy todo lo bien que se puede esperar, gracias. Un malestar parecía haber descendido sobre ella.

"Supongo que nos quedaremos un rato para que descanse la yegua -dijo Marilla-, pero le prometí a Matthew que volvería pronto a casa. El hecho es, señora Spencer, que ha habido un extraño error en alguna parte, y he venido a ver dónde está. Enviamos un mensaje, Matthew y yo, para que nos trajeras un chico del asilo. Le dijimos a tu hermano Robert que te dijera que queríamos un niño de diez u once años".

"¡Marilla Cuthbert, no digas eso!" dijo la Sra. Spencer angustiada. "Pues Robert se lo hizo saber a través de su hija Nancy y ella le dijo que querías una niña, ¿verdad, Flora Jane?", apelando a su hija que había salido a la escalera.

"Desde luego que sí, señorita Cuthbert", corroboró Flora Jane con seriedad.

"Lo siento muchísimo", dijo la señora Spencer. "Es una lástima, pero desde luego no fue culpa mía, señorita Cuthbert. Lo hice lo mejor que pude y pensé que seguía sus instrucciones. Nancy es muy caprichosa. A menudo he tenido que regañarla bien por su imprudencia".

"Fue culpa nuestra", dijo Marilla con resignación. "Deberíamos haber acudido a ti nosotras mismas y no dejar que un mensaje importante se transmitiera de boca en boca de esa manera. De todos modos, el error ya se ha cometido y lo único que podemos hacer ahora es enmendarlo. ¿Podemos enviar a la niña de vuelta al asilo? Supongo que la aceptarán, ¿no?".

"Supongo que sí", dijo pensativa la señora Spencer, "pero no creo que sea necesario devolverla". La señora Peter Blewett estuvo aquí ayer, y me decía lo mucho que deseaba haber enviado por mí a una niña para que la ayudara. La Sra. Peter tiene una familia numerosa y le resulta difícil conseguir ayuda. Ana será la niña ideal para ella. Lo llamo positivamente providencial".

Marilla no parecía pensar que la Providencia tuviera mucho que ver con el asunto. Se le presentaba una oportunidad inesperada de quitarse de encima a aquella huérfana inoportuna, y ni siquiera se sentía agradecida por ello.

Conocía a la señora de Peter Blewett sólo de vista, como una mujer pequeña, con cara de arpía y sin un gramo de carne superflua en los huesos. Pero había oído hablar de ella. Se decía que la señora Peter era "una trabajadora y una conductora terrible", y las criadas dadas de alta contaban historias espantosas sobre su carácter y su tacañería, y sobre su familia de niños traviesos y pendencieros. Marilla sintió un remordimiento de conciencia al pensar en entregar a Ana a su tierna merced.

"Bueno, entraré y hablaremos del asunto", dijo.

"Y si la señora Peter no viene por el camino en este instante!", exclamó la señora Spencer, haciendo pasar a sus invitados a través del vestíbulo hasta el salón, donde un frío mortal los golpeó como si el aire hubiera estado tanto tiempo colado a través de persianas verdes oscuras y bien cerradas, que hubiera perdido toda partícula de calor que alguna vez poseyera. "Es una verdadera suerte, porque podemos arreglar el asunto de inmediato. Tome el sillón, señorita Cuthbert. Ana, siéntate aquí en la otomana y no te retuerzas. Déjenme tomar sus sombreros. Flora Jane, sal y pon la tetera.

Buenas tardes, Sra. Blewett. Estábamos hablando de la suerte que tuvo de venir. Permítanme presentarles a las dos damas. Sra. Blewett, Srta. Cuthbert. Por favor, discúlpenme un momento. Olvidé decirle a Flora Jane que sacara los bollos del horno".

La Sra. Spencer se alejó, después de subir las persianas. Ana, sentada mudamente en la otomana, con las manos apretadas en el regazo, miraba fascinada a la señora Blewett. ¿Iba a ser entregada a esta mujer de rostro y ojos penetrantes? Sintió que se le hacía un nudo en la garganta y le dolían los ojos. Empezaba a temer no poder contener las lágrimas cuando la señora Spencer regresó, sonrojada y radiante, capaz de tomar en consideración cualquier dificultad, física, mental o espiritual, y resolverla de inmediato.

"Parece que ha habido un error con esta niña, señora Blewett", dijo. "Tenía la impresión de que el señor y la señorita Cuthbert querían una niña para adoptar. Eso me dijeron. Pero parece que querían un niño. Así que si siguen pensando lo mismo que ayer, creo que ella será justo lo que necesitan".

La señora Blewett recorrió a Ana con la mirada de pies a cabeza.

"¿Cuántos años tienes y cómo te llamas?"

"Ana Shirley", titubeó la niña, que se encogía de hombros, sin atreverse a estipular la ortografía, "y tengo once años".

"¡Humph! No parece que tengas mucho. Pero eres enjuto. No sé, pero los enjutos son los mejores después de todo. Bueno, si te acepto tendrás que ser una buena chica, ya sabes, buena, inteligente y respetuosa. Espero que te ganes tu sustento, y no te equivoques. Sí, supongo que podría quitársela de las manos, Srta. Cuthbert. El bebé es muy díscolo y estoy agotada de atenderlo. Si quiere, puedo llevármela a casa ahora mismo".

Marilla miró a Ana y se ablandó al ver el pálido rostro de la niña con su expresión de muda miseria, la miseria de una criaturita indefensa que se encuentra una vez más atrapada en la trampa de la que había escapado. Marilla sintió la incómoda convicción de que, si negaba la atracción de aquella mirada, la perseguiría hasta el día de su muerte. Además, no le gustaba la señora Blewett. Entregar a una niña tan sensible y nerviosa a semejante mujer. No, no podía asumir la responsabilidad de hacer eso.

"Bueno, no lo sé", dijo lentamente. "No he dicho que Matthew y yo hayamos decidido que no nos quedaremos con ella. De hecho, puedo decir que

Matthew está dispuesto a quedársela. Sólo vine a averiguar cómo se había producido el error. Creo que será mejor que me la lleve a casa y lo hable con Matthew. Creo que no debería decidir nada sin consultarlo con él. Si decidimos no quedárnosla, te la llevaremos o te la enviaremos mañana por la noche. Si no, sepa que se quedará con nosotros. ¿Le parece bien, Sra. Blewett?"

"Supongo que tendrá que ser así", dijo la Sra. Blewett sin gracia.

Durante el discurso de Marilla había ido amaneciendo en el rostro de Ana. Primero se desvaneció la expresión de desesperación; luego vino un débil rubor de esperanza; sus ojos se volvieron profundos y brillantes como estrellas matutinas. La niña se transfiguró y, un momento después, cuando la señora Spencer y la señora Blewett salieron en busca de una receta que esta última había venido a pedir prestada, se levantó de un salto y voló por la habitación hacia Marilla.

"Oh, señorita Cuthbert, ¿realmente dijo que tal vez me dejaría quedarme en Tejas Verdes?" dijo, en un susurro sin aliento, como si hablar en voz alta pudiera echar por tierra la gloriosa posibilidad. "¿Realmente lo dijiste? ¿O sólo me lo imaginaba?"

"Creo que será mejor que aprendas a controlar esa imaginación tuya, Ana, si no puedes distinguir entre lo que es real y lo que no lo es -dijo Marilla malhumorada-. "Sí, me has oído decir eso y nada más. Aún no está decidido y tal vez decidamos que sea la señora Blewett quien te lleve. Ella ciertamente te necesita mucho más que yo".

"Prefiero volver al manicomio que irme a vivir con ella", dijo Ana apasionadamente. "Se parece exactamente a un gimlet".

Marilla ahogó una sonrisa bajo la convicción de que Ana debía ser reprendida por semejante discurso.

"Una chiquilla como tú debería avergonzarse de hablar así de una dama y de una desconocida", dijo severamente. "Vuelve y siéntate tranquilamente y contén tu lengua y compórtate como debe hacerlo una buena chica".

"Trataré de hacer y ser todo lo que usted quiera de mí, si tan sólo me retiene", dijo Ana, volviendo dócilmente a su otomana.

Aquella tarde, cuando regresaron a Tejas Verdes, Matthew les salió al encuentro en el camino. Marilla, desde lejos, lo había visto merodear por él y adivinó su motivo. Estaba preparada para el alivio que leyó en su rostro cuando vio que al menos había traído a Ana con ella. Pero no le dijo nada sobre el asunto hasta que ambos estuvieron en el patio, detrás del establo, ordeñando las vacas. Entonces le contó brevemente la historia de Ana y el resultado de la entrevista con la señora Spencer.

"No le daría ni un perro que me gustara a esa mujer Blewett", dijo Matthew con inusitado brío.

"A mí tampoco me gusta su estilo -admitió Marilla-, pero es eso o quedárnosla nosotros, Matthew. Y, ya que parece quererla, supongo que estoy dispuesta... o tengo que estarlo. He estado dándole vueltas a la idea hasta que me he acostumbrado a ella. Parece una especie de deber. Nunca he criado a un niño, especialmente a una niña, y me atrevo a decir que lo haré fatal. Pero haré lo que pueda. Por lo que a mí respecta, Matthew, puede quedarse".

La tímida cara de Matthew era un resplandor de placer.

"Bueno, supuse que llegarías a verlo desde esa perspectiva, Marilla", dijo. "Es una cosita tan interesante".

"Sería más interesante si pudieras decir que es una cosita útil", replicó Marilla, "pero me encargaré de que sea entrenada para serlo. Y ten en cuenta, Matthew, que no debes interferir en mis métodos. Tal vez una solterona no sepa mucho de criar a un niño, pero supongo que sabe más que un solterón. Así que déjame que me ocupe de ella. Cuando fracase, será el momento de que metas tu remo".

"Bueno, bueno, Marilla, puedes salirte con la tuya", dijo Matthew tranquilizadamente. "Sé todo lo buena y amable que puedas con ella sin malcriarla. Creo que es de esas con las que puedes hacer cualquier cosa si consigues que te quiera".

Marilla resopló para expresar su desprecio por las opiniones de Matthew sobre cualquier cosa femenina y se marchó a la lechería con los cubos.

"No le diré esta noche que puede quedarse", reflexionó, mientras colaba la leche en las jarras. "Estaría tan excitada que no pegaría ojo. Marilla Cuthbert, estás hecha un lío. ¿Alguna vez pensaste que verías el día en que adop-

tarías a una huérfana? Es bastante sorprendente; pero no tanto como que Matthew esté en el fondo del asunto, él que siempre pareció tener un miedo mortal a las niñas. De todos modos, hemos decidido el experimento y sólo Dios sabe lo que saldrá de él".

CAPÍTULO VII: ANA REZA SUS ORACIONES

Aquella noche, cuando Marilla llevó a Ana a la cama, le dijo rígidamente:

"Anoche noté que tirabas la ropa por el suelo cuando te la quitabas. Esa es una costumbre muy desordenada, y no puedo permitirla en absoluto. En cuanto te quites una prenda, dóblala bien y ponla en la silla. No me gustan nada las niñas que no son ordenadas".

"Anoche estaba tan aturdida que no pensé en mi ropa", dijo Ana. "Esta noche la doblaré bien. Siempre nos obligaban a hacerlo en el asilo. La mitad de las veces, sin embargo, me olvidaba, tenía tanta prisa por meterme en la cama tranquila e imaginarme cosas."

"Tendrás que recordar un poco mejor si te quedas aquí", amonestó Marilla. "Ya está, parece algo así. Reza tus oraciones ahora y métete en la cama".

"Yo nunca rezo ninguna oración", anunció Ana.

Marilla puso cara de horror.

"¿Por qué, Ana, qué quieres decir? ¿Nunca te han enseñado a rezar? Dios siempre quiere que las niñas recen. ¿No sabes quién es Dios, Ana?"

"Dios es un espíritu, infinito, eterno e inmutable, en su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad y verdad", respondió Ana con prontitud y

desparpajo.

Marilla pareció aliviada.

"Así que sabes algo, ¡menos mal! No eres una pagana. ¿Dónde aprendiste eso?"

"En la escuela dominical del asilo. Nos hicieron aprender todo el catecismo. Me gustó bastante. Hay algo espléndido en algunas palabras. Infinito, eterno e inmutable'. ¿No es grandioso? Suena como un gran órgano. Supongo que no podría llamarse poesía, pero se le parece mucho, ¿no?"

"No estamos hablando de poesía, Ana, estamos hablando de rezar tus oraciones. ¿No sabes que es una maldad terrible no rezar todas las noches? Me temo que eres una niña muy mala".

"Si fueras pelirroja, te sería más fácil ser mala que buena", dijo Ana con reproche. "La gente que no es pelirroja no sabe lo que son los problemas. La señora Thomas me dijo que Dios me había puesto el pelo rojo a propósito, y desde entonces nunca me ha importado. Y de todos modos siempre estaba demasiado cansada por la noche para molestarme en rezar. No se puede esperar que la gente que tiene que cuidar gemelos rece. ¿De verdad crees que pueden?"

Marilla decidió que la educación religiosa de Ana debía comenzar de inmediato. Era evidente que no había tiempo que perder.

"Debes rezar tus oraciones mientras estés bajo mi techo, Ana.

"Por supuesto, si tú quieres", asintió Ana alegremente. "Haría cualquier cosa por complacerte. Pero tendrás que decirme lo que tengo que decir por esta vez. Después de meterme en la cama me imaginaré una oración muy bonita para rezarla siempre. Creo que será muy interesante, ahora que lo pienso".

"Debes arrodillarte", dijo Marilla avergonzada.

Ana se arrodilló junto a las rodillas de Marilla y la miró con gravedad.

"¿Por qué tiene que arrodillarse la gente para rezar? Si realmente quisiera rezar, te diré lo que haría. Saldría a un gran campo sola o a un bosque muy, muy profundo, y miraría al cielo, arriba, arriba, arriba, a ese hermoso cielo

azul que parece no tener fin. Y entonces sentía una plegaria. Bueno, ya estoy listo. ¿Qué voy a decir?"

Marilla se sintió más avergonzada que nunca. Había pretendido enseñarle a Ana el clásico infantil: "Ahora me acuesto a dormir". Pero tenía, como ya te he dicho, un atisbo de sentido del humor, que no es más que otro nombre para el sentido de la conveniencia de las cosas; y de pronto se le ocurrió que aquella sencilla oración, sagrada para la infancia de túnica blanca que cecaba en las rodillas maternas, era totalmente inadecuada para esta pecosa bruja de niña que no sabía ni le importaba nada del amor de Dios, puesto que nunca se lo habían traducido por medio del amor humano.

"Ya eres mayorcita para rezar por ti misma, Ana", dijo finalmente. "Sólo da gracias a Dios por tus bendiciones y pídele humildemente las cosas que quieras".

"Haré lo que pueda", prometió Ana, hundiendo la cara en el regazo de Marilla. "Padre celestial, así lo dicen los ministros en la iglesia, así que supongo que está bien en una oración privada, ¿no?", intervino ella, levantando un momento la cabeza. "Padre celestial, te doy las gracias por la Vía Blanca de las Delicias, el Lago de las Aguas Brillantes, Bonny y la Reina de las Nieves. Te estoy sumamente agradecido por ellos. Y éstas son todas las bendiciones que se me ocurren para agradecerte. En cuanto a las cosas que deseo, son tan numerosas que me llevaría mucho tiempo nombrarlas todas, así que sólo mencionaré las dos más importantes. Por favor, déjame quedarme en Tejas Verdes; y por favor, déjame ser apuesto cuando crezca. Sin otro particular,

Atentamente.

Ana Shirley."

"Ya está, ¿lo he hecho bien?", preguntó ansiosa, levantándose. "Podría haberlo hecho mucho más florido si hubiera tenido un poco más de tiempo para pensarlo".

La pobre Marilla sólo se salvó del colapso total al recordar que no era irreverencia, sino simplemente ignorancia espiritual por parte de Ana la responsable de esta extraordinaria petición. Arrojó a la niña en la cama, jurando mentalmente que al día siguiente le enseñaría una oración, y salía de la habitación con la luz cuando Ana la llamó.

"Acabo de pensarlo. Debería haber dicho "amén" en lugar de "respetuosamente", ¿no es así? Lo había olvidado, pero pensé que una oración debía terminar de alguna manera, así que puse lo otro. ¿Crees que habrá alguna diferencia?"

"No creo que lo haga", dijo Marilla. "Duérmete ahora como una buena niña. Buenas noches."

"Puedo decir buenas noches esta noche con la conciencia tranquila", dijo Ana, acurrucándose lujosamente entre sus almohadas.

Marilla se retiró a la cocina, dejó la vela sobre la mesa y fulminó a Matthew con la mirada.

"Matthew Cuthbert, ya es hora de que alguien adopte a esa niña y le enseñe algo. Está al lado de una perfecta pagana. ¿Puedes creer que no ha rezado en su vida hasta esta noche? Mañana iré a la casa solariega y pediré prestada la serie Pío del Día, eso es lo que haré. E irá a la escuela dominical tan pronto como consiga ropa adecuada para ella. Preveo que tendré las manos llenas. Bueno, bueno, no podemos pasar por este mundo sin nuestra cuota de problemas. Hasta ahora he tenido una vida bastante fácil, pero por fin ha llegado mi hora y supongo que tendré que aprovecharla al máximo."

CAPÍTULO VIII: COMIENZA LA EDUCACIÓN DE ANA

Por razones que sólo ella conocía, Marilla no le dijo a Ana que iba a quedarse en Tejas Verdes hasta la tarde siguiente. Durante la mañana mantuvo a la niña ocupada en diversas tareas y la vigiló con ojo avizor mientras las realizaba. Al mediodía había llegado a la conclusión de que Ana era inteligente y obediente, dispuesta a trabajar y rápida para aprender; su defecto más grave parecía ser la tendencia a caer en ensoñaciones en medio de una tarea y olvidarse de ella hasta el momento en que una reprimenda o una catástrofe la devolvían bruscamente a la tierra.

Cuando Ana terminó de lavar los platos de la cena, se enfrentó de pronto a Marilla con el aire y la expresión de quien está desesperadamente decidida a enterarse de lo peor. Su pequeño y delgado cuerpo temblaba de pies a cabeza; su rostro se sonrojó y sus ojos se dilataron hasta casi ennegrecerse; apretó fuertemente las manos y dijo con voz suplicante:

"Oh, por favor, señorita Cuthbert, ¿no me dirá si va a echarme o no? He tratado de ser paciente toda la mañana, pero realmente siento que no puedo soportar no saberlo por más tiempo. Es una sensación horrible. Dímelo, por favor".

"No has escaldado el paño de cocina en agua caliente limpia como te dije que hicieras", dijo Marilla inamovible. "Ve y hazlo antes de hacer más preguntas, Ana".

Ana fue y se ocupó del paño. Luego volvió junto a Marilla y clavó en el rostro de ésta unos ojos implorantes.

"Bueno -dijo Marilla, incapaz de encontrar excusa alguna para aplazar más su explicación-, supongo que debo decírtelo. Matthew y yo hemos decidido quedarnos contigo, si te portas bien y te muestras agradecida. Pero, niña, ¿qué te pasa?" .

"Estoy llorando", dijo Ana en tono de desconcierto. "No sé por qué. Estoy muy contenta. Alegría no parece la palabra adecuada. Me alegré de la Vía Blanca y de los cerezos en flor, ¡pero esto! Oh, es algo más que alegría. Soy tan feliz. Intentaré ser tan buena. Será un trabajo duro, supongo, porque la Sra. Thomas me ha dicho a menudo que soy desesperadamente mala. Sin embargo, lo haré lo mejor que pueda. Pero, ¿puedes decirme por qué lloro?" .

"Supongo que es porque estás excitada y nerviosa", dijo Marilla con desaprobación. "Siéntate en esa silla y trata de calmarte. Me temo que lloráis y reís con demasiada facilidad. Sí, podéis quedaros aquí y trataremos de hacerlos bien. Debes ir a la escuela; pero sólo faltan quince días para las vacaciones, así que no vale la pena que empieces antes de que se abran de nuevo en septiembre."

"¿Cómo debo llamarte?", preguntó Ana. "¿Debo decir siempre señorita Cuthbert? ¿Puedo llamarte tía Marilla?" .

"No; me llamarás Marilla a secas. No estoy acostumbrada a que me llamen señorita Cuthbert y me pondría nerviosa".

"Suena terriblemente irrespetuoso decir simplemente Marilla", protestó Ana.

"Supongo que no habrá nada irrespetuoso en ello si tienes cuidado de hablar con respeto. Todos, jóvenes y viejos, en Avonlea me llaman Marilla excepto el ministro. Él dice señorita Cuthbert... cuando se le ocurre".

"Me encantaría llamarte tía Marilla", dijo Ana con nostalgia. "Nunca he tenido una tía ni pariente alguno, ni siquiera una abuela. Me haría sentir como si realmente te perteneciera. ¿No puedo llamarte tía Marilla?" .

"No. No soy tu tía y no creo en llamar a la gente con nombres que no les pertenecen" .

"Pero podríamos imaginar que eres mi tía".

"No podría", dijo Marilla malhumorada.

"¿Nunca imaginas cosas diferentes de lo que son en realidad?" preguntó Ana con los ojos muy abiertos.

"No."

"¡Oh!" Ana soltó un largo suspiro. "¡Oh, señorita Marilla, cuánto se pierde!".

"No creo en imaginar cosas diferentes de lo que son en realidad", replicó Marilla. "Cuando el Señor nos pone en ciertas circunstancias no pretende que las imaginemos. Y eso me recuerda. Ve al salón, Ana -asegúrate de tener los pies limpios y de que no entren moscas-, y tráeme la tarjeta ilustrada que está sobre la repisa de la chimenea. En ella está el Padrenuestro y esta tarde dedicarás tu tiempo libre a aprendértelo de memoria. Se acabaron los rezos como los que oí anoche".

"Supongo que fui muy torpe -dijo Ana disculpándose-, pero es que nunca había tenido práctica. No se puede esperar que una persona rece muy bien la primera vez que lo intenta, ¿verdad? Después de acostarme, tal como te había prometido, preparé una oración espléndida. Era casi tan larga como la de un pastor y tan poética. Pero, ¿puedes creerlo? No podía recordar ni una palabra cuando me desperté esta mañana. Y me temo que nunca seré capaz de pensar en otra tan buena. De alguna manera, las cosas nunca son tan buenas cuando se piensan por segunda vez. ¿Lo has notado alguna vez?"

"Aquí hay algo para que notes, Ana. Cuando te digo que hagas algo, quiero que me obedezcas de inmediato y que no te quedes quieta discutiendo. Ve y haz lo que te digo".

Ana se dirigió al salón, al otro lado del vestíbulo, y no regresó. Después de esperar diez minutos, Marilla dejó de tejer y marchó tras ella con expresión adusta. Encontró a Ana inmóvil ante un cuadro colgado en la pared entre las dos ventanas, con las manos juntas detrás de ella, el rostro levantado y los ojos llenos de sueños. La luz blanca y verde que se filtraba a través de los manzanos y las enredaderas del exterior, caía sobre la pequeña figura extasiada con un resplandor medio sobrenatural.

"Ana, ¿en qué estás pensando?", preguntó Marilla bruscamente.

Ana volvió en sí con un sobresalto.

"En esto -dijo, señalando el cuadro -un cromo bastante vivo titulado "Cristo bendiciendo a los niñitos"-, y me estaba imaginando que yo era una de ellos, que yo era la niñita del vestido azul, de pie, sola en un rincón, como si no perteneciera a nadie, como yo. Parece solitaria y triste, ¿no crees? Supongo que no tenía padre ni madre propios. Pero ella también quería ser bendecida, así que se escabulló tímidamente entre la multitud, esperando que nadie se fijara en ella, excepto Él. Estoy segura de que sé cómo se sintió. Su corazón debió de palpar y sus manos se enfriaron, como las mías cuando te pregunté si podía quedarme. Temía que Él no se diera cuenta. Pero es probable que lo hiciera, ¿no crees? He tratado de imaginármelo todo: ella acercándose cada vez un poco más, hasta que estuvo muy cerca de Él; y entonces Él la miraría y le pondría la mano en el pelo, y ¡oh, qué emoción de alegría la invadiría! Pero me gustaría que el artista no lo hubiera pintado tan apenado. Todos sus cuadros son así, si te has fijado. Pero no creo que tuviera realmente un aspecto tan triste, o los niños le habrían tenido miedo".

"Ana -dijo Marilla, preguntándose por qué no había soltado ese discurso mucho antes-, no deberías hablar así. Es irreverente, francamente irreverente".

Los ojos de Ana se maravillaron.

"Vaya, me sentí tan reverente como podía ser. Estoy segura de que no quería ser irreverente".

"Bueno, supongo que no, pero no suena bien hablar tan familiarmente de esas cosas. Y otra cosa, Ana, cuando te mande a buscar algo tienes que traerlo de inmediato y no ponerte a suspirar e imaginar antes de las fotos. Recuérdalo. Toma esa tarjeta y ven a la cocina. Ahora, siéntate en un rincón y apréndete de memoria esa oración".

Ana colocó la tarjeta sobre la jarra llena de flores de manzano que había traído para decorar la mesa -Marilla había mirado con recelo aquel adorno, pero no había dicho nada-, apoyó la barbilla en las manos y se dedicó a estudiarla atentamente durante varios minutos silenciosos.

"Me gusta", anunció al fin. "Es precioso. Ya lo había oído antes; una vez se lo oí decir al director de la escuela dominical del asilo. Pero entonces no

me gustó. Tenía una voz tan quebrada y la rezaba con tanta tristeza. Estaba segura de que pensaba que rezar era un deber desagradable. Esto no es poesía, pero me hace sentir igual que la poesía. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre'. Es como una línea de música. Oh, estoy tan contenta de que haya pensado en hacerme aprender esto, Srta. Marilla."

"Pues apréndetelo y cállate la boca", dijo Marilla brevemente.

Ana inclinó el jarrón de flores de manzano lo bastante cerca para dar un suave beso a un capullo rosado, y luego estudió diligentemente durante unos instantes más.

"Marilla -preguntó-, ¿crees que alguna vez tendré una amiga íntima en Avonlea?"

"¿Qué clase de amiga?"

"Una amiga íntima, ya sabes, un alma gemela a la que pueda confiar lo más íntimo de mi alma. He soñado con conocerla toda mi vida. Nunca supe que lo haría, pero tantos de mis sueños más hermosos se han hecho realidad de golpe que quizá éste también lo haga. ¿Crees que es posible?"

"Diana Barry vive en Orchard Slope y tiene más o menos tu edad. Es una niña muy simpática y tal vez sea una compañera de juegos para ti cuando vuelva a casa. Ahora está visitando a su tía en Carmody. Pero tendrás que tener cuidado con tu comportamiento. La Sra. Barry es una mujer muy particular. No dejará que Diana juegue con ninguna niña que no sea amable y buena".

Ana miró a Marilla a través de los manzanos en flor, con los ojos brillantes de interés.

"¿Cómo es Diana? No tiene el pelo rojo, ¿verdad? Oh, espero que no. Ya es bastante malo ser pelirroja, pero no podría soportarlo en una amiga íntima".

"Diana es una niña muy bonita. Tiene los ojos y el pelo negros y las mejillas sonrosadas. Y es buena e inteligente, lo cual es mejor que ser bonita".

Marilla era tan aficionada a la moraleja como la Duquesa en el País de las Maravillas, y estaba firmemente convencida de que había que añadir una a cada observación que se hacía a una niña que estaba siendo educada.

Pero Ana se desentendió de la moraleja y se fijó únicamente en las deliciosas posibilidades que se le presentaban.

"Me alegro mucho de que sea guapa. Además de ser bella -y eso es imposible en mi caso-, lo mejor sería tener una amiga hermosa. Cuando vivía con la Sra. Thomas, ella tenía una estantería con puertas de cristal en el salón. No había libros en ella; la señora Thomas guardaba allí su mejor vajilla y sus conservas, cuando tenía conservas que guardar. Una de las puertas estaba rota. El señor Thomas la rompió una noche que estaba un poco borracho. Pero la otra estaba entera y yo solía fingir que mi reflejo en ella era otra niña que vivía allí. La llamaba Katie Maurice, y éramos muy íntimas. Solía hablar con ella por horas, sobre todo los domingos, y contárselo todo. Katie era el consuelo de mi vida. Solíamos fingir que la librería estaba encantada y que si yo conociera el hechizo podría abrir la puerta y entrar en la habitación donde vivía Katie Maurice, en vez de en los estantes de conservas y porcelana de la señora Thomas. Y entonces Katie Maurice me habría cogido de la mano y me habría llevado a un lugar maravilloso, lleno de flores, sol y hadas, y habríamos vivido allí felices para siempre. Cuando me fui a vivir con la Sra. Hammond, me rompió el corazón dejar a Katie Maurice. Ella también lo sintió terriblemente, lo sé, porque lloraba cuando me dio el beso de despedida a través de la puerta de la librería. No había librería en casa de la Sra. Hammond. Pero un poco más arriba del río, a poca distancia de la casa, había un vallecito largo y verde, y allí vivía el eco más hermoso. Se hacía eco de cada palabra que decías, aunque no hablaras muy alto. Así que imaginé que era una niña llamada Violetta y que éramos grandes amigas y que la quería casi tanto como a Katie Maurice; no tanto, pero casi, ya sabes. La noche antes de ir al manicomio me despedí de Violetta, y oh, su despedida me llegó en tonos tan tristes, tan tristes. Me había encariñado tanto con ella que no me atrevía a imaginar una amiga íntima en el manicomio, aunque allí hubiera lugar para la imaginación."

"Creo que es mejor que no lo hubiera", dijo Marilla secamente. "No apruebo esas cosas. Parece que te crees a medias tus propias imaginaciones. Te vendrá bien tener una amiga de verdad que te quite esas tonterías de la cabeza. Pero no dejes que la Sra. Barry te oiga hablar de tus Katie Maurices y tus Violettas o pensará que cuentas cuentos".

"Oh, no lo haré. No podría hablar de ellas a todo el mundo; sus recuerdos son demasiado sagrados para eso. Pero pensé que me gustaría que las cono-

cieras. Oh, mira, aquí hay una gran abeja saliendo de una flor de manzano. ¡Piensa en lo encantador que es vivir en una flor de manzano! Imagínate ir a dormir en ella cuando el viento la mece. Si no fuera humana, me gustaría ser abeja y vivir entre las flores".

"Ayer querías ser gaviota", resopló Marilla. "Creo que eres muy inconstante. Te dije que aprendieras esa oración y no hablaras. Pero parece imposible que dejes de hablar si tienes a alguien que te escuche. Así que sube a tu cuarto y apréndetela".

"Oh, ya me la sé casi toda, excepto la última línea."

"Bueno, no importa, haz lo que te digo. Ve a tu cuarto y termina de aprendértela bien, y quédate allí hasta que te llame para que me ayudes a tomar el té."

"¿Puedo llevarme las flores de manzano para que me hagan compañía?", suplicó Ana.

"No; no querrás que tu habitación se llene de flores. Deberías haberlas dejado en el árbol".

"Yo también me sentí un poco así", dijo Ana. "Sentía que no debía acortar sus hermosas vidas cogiéndolas; yo no querría que me cogieran si fuera una flor de manzano. Pero la tentación era irresistible. ¿Qué haces cuando te encuentras con una tentación irresistible?"

"Ana, ¿me has oído decir que te vayas a tu habitación?"

Ana suspiró, se retiró al hastial oriental y se sentó en una silla junto a la ventana.

"Ya está: me sé esta oración. Aprendí la última frase subiendo las escaleras. Ahora voy a imaginar cosas en esta habitación para que se queden siempre imaginadas. El suelo está cubierto de una alfombra de terciopelo blanco con rosas rosas por todas partes y hay cortinas de seda rosa en las ventanas. Las paredes están decoradas con tapices brocados en oro y plata. Los muebles son de caoba. Nunca he visto caoba, pero suena muy lujoso. Hay un sofá repleto de preciosos cojines de seda, rosas, azules, carmesíes y dorados, y yo estoy cómodamente recostada en él. Veo mi reflejo en el espléndido espejo que cuelga de la pared. Soy alta y regia, con un vestido de encaje blanco, una cruz de perlas en el pecho y perlas en el pelo. Tengo el

pelo oscuro como la medianoche y la piel de una clara palidez marfil. Me llamo Lady Cordelia Fitzgerald. No, no lo es; no puedo hacer que parezca real".

Se acercó bailando al pequeño espejo y se asomó a él. Su rostro puntiagudo y pecoso y sus solemnes ojos grises le devolvieron la mirada.

"Sólo eres Ana de las Tejas Verdes -dijo con seriedad-, y te veo, tal como me miras ahora, cada vez que intento imaginar que soy Lady Cordelia. Pero es un millón de veces más agradable ser Ana de Tejas Verdes que Ana de ningún sitio en particular, ¿verdad?".

Se inclinó hacia delante, besó cariñosamente su reflejo y se acercó a la ventana abierta.

"Querida Reina de las Nieves, buenas tardes. Y buenas tardes, queridos abedules de la hondonada. Y buenas tardes, querida casa gris en lo alto de la colina. Me pregunto si Diana será mi amiga íntima. Espero que sí, y la querré mucho. Pero nunca debo olvidar a Katie Maurice y Violetta. Se sentirían tan heridas si lo hiciera y odiaría herir los sentimientos de nadie, ni siquiera los de una niña librera o una niña eco. Debo tener cuidado de acordarme de ellos y enviarles un beso todos los días".

Ana sopló un par de airosos besos con las yemas de los dedos sobre los cerezos en flor y luego, con la barbilla entre las manos, se dejó llevar lujosamente por un mar de ensoñaciones.

CAPÍTULO IX: LA SRA. RACHEL LYNDE ESTÁ MUY HORRORIZADA

Ana llevaba quince días en Tejas Verdes antes de que la señora Lynde llegase a inspeccionarla. La señora Rachel, para hacerle justicia, no tenía la culpa de ello. Un grave e inoportuno ataque de gripe había confinado a aquella buena señora en su casa desde la ocasión de su última visita a Tejas Verdes. La señora Rachel no solía estar enferma y sentía un desprecio bien definido por las personas que lo estaban; pero la gripe, afirmaba, no se parecía a ninguna otra enfermedad en la tierra y sólo podía interpretarse como una de las visitas especiales de la Providencia. En cuanto el médico le permitió salir al aire libre, se apresuró a ir a Tejas Verdes, llena de curiosidad por ver a la huérfana de Matthew y Marilla, acerca de la cual habían corrido por Avonlea toda clase de historias y suposiciones.

Ana había aprovechado todos los momentos de vigilia de aquellos quince días. Ya conocía todos los árboles y arbustos del lugar. Había descubierto que por debajo del manzanar se abría un sendero que subía a través de un cinturón de bosque; y lo había explorado hasta su último confín en todos sus deliciosos caprichos de arroyo y puente, bosquecillo de abetos y arco de cerezos silvestres, rincones espesos de helechos y ramificaciones de arces y fresnos de montaña.

Se había hecho amiga del manantial de la hondonada, aquel maravilloso manantial profundo, claro y helado; estaba rodeado de suaves areniscas ro-

jas y bordeado por grandes grupos de helechos acuáticos en forma de palmera; y más allá había un puente de troncos sobre el arroyo.

Aquel puente conducía los pies danzantes de Ana a una colina boscosa, donde reinaba un crepúsculo perpetuo bajo abetos y piceas rectos y espesos; las únicas flores que había eran miríadas de delicadas "campanillas de junio", las más tímidas y dulces del bosque, y algunas pálidas y aéreas flores estrelladas, como los espíritus de las flores del año pasado. Las azucenas brillaban como hilos de plata entre los árboles y las ramas y borlas de los abetos parecían pronunciar un discurso amistoso.

Todos estos embelesados viajes de exploración los realizaba en las medias horas que le concedían para jugar, y Ana hablaba a Matthew y a Marilla medio sorda de sus descubrimientos. No es que Mateo se quejase, por cierto; lo escuchaba todo con una sonrisa sin palabras de gozo en el rostro; Marilla permitía la "cháchara" hasta que se daba cuenta de que se interesaba demasiado en ella, en cuyo caso siempre sofocaba prontamente a Ana con una orden cortante de que se callase.

Ana estaba en el huerto cuando llegó la señora Raquel, paseando a su dulce antojo entre las hierbas frondosas y temblorosas, salpicadas por el sol rubicundo del atardecer; de modo que la buena señora tuvo una excelente oportunidad para hablar de su enfermedad en toda su extensión, describiendo cada dolor y cada latido del pulso con tan evidente placer, que Marilla pensó que incluso la gripe debía traer sus compensaciones. Cuando se agotaron los detalles, la señora Rachel introdujo la verdadera razón de su llamada.

"He oído cosas sorprendentes sobre Matthew y tú".

"Supongo que no estás más sorprendida que yo misma", dijo Marilla. "Ya se me está pasando la sorpresa".

"Fue una lástima que hubiera semejante error", dijo la señora Rachel con simpatía. "¿No podíais haberla enviado de vuelta?".

"Supongo que podíamos, pero decidimos no hacerlo. Matthew se encaprichó de ella. Y debo decir que a mí también me gusta, aunque admito que tiene sus defectos. La casa ya parece un lugar diferente. Es muy inteligente".

Marilla dijo más de lo que tenía intención de decir cuando empezó, porque leyó desaprobación en la expresión de la señora Rachel.

"Es una gran responsabilidad la que has asumido", dijo sombríamente aquella señora, "sobre todo cuando nunca has tenido experiencia con niños. No sabes mucho de ella ni de su verdadera disposición, supongo, y no se puede adivinar cómo saldrá una niña así. Pero no quiero desanimarte, estoy segura, Marilla".

"No me siento desanimada", fue la seca respuesta de Marilla. "Cuando me decido a hacer una cosa, se queda decidida. Supongo que querrás ver a Ana. La llamaré".

Ana entró corriendo, con el rostro animado por el placer de sus paseos por el huerto; pero, avergonzada al encontrarse ante la inesperada presencia de un extraño, se detuvo confusa en la puerta. Ciertamente era una criaturita de aspecto extraño, con el vestido corto y ceñido que llevaba desde el manicomio, por debajo del cual sus delgadas piernas parecían demasiado largas. Sus pecas eran más numerosas e intrusivas que nunca; el viento había alborotado su cabello sin sombrero; nunca se había visto más rojo que en ese momento.

"Bueno, no te eligieron por tu aspecto, eso es seguro", fue el enfático comentario de la señora Rachel Lynde. La señora Rachel era una de esas personas encantadoras y populares que se enorgullecen de decir lo que piensan sin miedo ni favoritismos. "Es terriblemente flaca y hogareña, Marilla. Ven aquí, niña, y deja que te eche un vistazo. Corazón de ley, ¿alguien vio alguna vez tantas pecas? ¡Y el pelo tan rojo como las zanahorias! Ven aquí, niña, te digo".

Ana "vino", pero no exactamente como la señora Rachel esperaba. De un salto cruzó el suelo de la cocina y se plantó ante ella, con el rostro escarlata de ira, los labios temblorosos y toda su esbelta figura temblando de pies a cabeza.

"Te odio", gritó con voz ahogada, dando pisotones en el suelo. "Te odio... te odio... te odio..." Un pisotón más fuerte con cada afirmación de odio. "¿Cómo te atreves a llamarme flaca y fea? ¿Cómo te atreves a decir que soy pecosa y pelirroja? Eres una mujer grosera, maleducada e insensible".

"¡Ana!", exclamó Marilla consternada.

Pero Ana continuó impertérrita frente a la señora Raquel, con la cabeza erguida, los ojos encendidos, las manos apretadas, la indignación apasionada exhalando de ella como una atmósfera.

"¿Cómo te atreves a decir esas cosas de mí?", repitió con vehemencia. "¿Cómo te gustaría que dijeran esas cosas de ti? ¿Te gustaría que te dijeran que eres gorda y torpe y que probablemente no tienes ni una chispa de imaginación? No me importa herir tus sentimientos al decirlo. Espero herirlos. Has herido los míos peor de lo que nunca los había herido ni siquiera el marido intoxicado de la Sra. Thomas. Y nunca te lo perdonaré, ¡nunca, nunca!"

¡Sello! ¡Stamp!

"¿Había visto alguien alguna vez semejante mal genio?", exclamó horrorizada la señora Rachel.

"Ana, vete a tu cuarto y quédate allí hasta que yo suba", dijo Marilla, recuperando con dificultad la facultad de hablar.

Ana, echándose a llorar, se precipitó a la puerta del vestíbulo, la cerró de un portazo hasta que las latas de la pared del porche sonaron en señal de simpatía, y huyó por el vestíbulo y subió las escaleras como un torbellino. Un tenue portazo en la parte superior indicó que la puerta del hastial este se había cerrado con la misma vehemencia.

"Bueno, no te envidio el trabajo de subir eso, Marilla", dijo la señora Rachel con indecible solemnidad.

Marilla abrió los labios para decir no sabía qué disculpa o reproche. Lo que dijo fue una sorpresa para sí misma en aquel momento y para siempre.

"No deberías haberte burlado de su aspecto, Rachel."

"Marilla Cuthbert, ¿no querrás decir que la estás apoyando en una muestra de temperamento tan terrible como la que acabamos de ver?", preguntó indignada la señora Rachel.

"No", dijo Marilla lentamente, "no estoy tratando de excusarla. Se ha portado muy mal y tendré que regañarla por ello. Pero debemos ser indulgentes con ella. Nunca le han enseñado lo que es correcto. Y tú fuiste demasiado dura con ella, Rachel".

Marilla no pudo evitar añadir esta última frase, aunque volvió a sorprenderse de sí misma por haberlo hecho. La señora Rachel se levantó con aire de dignidad ofendida.

"Bueno, veo que tendré que tener mucho cuidado con lo que digo después de esto, Marilla, ya que los finos sentimientos de los huérfanos, traídos de Dios sabe dónde, tienen que ser considerados antes que cualquier otra cosa. Oh, no, no estoy enfadada, no te preocupes. Lo siento demasiado por ti como para dejar lugar a la ira en mi mente. Tendrás tus propios problemas con ese niño. Pero si aceptas mi consejo -que supongo que no aceptarás, aunque he criado a diez niños y enterrado a dos-, hablarás con un abedul de buen tamaño. Creo que ése sería el lenguaje más eficaz para ese tipo de niña. Su temperamento hace juego con su pelo, supongo. Bueno, buenas noches, Marilla. Espero que vengas a verme a menudo como de costumbre. Pero no esperes que vuelva a visitarte si me insultas de esa manera. Es algo nuevo en mi experiencia".

Entonces la señora Rachel se marchó, si es que puede decirse que se marcha una mujer gorda que siempre andaba a paso de tortuga, y Marilla, con rostro muy solemne, se dirigió al hastial este.

Mientras subía, se preguntaba con inquietud qué debía hacer. Estaba muy consternada por la escena que acababa de representarse. Era una lástima que Ana hubiera mostrado tal mal genio ante la señora Rachel Lynde, precisamente. De pronto, Marilla se dio cuenta de que se sentía más humillada que triste por haber descubierto un defecto tan grave en el carácter de Ana. ¿Y cómo iba a castigarla? La amable sugerencia de la vara de abedul, de cuya eficacia todos los hijos de la señora Rachel habrían podido dar testimonio, no atrajo a Marilla. No creía que pudiera azotar a una niña. No, había que encontrar otro método de castigo para que Ana se diera cuenta de la enormidad de su falta.

Marilla encontró a Ana boca abajo en la cama, llorando amargamente, sin reparar en las botas embarradas sobre un cubrecama limpio.

"Ana", le dijo, no sin insistencia.

No obtuvo respuesta.

"Ana", con mayor severidad, "bájate de la cama ahora mismo y escucha lo que tengo que decirte".

Ana se revolvió fuera de la cama y se sentó rígidamente en una silla junto a ella, con la cara hinchada y manchada de lágrimas y los ojos obstinadamente fijos en el suelo.

"¡Qué bien te comportas así, Ana! ¿No te da vergüenza?"

"No tenía ningún derecho a llamarme fea y pelirroja", replicó Ana, evasiva y desafiante.

"No tenías derecho a montar en cólera y hablarle como le hablaste, Ana. Me avergoncé de ti, me avergoncé mucho de ti. Quería que te portaras bien con la señora Lynde, y en lugar de eso me has deshonrado. Estoy segura de que no sé por qué perdiste los estribos de esa manera sólo porque la señora Lynde dijo que eras pelirroja y hogareña. Tú misma lo dices a menudo".

"Oh, pero hay tanta diferencia entre decir una cosa tú misma y oír que otros la digan", se lamentó Ana. "Puedes saber que una cosa es así, pero no puedes evitar esperar que los demás no piensen exactamente lo mismo. Supongo que pensarás que tengo muy mal genio, pero no pude evitarlo. Cuando dijo esas cosas, algo se levantó en mí y me ahogó. Tuve que gritarle".

"Bueno, debo decir que hiciste una buena exhibición. La Sra. Lynde tendrá una bonita historia que contar sobre ti en todas partes... y ella también la contará. Fue terrible que perdieras los estribos de esa manera, Ana".

"Imagínate cómo te sentirías si alguien te dijera a la cara que eres flaca y fea", suplicó Ana entre lágrimas.

Un viejo recuerdo surgió de pronto ante Marilla. Había sido una niña muy pequeña cuando oyó a una tía decir de ella a otra: "Qué lástima que sea una cosita tan oscura y hogareña". Marilla no había cumplido los cincuenta antes de que se le borrara el escozor de aquel recuerdo.

"No creo que la señora Lynde tuviera razón al decirte lo que te dijo, Ana", admitió en un tono más suave. "Rachel es demasiado franca. Pero eso no es excusa para semejante comportamiento por su parte. Era una desconocida, una persona mayor y mi visitante, tres buenas razones por las que deberías haber sido respetuosa con ella. Fuiste grosera y descarada y"-Marilla tuvo una inspiración salvadora de castigo-"debes ir a verla y decirle que sientes mucho tu mal carácter y pedirle que te perdone."

"Nunca podré hacer eso", dijo Ana decidida y sombría. "Puedes castigarme como quieras, Marilla. Puedes encerrarme en un calabozo oscuro y húmedo, habitado por serpientes y sapos, y alimentarme sólo con pan y agua, y no me quejaré. Pero no puedo pedirle perdón a la Sra. Lynde".

"No tenemos por costumbre encerrar a la gente en calabozos oscuros y húmedos", dijo Marilla con sorna, "sobre todo porque son más bien escasos en Avonlea. Pero discúlpate con la señora Lynde debes y tendrás que hacerlo y te quedarás aquí en tu habitación hasta que me digas que estás dispuesta a hacerlo."

"Entonces tendré que quedarme aquí para siempre", dijo Ana apenada, "porque no puedo decirle a la señora Lynde que lamento haberle dicho esas cosas. ¿Cómo podría? No lo lamento. Siento haberla vejado; pero me alegro de haberle dicho exactamente lo que le dije. Fue una gran satisfacción. No puedo decir que lo siento cuando no es así, ¿verdad? Ni siquiera puedo imaginar que lo siento".

"Quizá tu imaginación funcione mejor por la mañana", dijo Marilla, levantándose para marcharse. "Tendrás la noche para reflexionar sobre tu conducta y mejorar tu estado de ánimo. Dijiste que intentarías portarte muy bien si te reteníamos en Tejas Verdes, pero debo decir que esta noche no lo has parecido mucho."

Dejando que este fuste partenopeo se agitase en el tormentoso pecho de Ana, Marilla descendió a la cocina, gravemente turbada en su mente y vejada en su alma. Estaba tan enfadada consigo misma como con Ana, porque, cada vez que recordaba el rostro estupefacto de la señora Raquel, sus labios se crispaban de diversión y sentía el más censurable deseo de reír.

CAPÍTULO X: LA DISCULPA DE ANA

Aquella noche Marilla no dijo nada a Matthew sobre el asunto; pero cuando Ana se mostró aún refractaria a la mañana siguiente, hubo que dar una explicación para explicar su ausencia de la mesa del desayuno. Marilla le contó a Matthew toda la historia, esforzándose por hacerle comprender la enormidad del comportamiento de Ana.

"Es bueno que Rachel Lynde haya recibido una llamada; es una vieja chismosa entrometida", fue la consoladora respuesta de Matthew.

"Matthew Cuthbert, me asombras. Sabes que el comportamiento de Ana fue espantoso y, sin embargo, ¿te pones de su parte! Supongo que luego dirás que no debería ser castigada".

"Bueno, no exactamente", dijo Matthew inquieto. "Creo que debería ser castigada un poco. Pero no seas demasiado dura con ella, Marilla. Recuerda que nunca ha tenido a nadie que le enseñe a comportarse correctamente. Vas a darle algo de comer, ¿verdad?".

"¿Cuándo has oído hablar de que yo haga pasar hambre a la gente para que se comporte bien?", preguntó Marilla indignada. "Comerá con regularidad, y yo misma se lo llevaré. Pero se quedará allí hasta que esté dispuesta a disculparse con la señora Lynde, y eso es todo, Matthew".

El desayuno, la cena y la cena fueron comidas muy silenciosas, pues Ana seguía obstinada. Después de cada comida, Marilla llevaba una bandeja

bien llena al frontón este y la bajaba más tarde sin que se notara que estaba agotada. Matthew observó su último descenso con ojos preocupados. ¿Habría comido algo Ana?

Cuando Marilla salió aquella tarde a traer las vacas del prado trasero, Matthew, que había estado merodeando por los graneros y observando, se deslizó en la casa con aire de ladrón y subió sigilosamente. Por lo general, Matthew se movía entre la cocina y el pequeño dormitorio del vestíbulo, donde dormía; de vez en cuando se aventuraba incómodo en el salón o en la sala de estar cuando el ministro venía a tomar el té. Pero nunca había subido a su propia casa desde la primavera en que ayudó a Marilla a empapelar el dormitorio de invitados, y de eso hacía ya cuatro años.

Caminó de puntillas por el vestíbulo y permaneció varios minutos ante la puerta del hastial este antes de armarse de valor para golpearla con los dedos y luego abrir la puerta para asomarse.

Ana estaba sentada en la silla amarilla, junto a la ventana, mirando con tristeza hacia el jardín. Parecía muy pequeña e infeliz, y a Matthew le dio un vuelco el corazón. Cerró suavemente la puerta y se acercó a ella de puntillas.

"Ana", susurró, como si temiera que le oyeran, "¿cómo lo llevas, Ana?".

Ana sonrió con desgana.

"Bastante bien. Imagino bastante y eso me ayuda a pasar el tiempo. Por supuesto, es bastante solitario. Pero bueno, más vale que me acostumbre".

Ana sonrió de nuevo, afrontando con valentía los largos años de reclusión solitaria que tenía por delante.

Matthew recordó que debía decir lo que había venido a decir sin pérdida de tiempo, no fuera que Marilla regresara antes de tiempo.

"Bueno, Ana, ¿no crees que será mejor que lo hagas y acabes de una vez?", susurró. "Tendrá que hacerse tarde o temprano, sabes, porque Marilla es una mujer terriblemente decidida, terriblemente decidida, Ana. Hazlo de una vez, te digo, y acaba de una vez".

"¿Quieres decir disculparte con Mrs. Lynde?"

"Sí, disculparse, ésa es la palabra", dijo Matthew con entusiasmo. "Sólo suavizarlo, por así decirlo. A eso quería llegar".

"Supongo que podría hacerlo para complacerte", dijo Ana pensativa. "Sería bastante cierto decir que lo siento, porque ahora lo siento. Anoche no me arrepentí en absoluto. Me enfadé mucho y seguí enfadada toda la noche. Lo sé porque me desperté tres veces y cada vez estaba furiosa. Pero esta mañana todo había terminado. Ya no estaba de mal humor... y también me dejó una especie de tristeza espantosa. Me sentía tan avergonzada de mí misma. Pero no podía pensar en ir y decírselo a la Sra. Lynde. Sería muy humillante. Decidí quedarme aquí encerrada para siempre antes que hacer eso. Pero aún así... haría cualquier cosa por ti... si realmente quieres que..."

"Bueno, claro que quiero. Me siento terriblemente sola abajo sin ti. Ve y suavízalo, buena chica".

"Muy bien", dijo Ana con resignación. "Le diré a Marilla, en cuanto llegue, que me he arrepentido".

"Muy bien, muy bien, Ana. Pero no le digas a Marilla que le he dicho nada. Podría pensar que estoy metiendo mi remo y prometí no hacerlo".

"Los caballos salvajes no me arrancarán el secreto", prometió Ana solemnemente. "¿Cómo podrían los caballos salvajes arrancarle un secreto a una persona?"

Pero Matthew se había ido, asustado de su propio éxito. Huyó apresuradamente al rincón más apartado del prado de los caballos para que Marilla no sospechara lo que había estado tramando. La propia Marilla, al regresar a la casa, se sorprendió agradablemente al oír una voz lastimera que decía "Marilla" por encima de la barandilla.

"¿Y bien?", dijo, entrando en el vestíbulo.

"Siento haber perdido los estribos y haber dicho groserías, y estoy dispuesta a ir a decírselo a la señora Lynde".

"Muy bien." La crispación de Marilla no dio señales de su alivio. Se había estado preguntando qué debía hacer bajo palio si Ana no cedía. "Te llevaré abajo después del ordeño".

En consecuencia, después del ordeño, he aquí que Marilla y Ana caminaban por el sendero, la primera erguida y triunfante, la segunda cabizbaja y

abatida. Pero a mitad de camino el abatimiento de Ana desapareció como por encanto. Levantó la cabeza y caminó con paso ligero, con los ojos fijos en el cielo del atardecer y un aire de tenue regocijo a su alrededor. Marilla contempló el cambio con desaprobación. No se trataba de una mansa penitente como la que le convenía llevar en presencia de la ofendida señora Lynde.

"¿En qué piensas, Ana?", preguntó bruscamente.

"Estoy imaginando lo que debo decir a la señora Lynde", respondió Ana soñadoramente.

Esto era satisfactorio, o debería haberlo sido. Pero Marilla no podía librarse de la idea de que algo en su plan de castigo se estaba torciendo. Ana no tenía por qué estar tan embelesada y radiante.

Y así continuó hasta que estuvieron en presencia de la señora Lynde, que tejía junto a la ventana de la cocina. Entonces desapareció el resplandor. En cada uno de sus rasgos se reflejaba una lúgubre penitencia. Antes de pronunciar una palabra, Ana se arrodilló de pronto ante la asombrada señora Rachel y extendió las manos suplicante.

"Oh, señora Lynde, lo siento muchísimo", dijo con un temblor en la voz. "Nunca podría expresar toda mi pena, no, ni aunque utilizara un diccionario entero. Tiene que imaginárselo. Me he portado terriblemente mal contigo y he deshonrado a mis queridos amigos Matthew y Marilla, que me han dejado quedarme en Tejas Verdes aunque no soy un niño. Soy una muchacha terriblemente malvada y desagradecida, y merezco ser castigada y expulsada para siempre por la gente respetable. Fue muy malvado por mi parte enfurecerme porque me dijiste la verdad. Era la verdad; cada palabra que dijiste era verdad. Soy pelirroja, pecosa, flaca y fea. Lo que te dije también era verdad, pero no debería haberlo dicho. Oh, Sra. Lynde, por favor, por favor, perdóneme. Si se niega será una pena de por vida para mí. No le gustaría infligirle una pena de por vida a una pobre huerfanita, ¿verdad, aunque tuviera un carácter terrible? Oh, estoy segura de que no. Por favor, dígame que me perdona, señora Lynde".

Ana juntó las manos, inclinó la cabeza y esperó la palabra de juicio.

No había duda de su sinceridad: se respiraba en cada tono de su voz. Tanto Marilla como la señora Lynde reconocieron su inconfundible timbre.

Pero la primera comprendió consternada que Ana estaba disfrutando realmente de su valle de humillación, que se regocijaba en la minuciosidad de su abajamiento. ¿Dónde estaba el sano castigo del que ella, Marilla, se había jactado? Ana lo había convertido en una especie de placer positivo.

La buena señora Lynde, que no era demasiado perspicaz, no se dio cuenta de esto. Sólo se dio cuenta de que Ana había presentado una disculpa muy completa, y todo resentimiento desapareció de su corazón bondadoso, aunque algo oficioso.

"Vamos, vamos, levántate, niña", le dijo cordialmente. "Por supuesto que te perdono. Supongo que fui un poco dura contigo. Pero soy una persona muy franca. No debes molestarme, eso es lo que pasa. No se puede negar que tu pelo es terriblemente rojo; pero conocí a una chica una vez -de hecho, fui a la escuela con ella- cuyo pelo era casi tan rojo como el tuyo cuando era joven, pero cuando creció se oscureció a un castaño realmente hermoso. No me sorprendería ni un ápice que el tuyo también lo fuera, ni un ápice".

"¡Oh, Sra. Lynde!" Ana dio un largo suspiro mientras se ponía en pie. "Me has dado una esperanza. Siempre sentiré que es usted una benefactora. Oh, podría soportar cualquier cosa si tan sólo pensara que mi cabello sería de un hermoso castaño cuando creciera. Sería mucho más fácil ser bueno si uno tuviera el pelo castaño, ¿no crees? Y ahora, ¿puedo salir a su jardín y sentarme en ese banco bajo los manzanos mientras usted y Marilla hablan? Allí hay mucho más espacio para la imaginación".

"Leyes, sí, corre, niña. Y puedes coger un ramo de esos lirios blancos de junio que hay en el rincón, si quieres".

Cuando la puerta se cerró tras Ana, la Sra. Lynde se levantó energicamente para encender una lámpara.

"Es una cosita muy rara. Coge esta silla, Marilla; es más fácil que la que tienes; la guardo para que se siente el chico contratado. Sí, ciertamente es una niña rara, pero después de todo tiene algo de simpática. No me sorprende tanto que Matthew y tú os quedéis con ella como me sorprendió a mí, ni tampoco lo siento por ti. Puede que salga bien. Por supuesto, tiene una extraña manera de expresarse, un poco demasiado... bueno, demasiado forzada, ya sabes; pero probablemente lo superará ahora que ha venido a vivir

entre gente civilizada. Y además, su carácter es bastante rápido, supongo; pero hay un consuelo, una niña que tiene un carácter rápido, que se enciende y se apaga, no es probable que sea astuta o engañosa. Presérvame de un niño astuto, eso es. En general, Marilla, me cae bien".

Cuando Marilla se fue a casa, Ana salió de la fragante penumbra del huerto con un manojo de narcisos blancos en las manos.

"Me he disculpado bastante bien, ¿verdad?", dijo orgullosa mientras bajaban por el sendero. "Pensé que ya que tenía que hacerlo, podía hacerlo a conciencia".

"Lo hiciste muy bien", fue el comentario de Marilla. Marilla se sintió consternada al sentirse inclinada a reír al recordarlo. Tuvo también la incómoda sensación de que debía regañar a Ana por haberse disculpado tan bien; pero entonces, ¡eso era ridículo! Transigió con su conciencia diciendo severamente:

"Espero que no tengas que disculparte muchas veces más. Espero que ahora intentes controlar tu temperamento, Ana".

"Eso no sería tan difícil si la gente no se burlara de mi aspecto", dijo Ana con un suspiro. "No me enojo por otras cosas, pero estoy tan cansada de que se burlen de mi cabello que me hace hervir. ¿Crees que de mayor tendré el pelo castaño?".

"No deberías pensar tanto en tu aspecto, Ana. Me temo que eres una niña muy vanidosa".

"¿Cómo voy a ser vanidosa si sé que soy fea?", protestó Ana. "Me encantan las cosas bonitas, y odio mirar por el espejo y ver algo que no lo es. Me da mucha pena, lo mismo que cuando veo cualquier cosa fea. Me da pena porque no es bonito".

"Lo guapo es como lo guapo", citó Marilla.

"Ya me lo habían dicho antes, pero tengo mis dudas al respecto", comentó Ana escéptica, olfateando sus narcisos. "¡Oh, qué dulces son estas flores! Fue muy amable la señora Lynde al regalármelas. Ya no le guardo rencor a la señora Lynde. Disculparse y ser perdonado es una sensación muy agradable, ¿verdad? ¿No brillan las estrellas esta noche? Si pudieras vivir en una

estrella, ¿cuál elegirías? Me gustaría esa estrella grande y clara que está allá, sobre esa colina oscura".

"Ana, cállate -dijo Marilla, agotada de intentar seguir los giros de los pensamientos de Ana.

Ana no dijo nada más hasta que entraron en su propio camino. Un viente-cillo gitano bajaba a su encuentro, cargado del perfume picante de los jóvenes helechos mojados por el rocío. A lo lejos, en las sombras, una alegre luz brillaba a través de los árboles, procedente de la cocina de Tejas Verdes. Ana se acercó de pronto a Marilla y deslizó la mano en la dura palma de la mayor.

"Es encantador volver a casa y saber que es mi hogar", dijo. "Ya adoro Tejas Verdes, y nunca antes había adorado ningún lugar. Ningún lugar me había parecido mi hogar. Oh, Marilla, soy tan feliz. Podría rezar ahora mismo y no me costaría nada".

Algo cálido y agradable brotó en el corazón de Marilla al sentir aquella pequeña y delgada mano en la suya, un latido de la maternidad que tal vez había echado de menos. Su falta de costumbre y su dulzura la perturbaron. Se apresuró a devolver a sus sensaciones su calma normal inculcándole una moraleja.

"Si te portas bien, siempre serás feliz, Ana. Y nunca te costará rezar tus oraciones".

"Rezar no es exactamente lo mismo que rezar", dijo Ana meditabunda. "Pero voy a imaginarme que soy el viento que sopla en las copas de los árboles. Cuando me canse de los árboles, me imaginaré que estoy ondeando suavemente aquí abajo, entre los helechos, y luego volaré hasta el jardín de la señora Lynde y pondré a bailar a las flores, y luego iré de un solo golpe sobre el campo de tréboles, y luego soplaré sobre el Lago de las Aguas Brillantes y lo ondularé todo en pequeñas olas centelleantes. ¡Oh, hay tanto espacio para la imaginación en un viento! Así que no hablaré más por ahora, Marilla".

"Gracias a Dios por eso", exhaló Marilla con devoto alivio.

CAPÍTULO XI: IMPRESIONES DE ANA SOBRE LA ESCUELA DOMINICAL

"¿Qué te parecen?", dijo Marilla.

Ana estaba de pie en la habitación del frontón, mirando solemnemente tres vestidos nuevos extendidos sobre la cama. Uno era de guinga de color tabaco, que Marilla había estado tentada de comprar a un vendedor ambulante el verano anterior porque parecía muy útil; otro era de satén a cuadros blancos y negros, que había comprado en un mostrador de gangas en invierno; y otro era un estampado rígido de un feo tono azul que había comprado aquella semana en una tienda de Carmody.

Los había confeccionado ella misma, y todos eran iguales: faldas lisas ceñidas a cinturas lisas, con mangas tan lisas como la cintura y la falda y tan ajustadas como podían ser las mangas.

"Imagino que me gustan", dijo Ana con sobriedad.

"No quiero que te lo imagines", dijo Marilla, ofendida. "¡Ya veo que no te gustan los vestidos! ¿Qué les pasa? ¿No están pulcros, limpios y nuevos?".

"Sí."

"¿Entonces por qué no te gustan?"

"No son bonitos", dijo Ana de mala gana.

"¡Bonitos!" resopló Marilla. "No me preocupé por conseguirte vestidos bonitos. No creo en mimar la vanidad, Ana, te lo aseguro. Esos vestidos son buenos, sensatos, útiles, sin adornos ni florituras, y son todo lo que tendrás este verano. El de guinga marrón y el estampado azul te servirán para el colegio cuando empieces a ir. El satén es para la iglesia y la escuela dominical. Espero que los mantengas limpios y ordenados y que no los rompas. Creo que estarías agradecida de tener casi cualquier cosa después de las escasas ropas que has estado usando".

"Oh, estoy agradecida", protestó Ana. "Pero estaría mucho más agradecida si hicieras uno con mangas abullonadas. Las mangas abullonadas están tan de moda ahora. Me encantaría, Marilla, llevar un vestido con mangas abullonadas".

"Bueno, tendrás que conformarte sin tu emoción. No tenía material para gastar en mangas abullonadas. De todos modos, me parecen ridículas. Prefiero las sencillas y sensatas".

"Pero prefiero parecer ridícula cuando todo el mundo lo hace que sencilla y sensata yo sola", insistió Ana con tristeza.

"¡Confía en ti para eso! Bueno, cuelga esos vestidos cuidadosamente en tu armario, y luego siéntate y aprende la lección de la escuela dominical. Mañana irás a la escuela dominical -dijo Marilla, desapareciendo escaleras abajo con gran enfado.

Ana apretó las manos y miró los vestidos.

"Esperaba que hubiera uno blanco con mangas abullonadas", susurró desconsolada. "Recé por uno, pero no lo esperaba mucho por ese motivo. Supe que Dios no tendría tiempo de preocuparse por el vestido de una huérfana. Sabía que tendría que depender de Marilla para conseguirlo. Bueno, afortunadamente puedo imaginar que uno de ellos es de muselina blanca como la nieve, con preciosos volantes de encaje y mangas de tres puños."

A la mañana siguiente, los avisos de un fuerte dolor de cabeza impidieron a Marilla ir a la escuela dominical con Ana.

"Tendrás que bajar a llamar a la señora Lynde, Ana", le dijo. "Ella se encargará de que entres en la clase correcta. Cuida de portarte bien. Quédate a

predicar después y pídele a la señora Lynde que te enseñe nuestro banco. Aquí tienes un centavo para la colecta. No mires a la gente y no te muevas. Espero que me cuentes el texto cuando vuelvas a casa".

Ana salió irreprochablemente, vestida con el rígido satén blanco y negro, que, si bien era decente en cuanto a la longitud y ciertamente no se prestaba a la acusación de escatimar, se las arreglaba para resaltar cada esquina y ángulo de su delgada figura. Su sombrero era un pequeño, plano, brillante y nuevo marinero, cuya extrema sencillez había decepcionado también mucho a Ana, que se había permitido visiones secretas de lazos y flores. Estas últimas, sin embargo, le fueron suministradas antes de llegar al camino principal, pues, al encontrarse a mitad de camino con un dorado frenesí de ránunculos agitados por el viento y una gloria de rosas silvestres, Ana se apresuró a adornar generosamente su sombrero con una pesada corona de ellas. Fuera lo que fuese lo que los demás hubiesen pensado del resultado, Ana quedó satisfecha, y avanzó alegremente por el camino, sosteniendo con orgullo su rubicunda cabeza adornada de rosa y amarillo.

Cuando llegó a casa de la señora Lynde, ésta ya no estaba. Ana no se amilanó y siguió sola hasta la iglesia. En el pórtico se encontró con una multitud de niñas, todas más o menos alegremente ataviadas de blanco, azul y rosa, que miraban con ojos curiosos a aquella extraña en medio de ellas, con su extraordinario adorno en la cabeza. Las niñas de Avonlea ya habían oído historias extrañas sobre Ana; la señora Lynde decía que tenía un carácter horrible; Jerry Buote, el chico contratado en Tejas Verdes, decía que hablaba todo el tiempo consigo misma o con los árboles y las flores como una loca. La miraban y cuchicheaban entre ellos detrás de sus camisetas. Nadie le hizo insinuaciones amistosas, ni entonces ni más tarde, cuando terminaron los ejercicios de apertura y Ana se encontró en la clase de la señorita Rogerson.

La señorita Rogerson era una señora de mediana edad que había enseñado en una clase de escuela dominical durante veinte años. Su método de enseñanza consistía en hacer las preguntas impresas en la revista trimestral y mirar severamente por encima del borde a la niña en particular que ella creía que debía responder la pregunta. Miraba muy a menudo a Ana, y ésta, gracias a la perforación de Marilla, contestaba con prontitud; pero cabe preguntarse si entendía mucho de la pregunta o de la respuesta.

Creía que la señorita Rogerson no le caía bien, y se sentía muy desgraciada; todas las demás niñas de la clase llevaban mangas abullonadas. Ana pensaba que no valía la pena vivir sin mangas abullonadas.

"¿Qué te ha parecido la escuela dominical? quiso saber Marilla cuando Ana llegó a casa. Como la corona de flores se había desteñido, Ana la había tirado en el camino, de modo que Marilla no tuvo que enterarse por un tiempo.

"No me gustó nada. Era horrible".

"¡Ana Shirley!", dijo Marilla en tono de reproche.

Ana se sentó en la mecedora con un largo suspiro, besó una de las hojas de Bonny y saludó con la mano a una fucsia en flor.

"Es posible que se hayan sentido solas durante mi ausencia", explicó. "Y ahora sobre la escuela dominical. Me porté bien, tal como me dijiste. La Sra. Lynde no estaba, pero me porté bien. Entré en la iglesia con muchas otras niñas y me senté en la esquina de un banco, junto a la ventana, mientras comenzaban los ejercicios. El señor Bell hizo una oración larguísima. Me habría cansado muchísimo antes de que terminara si no hubiera estado sentada junto a la ventana. Pero daba justo al Lago de las Aguas Brillantes, así que me quedé mirándolo e imaginé todo tipo de cosas espléndidas."

"No deberías haber hecho nada de eso. Deberías haber escuchado al Sr. Bell".

"Pero no me hablaba a mí", protestó Ana. "Hablaban con Dios y tampoco parecía interesarle mucho. Creo que pensaba que Dios estaba demasiado lejos para que valiera la pena. Sin embargo, yo también recé un poco. Había una larga hilera de abedules blancos colgando sobre el lago y la luz del sol caía a través de ellos, muy, muy abajo, hasta lo más profundo del agua. ¡Oh, Marilla, era como un hermoso sueño! Me emocioné y dije dos o tres veces: 'Gracias, Dios'".

"No en voz alta, espero", dijo Marilla ansiosamente.

"Oh, no, sólo en voz baja. Bueno, al final el Sr. Bell consiguió pasar y me dijeron que fuera al aula con la clase de la Srta. Rogerson. Había otras nueve chicas en ella. Todas llevaban mangas abullonadas. Intenté imaginar que las mías también estaban abullonadas, pero no pude. ¿Por qué no podía?"

Era tan fácil como imaginar que estaban abullonadas cuando estaba sola en el hastial este, pero era terriblemente difícil allí entre las otras que tenían mangas realmente abullonadas."

"No deberías haber estado pensando en tus mangas en la escuela dominical. Deberías haber estado atendiendo a la lección. Espero que lo supieras".

"Oh, sí; y respondí a muchas preguntas. La Srta. Rogerson preguntó muchas. No creo que fuera justo que ella hiciera todas las preguntas. Hubo muchas cosas que quise preguntarle, pero no quise porque no creía que fuera un alma gemela. Entonces todas las demás niñas recitaron una paráfrasis. Me preguntó si sabía alguna. Le dije que no, pero que podía recitar "El perro en la tumba de su amo" si quería. Está en el Tercer Lector Real. No es una poesía verdaderamente religiosa, pero es tan triste y melancólica que bien podría serlo. Ella dijo que no serviría y me dijo que aprendiera la paráfrasis decimonovena para el próximo domingo. La leí después en la iglesia y es espléndida. Hay dos líneas en particular que me emocionan.

"Rápido como cayeron los escuadrones masacrados

En el mal día de Madián".

No sé qué significa 'escuadrones' ni 'Madián', pero suena tan trágico. Apenas puedo esperar hasta el próximo domingo para recitarlo. Lo practiqué toda la semana. Después de la escuela dominical le pedí a la señorita Rogerson -porque la señora Lynde estaba demasiado lejos- que me enseñara su banco. Me senté lo más quieta que pude y el texto era el Apocalipsis, capítulo tercero, versículos segundo y tercero. Era un texto muy largo. Si yo fuera ministro elegiría los cortos y ágiles. Además, el sermón era terriblemente largo. Supongo que el ministro tuvo que adaptarlo al texto. No me pareció nada interesante. El problema con él parece ser que no tiene suficiente imaginación. No le escuché mucho. Sólo dejé correr mis pensamientos y se me ocurrieron las cosas más sorprendentes".

Marilla sintió impotencia de que todo esto debiera ser severamente reprendido, pero le estorbaba el hecho innegable de que algunas de las cosas que Ana había dicho, especialmente acerca de los sermones del ministro y de las oraciones de Mr. Bell, eran lo que ella misma había pensado realmente en el fondo de su corazón durante años, pero a lo que nunca había dado expresión. Casi le parecía que aquellos pensamientos críticos, secretos e in-

confesables, habían tomado de pronto forma visible y acusadora en la persona de este bocado franco de humanidad desatendida.

CAPÍTULO XII: UN VOTO Y UNA PROMESA SOLEMNES

Marilla no se enteró de la historia del sombrero adornado con flores hasta el viernes siguiente. Llegó de casa de la señora Lynde y pidió cuentas a Ana.

"Ana, la señora Raquel dice que el domingo pasado fuiste a la iglesia con el sombrero adornado ridículamente con rosas y ranúnculos. ¿Qué diablos te hizo hacer semejante travesura? Debías de ser un objeto muy bonito".

"Ya sé que el rosa y el amarillo no me sientan bien", empezó Ana.

"¡Me sientan bien! Lo ridículo era ponerte flores en el sombrero, fueran del color que fueran. Eres la niña más irritante".

"No veo por qué es más ridículo llevar flores en el sombrero que en el vestido", protestó Ana. "Muchas niñas llevaban ramos prendidos en el vestido. ¿Cuál era la diferencia?"

Marilla no se dejaba arrastrar de lo concreto seguro a los dudosos caminos de lo abstracto.

"No me contestes así, Ana. Fue muy tonto por tu parte hacer tal cosa. Que no vuelva a pillarte con semejante truco. La señora Rachel dice que creyó que se hundiría en el suelo cuando te vio entrar así. No pudo acercarse lo suficiente para decirte que te los quitaras hasta que fue demasiado tarde. Dice que la gente hablaba muy mal de ello. Por supuesto, pensarían que no tenía más sentido común que dejarte ir así ataviada".

"Lo siento mucho", dijo Ana, con lágrimas en los ojos. "Nunca pensé que te importaría. Las rosas y los ranúnculos eran tan dulces y bonitos que pensé que quedarían preciosos en mi sombrero. Muchas niñas llevaban flores artificiales en el sombrero. Me temo que voy a ser una terrible prueba para ti. Tal vez sea mejor que me envíe de vuelta al manicomio. Eso sería terrible; no creo que pudiera soportarlo; lo más probable es que cayera en la tisis; estoy tan delgada como está, ya lo ve. Pero eso sería mejor que ser una prueba para ti".

"Tonterías", dijo Marilla, enfadada consigo misma por haber hecho llorar a la niña. "No quiero enviarte de vuelta al manicomio, estoy segura. Lo único que quiero es que te comportes como las demás niñas y no hagas el ridículo. No llores más. Tengo noticias para ti. Diana Barry volvió a casa esta tarde. Voy a subir a ver si la señora Barry me presta un patrón de falda, y si quieres puedes venir conmigo y conocer a Diana."

Ana se puso en pie, con las manos entrelazadas, las lágrimas aún brillando en sus mejillas; el paño de cocina que había estado dobladillando resbaló sin atención hasta el suelo.

"Oh, Marilla, estoy asustada... ahora que ha llegado, estoy realmente asustada. ¿Y si no le gusto? Sería la decepción más trágica de mi vida".

"Ahora, no te pongas nervioso. Y me gustaría que no usaras palabras tan largas. Suena tan gracioso en una niña. Supongo que le caerás bien a Diana. Es con su madre con quien tienes que contar. Si no le caes bien, no importará cuánto le caigas bien a Diana. Si se ha enterado de tu arrebató con la Sra. Lynde y de que vas a la iglesia con ranúnculos alrededor del sombrero, no sé qué pensará de ti. Debes ser educado y comportarte bien, y no hagas ninguno de tus discursos sorprendentes. Por el amor de Dios, si la niña no está temblando de verdad".

Ana temblaba. Su rostro estaba pálido y tenso.

"Oh, Marilla, tú también estarías emocionada si fueras a conocer a una niña que esperas que sea tu amiga íntima y a cuya madre podrías no caerle bien", dijo mientras se apresuraba a coger su sombrero.

Fueron a Orchard Slope por el atajo que cruza el arroyo y sube por la arboleda de la colina. La señora Barry acudió a la puerta de la cocina en res-

puesta a la llamada de Marilla. Era una mujer alta, de ojos y pelo negros, con una boca muy decidida. Tenía fama de ser muy estricta con sus hijos.

"¿Cómo estás, Marilla?", dijo cordialmente. "Pase. Y ésta es la niña que has adoptado, supongo".

"Sí, ella es Ana Shirley", dijo Marilla.

"Se escribe con e", jadeó Ana, que, temblorosa y excitada como estaba, estaba decidida a que no hubiera malentendidos sobre aquel importante punto.

La señora Barry, sin oír o sin comprender, se limitó a estrechar la mano y a decir amablemente:

"¿Cómo está usted?"

"Estoy bien de cuerpo aunque considerablemente desarreglada de espíritu, gracias, señora", dijo Ana con gravedad. Luego se dirigió a Marilla en un susurro audible: "No ha sido nada sorprendente, ¿verdad, Marilla?".

Diana estaba sentada en el sofá, leyendo un libro que dejó caer cuando entraron los que llamaban. Era una niña muy bonita, con los ojos y el pelo negros de su madre, las mejillas sonrosadas y la expresión alegre que había heredado de su padre.

"Ésta es mi hijita, Diana", dijo la señora Barry. "Diana, podrías sacar a Ana al jardín y enseñarle tus flores. Será mejor para ti que pasarte el día mirando ese libro. Lee demasiado -le dijo a Marilla mientras las niñas salían-, y no puedo impedirselo, porque su padre la ayuda y la instiga. Siempre está hojeando un libro. Me alegro de que tenga una compañera de juegos, tal vez así salga más".

Fuera, en el jardín, lleno de suave luz del atardecer que se filtraba a través de los viejos y oscuros abetos situados al oeste, se encontraban Ana y Diana, mirándose tímidamente la una a la otra sobre una mata de preciosos lirios tigre.

El jardín de los Barry era un páramo de flores que habría hecho las delicias del corazón de Ana en cualquier momento menos cargado de destino. Estaba rodeado de enormes sauces viejos y altos abetos, bajo los cuales florecían flores que amaban la sombra. Caminos primorosos, en ángulo recto, prolijamente bordeados de conchas de almeja, lo cruzaban como húmedas

cintas rojas, y en los arriates, entre las flores de antaño, corría el desenfreno. Había rosados corazones sangrantes y grandes y espléndidas peonías carmesí; narcisos blancos y fragantes y espinosas y dulces rosas escocesas; columbinas rosas, azules y blancas y flores de color lila; macizos de madera del sur y hierba de lazo y menta; Adán y Eva morados, narcisos y masas de trébol de olor blanco con sus delicados, fragantes y plumosos tallos; relámpagos escarlata que disparaban sus lanzas ardientes sobre primorosas flores blancas de almizcle; era un jardín donde el sol se detenía y las abejas zumbaban, y los vientos, seducidos a merodear, ronroneaban y susurraban.

"Diana -dijo al fin Ana, juntando las manos y hablando casi en un susurro-, ¿crees que puedo gustarte un poco como para ser mi amiga íntima?"

Diana se rió. Diana siempre se reía antes de hablar.

"Supongo que sí", dijo con franqueza. "Me alegro mucho de que hayas venido a vivir a Tejas Verdes. Será estupendo tener a alguien con quien jugar. No hay ninguna otra chica que viva lo bastante cerca para jugar con ella, y yo no tengo hermanas lo bastante grandes."

"¿Juras ser mi amiga para siempre?", preguntó Ana con entusiasmo.

Diana parecía sorprendida.

"Es terriblemente perverso jurar", dijo reprendiéndola.

"No, yo no soy de jurar. Hay dos clases, ya sabes".

"Nunca he oído hablar más que de un tipo", dijo Diana dudosa.

"Realmente hay otro. Oh, no es malvado en absoluto. Sólo significa jurar y prometer solemnemente".

"Bueno, no me importa hacerlo", convino Diana, aliviada. "¿Cómo se hace?"

"Hay que unir las manos", dijo Ana con gravedad. "Debe ser sobre agua corriente. Imaginaremos que este camino es agua corriente. Primero repetiré el juramento. Juro solemnemente ser fiel a mi amiga íntima, Diana Barry, mientras duren el sol y la luna. Ahora dilo tú y pon mi nombre".

Diana repitió el "juramento" riendo a carcajadas. Luego dijo:

"Eres una chica rara, Ana. Ya había oído antes que eras rara. Pero creo que me vas a caer muy bien".

Cuando Marilla y Ana se fueron a casa, Diana las acompañó hasta el puente de troncos. Las dos niñas caminaban abrazadas. En el arroyo se separaron con muchas promesas de pasar juntas la tarde siguiente.

"Bueno, ¿has encontrado en Diana un alma gemela?", preguntó Marilla mientras subían por el jardín de Tejas Verdes.

"Oh, sí", suspiró Ana, felizmente inconsciente de cualquier sarcasmo por parte de Marilla. "Oh, Marilla, en este preciso momento soy la muchacha más feliz de la Isla del Príncipe Eduardo. Te aseguro que esta noche rezaré mis oraciones con muy buena voluntad. Diana y yo vamos a construir mañana una casa de juegos en el bosque de abedules del señor William Bell. ¿Puedo quedarme con las piezas rotas de porcelana que están en la leñera? Diana cumple años en febrero y yo en marzo. ¿No crees que es una coincidencia muy extraña? Diana me va a prestar un libro para que lo lea. Dice que es espléndido y muy emocionante. Me va a enseñar un lugar en el bosque donde crecen los lirios de arroz. ¿No crees que Diana tiene unos ojos muy conmovedores? Ojalá yo tuviera ojos conmovedores. Diana me va a enseñar a cantar una canción llamada "Nelly in the Hazel Dell". Me va a regalar un cuadro para que lo ponga en mi habitación; es un cuadro precioso, dice, una señora encantadora con un vestido de seda azul pálido. Se lo dio un agente de máquinas de coser. Ojalá tuviera algo que regalarle a Diana. Yo soy dos centímetros más alta que Diana, pero ella está mucho más gorda; dice que le gustaría ser delgada porque es mucho más elegante, pero me temo que sólo lo dice para calmar mis sentimientos. Algún día iremos a la costa a recoger conchas. Hemos acordado llamar al manantial que hay junto al puente de troncos la Burbuja de la dríade. ¿No es un nombre perfectamente elegante? Una vez leí una historia sobre un manantial que se llamaba así. Una dríade es una especie de hada adulta, creo".

"Bueno, todo lo que espero es que no hables de Diana hasta la muerte", dijo Marilla. "Pero recuerda esto en todos tus planes, Ana. No vas a jugar todo el tiempo ni la mayor parte. Tendrás tu trabajo y habrá que hacerlo antes".

La copa de la felicidad de Ana estaba llena, y Matthew hizo que rebosara. Acababa de llegar de un viaje a la tienda de Carmody, y sacó tímidamente

un pequeño paquete del bolsillo y se lo entregó a Ana, con una mirada de desaprobación hacia Marilla.

"Te oí decir que te gustaban los caramelos de chocolate, así que te he traído algunos", dijo.

"Humph", resopló Marilla. "Le estropeará los dientes y el estómago. Ya, ya, niña, no pongas esa cara tan triste. Puedes comértelas, ya que Matthew ha ido a buscarlas. Mejor que te haya traído caramelos de menta. Son más saludables. No te enfermes comiéndolos todos de una vez".

"Oh, no, claro que no", dijo Ana con impaciencia. "Sólo comeré una esta noche, Marilla. Y puedo darle la mitad a Diana, ¿verdad? La otra mitad me sabrá el doble de dulce si se la doy a ella. Es delicioso pensar que tengo algo que darle".

"Lo diré por la niña -dijo Marilla cuando Ana hubo ido a su frontón-: no es tacaña. Me alegro, porque de todos los defectos detesto la tacañería en una niña. Sólo hace tres semanas que llegó, y parece como si siempre hubiera estado aquí. No puedo imaginar este lugar sin ella. No te pongas en plan "te lo dije", Matthew. Eso ya es malo en una mujer, pero no debe soportarse en un hombre. Estoy perfectamente dispuesta a admitir que me alegro de haber consentido en quedarme con la niña y que me estoy encariñando con ella, pero no me lo restriegues, Matthew Cuthbert".

CAPÍTULO XIII: LAS DELICIAS DE LA ANTICIPACIÓN

"Ya es hora de que Ana vaya a coser", dijo Marilla, mirando el reloj y luego la tarde amarilla de agosto, donde todo se adormece con el calor. "Se ha quedado jugando con Diana más de media hora de la que le había dado permiso, y ahora está encaramada a la pila de leña hablando con Matthew, diecinueve por docena, cuando sabe perfectamente que debería estar trabajando. Y, por supuesto, él la escucha como un perfecto bobo. Nunca vi a un hombre tan encaprichado. Cuanto más habla ella y más extrañas son las cosas que dice, más encantado está él evidentemente. Ana Shirley, ven aquí ahora mismo, ¿me oyes?"

Una serie de golpecitos en la ventana del oeste hizo que Ana entrara volando desde el patio, con los ojos brillantes, las mejillas ligeramente sonrojadas, el pelo sin trenzar cayendo detrás de ella en un torrente de brillo.

"Oh, Marilla", exclamó sin aliento, "va a haber un picnic de la escuela dominical la semana que viene, en el campo del señor Harmon Andrews, cerca del Lago de las Aguas Brillantes. Y la Sra. Superintendente Bell y la Sra. Rachel Lynde van a hacer helado, ¡piénsalo, Marilla, helado! Y oh, Marilla, ¿puedo ir?"

"Mira el reloj, por favor, Ana. ¿A qué hora te dije que vinieras?"

"Las dos, pero ¿no es espléndido lo del picnic, Marilla? ¿Puedo ir, por favor? Oh, nunca he ido a un picnic; he soñado con picnics, pero nunca..."

"Sí, te dije que vinieras a las dos. Y son las tres menos cuarto. Me gustaría saber por qué no me obedeciste, Ana".

"Vaya, era mi intención, Marilla, tanto como era posible. Pero no tienes idea de lo fascinante que es Idlewild. Y luego, por supuesto, tuve que contarle a Matthew lo del picnic. Matthew es un oyente tan comprensivo. Por favor, ¿puedo ir?"

"Tendrás que aprender a resistirte a la fascinación de Idle-lo-que-sea. Cuando te digo que vengas a una hora determinada me refiero a esa hora y no a media hora más tarde. Y tampoco es necesario que te detengas a conversar con simpáticos oyentes por el camino. En cuanto al picnic, por supuesto que puedes ir. Eres una alumna de la escuela dominical, y no es probable que me niegue a dejarte ir cuando todas las demás niñas van".

"Pero, pero", vaciló Ana, "Diana dice que cada una debe llevar una cesta con cosas para comer. Yo no sé cocinar, como sabes, Marilla, y-y no me importa tanto ir a un picnic sin mangas abullonadas, pero me sentiría terriblemente humillada si tuviera que ir sin cesta. Me ha estado rondando por la cabeza desde que Diana me lo dijo".

"Bueno, ya no es necesario. Te hornearé una cesta".

"Oh, querida Marilla. Oh, eres tan amable conmigo. Oh, te estoy tan agradecida."

Ana se arrojó en los brazos de Marilla y besó con entusiasmo su cetrina mejilla. Era la primera vez en toda su vida que unos labios infantiles tocaban voluntariamente el rostro de Marilla. De nuevo aquella repentina sensación de sorprendente dulzura la estremeció. Estaba secretamente muy complacida por la impulsiva caricia de Ana, lo que probablemente fue la razón por la que dijo bruscamente:

"Ya, ya, olvídate de tus besos sin sentido. Prefiero verte haciendo estrictamente lo que se te dice. En cuanto a la cocina, tengo la intención de empezar a darte clases de cocina uno de estos días. Pero eres tan inteligente, Ana, que he estado esperando a ver si te tranquilizabas un poco y aprendías a ser firme antes de empezar. Tienes que mantener la cordura en la cocina y no detenerte en medio de las cosas para dejar que tus pensamientos vaguen por toda la creación. Ahora, saca tu patchwork y haz tu cuadrado antes de la hora del té".

"No me gusta el patchwork", dijo Ana con tristeza, sacando su cesto de labores y sentándose con un suspiro ante un montoncito de rombos rojos y blancos. "Creo que algunos tipos de costura estarían bien, pero en el patchwork no hay lugar para la imaginación. No es más que una costura tras otra y parece que nunca llegas a ninguna parte. Pero, claro, prefiero ser Ana de las Tejas Verdes cosiendo patchwork que Ana de cualquier otro lugar sin nada que hacer más que jugar. Aunque ojalá el tiempo pasara tan rápido cosiendo parches como cuando juego con Diana. Oh, tenemos momentos tan elegantes, Marilla. Tengo que proporcionar la mayor parte de la imaginación, pero soy capaz de hacerlo. Diana es simplemente perfecta en todo lo demás. Conoces ese pequeño pedazo de tierra al otro lado del arroyo que corre entre nuestra granja y la del Sr. Barry. Pertenece al Sr. William Bell, y justo en la esquina hay un pequeño anillo de abedules blancos, el lugar más romántico, Marilla. Diana y yo tenemos allí nuestra casa de juegos. La llamamos Idlewild. ¿No es un nombre poético? Te aseguro que me llevó tiempo pensarlo. Estuve despierto casi toda la noche antes de inventarlo. Luego, justo cuando me estaba durmiendo, me vino como una inspiración. Diana se quedó embelesada cuando lo oyó. Hemos arreglado nuestra casa con elegancia. Tienes que venir a verla, Marilla, ¿verdad? Tenemos grandes piedras, cubiertas de musgo, como asientos, y tablas de árbol a árbol como estantes. Y tenemos todos nuestros platos en ellos. Por supuesto, están todos rotos, pero es lo más fácil del mundo imaginar que están enteros. Hay un trozo de plato con un ramillete de hiedra roja y amarilla que es especialmente bonito. Lo guardamos en el salón y también tenemos allí el vaso de las hadas. El vaso de las hadas es tan bonito como un sueño. Diana lo encontró en el bosque, detrás de su gallinero. Está lleno de arco iris, pequeños arco iris que aún no han crecido, y la madre de Diana le dijo que se había roto de una lámpara colgante que tenían. Pero es más bonito imaginar que las hadas lo perdieron una noche que se divirtieron, así que lo llamamos el vaso de las hadas. Matthew nos va a hacer una mesa. Oh, hemos llamado Willowmere a esa pequeña piscina redonda que hay en el campo del Sr. Barry. Saqué ese nombre del libro que me prestó Diana. Era un libro emocionante, Marilla. La heroína tenía cinco amantes. Yo estaría satisfecha con uno, ¿tú no? Era muy guapa y pasó por grandes tribulaciones. Podía desmayarse tan fácilmente como cualquiera. Me encantaría poder desmayarme, ¿a ti no, Marilla? Es tan romántico. Pero en realidad estoy muy sana para lo delgada que estoy. Aunque creo que estoy engordando. ¿No crees que lo

estoy? Me miro los codos cada mañana al levantarme para ver si me salen hoyuelos. Diana se ha hecho un vestido nuevo con mangas al codo. Se lo va a poner para el picnic. Espero que todo salga bien el próximo miércoles. No creo que pudiera soportar la decepción si algo me impidiera ir al picnic. Supongo que lo superaría, pero estoy segura de que sería una pena para toda la vida. No importaría si fuera a cien picnics en los años siguientes; no compensarían el haberme perdido éste. Van a tener barcas en el Lago de las Aguas Brillantes, y helado, como te dije. Nunca he probado el helado. Diana intentó explicarme cómo era, pero supongo que el helado es una de esas cosas que están más allá de la imaginación."

"Ana, has hablado incluso diez minutos según el reloj", dijo Marilla. "Ahora, sólo por curiosidad, a ver si eres capaz de contener la lengua durante el mismo tiempo".

Ana contuvo la lengua como deseaba. Pero durante el resto de la semana habló de picnic, pensó en picnic y soñó con picnic. El sábado llovió y Ana se puso tan nerviosa por si seguía lloviendo hasta el miércoles, que Marilla le hizo coser un cuadrado de patchwork para calmar sus nervios.

El domingo, de camino a casa desde la iglesia, Ana confesó a Marilla que se había quedado helada de emoción cuando el ministro anunció el picnic desde el púlpito.

"¡Un escalofrío me recorrió la espalda, Marilla! Creo que hasta entonces nunca había creído de verdad que iba a haber un picnic. No podía evitar temer que sólo lo hubiera imaginado. Pero cuando un ministro dice algo en el púlpito tienes que creerlo".

"Le das demasiada importancia a las cosas, Ana", dijo Marilla con un suspiro. "Me temo que te esperan muchas decepciones a lo largo de la vida".

"Oh, Marilla, esperar las cosas es la mitad de su placer", exclamó Ana. "Puede que no consigas las cosas en sí, pero nada puede impedir que te diviertas esperándolas. La señora Lynde dice: "Bienaventurados los que no esperan nada, porque no serán defraudados". Pero creo que sería peor no esperar nada que ser decepcionado".

Marilla llevaba ese día su broche de amatista a la iglesia, como de costumbre. Marilla siempre llevaba su broche de amatista a la iglesia. Le ha-

bría parecido un sacrilegio no llevarlo, tan malo como olvidarse la Biblia o la moneda de diez centavos. Aquel broche de amatista era la posesión más preciada de Marilla. Un tío marinero se lo había regalado a su madre, quien a su vez se lo había legado a Marilla. Era un broche ovalado a la antigua, que contenía una trenza de pelo de su madre, rodeada por un borde de finísimas amatistas. Marilla sabía demasiado poco de piedras preciosas para darse cuenta de lo finas que eran realmente las amatistas; pero las consideraba muy hermosas y siempre era agradablemente consciente de su brillo violeta en la garganta, por encima de su buen vestido de raso marrón, aunque no pudiera verlo.

La primera vez que vio aquel broche, Ana se quedó prendada de admiración.

"Oh, Marilla, es un broche perfectamente elegante. No sé cómo puedes prestar atención al sermón o a las oraciones cuando lo llevas puesto. Yo no podría, lo sé. Creo que las amatistas son simplemente dulces. Son como solía pensar que eran los diamantes. Hace mucho tiempo, antes de haber visto un diamante, leía sobre ellos e intentaba imaginar cómo serían. Pensaba que serían unas preciosas piedras moradas brillantes. Cuando un día vi un diamante de verdad en el anillo de una señora, me llevé tal decepción que me eché a llorar. Por supuesto, era muy bonito, pero no era mi idea de un diamante. ¿Me dejas sostener el broche un minuto, Marilla? ¿Crees que las amatistas pueden ser el alma de las buenas violetas?".

CAPÍTULO XIV: LA CONFESIÓN DE ANA

La tarde del lunes anterior al picnic, Marilla bajó de su habitación con el rostro turbado.

"Ana -dijo a aquel pequeño personaje, que desgranaba guisantes junto a la impecable mesa y cantaba "Nelly of the Hazel Dell" con un vigor y una expresión que hacían honor a las enseñanzas de Diana-, ¿has visto algo de mi broche de amatista? Pensé que lo había metido en mi alfiletero cuando llegué de la iglesia ayer por la tarde, pero no lo encuentro por ninguna parte."

"Lo vi esta tarde, cuando estabas en la Sociedad de Socorro", dijo Ana un poco despacio. "Pasaba por delante de tu puerta cuando lo vi sobre el cojín, así que entré a mirarlo".

"¿Lo tocaste?", dijo Marilla con severidad.

"S-s-si", admitió Ana, "lo cogí y me lo prendí en el pecho sólo para ver cómo quedaba".

"No tenías nada que hacer. Está muy mal que una niña se entrometa. En primer lugar, no deberías haber entrado en mi habitación y, en segundo lugar, no deberías haber tocado un broche que no te pertenecía. ¿Dónde lo has puesto?"

"Oh, lo volví a poner en la cómoda. No lo tuve puesto ni un minuto. De verdad, no quería entrometerme, Marilla. No pensé que estuviera mal entrar

y probarme el broche; pero ahora veo que lo estaba y no volveré a hacerlo. Eso es algo bueno de mí. Nunca hago la misma travesura dos veces".

"No te lo has vuelto a poner", dijo Marilla. "Ese broche no está en ninguna parte de la cómoda. Lo has quitado o algo, Ana".

"Sí que lo he vuelto a poner", dijo Ana con rapidez... perplejidad, pensó Marilla. "No recuerdo si lo puse en el alfilerero o en la bandeja de porcelana. Pero estoy completamente segura de que lo devolví".

"Iré a echar otro vistazo", dijo Marilla, decidida a ser justa. "Si pusiste el broche en su sitio, sigue ahí. Si no, sabré que no lo pusiste, ¡eso es todo!"

Marilla fue a su habitación y buscó minuciosamente, no sólo en la cómoda, sino en todos los sitios donde pensó que podría estar el broche. No lo encontró y volvió a la cocina.

"Ana, el broche ha desaparecido. Tú misma has admitido que fuiste la última persona que lo tocó. ¿Qué has hecho con él? Dime la verdad de una vez. ¿Lo sacaste y lo perdiste?"

"No, no lo saqué", dijo Ana solemnemente, mirando fijamente a Marilla. "Nunca saqué el broche de tu cuarto, y ésa es la verdad, si es que me llevan al calabozo por ello, aunque no estoy muy segura de lo que es un calabozo. Así que, Marilla".

El "ya está" de Ana sólo pretendía enfatizar su afirmación, pero Marilla lo tomó como una muestra de desafío.

"Creo que me estás diciendo una falsedad, Ana", dijo bruscamente. "Sé que es así. No digas nada más a menos que estés dispuesta a decir toda la verdad. Ve a tu cuarto y quédate allí hasta que estés lista para confesar".

"¿Me llevo los guisantes?", dijo Ana mansamente.

"No, terminaré de desgranarlos yo misma. Haz lo que te digo".

Cuando Ana se hubo marchado, Marilla se dedicó a sus quehaceres vespertinos muy turbada. Estaba preocupada por su valioso broche. ¿Y si Ana lo hubiera perdido? ¡Y qué maldad la de la niña al negar haberlo cogido, cuando cualquiera podía ver que lo había hecho! Y con una cara tan inocente.

"No sé qué no me hubiera gustado que pasara", pensó Marilla, mientras desgranaba nerviosamente los guisantes. "Por supuesto, no creo que haya querido robarlo ni nada por el estilo. Sólo lo ha cogido para jugar con él o para hacer volar su imaginación. Debe de haberlo cogido, eso está claro, porque no ha habido un alma en esa habitación desde que ella estaba allí, según su propia historia, hasta que yo subí esta noche. Y el broche no está, no hay nada más seguro. Supongo que lo ha perdido y teme confesarlo por miedo a que la castiguen. Es terrible pensar que dice falsedades. Es algo mucho peor que su ataque de mal genio. Es una terrible responsabilidad tener una hija en casa en la que no puedes confiar. Astucia y falsedad, eso es lo que ha demostrado. Declaro que me siento peor por eso que por el broche. Si hubiera dicho la verdad, no me importaría tanto".

Marilla fue a su habitación a intervalos durante toda la noche y buscó el broche, sin encontrarlo. Una visita al hastial oriental a la hora de acostarse no dio resultado. Ana insistió en negar que supiera nada del broche, pero Marilla se convenció aún más de que sí lo sabía.

A la mañana siguiente le contó la historia a Matthew. Matthew estaba confundido y desconcertado; no podía perder tan rápidamente la fe en Ana, pero tenía que admitir que las circunstancias estaban en su contra.

"¿Estás segura de que no se ha caído detrás de la cómoda?", fue la única sugerencia que pudo ofrecer.

"He movido la cómoda y he sacado los cajones y he mirado en todas las rendijas", fue la respuesta afirmativa de Marilla. "El broche ha desaparecido y esa niña lo ha cogido y ha mentado sobre ello. Esa es la pura y fea verdad, Matthew Cuthbert, y más vale que la miremos a la cara".

"Bueno, ahora, ¿qué vas a hacer al respecto?" preguntó Matthew con desaliento, sintiéndose secretamente agradecido de que Marilla y no él tuviera que lidiar con la situación. No tenía ganas de intervenir esta vez.

"Se quedará en su habitación hasta que confiese", dijo Marilla con desgana, recordando el éxito de este método en el caso anterior. "Entonces veremos. Tal vez podamos encontrar el broche si nos dice dónde lo cogió; pero en cualquier caso tendrá que ser castigada severamente, Matthew."

"Bueno, tendrás que castigarla", dijo Matthew, cogiendo su sombrero. "Yo no tengo nada que ver, recuérdalo. Tú misma me lo advertiste".

Marilla se sintió abandonada por todos. Ni siquiera podía pedir consejo a la señora Lynde. Subió al frontón este con el rostro muy serio y lo abandonó con un rostro más serio aún. Ana se negó rotundamente a confesar. Persistió en afirmar que no había cogido el broche. Evidentemente, la niña había estado llorando y Marilla sintió una punzada de lástima que reprimió con severidad. Por la noche estaba, como ella misma dijo, "hecha polvo".

"Te quedarás en esta habitación hasta que confieses, Ana. Puedes decidirlo", dijo con firmeza.

"Pero el picnic es mañana, Marilla", gritó Ana. "No me impedirás que vaya, ¿verdad? Me dejarás salir por la tarde, ¿verdad? Luego me quedaré aquí todo el tiempo que quieras alegremente. Pero debo ir al picnic".

"No irás al picnic ni a ningún otro sitio hasta que hayas confesado, Ana."

"Oh, Marilla", jadeó Ana.

Pero Marilla había salido y cerrado la puerta.

La mañana del miércoles amaneció tan luminosa y hermosa como si hubiera sido hecha expresamente para el picnic. Los pájaros cantaban en torno a Tejas Verdes; las azucenas del jardín despedían bocanadas de perfume que entraban por todas las puertas y ventanas a través de vientos invisibles, y recorrían salones y habitaciones como espíritus de bendición. Los abedules de la hondonada agitaban alegres las manos como si esperasen el habitual saludo matinal de Ana desde el hastial oriental. Pero Ana no estaba en su ventana. Cuando Marilla le llevó el desayuno, encontró a la niña sentada primorosamente en su cama, pálida y resuelta, con los labios apretados y los ojos brillantes.

"Marilla, estoy dispuesta a confesarme".

"¡Ah!" Marilla dejó la bandeja. Una vez más su método había tenido éxito; pero su éxito fue muy amargo para ella. "Déjame oír lo que tienes que decir entonces, Ana".

"Cogí el broche de amatista", dijo Ana, como si repitiera una lección aprendida. "Lo cogí tal como me dijiste. No quería cogerlo cuando entré. Pero me pareció tan hermoso, Marilla, cuando me lo puse en el pecho, que me invadió una tentación irresistible. Imaginé lo emocionante que sería llevarlo a Idlewild y jugar a que era Lady Cordelia Fitzgerald. Sería mucho

más fácil imaginar que era Lady Cordelia si llevara un broche de amatista de verdad. Diana y yo hicimos collares de rosas, pero ¿qué son las rosas comparadas con las amatistas? Así que cogí el broche. Pensé que podría devolverlo antes de que llegaras a casa. Di toda la vuelta por la carretera para alargar el tiempo. Cuando iba por el puente que cruza el Lago de las Aguas Brillantes me quité el broche para echarle otro vistazo. ¡Cómo brillaba a la luz del sol! Y luego, cuando me inclinaba sobre el puente, se me escapó de las manos, y bajó, bajó, bajó, todo purpúreo y centelleante, y se hundió para siempre bajo el Lago de las Aguas Brillantes. Y eso es lo mejor que puedo confesar, Marilla".

Marilla sintió que la ira volvía a invadirle el corazón. Aquella niña había cogido y perdido su preciado broche de amatista y ahora estaba allí sentada recitando tranquilamente los detalles del mismo sin el menor remordimiento o arrepentimiento aparente.

"Ana, esto es terrible", dijo, tratando de hablar con calma. "Eres la chica más malvada de la que he oído hablar".

"Sí, supongo que lo soy", convino Ana tranquilamente. "Y sé que tendré que ser castigada. Será tu deber castigarme, Marilla. Haz el favor de acabarlo de una vez, porque me gustaría ir al picnic sin tener nada en la cabeza."

"¡Picnic, desde luego! Hoy no irás a ningún picnic, Ana Shirley. Ese será tu castigo. ¡Y no es ni la mitad de severo por lo que has hecho!"

"¡No iré al picnic!" Ana se levantó de un salto y se agarró a la mano de Marilla. "¡Pero me prometiste que podría! Oh, Marilla, debo ir al picnic. Por eso confesé. Castígame como quieras menos de esa manera. Oh, Marilla, por favor, por favor, déjame ir al picnic. ¡Piensa en el helado! Por lo que tú sabes puede que no vuelva a tener ocasión de probar un helado".

Marilla soltó con fuerza las manos de Ana.

"No tienes que alegar, Ana. No irás al picnic y punto. Ni una palabra".

Ana comprendió que Marilla no se conmovía. Juntó las manos, lanzó un grito desgarrador y se arrojó boca abajo sobre la cama, llorando y retorciéndose en un abandono total de decepción y desesperación.

"¡Por el amor de Dios!", jadeó Marilla, saliendo apresuradamente de la habitación. "Creo que la niña está loca. Ninguna niña en su sano juicio se

comportaría como ella. Si no lo está, es completamente mala. Me temo que Rachel tenía razón desde el principio. Pero he puesto mi mano en el arado y no miraré atrás".

Aquella fue una mañana lúgubre. Marilla trabajaba con ahínco y fregaba el suelo del porche y las estanterías de la lechería cuando no encontraba otra cosa que hacer. Ni las estanterías ni el porche lo necesitaban, pero Marilla sí. Luego salió a rastrillar el jardín.

Cuando la cena estuvo lista, se dirigió a la escalera y llamó a Ana. Apareció un rostro manchado de lágrimas, mirando trágicamente por encima de las barandillas.

"Baja a cenar, Ana".

"No quiero cenar, Marilla", dijo Ana sollozando. "No podría comer nada. Tengo el corazón destrozado. Algún día sentirás remordimientos de conciencia, supongo, por habérmelo roto, Marilla, pero yo te perdono. Recuerda cuando llegue el momento que te perdono. Pero, por favor, no me pidas que coma nada, especialmente cerdo hervido y verduras. El cerdo hervido y las verduras son tan poco románticos cuando uno está afligido".

Marilla, exasperada, volvió a la cocina y le contó sus penas a Matthew, que, entre su sentido de la justicia y su ilícita simpatía por Ana, era un hombre miserable.

"Bueno, no debería haber cogido el broche, Marilla, ni haber contado historias sobre él -admitió él, observando afligido su plato de cerdo y verduras, tan poco romántico, como si, al igual que Ana, pensara que era una comida inadecuada para las crisis sentimentales-, pero es una cosita tan pequeña, tan interesante. ¿No te parece muy duro no dejarla ir al picnic cuando está tan empeñada en ello?".

"Matthew Cuthbert, me asombra. Creo que se lo he puesto demasiado fácil. Y no parece darse cuenta de lo malvada que ha sido, eso es lo que más me preocupa. Si realmente lo sintiera, no sería tan malo. Y tú tampoco pareces darte cuenta; la estás excusando todo el tiempo para ti mismo, puedo verlo".

"Bueno, ella es tan pequeña", reiteró débilmente Matthew. "Y hay que hacer concesiones, Marilla. Sabes que nunca la han educado".

"Pues ahora la está teniendo", replicó Marilla.

La réplica silenció a Matthew, aunque no le convenció. Aquella cena fue muy triste. Lo único alegre fue Jerry Buote, el chico contratado, y Marilla resintió su alegría como un insulto personal.

Cuando lavó los platos, puso la esponja de pan y dio de comer a las gallinas, Marilla se acordó de que había notado un pequeño roto en su mejor chal de encaje negro cuando se lo quitó el lunes por la tarde al volver del Damas de Socorro. Iría a remendarlo.

El chal estaba en una caja de su baúl. Cuando Marilla lo sacó, la luz del sol, que caía a través de las enredaderas que se amontonaban densamente alrededor de la ventana, se fijó en algo atrapado en el chal, algo que brillaba y centelleaba en facetas de luz violeta. Marilla lo cogió con un grito ahogado. Era el broche de amatista, que colgaba de un hilo del encaje.

"Querida vida y corazón", dijo Marilla sin comprender, "¿qué significa esto? Aquí está sano y salvo mi broche que yo creía en el fondo del estanque de Barry. ¿Qué habrá querido decir esa muchacha con que lo cogió y lo perdió? Declaro que creo que Tejas Verdes está embrujada. Ahora recuerdo que cuando me quité el chal el lunes por la tarde lo dejé un momento sobre la cómoda. Supongo que el broche se enredó en él de alguna manera. Bueno.

Marilla se dirigió al frontón este, con el broche en la mano. Ana se había echado a llorar y estaba sentada abatida junto a la ventana.

"Ana Shirley -dijo Marilla solemnemente-, acabo de encontrar mi broche colgado de mi chal de encaje negro. Ahora quiero saber qué significaba ese galimatías que me contaste esta mañana".

"Pues que dijiste que me retendrías aquí hasta que confesase -respondió Ana con cansancio-, y por eso decidí confesar, porque estaba obligada a ir al picnic. Anoche, después de acostarme, pensé una confesión y la hice lo más interesante que pude. Y la repetí una y otra vez para no olvidarla. Pero al final no me dejaste ir al picnic, así que todas mis molestias fueron en vano".

Marilla tuvo que reírse a su pesar. Pero le remordía la conciencia.

"¡Ana, tú lo vences todo! Pero me equivoqué, ahora lo veo. No debería haber dudado de tu palabra cuando nunca te había visto contar una historia. Por supuesto, no estuvo bien que confesaras algo que no habías hecho; estuvo muy mal que lo hicieras. Pero yo te llevé a hacerlo. Así que si me perdonas, Ana, te perdonaré y empezaremos de nuevo. Y ahora prepárate para el picnic".

Ana voló como un cohete.

"Oh, Marilla, ¿no es demasiado tarde?"

"No, sólo son las dos. No estarán más que bien reunidos todavía y pasará una hora antes de que tomen el té. Lávate la cara, péinate y vístete de guinga. Llenaré una cesta para ti. Hay muchas cosas horneadas en la casa. Y le diré a Jerry que enganche el alazán y te lleve al merendero".

"¡Oh, Marilla!", exclamó Ana, volando hacia el lavabo. "¡Hace cinco minutos era tan desgraciada que deseaba no haber nacido y ahora no me cambiaría ni por un ángel!".

Aquella noche, una Ana completamente feliz y cansada regresó a Tejas Verdes en un estado de beatificación imposible de describir.

"Marilla, me lo he pasado de maravilla. Deliciosa es una palabra nueva que aprendí hoy. Se la oí decir a Mary Alice Bell. ¿No es muy expresiva? Todo fue encantador. Tomamos un té espléndido y luego el Sr. Harmon Andrews nos llevó a todos a remar por el Lago de las Aguas Brillantes, seis de nosotros a la vez. Y Jane Andrews casi se cae por la borda. Se estaba asomando para recoger nenúfares y si el Sr. Andrews no la hubiera agarrado por la faja justo a tiempo, se habría caído y probablemente se habría ahogado. Ojalá hubiera sido yo. Habría sido una experiencia tan romántica estar a punto de ahogarme. Sería una historia tan emocionante para contar. Y tomamos el helado. No tengo palabras para describir ese helado. Marilla, te aseguro que era sublime".

Esa noche Marilla le contó toda la historia a Matthew sobre su cesta de medias.

"Estoy dispuesta a reconocer que cometí un error", concluyó con franqueza, "pero he aprendido una lección. Tengo que reírme cuando pienso en la 'confesión' de Ana, aunque supongo que no debería, porque realmente era una falsedad. Pero no me parece tan mala como lo habría sido la otra, de

alguna manera, y de todos modos soy responsable de ella. Esa niña es difícil de entender en algunos aspectos. Pero creo que saldrá bien. Y hay algo seguro, ninguna casa será aburrida en la que ella esté".

CAPÍTULO XV: UNA TEMPESTAD EN LA TETERA DE LA ESCUELA

"¡Qué día tan espléndido!", dijo Ana, dando un largo suspiro. "¿No es bueno estar vivo en un día como éste? Compadezco a los que aún no han nacido por perderselo. Tendrán días buenos, por supuesto, pero éste nunca lo tendrán. Y es aún más espléndido tener un camino tan bonito para ir a la escuela, ¿no?"

"Es mucho más bonito que ir por la carretera, que es tan polvorienta y calurosa", dijo Diana prácticamente, echando un vistazo a su cesta de la cena y calculando mentalmente cuántos bocados tendría cada niña si las tres jugosas y apetitosas tartas de frambuesa que allí reposaban se repartieran entre diez niñas.

Las niñas de la escuela de Avonlea siempre compartían sus almuerzos, y comerse tres tartas de frambuesa a solas o incluso compartirlas sólo con su mejor amiga habría tachado para siempre de "terriblemente mala" a la niña que lo hubiera hecho. Y, sin embargo, cuando las tartas se repartían entre diez niñas, se obtenía lo suficiente para darse un gusto.

El camino de Ana y Diana a la escuela era muy bonito. Ana pensaba que aquellos paseos de ida y vuelta a la escuela con Diana no podían mejorarse ni con la imaginación. Ir por la carretera principal hubiera sido tan poco ro-

mántico; pero ir por Lover's Lane y Willowmere y Violet Vale y el Sendero de los Abedules era romántico, si es que alguna vez algo lo fue.

Lover's Lane se abría bajo el huerto de Tejas Verdes y se adentraba en el bosque hasta el final de la granja de los Cuthbert. Era el camino por el que en invierno llevaban las vacas a los pastos traseros y traían la leña a casa. Ana le había puesto ese nombre antes de cumplir un mes en Tejas Verdes.

"No es que los amantes caminen por allí -le explicó a Marilla-, pero Diana y yo estamos leyendo un libro magnífico y en él hay un Callejón de los Enamorados. Así que nosotras también queremos tener uno. Y es un nombre muy bonito, ¿no te parece? ¡Tan romántico! Podemos imaginar a los amantes en él, ya sabes. Me gusta ese carril porque allí puedes pensar en voz alta sin que la gente te llame loca".

Ana, saliendo sola por la mañana, recorrió el Callejón de los Enamorados hasta el arroyo. Diana se reunió allí con ella, y las dos niñas siguieron subiendo por el sendero, bajo el frondoso arco de los arces - "Los arces son árboles tan sociables -dijo Ana-; siempre están susurrando y susurrándote"-, hasta que llegaron a un rústico puente. Luego abandonaron el sendero y atravesaron el campo trasero del señor Barry y Willowmere. Más allá de Willowmere estaba Violet Vale, un pequeño hoyuelo verde a la sombra del gran bosque del señor Andrew Bell. "Claro que ahora no hay violetas -le dijo Ana a Marilla-, pero Diana dice que hay millones en primavera. Oh, Marilla, ¿no te imaginas que las ves? La verdad es que me deja sin aliento. Lo llamé Violet Vale. Diana dice que nunca me vio el ritmo para acertar con nombres extravagantes para lugares. Es agradable ser inteligente en algo, ¿no? Pero Diana le puso nombre al Sendero de los Abedules. Ella quería, así que la dejé; pero estoy seguro de que podría haber encontrado algo más poético que el simple Sendero de los Abedules. Cualquiera puede pensar en un nombre así. Pero el Sendero de los Abedules es uno de los lugares más bonitos del mundo, Marilla".

Lo era. Otras personas, además de Ana, pensaban lo mismo cuando tropezaban con él. Era un caminito estrecho y tortuoso, que bajaba serpenteando por una larga colina en línea recta a través de los bosques del señor Bell, por donde la luz bajaba tamizada a través de tantas pantallas de esmeralda que era tan impecable como el corazón de un diamante. Estaba bordeado en toda su longitud por esbeltos abedules jóvenes, de tallo blanco y ramoso; a

lo largo de él crecían densamente helechos, flores estrelladas, lirios silvestres y mechones escarlata de bayas de paloma; y siempre había un delicioso sabor picante en el aire y la música de los cantos de los pájaros y el murmullo y la risa de los vientos del bosque en los árboles. De vez en cuando se podía ver un conejo saltando por el camino, si se estaba en silencio, lo que, con Ana y Diana, ocurría más o menos una vez cada luna azul. Abajo, en el valle, el sendero desembocaba en la carretera principal y luego sólo había que subir la colina de abetos para llegar a la escuela.

La escuela de Avonlea era un edificio encalado, bajo en los aleros y ancho en las ventanas, amueblado por dentro con cómodos pupitres anticuados que se abrían y cerraban, y en cuyas tapas estaban grabadas las iniciales y los jeroglíficos de tres generaciones de escolares. La escuela estaba apartada del camino y detrás de ella había un bosque de abetos y un arroyo donde todos los niños ponían sus botellas de leche por la mañana para que se mantuvieran frescas y dulces hasta la hora de la cena.

El primer día de septiembre, Marilla había visto a Ana partir hacia la escuela con muchos recelos secretos. Ana era una niña muy rara. ¿Cómo se llevaría con los demás niños? ¿Y cómo se las arreglaría para contener la lengua durante las horas de clase?

Sin embargo, las cosas fueron mejor de lo que Marilla temía. Aquella tarde Ana llegó a casa muy animada.

"Creo que me va a gustar la escuela", anunció. "Pero no me gusta mucho el maestro. Está todo el tiempo rizándose el bigote y haciéndole ojitos a Prissy Andrews. Prissy ya es mayorcita. Tiene dieciséis años y está estudiando para el examen de ingreso en la Academia de la Reina en Charlottetown el año que viene. Tillie Boulter dice que el maestro está muerto por ella. Tiene una tez preciosa y el pelo castaño rizado y se lo peina con mucha elegancia. Ella se sienta en el asiento largo del fondo y él también se sienta allí la mayor parte del tiempo, para explicarle las lecciones, dice. Pero Ruby Gillis dice que le vio escribir algo en su pizarra y que cuando Prissy lo leyó se puso roja como una remolacha y soltó una risita; y Ruby Gillis dice que no cree que tuviera nada que ver con la lección."

"Ana Shirley, no vuelvas a hablar así de tu maestra", dijo Marilla bruscamente. "No se va a la escuela para criticar al maestro. Supongo que él puede enseñarte algo y es asunto tuyo aprender. Y quiero que entiendas desde el

principio que no debes volver a casa contando cuentos sobre él. Eso es algo que no voy a alentar. Espero que hayas sido una buena chica".

"Desde luego que lo fui", dijo Ana cómodamente. "Tampoco fue tan duro como te imaginas. Me siento con Diana. Nuestro asiento está junto a la ventana y podemos mirar hacia el Lago de las Aguas Brillantes. Hay muchas chicas simpáticas en la escuela y nos divertimos de lo lindo jugando a la hora de la cena. Es muy agradable tener muchas niñas con las que jugar. Pero, por supuesto, me gusta más Diana y siempre me gustará. Adoro a Diana. Estoy terriblemente atrasada con respecto a las otras. Todas van por el quinto libro y yo sólo voy por el cuarto. Siento que es una especie de desgracia. Pero ninguno de ellos tiene tanta imaginación como yo y pronto lo descubrí. Hoy hemos tenido lectura, geografía, historia de Canadá y dictado. El señor Phillips dijo que mi ortografía era vergonzosa y levantó mi pizarra para que todos pudieran verla, toda marcada. Me sentí tan mortificada, Marilla; creo que podría haber sido más educado con un extraño. Ruby Gillis me dio una manzana y Sophia Sloane me prestó una preciosa tarjeta rosa con la inscripción "¿Puedo verte en casa? Se la devolveré mañana. Y Tillie Boulter me dejó llevar su anillo de cuentas toda la tarde. ¿Puedo coger algunas de esas cuentas de perlas del viejo alfiletero del desván para hacerme un anillo? Y oh Marilla, Jane Andrews me dijo que Minnie MacPherson le contó que oyó a Prissy Andrews decirle a Sara Gillis que yo tenía una nariz muy bonita. Marilla, es el primer cumplido que he recibido en mi vida y no te imaginas qué sensación tan extraña me produjo. Marilla, ¿de verdad tengo una nariz bonita? Sé que me dirás la verdad".

"Tu nariz está bastante bien", dijo Marilla brevemente. Secretamente pensaba que la nariz de Ana era extraordinariamente bonita; pero no tenía intención de decírselo.

De eso hacía ya tres semanas, y todo había ido bien hasta entonces. Y ahora, aquella fresca mañana de septiembre, Ana y Diana paseaban alegremente por el sendero de los abedules, dos de las niñas más felices de Avonlea.

"Supongo que Gilbert Blythe irá hoy a la escuela", dijo Diana. "Ha estado visitando a sus primos en New Brunswick todo el verano y llegó a casa el sábado por la noche. Es muy guapo, Ana. Y se burla mucho de las chicas. No hace más que atormentarnos".

La voz de Diana indicaba que prefería que le atormentaran la vida a que no lo hicieran.

"¿Gilbert Blythe?" dijo Ana. "¿No es su nombre el que está escrito en la pared del porche con el de Julia Bell y un gran 'Toma nota' sobre ellos?"

"Sí", dijo Diana, sacudiendo la cabeza, "pero estoy segura de que Julia Bell no le cae muy bien. Le he oído decir que estudió la tabla de multiplicar por sus pecas".

"Oh, no me hables de pecas", imploró Ana. "No es delicado cuando tengo tantas. Pero creo que escribir avisos en la pared sobre los chicos y las chicas es lo más tonto que hay. Me gustaría que alguien se atreviera a escribir mi nombre junto al de un chico. No, por supuesto", se apresuró a añadir, "que alguien lo hiciera".

Ana suspiró. No quería que escribieran su nombre. Pero era un poco humillante saber que no había peligro de ello.

"Tonterías", dijo Diana, cuyos ojos negros y lustrosa cabellera habían hecho tales estragos en los corazones de los colegiales de Avonlea que su nombre figuraba en las paredes del porche en media docena de notificaciones. "Sólo es una broma. Y no estés tan seguro de que tu nombre no será escrito. Charlie Sloane está muerto por ti. Le dijo a su madre que eras la más inteligente de la escuela. Eso es mejor que ser guapa".

"No, no lo es", dijo Ana, femenina hasta la médula. "Prefiero ser guapa que lista. Y odio a Charlie Sloane. No soporto a un chico con ojos de ante-ojo. Si alguien escribiera mi nombre con el suyo nunca lo superaría, Diana Barry. Pero es agradable ser la primera de la clase".

"Tendrás a Gilbert en tu clase después de esto", dijo Diana, "y él está acostumbrado a ser el jefe de su clase, te lo aseguro. Sólo está en el cuarto libro aunque tiene casi catorce años. Hace cuatro años su padre enfermó y tuvo que irse a Alberta por su salud y Gilbert se fue con él. Estuvieron allí tres años y Gil no fue casi a la escuela hasta que volvieron. No te será tan fácil mantener la cabeza después de esto, Ana".

"Me alegro", dijo Ana rápidamente. "No podía sentirme orgullosa de mantener la cabeza de niños y niñas de apenas nueve o diez años. Ayer me levanté deletreando 'ebullición'. Josie Pye era la jefa y, fíjate, se asomó a su libro. El señor Phillips no la vio, estaba mirando a Prissy Andrews, pero yo

sí. Le lancé una mirada de desprecio helado y se puso roja como una remolacha y lo delectó mal después de todo".

"Esas chicas Pye son unas tramposas", dijo Diana indignada, mientras subían la valla de la carretera principal. "Gertie Pye de hecho fue y puso su botella de leche en mi lugar en el arroyo ayer. ¿Alguna vez lo hizo? Ahora no hablo con ella".

Cuando el señor Phillips estaba al fondo de la sala oyendo el latín de Prissy Andrews, Diana susurró a Ana,

"Ese es Gilbert Blythe sentado justo enfrente de ti, Ana. Mírale a ver si no te parece guapo".

Ana miró en consecuencia. Tuvo una buena oportunidad de hacerlo, porque el tal Gilbert Blythe estaba absorto en sujetar sigilosamente la larga trenza amarilla de Ruby Gillis, que se sentaba frente a él, al respaldo de su asiento. Era un muchacho alto, de pelo castaño rizado, ojos avellana pícaros y una boca torcida en una sonrisa burlona. En ese momento, Ruby Gillis se levantó para llevarle una suma al señor; cayó de espaldas en su asiento con un grito, creyendo que le arrancaban el pelo de raíz. Todos la miraron y el señor Phillips la fulminó con una mirada tan severa que Ruby se echó a llorar. Gilbert había perdido de vista el alfiler y estudiaba su historia con la cara más sobria del mundo; pero cuando se calmó la conmoción, miró a Ana y le guiñó un ojo con inexpresable sorna.

"Creo que tu Gilbert Blythe es guapo -confió Ana a Diana-, pero me parece muy atrevido. No es de buena educación guiñar el ojo a una desconocida".

Pero no fue hasta la tarde cuando las cosas empezaron a suceder de verdad.

El señor Phillips estaba de nuevo en el rincón explicando un problema de álgebra a Prissy Andrews y el resto de los alumnos hacían más o menos lo que querían, comiendo manzanas verdes, cuchicheando, haciendo dibujos en sus pizarras y conduciendo grillos, enjaezados a cuerdas, arriba y abajo por el pasillo. Gilbert Blythe intentaba que Ana Shirley lo mirara y fracasaba rotundamente, porque Ana era en aquel momento totalmente ajena, no sólo a la existencia misma de Gilbert Blythe, sino de todos los demás alumnos de la escuela Avonlea y de la propia escuela Avonlea. Con la barbilla

apoyada en las manos y los ojos fijos en la visión azul del Lago de las Aguas Brillantes que ofrecía la ventana del oeste, se encontraba muy lejos, en un magnífico país de ensueño, sin oír ni ver nada más que sus propias visiones maravillosas.

Gilbert Blythe no estaba acostumbrado a esforzarse para que una chica lo mirara y encontrarse con el fracaso. Ella debía mirarle a él, aquella chica pelirroja de Shirley con la barbilla puntiaguda y los ojos grandes que no se parecían a los ojos de ninguna otra chica de la escuela de Avonlea.

Gilbert se estiró hacia el otro lado del pasillo, cogió el extremo de la larga trenza roja de Ana, la sostuvo a la distancia del brazo y dijo en un susurro penetrante,

"¡Zanahorias! Zanahorias!"

Entonces Ana lo miró con venganza.

Hizo algo más que mirar. Se puso en pie de un salto, y sus brillantes fantasías cayeron en una ruina sin remedio. Dirigió una mirada indignada a Gilbert desde unos ojos cuyo brillo furioso se apagó rápidamente en lágrimas igualmente furiosas.

"¡Muchacho mezquino y odioso!", exclamó apasionadamente. "¡Cómo te atreves!"

Y entonces, ¡zas! Ana había derribado su pizarra sobre la cabeza de Gilbert y se la había partido -la pizarra, no la cabeza- en dos.

A la escuela Avonlea siempre le gustaban las escenas. Esta fue especialmente agradable. Todos dijeron "Oh" horrorizados. Diana jadeó. Ruby Gillis, que se inclinaba a ser histérica, comenzó a llorar. Tommy Sloane dejó escapar por completo su equipo de grillos mientras contemplaba boquiabierto el retablo.

El señor Phillips avanzó por el pasillo y apoyó pesadamente la mano en el hombro de Ana.

"Ana Shirley, ¿qué significa esto?", dijo furioso.

Ana no respondió. Era pedirle demasiado a alguien de carne y hueso esperar que dijera ante toda la escuela que la habían llamado "zanahorias". Fue Gilbert quien habló con firmeza.

"Fue culpa mía, señor Phillips. Me burlé de ella".

El señor Phillips no prestó atención a Gilbert.

"Lamento ver que una alumna mía muestre tal mal genio y tal espíritu vengativo", dijo en tono solemne, como si el mero hecho de ser alumna suya debiera extirpar todas las malas pasiones del corazón de los pequeños mortales imperfectos. "Ana, vete y quédate de pie en la tarima frente a la pizarra durante el resto de la tarde".

Ana hubiera preferido infinitamente unos azotes a este castigo, bajo el cual su espíritu sensible se estremeció como por un latigazo. Con el rostro blanco y rígido, obedeció. El señor Phillips tomó un lápiz de tiza y escribió en la pizarra sobre su cabeza.

"Ann Shirley tiene muy mal carácter. Ann Shirley debe aprender a controlar su mal genio", y luego lo leyó en voz alta para que lo entendieran incluso los de la clase de párvulos, que no sabían leer por escrito.

Ana permaneció de pie el resto de la tarde con aquella leyenda sobre ella. No lloró ni agachó la cabeza. La cólera estaba aún demasiado caliente en su corazón para eso y la sostenía en medio de toda su agonía de humillación. Con ojos resentidos y mejillas enrojecidas por la pasión se enfrentó por igual a la mirada compasiva de Diana y a los asentimientos indignados de Charlie Sloane y a las sonrisas maliciosas de Josie Pye. En cuanto a Gilbert Blythe, ni siquiera lo miró. ¡Nunca volvería a mirarle! Jamás le dirigiría la palabra.

Cuando terminaron las clases, Ana salió con la cabeza roja en alto. Gilbert Blythe trató de interceptarla en la puerta del porche.

"Siento mucho haberme burlado de tu pelo, Ana", susurró contrito. "De verdad. No te enfades por quedártelo".

Ana pasó con desdén, sin mirar ni dar señales de oír. "Oh, ¿cómo has podido, Ana?", suspiró Diana mientras avanzaban por el camino, mitad con reproche, mitad con admiración. Diana sintió que nunca habría podido resistir la súplica de Gilbert.

"Nunca perdonaré a Gilbert Blythe", dijo Ana con firmeza. "Y el señor Phillips también deletreó mi nombre sin e. El hierro se me ha metido en el alma, Diana".

Diana no tenía la menor idea de lo que Ana quería decir, pero comprendió que era algo terrible.

"No debe importarte que Gilbert se burle de tu pelo", le dijo tranquilizándola. "Se burla de todas las chicas. Se ríe del mío porque es muy negro. Me ha llamado cuervo una docena de veces; y tampoco le he oído nunca disculparse por nada".

"Hay mucha diferencia entre que te llamen cuervo y que te llamen zanahoria", dijo Ana con dignidad. "Gilbert Blythe ha herido insoportablemente mis sentimientos, Diana".

Es posible que el asunto hubiera pasado sin más insoportablemente si no hubiera ocurrido nada más. Pero cuando las cosas comienzan a suceder, tienden a continuar.

Los alumnos de Avonlea solían pasar la hora del mediodía recogiendo chicle en el bosquecillo de abetos del señor Bell, al otro lado de la colina y al otro lado de su gran prado. Desde allí podían vigilar la casa de Eben Wright, donde se alojaba el maestro. Cuando veían salir de allí al señor Phillips, corrían hacia la escuela; pero como la distancia era unas tres veces mayor que el camino del señor Wright, muy a menudo llegaban allí, jadeantes y sin aliento, unos tres minutos tarde.

Al día siguiente, el señor Phillips sufrió uno de sus espasmódicos ataques de reforma y anunció, antes de irse a casa a cenar, que esperaba encontrar a todos los alumnos en sus asientos cuando regresara. Cualquiera que llegara tarde sería castigado.

Todos los chicos y algunas chicas fueron al bosque de abetos del señor Bell, como de costumbre, con la intención de quedarse sólo el tiempo suficiente para "masticar". Pero las arboledas de abetos son seductoras y las nueces amarillas del chicle seductoras; cogieron y holgazanearon y se extraviaron; y como de costumbre, lo primero que les recordó el sentido de la huida del tiempo fue Jimmy Glover gritando desde lo alto de un viejo abeto patriarcal: "Viene el amo."

Las niñas, que estaban en el suelo, arrancaron primero y consiguieron llegar a la escuela a tiempo, pero sin que les sobrara ni un segundo. Los chicos, que tuvieron que bajar apresuradamente de los árboles, llegaron más tarde; y Ana, que no había estado recogiendo chicle en absoluto, sino que

deambulaba alegremente en el extremo más alejado del bosquecillo, metida hasta la cintura entre los helechos, cantando suavemente para sí misma, con una corona de lirios de arroz en el pelo como si fuera una divinidad salvaje de los lugares sombríos, fue la última de todos. Sin embargo, Ana podía correr como un ciervo; y corrió, con el pícaro resultado de que alcanzó a los muchachos en la puerta y fue arrastrada a la escuela entre ellos, justo cuando el señor Phillips estaba en el acto de colgar su sombrero.

La breve energía reformadora del señor Phillips había terminado; no quería la molestia de castigar a una docena de alumnos; pero era necesario hacer algo para salvar su palabra, así que buscó un chivo expiatorio y lo encontró en Ana, que se había dejado caer en su asiento, jadeando, con su olvidada corona de lirios colgando torcida sobre una oreja y dándole un aspecto particularmente desaliñado y desaliñado.

"Ana Shirley, ya que pareces tan aficionada a la compañía de los chicos, vamos a satisfacer tu gusto por ella esta tarde", dijo sarcásticamente. "Quítate esas flores del pelo y siéntate con Gilbert Blythe".

Los otros chicos se rieron. Diana, palideciendo de lástima, arrancó la corona del cabello de Ana y le apretó la mano. Ana miró fijamente al maestro como si se hubiera convertido en piedra.

"¿Has oído lo que te he dicho, Ana?", preguntó el señor Phillips con severidad.

"Sí, señor", dijo Ana lentamente, "pero no creí que lo dijera en serio".

"Le aseguro que sí", todavía con la inflexión sarcástica que todos los niños, y Ana en especial, odiaban. Se puso en evidencia. "Obedéceme de inmediato".

Por un momento Ana pareció que iba a desobedecer. Luego, comprendiendo que no había remedio, se levantó altivamente, atravesó el pasillo, se sentó junto a Gilbert Blythe y enterró la cara entre los brazos sobre el escritorio. Ruby Gillis, que pudo verla mientras caía, dijo a los que volvían de la escuela que "nunca había visto nada igual: era tan blanca, con unas horribles manchitas rojas".

Para Ana, aquello era como el fin de todas las cosas. Ya era bastante malo ser elegida para ser castigada entre una docena de niñas igualmente culpables; peor aún era ser enviada a sentarse con un niño; pero que ese niño fue-

ra Gilbert Blythe era acumular insulto sobre insulto hasta un grado absolutamente insoportable. Ana sintió que no podría soportarlo y que de nada serviría intentarlo. Todo su ser hervía de vergüenza, cólera y humillación.

Al principio, las otras alumnas la miraban, cuchicheaban, se reían y le daban codazos. Pero como Ana no levantaba la cabeza y Gilbert trabajaba las fracciones como si toda su alma estuviera absorta en ellas y sólo en ellas, pronto volvieron a sus propias tareas y Ana fue olvidada. Cuando el señor Phillips llamó a la clase de Historia, Ana debería haber salido; pero Ana no se movió, y el señor Phillips, que había estado escribiendo unos versos "A Priscila" antes de llamar a la clase, seguía pensando en una obstinada rima y nunca la echó de menos. Una vez, cuando nadie miraba, Gilbert sacó de su pupitre un corazoncito de caramelo rosa con un lema dorado: "Eres dulce", y lo deslizó bajo la curva del brazo de Ana. Ana se levantó, cogió con cuidado el corazoncito entre las puntas de los dedos, lo dejó caer al suelo, lo hizo polvo bajo los talones y volvió a su sitio sin dignarse dirigir una mirada a Gilbert.

A la salida de clase, Ana se dirigió a su pupitre, sacó ostentosamente todo lo que había en él, libros y tablilla, pluma y tinta, testamento y aritmética, y lo amontonó ordenadamente sobre su pizarra agrietada.

"¿Para qué te llevas todas esas cosas a casa, Ana?". quiso saber Diana en cuanto salieron a la carretera. Antes no se había atrevido a formular la pregunta.

"Ya no volveré a la escuela", dijo Ana.

Diana se quedó boquiabierta y miró a Ana para ver si lo decía en serio.

"¿Te dejará Marilla quedarte en casa?", preguntó.

"Tendrá que hacerlo", dijo Ana. "No volveré a ir a la escuela con ese hombre".

"¡Oh, Ana!" Diana parecía a punto de llorar. "Creo que eres mala. ¿Qué voy a hacer? El señor Phillips me hará sentar con esa horrible Gertie Pye; sé que lo hará porque está sentada sola. Vuelve, Ana".

"Haría cualquier cosa por ti, Diana", dijo Ana con tristeza. "Me dejaría desgarrar miembro por miembro si eso te hiciera algún bien. Pero no puedo hacerlo, así que, por favor, no me lo pidas. Me destrozas el alma".

"Piensa en toda la diversión que te perderás", se lamentó Diana. "Vamos a construir la casa más bonita junto al arroyo, y la semana que viene jugaremos a la pelota, y tú nunca has jugado, Ana. Es muy emocionante. Y vamos a aprender una nueva canción: Jane Andrews la está practicando ahora; y Alice Andrews va a traer un nuevo libro de Pansy la semana que viene y todos vamos a leerlo en voz alta, capítulo por capítulo, junto al arroyo. Y ya sabes que te gusta mucho leer en voz alta, Ana".

Nada la conmovió lo más mínimo. Estaba decidida. No volvería a ir a la escuela con el señor Phillips; así se lo dijo a Marilla al llegar a casa.

"Tonterías", dijo Marilla.

"No es ninguna tontería -dijo Ana, mirando a Marilla con ojos solemnes y llenos de reproche. "¿No lo entiendes, Marilla? Me han insultado".

"¡Insultada fiddlesticks! Mañana irás a la escuela como siempre".

"Oh, no." Ana sacudió suavemente la cabeza. "No volveré, Marilla. Aprenderé mis lecciones en casa y seré todo lo buena que pueda ser y me contendré la lengua todo el tiempo, si es que es posible. Pero no volveré a la escuela, te lo aseguro".

Marilla vio en el pequeño rostro de Ana algo notablemente parecido a una inflexible obstinación. Comprendió que le costaría trabajo vencerla; pero resolvió sabiamente no decir nada más en aquel momento.

"Iré a ver a Raquel esta tarde", pensó. "Es inútil razonar ahora con Ana. Está demasiado nerviosa y creo que puede ser muy testaruda si se lo propone. Por lo que puedo deducir de su historia, el Sr. Phillips ha llevado los asuntos con bastante mano dura. Pero nunca sería bueno decírselo a ella. Lo hablaré con Rachel. Ha enviado a diez niños a la escuela y debería saber algo al respecto. A estas horas ya habrá oído toda la historia".

Marilla encontró a la Sra. Lynde tejiendo colchas tan afanosa y alegremente como de costumbre.

"Supongo que sabe a qué he venido", dijo, un poco avergonzada.

La señora Rachel asintió.

"Por el alboroto de Ana en la escuela, supongo", dijo. "Tillie Boulter vino de camino a casa desde el colegio y me lo contó".

"No sé qué hacer con ella", dijo Marilla. "Declara que no volverá a la escuela. Nunca había visto a una niña tan alterada. Esperaba problemas desde que empezó la escuela. Sabía que las cosas iban demasiado bien para durar. Es tan nerviosa. ¿Qué me aconsejas, Rachel?"

"Bueno, ya que me pides consejo, Marilla -dijo amablemente la Sra. Lyn- de, a quien le encantaba que le pidieran consejo-, yo le daría un poco de humor al principio, eso es lo que haría. Creo que el señor Phillips se equivocó. Claro que no está bien decírselo a los niños. Y por supuesto que hizo bien en castigarla ayer por ceder a su temperamento. Pero hoy fue diferente. Los otros que llegaron tarde deberían haber sido castigados tanto como Ana, eso es lo que pasa. Y no creo en hacer que las chicas se sienten con los chicos para castigarlas. No es modesto. Tillie Boulter estaba realmente indignada. Asumió la parte de Ana y dijo que todos los escolares también. Ana parece muy popular entre ellos. Nunca pensé que se llevaría tan bien con ellos".

"Entonces crees que es mejor que se quede en casa", dijo Marilla asombrada.

"Sí. Es decir, no volvería a decirle escuela hasta que ella misma lo dijera. Puedes estar segura, Marilla, de que se calmará en una semana o así y estará lo bastante preparada para volver por su propia voluntad, eso es lo que pasa, mientras que, si la obligaras a volver enseguida, vaya usted a saber qué manía o rabieta cogería a continuación y causaría más problemas que nunca. Cuanto menos jaleo se monte mejor, en mi opinión. No se perderá mucho por no ir a la escuela, en cuanto a eso. El Sr. Phillips no es un buen profesor. El orden que mantiene es escandaloso, eso es lo que pasa, y descuida a los alevines y dedica todo su tiempo a esos grandes alumnos que está preparando para Queen's. No habría conseguido la escuela ni un año más si su tío no hubiera sido administrador, el administrador, porque lleva a los otros dos de las narices, eso es lo que pasa. No sé adónde va a parar la educación en esta isla".

La señora Rachel sacudió la cabeza, como diciendo que si ella estuviera al frente del sistema educativo de la provincia las cosas estarían mucho mejor gestionadas.

Marilla siguió el consejo de la señora Rachel y no volvió a hablar con Ana de volver a la escuela. En casa aprendía sus lecciones, hacía sus quehaceres y jugaba con Diana en los fríos crepúsculos morados del otoño; pero

cuando se cruzaba con Gilbert Blythe en el camino o lo encontraba en la escuela dominical, lo pasaba de largo con un desprecio glacial que no se descongelaba ni un ápice por el evidente deseo de él de apaciguarla. Ni siquiera los esfuerzos de Diana por conciliar sirvieron de nada. Ana se había propuesto odiar a Gilbert Blythe hasta el fin de sus días.

Sin embargo, tanto como odiaba a Gilbert, amaba a Diana, con todo el amor de su pequeño y apasionado corazón, igualmente intenso en sus gustos y disgustos. Una tarde, Marilla, que venía del huerto con un cesto de manzanas, encontró a Ana sentada sola junto a la ventana oriental, en el crepúsculo, llorando amargamente.

"¿Qué te pasa, Ana?", le preguntó.

"Es por Diana", sollozó Ana lujuriosamente. "Quiero tanto a Diana, Marilla. No puedo vivir sin ella. Pero sé muy bien que cuando crezcamos Diana se casará, se irá y me dejará. ¿Y qué haré yo? Odio a su marido, lo odio furiosamente. Lo he estado imaginando todo: la boda y todo lo demás, Diana vestida de nieve, con velo y tan hermosa y regia como una reina, y yo de dama de honor, con un vestido precioso y mangas abullonadas, pero con el corazón roto oculto bajo mi cara sonriente. Aquí Ana se derrumbó por completo y lloró con creciente amargura.

Marilla se volvió rápidamente para ocultar su rostro crispado; pero fue inútil; se desplomó sobre la silla más cercana y prorrumpió en una carcajada tan sincera e inusitada que Matthew, que cruzaba el patio exterior, se detuvo asombrado. ¿Cuándo había oído reír así a Marilla?

"Bueno, Ana Shirley -dijo Marilla en cuanto pudo hablar-, si tienes que meterte en líos, por piedad, hazlo más a mano en casa. Seguro que tienes imaginación".

CAPÍTULO XVI

DIANA ES INVITADA A TOMAR EL TÉ CON TRÁGICOS RESULTADOS

Octubre era un hermoso mes en Tejas Verdes, cuando los abedules de la hondonada se volvían tan dorados como el sol y los arces detrás del huerto adquirirían un color carmesí real y los cerezos silvestres a lo largo del sendero adquirirían los más bellos matices de rojo oscuro y verde bronceado, mientras los campos se asoleaban al atardecer.

Ana se deleitaba en el mundo de colores que la rodeaba.

"Oh, Marilla -exclamó un sábado por la mañana, entrando bailando con los brazos llenos de hermosas ramas-, me alegro tanto de vivir en un mundo donde hay octubres. Sería terrible que nos saltáramos de septiembre a noviembre, ¿verdad? Mira estas ramas de arce. ¿No te dan una emoción, varias emociones? Voy a decorar mi habitación con ellas".

"Cosas desordenadas", dijo Marilla, cuyo sentido estético no estaba notablemente desarrollado. "Desordenas demasiado tu cuarto con cosas de fuera, Ana. Las habitaciones están hechas para dormir".

"Oh, y para soñar también, Marilla. Y ya sabes que se sueña mucho mejor en una habitación donde hay cosas bonitas. Voy a poner estas ramas en la vieja jarra azul y las pondré sobre mi mesa".

"Ten cuidado de no dejar caer las hojas por toda la escalera. Esta tarde voy a una reunión de la Sociedad de Socorros en Carmody, Ana, y es probable que no llegue a casa antes del anochecer. Tendrás que llevarles la cena a Matthew y Jerry, así que ten cuidado de no olvidarte de poner el té a remojar hasta que te sientes a la mesa, como hiciste la última vez."

"Fue terrible de mi parte olvidarlo, dijo Ana disculpándose, "pero esa fue la tarde en que estaba tratando de pensar en un nombre para Violet Vale y eso desplazó otras cosas. Matthew era tan bueno. Nunca me regañó. Él mismo dejó el té y dijo que podíamos esperar un rato. Y yo le conté un bonito cuento de hadas mientras esperábamos, así que el tiempo no se le hizo largo en absoluto. Era un cuento precioso, Marilla. Olvidé el final, así que me lo inventé y Matthew dijo que no sabía dónde estaba la unión".

"A Matthew le parecería bien, Ana, que se te ocurriera levantarte a cenar en mitad de la noche. Pero esta vez mantén la cordura. Y no sé si estoy haciendo lo correcto -puede que te ponga más nerviosa que nunca- pero puedes pedirle a Diana que venga a pasar la tarde contigo y a tomar el té aquí."

"¡Oh, Marilla!" Ana juntó las manos. "¡Qué encantadora! Después de todo, eres capaz de imaginar cosas; de lo contrario, nunca habrías comprendido cómo he anhelado eso mismo. Parecerá tan bonito y adulto. Sin miedo a que me olvide de poner el té cuando tenga compañía. Oh, Marilla, ¿puedo usar el juego de té con spray de capullo de rosa?"

"¡No, por supuesto! ¡El juego de té de capullos de rosa! Bueno, ¿y ahora qué? Sabes que nunca lo uso, excepto para el ministro o los ayudantes. Dejarás el viejo juego de té marrón. Pero puedes abrir la pequeña vasija amarilla de conservas de cereza. Ya era hora de que se usara. Creo que está empezando a funcionar. Y puedes cortar un poco de tarta de frutas y comer algunas galletas".

"Ya me imagino sentada a la cabecera de la mesa y sirviendo el té", dijo Ana, cerrando los ojos extasiada. "¡Y preguntándole a Diana si toma azúcar! Ya sé que no, pero se lo preguntaré como si no lo supiera. Y luego presionándola para que tome otro trozo de tarta de frutas y otra ración de conservas. Oh, Marilla, es una sensación maravillosa sólo de pensarlo. ¿Puedo llevarla a la habitación de invitados para que se quite el sombrero cuando venga? ¿Y luego al salón para sentarse?"

"No. El salón será suficiente para usted y su compañía. Pero hay una botella medio llena de licor de frambuesa que sobró de la fiesta de la iglesia la otra noche. Está en el segundo estante del armario de la sala de estar y Diana y tú podéis tomarla si queréis, y una galletita para comer con ella por la tarde, porque me atrevo a decir que Matthew llegará tarde a la hora del té, ya que está transportando patatas al barco."

Ana bajó volando a la hondonada, pasó junto a la Burbuja de la dríade y subió por el sendero de abetos hasta la Cuesta del Huerto, para invitar a Diana a tomar el té. En consecuencia, justo después de que Marilla se hubiera marchado a Carmody, Diana se presentó, vestida con su segundo mejor vestido y con el aspecto que corresponde cuando se la invita a tomar el té. En otras ocasiones solía entrar corriendo en la cocina sin llamar; pero ahora llamaba primorosamente a la puerta principal. Y cuando Ana, vestida

con su segunda mejor ropa, la abrió con la misma cortesía, ambas niñas se estrecharon la mano tan seriamente como si no se hubieran visto nunca. Esta antinatural solemnidad duró hasta que Diana fue llevada al hastial oriental para quitarse el sombrero y permaneció diez minutos sentada en el salón, con los dedos de los pies en posición.

"¿Cómo está tu madre?", preguntó Ana cortésmente, como si aquella mañana no hubiera visto a la señora Barry recogiendo manzanas con excelente salud y ánimo.

"Está muy bien, gracias. Supongo que esta tarde el señor Cuthbert estará transportando patatas a Lily Sands", dijo Diana, que aquella mañana había ido a casa del señor Harmon Andrews en el carro de Matthew.

"Sí. Nuestra cosecha de patatas es muy buena este año. Espero que la de tu padre también lo sea".

"Es bastante buena, gracias. ¿Has recogido ya muchas de tus manzanas?"

"Oh, muchísimas", dijo Ana, olvidándose de ser digna y saltando rápidamente. "Vamos al huerto a coger algunas de las Red Sweetings, Diana. Marilla dice que podemos quedarnos con todos los que quedan en el árbol. Marilla es una mujer muy generosa. Dijo que podíamos comer pastel de frutas y conservas de cereza para el té. Pero no es de buena educación decirle a tu compañía lo que vas a darles de comer, así que no te diré lo que dijo que podíamos tomar. Sólo que empieza por una r y una c y es de color rojo brillante. Me encantan las bebidas de color rojo brillante, ¿a ti no? Saben el doble de bien que cualquier otro color".

El huerto, con sus grandes ramas que se inclinaban hacia el suelo cargadas de fruta, resultó tan encantador que las niñas pasaron en él la mayor parte de la tarde, sentadas en un rincón cubierto de hierba, donde la escarcha había preservado el verde y el suave sol otoñal se prolongaba cálidamente, comiendo manzanas y hablando todo lo que podían. Diana tenía mucho que contarle a Ana de lo que ocurría en la escuela. Tenía que sentarse con Gertie Pye y lo odiaba; Gertie chirriaba el lápiz todo el tiempo y eso le helaba la sangre a Diana; Ruby Gillis le había quitado todas las verrugas con un guijarro mágico que le había regalado la vieja Mary Joe del arroyo. Había que frotarse las verrugas con el guijarro y luego tirarlo por encima del hombro izquierdo en luna nueva, y las verrugas desaparecían. El nom-

bre de Charlie Sloane estaba escrito junto con el de Em White en la pared del porche y Em White estaba muy enfadada por ello; Sam Boulter había "insultado" al Sr. Phillips en clase y el Sr. Phillips le había azotado y el padre de Sam bajó a la escuela y retó al Sr. Phillips a que le pusiera la mano encima a uno de los niños. El padre de Sam bajó a la escuela y retó a Mr. Phillips a que volviera a ponerle la mano encima a uno de sus hijos; Mattie Andrews tenía una nueva capucha roja y una cruz azul con borlas, y los aires que se daba al respecto eran repugnantes; Lizzie Wright no se hablaba con Mamie Wilson porque la hermana mayor de Mamie Wilson había dejado plantada a la hermana mayor de Lizzie Wright con su novio; todos echaban mucho de menos a Ana y deseaban que volviera a la escuela; y Gilbert Blythe...

Pero Ana no quería oír hablar de Gilbert Blythe. Se levantó de un salto y dijo: "¿Y si entramos a tomar un licor de frambuesa?"

Ana miró en el segundo estante de la despensa de la habitación, pero allí no había ninguna botella de cordial de frambuesa. La búsqueda reveló que estaba de nuevo en el estante superior. Ana la puso en una bandeja y la colocó sobre la mesa junto con un vaso.

"Ahora, por favor, sírvete, Diana", dijo cortésmente. "No creo que vaya a tomar nada ahora. No me apetece nada después de tantas manzanas".

Diana se sirvió un vaso, miró con admiración su color rojo brillante y luego lo sorbió con delicadeza.

"Es un cordial de frambuesa muy bueno, Ana", dijo. "No sabía que el cordial de frambuesa fuera tan agradable".

"Me alegro mucho de que te guste. Toma todo el que quieras. Voy a salir corriendo a avivar el fuego. Hay tantas responsabilidades en la mente de una persona cuando se ocupa de la casa, ¿verdad?"

Cuando Ana volvió de la cocina, Diana estaba bebiendo su segundo vaso de cordial; y, al ser rogada por Ana, no puso especial inconveniente en beber un tercero. Los vasos eran generosos, y el cordial de frambuesa era ciertamente muy agradable.

"El más agradable que he bebido nunca", dijo Diana. "Es mucho mejor que el de la señora Lynde, aunque ella presume tanto del suyo. No sabe ni un poco como el de ella".

"Yo creo que el cordial de frambuesa de Marilla será probablemente mucho más agradable que el de la señora Lynde", dijo Ana con lealtad. "Marilla es una cocinera famosa. Está tratando de enseñarme a cocinar, pero te aseguro, Diana, que es un trabajo cuesta arriba. Hay tan poco margen para la imaginación en la cocina. Sólo tienes que seguir las reglas. La última vez que hice un pastel olvidé poner la harina. Estaba pensando en la historia más bonita sobre tú y yo, Diana. Pensé que estabas desesperadamente enferma de viruela y que todo el mundo te había abandonado, pero yo fui valientemente a tu cabecera y te cuidé hasta que volviste a la vida; y luego cogí la viruela y morí y me enterraron bajo aquellos álamos del cementerio y tú plantaste un rosal junto a mi tumba y lo regaste con tus lágrimas; y nunca, nunca olvidaste a la amiga de tu juventud que sacrificó su vida por ti. Oh, fue una historia tan patética, Diana. Las lágrimas llovían sobre mis mejillas mientras mezclaba el pastel. Pero olvidé la harina y el pastel fue un fracaso estrepitoso. La harina es tan esencial para los pasteles, ya sabes. Marilla estaba muy enfadada y no me extraña. Soy una gran prueba para ella. Estaba terriblemente mortificada por la salsa del pudín de la semana pasada. Cenamos budín de ciruelas el martes y sobró la mitad del budín y una jarra llena de salsa. Marilla dijo que había suficiente para otra cena y me dijo que lo pusiera en el estante de la despensa y lo tapara. Mi intención era cubrirlo todo lo posible, Diana, pero cuando lo llevé dentro me imaginaba que era una monja -por supuesto, soy protestante, pero me imaginaba que era católica- que tomaba el velo para enterrar un corazón roto en una clausura de reclusión; y me olvidé por completo de cubrir la salsa del pudín. Lo recordé a la mañana siguiente y corrí a la despensa. Diana, ¡imagínate mi horror al encontrar un ratón ahogado en la salsa! Saqué al ratón con una cuchara y lo tiré al patio y luego lavé la cuchara en tres aguas. Marilla salió a ordeñar y yo tenía toda la intención de preguntarle cuando llegara si podía darles la salsa a los cerdos; pero cuando llegó me imaginaba que era un hada de las heladas que iba por el bosque volviendo los árboles rojos y amarillos, como quisieran, así que no volví a pensar en la salsa de pudín y Marilla me mandó a recoger manzanas. Bueno, el Sr. y la Sra. Chester Ross de Spencervale vinieron aquí esa mañana. Ya sabes que son gente muy elegante, sobre todo la señora Chester Ross. Cuando Marilla me llamó, la cena estaba lista y todos estaban a la mesa. Intenté ser todo lo educada y digna que pude, pues quería que la señora Chester Ross pensara que era una niña elegante aunque no fuera guapa. Todo iba bien hasta que vi venir a Marilla con el budín de

ciruelas en una mano y la jarra de salsa para budín, caliente, en la otra. Diana, ese fue un momento terrible. Me acordé de todo y me puse de pie en mi sitio y grité: "Marilla, no debes usar esa salsa de pudín. Había un ratón ahogado en ella. Olvidé decírtelo antes". Oh, Diana, nunca olvidaré ese horrible momento aunque viva cien años. La Sra. Chester Ross me miró y pensé que me hundiría en el suelo de mortificación. Es una perfecta ama de casa e imagínate lo que habrá pensado de nosotras. Marilla se puso roja como el fuego, pero no dijo ni una palabra. Se limitó a sacar la salsa y el pudín y a traer confituras de fresa. Incluso me ofreció un poco, pero no pude tragar ni un bocado. Era como echarme brasas en la cabeza. Cuando la señora Chester Ross se marchó, Marilla me echó una bronca espantosa. Pero, Diana, ¿qué te pasa?"

Diana se había levantado muy inestablemente; luego volvió a sentarse, llevándose las manos a la cabeza.

"Estoy terriblemente enferma", dijo con voz un poco gruesa. "Debo irme a casa".

"No se te ocurra irte a casa sin tu té -exclamó Ana, angustiada-. "Voy ahora mismo a dejar el té."

"Debo ir a casa -repitió Diana, estúpida pero resueltamente.

"Deja que te traiga algo de comer", imploró Ana. "Te daré un poco de tarta de frutas y confitura de cerezas. Túmbate un rato en el sofá y te sentirás mejor. ¿Dónde te encuentras mal?"

"Tengo que irme a casa", dijo Diana, y eso fue todo lo que quiso decir. En vano Ana suplicó.

"Nunca oí que una compañía se fuera a casa sin té", se lamentó. "Oh, Diana, ¿supones que es posible que realmente estés cogiendo la viruela? Si es así, iré a cuidarte, puedes estar segura. Nunca te abandonaré. Pero me gustaría que te quedaras hasta después del té. ¿Dónde te sientes mal?"

"Estoy muy mareada", dijo Diana.

Y, en efecto, caminaba muy mareada. Ana, con lágrimas de decepción en los ojos, cogió el sombrero de Diana y la acompañó hasta la valla del patio Barry. Luego lloró todo el camino de regreso a Tejas Verdes, donde, apena-

da, guardó el resto del licor de frambuesas en la despensa y preparó el té para Matthew y Jerry, con todo el entusiasmo que había perdido la función.

El día siguiente era domingo, y como llovía a cántaros desde el amanecer hasta el anochecer, Ana no salió de Tejas Verdes. El lunes por la tarde Marilla la mandó a casa de la señora Lynde a hacer un recado. Al poco rato, Ana volvió volando por el camino, con las mejillas llenas de lágrimas. Se precipitó en la cocina y se echó boca abajo en el sofá, presa de una agonía.

"¿Qué te ha pasado, Ana?", preguntó Marilla con duda y consternación. "Espero que no hayas vuelto a ponerte insolente con la señora Lynde."

Ana no contestó más que con más lágrimas y sollozos tormentosos.

"Ana Shirley, cuando te hago una pregunta quiero que me respondas. Siéntate ahora mismo y dime por qué lloras".

Ana se sentó, tragedia personificada.

"La señora Lynde fue a ver a la señora Barry hoy y la señora Barry estaba en un estado horrible", se lamentó. "Dice que emborraché a Diana el sábado y la envié a casa en un estado lamentable. Dice que debo ser una niña muy mala y perversa y que nunca, nunca dejará que Diana vuelva a jugar conmigo. Oh, Marilla, estoy desolada".

Marilla se quedó boquiabierta.

"¡Emborrachad a Diana!", dijo cuando recobró la voz. "Ana, ¿estás loca tú o la Sra. Barry? ¿Qué demonios le has dado?"

"Nada más que cordial de frambuesa", sollozó Ana. "Nunca pensé que el cordial de frambuesa emborrachara a la gente, Marilla, ni siquiera si se bebían tres grandes jarras como Diana. Suena tan parecido al marido de la señora Thomas. Pero no quería emborracharla".

"¡Borracha!", dijo Marilla, dirigiéndose a la despensa del salón. Allí, en el estante, había una botella que ella reconoció de inmediato como una que contenía un poco de su vino casero de grosellas de tres años, por el que era célebre en Avonlea, aunque algunos de los más estrictos, la señora Barry entre ellos, lo desaprobaban enérgicamente. Al mismo tiempo, Marilla recordó que había guardado la botella de licor de frambuesa en el sótano y no en la despensa, como le había dicho a Ana.

Volvió a la cocina con la botella de vino en la mano. Su rostro se crispó a pesar suyo.

"Ana, tienes talento para meterte en líos. Le diste a Diana vino de grosella en vez de licor de frambuesa. ¿No sabías tú misma la diferencia?"

"Nunca lo probé", dijo Ana. "Pensé que era el cordial. Quise ser tan hospitalaria. Diana se puso muy enferma y tuvo que irse a casa. La señora Barry le dijo a la señora Lynde que simplemente estaba muerta de borrachera. Ella se rió tontamente como cuando su madre le preguntó qué le pasaba y se fue a dormir y durmió durante horas. Su madre olió su aliento y supo que estaba borracha. Ayer tuvo un terrible dolor de cabeza todo el día. La Sra. Barry está muy indignada. Nunca creerá que lo hice a propósito".

"Yo pensaría que sería mejor que castigara a Diana por ser tan glotona como para beberse tres vasos llenos de cualquier cosa", dijo Marilla brevemente. "Tres de esos grandes vasos la habrían puesto enferma aunque sólo hubiera sido un cordial. Bueno, esta historia será un buen argumento para los que me critican tanto por hacer vino de grosella, aunque hace tres años que no lo hago desde que me enteré de que el ministro no lo aprobaba. Sólo guardo esa botella para la enfermedad. Tranquila, niña, no llores. No veo que hayas tenido la culpa, aunque lamento que haya sucedido así".

"Tengo que llorar", dijo Ana. "Mi corazón está roto. Las estrellas en sus cursos luchan contra mí, Marilla. Diana y yo nos separamos para siempre. Oh, Marilla, poco soñé con esto cuando juramos por primera vez nuestros votos de amistad."

"No seas tonta, Ana. La Sra. Barry lo pensará mejor cuando descubra que no tienes la culpa. Supongo que pensará que lo has hecho por una broma tonta o algo por el estilo. Será mejor que subas esta tarde y le cuentes cómo fue".

"Me falla el valor al pensar en enfrentarme a la madre herida de Diana", suspiró Ana. "Ojalá fueras tú, Marilla. Eres mucho más digna que yo. Seguramente te escucharía antes a ti que a mí".

"Pues lo haré", dijo Marilla, reflexionando que probablemente sería lo más prudente. "No llores más, Ana. Todo saldrá bien".

Cuando Marilla regresó de Orchard Slope, ya había cambiado de idea. Ana estaba atenta a su llegada y voló a la puerta del porche para recibirla.

"Oh, Marilla, por tu cara sé que no ha servido de nada", le dijo apenada. "¿La señora Barry no me perdonará?"

"¿La Sra. Barry, desde luego!", espetó Marilla. "De todas las mujeres irrazonables que he visto es la peor. Le dije que todo había sido un error y que tú no tenías la culpa, pero simplemente no me creyó. Y me echó en cara mi vino de grosella y que yo siempre había dicho que no podía tener el menor efecto sobre nadie. Le dije sin rodeos que el vino de grosella no estaba hecho para beberse de tres en tres y que si una niña a mi cargo era tan glotona, la pondría sobria con unos buenos azotes".

Marilla se dirigió a la cocina, gravemente turbada, dejando tras de sí en el porche a una pequeña alma muy distraída. En seguida Ana salió con la cabeza descubierta al frío crepúsculo otoñal; con gran decisión y firmeza se encaminó a través del campo de tréboles por el puente de troncos y subió por el bosquecillo de abetos, iluminada por una pálida lunita que colgaba baja sobre los bosques occidentales. La señora Barry, al llegar a la puerta en respuesta a un tímido golpe, se encontró con un suplicante de labios blancos y ojos ansiosos en el umbral.

Su rostro se endureció. La señora Barry era una mujer de fuertes prejuicios y aversiones, y su ira era del tipo frío y hosco que siempre es más difícil de superar. Para hacerle justicia, creía realmente que Ana había emborrachado a Diana por pura malicia premeditada, y estaba sinceramente ansiosa por preservar a su hijita de la contaminación que supondría una mayor intimidad con una niña así.

"¿Qué quieres?", dijo rígidamente.

Ana juntó las manos.

"Oh, señora Barry, por favor, perdóneme. No era mi intención intoxicar a Diana. ¿Cómo podría? Imagínate que fueras una pobre huerfanita adoptada por gente amable y tuvieras una sola amiga íntima en todo el mundo. ¿Crees que la intoxicarías a propósito? Pensé que era sólo cordial de frambuesa. Estaba firmemente convencida de que era cordial de frambuesa. Por favor, no digas que no dejarás que Diana juegue más conmigo. Si lo haces, cubrirás mi vida con una oscura nube de infortunio".

Este discurso, que habría ablandado el corazón de la buena señora Lynde en un abrir y cerrar de ojos, no tuvo otro efecto en la señora Barry que irri-

tarla aún más. Desconfiaba de las grandes palabras y de los gestos dramáticos de Ana y se imaginaba que la niña se burlaba de ella. Así que le dijo, fría y cruelmente:

"No creo que seas una niña adecuada para que Diana se relacione contigo. Será mejor que te vayas a casa y te comportes".

A Ana le tembló el labio.

"¿No me dejará ver a Diana una sola vez para despedirme?"

"Diana ha ido a Carmody con su padre -dijo la señora Barry, entrando y cerrando la puerta.

Ana regresó a Tejas Verdes serena y desesperada.

"Mi última esperanza ha desaparecido", le dijo a Marilla. "Yo misma subí a ver a la señora Barry y me trató muy insultantemente. Marilla, no creo que sea una mujer bien educada. No hay nada más que hacer excepto rezar y no tengo muchas esperanzas de que eso sirva de mucho porque, Marilla, no creo que Dios mismo pueda hacer mucho con una persona tan obstinada como la señora Barry."

"Ana, no deberías decir tales cosas", reprendió Marilla, esforzándose por vencer aquella impía tendencia a la risa que, consternada, veía crecer en ella. Y, en efecto, cuando aquella noche contó toda la historia a Matthew, se rió a carcajadas de las tribulaciones de Ana.

Pero cuando, antes de acostarse, entró en el hastial oriental y vio que Ana había llorado hasta dormirse, una suavidad desacostumbrada se dibujó en su rostro.

"Pobre almita", murmuró, apartando un mechón suelto del rostro de la niña, manchado de lágrimas. Luego se inclinó y besó la mejilla enrojecida sobre la almohada.

CAPÍTULO XVI: DIANA ES INVITADA A TOMAR EL TÉ CON TRÁGICOS RESULTADOS

Octubre era un hermoso mes en Tejas Verdes, cuando los abedules de la hondonada se volvían tan dorados como el sol y los arces detrás del huerto adquirirían un color carmesí real y los cerezos silvestres a lo largo del sendero adquirirían los más bellos matices de rojo oscuro y verde bronceado, mientras los campos se asoleaban al atardecer.

Ana se deleitaba en el mundo de colores que la rodeaba.

"Oh, Marilla -exclamó un sábado por la mañana, entrando bailando con los brazos llenos de hermosas ramas-, me alegro tanto de vivir en un mundo donde hay octubres. Sería terrible que nos saltáramos de septiembre a noviembre, ¿verdad? Mira estas ramas de arce. ¿No te dan una emoción, varias emociones? Voy a decorar mi habitación con ellas".

"Cosas desordenadas", dijo Marilla, cuyo sentido estético no estaba notablemente desarrollado. "Desordenas demasiado tu cuarto con cosas de fuera, Ana. Las habitaciones están hechas para dormir".

"Oh, y para soñar también, Marilla. Y ya sabes que se sueña mucho mejor en una habitación donde hay cosas bonitas. Voy a poner estas ramas en la vieja jarra azul y las pondré sobre mi mesa".

"Ten cuidado de no dejar caer las hojas por toda la escalera. Esta tarde voy a una reunión de la Sociedad de Socorros en Carmody, Ana, y es probable que no llegue a casa antes del anochecer. Tendrás que llevarles la cena a Matthew y Jerry, así que ten cuidado de no olvidarte de poner el té a remojar hasta que te sientes a la mesa, como hiciste la última vez."

"Fue terrible de mi parte olvidarlo, dijo Ana disculpándose, "pero esa fue la tarde en que estaba tratando de pensar en un nombre para Violet Vale y eso desplazó otras cosas. Matthew era tan bueno. Nunca me regañó. Él mismo dejó el té y dijo que podíamos esperar un rato. Y yo le conté un bonito cuento de hadas mientras esperábamos, así que el tiempo no se le hizo largo en absoluto. Era un cuento precioso, Marilla. Olvidé el final, así que me lo inventé y Matthew dijo que no sabía dónde estaba la unión".

"A Matthew le parecería bien, Ana, que se te ocurriera levantarte a cenar en mitad de la noche. Pero esta vez mantén la cordura. Y no sé si estoy haciendo lo correcto -puede que te ponga más nerviosa que nunca- pero puedes pedirle a Diana que venga a pasar la tarde contigo y a tomar el té aquí."

"¡Oh, Marilla!" Ana juntó las manos. "¡Qué encantadora! Después de todo, eres capaz de imaginar cosas; de lo contrario, nunca habrías comprendido cómo he anhelado eso mismo. Parecerá tan bonito y adulto. Sin miedo a que me olvide de poner el té cuando tenga compañía. Oh, Marilla, ¿puedo usar el juego de té con spray de capullo de rosa?"

"¡No, por supuesto! ¡El juego de té de capullos de rosa! Bueno, ¿y ahora qué? Sabes que nunca lo uso, excepto para el ministro o los ayudantes. Dejarás el viejo juego de té marrón. Pero puedes abrir la pequeña vasija amarilla de conservas de cereza. Ya era hora de que se usara. Creo que está empezando a funcionar. Y puedes cortar un poco de tarta de frutas y comer algunas galletas".

"Ya me imagino sentada a la cabecera de la mesa y sirviendo el té", dijo Ana, cerrando los ojos extasiada. "¡Y preguntándole a Diana si toma azúcar! Ya sé que no, pero se lo preguntaré como si no lo supiera. Y luego presionándola para que tome otro trozo de tarta de frutas y otra ración de conservas. Oh, Marilla, es una sensación maravillosa sólo de pensarlo. ¿Puedo llevarla a la habitación de invitados para que se quite el sombrero cuando venga? ¿Y luego al salón para sentarse?"

"No. El salón será suficiente para usted y su compañía. Pero hay una botella medio llena de licor de frambuesa que sobró de la fiesta de la iglesia la otra noche. Está en el segundo estante del armario de la sala de estar y Diana y tú podéis tomarla si queréis, y una galletita para comer con ella por la tarde, porque me atrevo a decir que Matthew llegará tarde a la hora del té, ya que está transportando patatas al barco."

Ana bajó volando a la hondonada, pasó junto a la Burbuja de la dríade y subió por el sendero de abetos hasta la Cuesta del Huerto, para invitar a Diana a tomar el té. En consecuencia, justo después de que Marilla se hubiera marchado a Carmody, Diana se presentó, vestida con su segundo mejor vestido y con el aspecto que corresponde cuando se la invita a tomar el té. En otras ocasiones solía entrar corriendo en la cocina sin llamar; pero ahora llamaba primorosamente a la puerta principal. Y cuando Ana, vestida con su segunda mejor ropa, la abrió con la misma cortesía, ambas niñas se estrecharon la mano tan seriamente como si no se hubieran visto nunca. Esta antinatural solemnidad duró hasta que Diana fue llevada al hastial oriental para quitarse el sombrero y permaneció diez minutos sentada en el salón, con los dedos de los pies en posición.

"¿Cómo está tu madre?", preguntó Ana cortésmente, como si aquella mañana no hubiera visto a la señora Barry recogiendo manzanas con excelente salud y ánimo.

"Está muy bien, gracias. Supongo que esta tarde el señor Cuthbert estará transportando patatas a Lily Sands", dijo Diana, que aquella mañana había ido a casa del señor Harmon Andrews en el carro de Matthew.

"Sí. Nuestra cosecha de patatas es muy buena este año. Espero que la de tu padre también lo sea".

"Es bastante buena, gracias. ¿Has recogido ya muchas de tus manzanas?"

"Oh, muchísimas", dijo Ana, olvidándose de ser digna y saltando rápidamente. "Vamos al huerto a coger algunas de las Red Sweetings, Diana. Marilla dice que podemos quedarnos con todos los que quedan en el árbol. Marilla es una mujer muy generosa. Dijo que podíamos comer pastel de frutas y conservas de cereza para el té. Pero no es de buena educación decirle a tu compañía lo que vas a darles de comer, así que no te diré lo que dijo que podíamos tomar. Sólo que empieza por una r y una c y es de color rojo bri-

llante. Me encantan las bebidas de color rojo brillante, ¿a ti no? Saben el doble de bien que cualquier otro color".

El huerto, con sus grandes ramas que se inclinaban hacia el suelo cargadas de fruta, resultó tan encantador que las niñas pasaron en él la mayor parte de la tarde, sentadas en un rincón cubierto de hierba, donde la escarcha había preservado el verde y el suave sol otoñal se prolongaba cálidamente, comiendo manzanas y hablando todo lo que podían. Diana tenía mucho que contarle a Ana de lo que ocurría en la escuela. Tenía que sentarse con Gertie Pye y lo odiaba; Gertie chirriaba el lápiz todo el tiempo y eso le helaba la sangre a Diana; Ruby Gillis le había quitado todas las verrugas con un guijarro mágico que le había regalado la vieja Mary Joe del arroyo. Había que frotarse las verrugas con el guijarro y luego tirarlo por encima del hombro izquierdo en luna nueva, y las verrugas desaparecían. El nombre de Charlie Sloane estaba escrito junto con el de Em White en la pared del porche y Em White estaba muy enfadada por ello; Sam Boulter había "insultado" al Sr. Phillips en clase y el Sr. Phillips le había azotado y el padre de Sam bajó a la escuela y retó al Sr. Phillips a que le pusiera la mano encima a uno de los niños. El padre de Sam bajó a la escuela y retó a Mr. Phillips a que volviera a ponerle la mano encima a uno de sus hijos; Mattie Andrews tenía una nueva capucha roja y una cruz azul con borlas, y los aires que se daba al respecto eran repugnantes; Lizzie Wright no se hablaba con Mamie Wilson porque la hermana mayor de Mamie Wilson había dejado plantada a la hermana mayor de Lizzie Wright con su novio; todos echaban mucho de menos a Ana y deseaban que volviera a la escuela; y Gilbert Blythe...

Pero Ana no quería oír hablar de Gilbert Blythe. Se levantó de un salto y dijo: "¿Y si entramos a tomar un licor de frambuesa?"

Ana miró en el segundo estante de la despensa de la habitación, pero allí no había ninguna botella de cordial de frambuesa. La búsqueda reveló que estaba de nuevo en el estante superior. Ana la puso en una bandeja y la colocó sobre la mesa junto con un vaso.

"Ahora, por favor, sírvete, Diana", dijo cortésmente. "No creo que vaya a tomar nada ahora. No me apetece nada después de tantas manzanas".

Diana se sirvió un vaso, miró con admiración su color rojo brillante y luego lo sorbió con delicadeza.

"Es un cordial de frambuesa muy bueno, Ana", dijo. "No sabía que el cordial de frambuesa fuera tan agradable".

"Me alegro mucho de que te guste. Toma todo el que quieras. Voy a salir corriendo a avivar el fuego. Hay tantas responsabilidades en la mente de una persona cuando se ocupa de la casa, ¿verdad?".

Cuando Ana volvió de la cocina, Diana estaba bebiendo su segundo vaso de cordial; y, al ser rogada por Ana, no puso especial inconveniente en beber un tercero. Los vasos eran generosos, y el cordial de frambuesa era ciertamente muy agradable.

"El más agradable que he bebido nunca", dijo Diana. "Es mucho mejor que el de la señora Lynde, aunque ella presume tanto del suyo. No sabe ni un poco como el de ella".

"Yo creo que el cordial de frambuesa de Marilla será probablemente mucho más agradable que el de la señora Lynde", dijo Ana con lealtad. "Marilla es una cocinera famosa. Está tratando de enseñarme a cocinar, pero te aseguro, Diana, que es un trabajo cuesta arriba. Hay tan poco margen para la imaginación en la cocina. Sólo tienes que seguir las reglas. La última vez que hice un pastel olvidé poner la harina. Estaba pensando en la historia más bonita sobre tú y yo, Diana. Pensé que estabas desesperadamente enferma de viruela y que todo el mundo te había abandonado, pero yo fui valientemente a tu cabecera y te cuidé hasta que volviste a la vida; y luego cogí la viruela y morí y me enterraron bajo aquellos álamos del cementerio y tú plantaste un rosal junto a mi tumba y lo regaste con tus lágrimas; y nunca, nunca olvidaste a la amiga de tu juventud que sacrificó su vida por ti. Oh, fue una historia tan patética, Diana. Las lágrimas llovían sobre mis mejillas mientras mezclaba el pastel. Pero olvidé la harina y el pastel fue un fracaso estrepitoso. La harina es tan esencial para los pasteles, ya sabes. Marilla estaba muy enfadada y no me extraña. Soy una gran prueba para ella. Estaba terriblemente mortificada por la salsa del pudín de la semana pasada. Cenamos budín de ciruelas el martes y sobró la mitad del budín y una jarra llena de salsa. Marilla dijo que había suficiente para otra cena y me dijo que lo pusiera en el estante de la despensa y lo tapara. Mi intención era cubrirlo todo lo posible, Diana, pero cuando lo llevé dentro me imaginaba que era una monja -por supuesto, soy protestante, pero me imaginaba que era católica- que tomaba el velo para enterrar un corazón roto en una clausura de re-

clusión; y me olvidé por completo de cubrir la salsa del pudín. Lo recordé a la mañana siguiente y corrí a la despensa. Diana, ¡imagínate mi horror al encontrar un ratón ahogado en la salsa! Saqué al ratón con una cuchara y lo tiré al patio y luego lavé la cuchara en tres aguas. Marilla salió a ordeñar y yo tenía toda la intención de preguntarle cuando llegara si podía darles la salsa a los cerdos; pero cuando llegó me imaginaba que era un hada de las heladas que iba por el bosque volviendo los árboles rojos y amarillos, como quisieran, así que no volví a pensar en la salsa de pudín y Marilla me mandó a recoger manzanas. Bueno, el Sr. y la Sra. Chester Ross de Spencervale vinieron aquí esa mañana. Ya sabes que son gente muy elegante, sobre todo la señora Chester Ross. Cuando Marilla me llamó, la cena estaba lista y todos estaban a la mesa. Intenté ser todo lo educada y digna que pude, pues quería que la señora Chester Ross pensara que era una niña elegante aunque no fuera guapa. Todo iba bien hasta que vi venir a Marilla con el budín de ciruelas en una mano y la jarra de salsa para budín, caliente, en la otra. Diana, ese fue un momento terrible. Me acordé de todo y me puse de pie en mi sitio y grité: "Marilla, no debes usar esa salsa de pudín. Había un ratón ahogado en ella. Olvidé decírtelo antes". Oh, Diana, nunca olvidaré ese horrible momento aunque viva cien años. La Sra. Chester Ross me miró y pensé que me hundiría en el suelo de mortificación. Es una perfecta ama de casa e imagínate lo que habrá pensado de nosotras. Marilla se puso roja como el fuego, pero no dijo ni una palabra. Se limitó a sacar la salsa y el pudín y a traer confituras de fresa. Incluso me ofreció un poco, pero no pude tragar ni un bocado. Era como echarme brasas en la cabeza. Cuando la señora Chester Ross se marchó, Marilla me echó una bronca espantosa. Pero, Diana, ¿qué te pasa?".

Diana se había levantado muy inestablemente; luego volvió a sentarse, llevándose las manos a la cabeza.

"Estoy terriblemente enferma", dijo con voz un poco gruesa. "Debo irme a casa".

"No se te ocurra irte a casa sin tu té -exclamó Ana, angustiada-. "Voy ahora mismo a dejar el té."

"Debo ir a casa -repitió Diana, estúpida pero resueltamente.

"Deja que te traiga algo de comer", imploró Ana. "Te daré un poco de tarta de frutas y confitura de cerezas. Túmbate un rato en el sofá y te sentirás

mejor. ¿Dónde te encuentras mal?"

"Tengo que irme a casa", dijo Diana, y eso fue todo lo que quiso decir. En vano Ana suplicó.

"Nunca oí que una compañía se fuera a casa sin té", se lamentó. "Oh, Diana, ¿supones que es posible que realmente estés cogiendo la viruela? Si es así, iré a cuidarte, puedes estar segura. Nunca te abandonaré. Pero me gustaría que te quedaras hasta después del té. ¿Dónde te sientes mal?"

"Estoy muy mareada", dijo Diana.

Y, en efecto, caminaba muy mareada. Ana, con lágrimas de decepción en los ojos, cogió el sombrero de Diana y la acompañó hasta la valla del patio Barry. Luego lloró todo el camino de regreso a Tejas Verdes, donde, apenada, guardó el resto del licor de frambuesas en la despensa y preparó el té para Matthew y Jerry, con todo el entusiasmo que había perdido la función.

El día siguiente era domingo, y como llovía a cántaros desde el amanecer hasta el anochecer, Ana no salió de Tejas Verdes. El lunes por la tarde Marilla la mandó a casa de la señora Lynde a hacer un recado. Al poco rato, Ana volvió volando por el camino, con las mejillas llenas de lágrimas. Se precipitó en la cocina y se echó boca abajo en el sofá, presa de una agonía.

"¿Qué te ha pasado, Ana?", preguntó Marilla con duda y consternación. "Espero que no hayas vuelto a ponerte insolente con la señora Lynde."

Ana no contestó más que con más lágrimas y sollozos tormentosos.

"Ana Shirley, cuando te hago una pregunta quiero que me respondas. Siéntate ahora mismo y dime por qué lloras".

Ana se sentó, tragedia personificada.

"La señora Lynde fue a ver a la señora Barry hoy y la señora Barry estaba en un estado horrible", se lamentó. "Dice que emborraché a Diana el sábado y la envié a casa en un estado lamentable. Dice que debo ser una niña muy mala y perversa y que nunca, nunca dejará que Diana vuelva a jugar conmigo. Oh, Marilla, estoy desolada".

Marilla se quedó boquiabierta.

"¡Emborrachad a Diana!", dijo cuando recobró la voz. "Ana, ¿estás loca tú o la Sra. Barry? ¿Qué demonios le has dado?"

"Nada más que cordial de frambuesa", sollozó Ana. "Nunca pensé que el cordial de frambuesa emborrachara a la gente, Marilla, ni siquiera si se bebían tres grandes jarras como Diana. Suena tan parecido al marido de la señora Thomas. Pero no quería emborracharla".

"¡Borracha!", dijo Marilla, dirigiéndose a la despensa del salón. Allí, en el estante, había una botella que ella reconoció de inmediato como una que contenía un poco de su vino casero de grosellas de tres años, por el que era célebre en Avonlea, aunque algunos de los más estrictos, la señora Barry entre ellos, lo desaprobaban enérgicamente. Al mismo tiempo, Marilla recordó que había guardado la botella de licor de frambuesa en el sótano y no en la despensa, como le había dicho a Ana.

Volvió a la cocina con la botella de vino en la mano. Su rostro se crispó a pesar suyo.

"Ana, tienes talento para meterte en líos. Le diste a Diana vino de grosella en vez de licor de frambuesa. ¿No sabías tú misma la diferencia?"

"Nunca lo probé", dijo Ana. "Pensé que era el cordial. Quise ser tan hospitalaria. Diana se puso muy enferma y tuvo que irse a casa. La señora Barry le dijo a la señora Lynde que simplemente estaba muerta de borrachera. Ella se rió tontamente como cuando su madre le preguntó qué le pasaba y se fue a dormir y durmió durante horas. Su madre olió su aliento y supo que estaba borracha. Ayer tuvo un terrible dolor de cabeza todo el día. La Sra. Barry está muy indignada. Nunca creerá que lo hice a propósito".

"Yo pensaría que sería mejor que castigara a Diana por ser tan glotona como para beberse tres vasos llenos de cualquier cosa", dijo Marilla brevemente. "Tres de esos grandes vasos la habrían puesto enferma aunque sólo hubiera sido un cordial. Bueno, esta historia será un buen argumento para los que me critican tanto por hacer vino de grosella, aunque hace tres años que no lo hago desde que me enteré de que el ministro no lo aprobaba. Sólo guardo esa botella para la enfermedad. Tranquila, niña, no llores. No veo que hayas tenido la culpa, aunque lamento que haya sucedido así".

"Tengo que llorar", dijo Ana. "Mi corazón está roto. Las estrellas en sus cursos luchan contra mí, Marilla. Diana y yo nos separamos para siempre. Oh, Marilla, poco soñé con esto cuando juramos por primera vez nuestros votos de amistad."

"No seas tonta, Ana. La Sra. Barry lo pensará mejor cuando descubra que no tienes la culpa. Supongo que pensará que lo has hecho por una broma tonta o algo por el estilo. Será mejor que subas esta tarde y le cuentes cómo fue".

"Me falla el valor al pensar en enfrentarme a la madre herida de Diana", suspiró Ana. "Ojalá fueras tú, Marilla. Eres mucho más digna que yo. Seguramente te escucharía antes a ti que a mí".

"Pues lo haré", dijo Marilla, reflexionando que probablemente sería lo más prudente. "No llores más, Ana. Todo saldrá bien".

Cuando Marilla regresó de Orchard Slope, ya había cambiado de idea. Ana estaba atenta a su llegada y voló a la puerta del porche para recibirla.

"Oh, Marilla, por tu cara sé que no ha servido de nada", le dijo apenada. "¿La señora Barry no me perdonará?".

"¡La Sra. Barry, desde luego!", espetó Marilla. "De todas las mujeres irrazonables que he visto es la peor. Le dije que todo había sido un error y que tú no tenías la culpa, pero simplemente no me creyó. Y me echó en cara mi vino de grosella y que yo siempre había dicho que no podía tener el menor efecto sobre nadie. Le dije sin rodeos que el vino de grosella no estaba hecho para beberse de tres en tres y que si una niña a mi cargo era tan glotona, la pondría sobria con unos buenos azotes".

Marilla se dirigió a la cocina, gravemente turbada, dejando tras de sí en el porche a una pequeña alma muy distraída. En seguida Ana salió con la cabeza descubierta al frío crepúsculo otoñal; con gran decisión y firmeza se encaminó a través del campo de tréboles por el puente de troncos y subió por el bosquecillo de abetos, iluminada por una pálida lunita que colgaba baja sobre los bosques occidentales. La señora Barry, al llegar a la puerta en respuesta a un tímido golpe, se encontró con un suplicante de labios blancos y ojos ansiosos en el umbral.

Su rostro se endureció. La señora Barry era una mujer de fuertes prejuicios y aversiones, y su ira era del tipo frío y hosco que siempre es más difícil de superar. Para hacerle justicia, creía realmente que Ana había emborrachado a Diana por pura malicia premeditada, y estaba sinceramente ansiosa por preservar a su hijita de la contaminación que supondría una mayor intimidad con una niña así.

"¿Qué quieres?", dijo rígidamente.

Ana juntó las manos.

"Oh, señora Barry, por favor, perdóneme. No era mi intención intoxicar a Diana. ¿Cómo podría? Imagínate que fueras una pobre huerfanita adoptada por gente amable y tuvieras una sola amiga íntima en todo el mundo. ¿Crees que la intoxicarías a propósito? Pensé que era sólo cordial de frambuesa. Estaba firmemente convencida de que era cordial de frambuesa. Por favor, no digas que no dejarás que Diana juegue más conmigo. Si lo haces, cubrirás mi vida con una oscura nube de infortunio".

Este discurso, que habría ablandado el corazón de la buena señora Lynde en un abrir y cerrar de ojos, no tuvo otro efecto en la señora Barry que irritarla aún más. Desconfiaba de las grandes palabras y de los gestos dramáticos de Ana y se imaginaba que la niña se burlaba de ella. Así que le dijo, fría y cruelmente:

"No creo que seas una niña adecuada para que Diana se relacione contigo. Será mejor que te vayas a casa y te comportes".

A Ana le tembló el labio.

"¿No me dejará ver a Diana una sola vez para despedirme?"

"Diana ha ido a Carmody con su padre -dijo la señora Barry, entrando y cerrando la puerta.

Ana regresó a Tejas Verdes serena y desesperada.

"Mi última esperanza ha desaparecido", le dijo a Marilla. "Yo misma subí a ver a la señora Barry y me trató muy insultantemente. Marilla, no creo que sea una mujer bien educada. No hay nada más que hacer excepto rezar y no tengo muchas esperanzas de que eso sirva de mucho porque, Marilla, no creo que Dios mismo pueda hacer mucho con una persona tan obstinada como la señora Barry."

"Ana, no deberías decir tales cosas", reprendió Marilla, esforzándose por vencer aquella impía tendencia a la risa que, consternada, veía crecer en ella. Y, en efecto, cuando aquella noche contó toda la historia a Matthew, se rió a carcajadas de las tribulaciones de Ana.

Pero cuando, antes de acostarse, entró en el hastial oriental y vio que Ana había llorado hasta dormirse, una suavidad desacostumbrada se dibujó en su rostro.

"Pobre almita", murmuró, apartando un mechón suelto del rostro de la niña, manchado de lágrimas. Luego se inclinó y besó la mejilla enrojecida sobre la almohada.

CAPÍTULO XVII: UN NUEVO INTERÉS POR LA VIDA

A la tarde siguiente, Ana, inclinada sobre sus retazos en la ventana de la cocina, se asomó por casualidad y vio a Diana junto a la burbuja de la dríade, haciéndole señas misteriosas. En un santiamén Ana salió de casa y voló hacia la hondonada, con el asombro y la esperanza luchando en sus expresivos ojos. Pero la esperanza se desvaneció al ver el semblante abatido de Diana.

"¿Tu madre no ha cedido?", jadeó.

Diana sacudió la cabeza con tristeza.

"No; y, oh, Ana, dice que no volveré a jugar contigo. He llorado y llorado y le he dicho que no era culpa tuya, pero ha sido inútil. Me costó mucho convencerla de que me dejara bajar a despedirme de ti. Me dijo que sólo podía quedarme diez minutos y me está cronometrando".

"Diez minutos no es mucho tiempo para despedirse eternamente", dijo Ana con lágrimas en los ojos. "Oh, Diana, ¿prometes fielmente no olvidarme nunca, a la amiga de tu juventud, por más que te acaricien amigos más queridos?".

"Ciertamente lo haré", sollozó Diana, "y nunca tendré otra amiga del alma; no quiero tenerla. No podría amar a nadie como te amo a ti".

"Oh, Diana", exclamó Ana, apretando las manos, "¿me quieres?".

"Por supuesto que sí. ¿No lo sabías?"

"No. Ana dio un largo suspiro. "Pensaba que te gustaba, por supuesto, pero nunca esperé que me quisieras. Diana, no creía que nadie pudiera amarme. Nadie me ha amado desde que tengo memoria. ¡Oh, esto es maravilloso! Es un rayo de luz que brillará para siempre en la oscuridad de un camino separado de ti, Diana. Oh, dilo una vez más".

"Te amo devotamente, Ana", dijo Diana con firmeza, "y siempre te amaré, puedes estar segura de ello".

"Y yo siempre te amaré, Diana", dijo Ana, extendiendo solemnemente la mano. "En los años venideros tu recuerdo brillará como una estrella sobre mi vida solitaria, como dice el último cuento que leímos juntas. Diana, ¿quieres darme como despedida un mechón de tu cabellera azabache para que lo atesore para siempre?"

"¿Tienes algo con qué cortarlo?", preguntó Diana, enjugándose las lágrimas que los conmovedores acentos de Ana habían hecho brotar de nuevo, y volviendo a lo práctico.

"Sí, tengo mis tijeras de patchwork en el bolsillo del delantal", dijo Ana. Cortó solemnemente uno de los rizos de Diana. "Adiós, mi querida amiga. En adelante seremos como extrañas, aunque vivamos una al lado de la otra. Pero mi corazón siempre te será fiel".

Ana se quedó mirando a Diana y la perdió de vista, haciéndole un gesto triste con la mano cada vez que volvía la vista atrás. Luego regresó a la casa, no poco consolada por el momento por esta romántica despedida.

"Todo ha terminado", informó a Marilla. "Nunca tendré otra amiga. Realmente estoy peor que nunca, porque ahora no tengo a Katie Maurice ni a Violetta. Y aunque las tuviera no sería lo mismo. De alguna manera, las pequeñas niñas de ensueño no satisfacen después de una amiga de verdad. Diana y yo tuvimos una despedida tan conmovedora en el manantial. Será sagrada en mi memoria para siempre. Usé el lenguaje más patético que se me ocurrió y dije "tú" y "te". "Tú" y "tú" parecen mucho más románticos que "tú". Diana me dio un mechón de su pelo y voy a coserlo en una bolsita y llevarlo colgado del cuello toda mi vida. Por favor, haz que lo entierren conmigo, porque no creo que viva mucho. Tal vez cuando me vea yaciendo

fría y muerta ante ella la señora Barry sienta remordimientos por lo que ha hecho y deje que Diana venga a mi funeral."

"No creo que haya mucho temor de que mueras de pena mientras puedas hablar, Ana", dijo Marilla sin compasión.

El lunes siguiente Ana sorprendió a Marilla bajando de su cuarto con la cesta de los libros en el brazo y los labios ceñidos en una línea de determinación.

"Vuelvo a la escuela", anunció. "Es lo único que me queda en la vida, ahora que mi amiga me ha sido arrancada sin piedad. En la escuela puedo mirarla y reflexionar sobre los días que se fueron".

"Será mejor que reflexiones sobre tus lecciones y tus sumas", dijo Marilla, ocultando su alegría ante esta evolución de la situación. "Si vas a volver a la escuela, espero que no volvamos a oír hablar de romper pizarras sobre las cabezas de la gente y de cosas por el estilo. Compórtate y haz lo que te diga tu profesor".

"Trataré de ser una alumna ejemplar", convino Ana con tristeza. "No será muy divertido, supongo. El Sr. Phillips dijo que Minnie Andrews era una alumna modelo y no hay ni una chispa de imaginación o vida en ella. Es aburrida y patosa y nunca parece pasárselo bien. Pero me siento tan deprimida que tal vez ahora me resulte fácil. Voy a dar una vuelta por la carretera. No podría soportar ir sola por el camino de los abedules. Lloraría lágrimas amargas si lo hiciera".

Ana fue recibida en la escuela con los brazos abiertos. Se había echado mucho de menos su imaginación en los juegos, su voz en el canto y su capacidad dramática en la lectura en voz alta de los libros a la hora de la cena. Ruby Gillis le pasó de contrabando tres ciruelas azules durante la lectura del testamento; Ella May Macpherson le regaló un enorme pensamiento amarillo recortado de las tapas de un catálogo floral, una especie de adorno de escritorio muy apreciado en la escuela de Avonlea. Sophia Sloane se ofreció a enseñarle un nuevo patrón de encaje de punto perfectamente elegante, tan bonito para adornar delantales. Katie Boulter le dio un frasco de perfume para guardar agua de pizarra y Julia Bell copió cuidadosamente en un trozo de papel rosa pálido, festoneado en los bordes, la siguiente efusión:

"PARA Ana

"Cuando el crepúsculo deja caer su cortina

Y la prenda con una estrella

Recuerda que tienes una amiga

Aunque ande lejos".

"Es tan bonito que te aprecien", suspiró Ana con entusiasmo a Marilla aquella noche.

Las niñas no eran las únicas escolares que la "apreciaban". Cuando Ana fue a su asiento después de la hora de la cena -el señor Phillips le había dicho que se sentara con la modelo Minnie Andrews-, encontró sobre su pupitre una gran y deliciosa "manzana de fresa". Ana la cogió dispuesta a darle un mordisco, cuando recordó que el único lugar de Avonlea donde crecían manzanas de fresa era en el viejo huerto de los Blythe, al otro lado del Lago de las Aguas Brillantes. Ana dejó caer la manzana como si fuera un carbón al rojo vivo y se limpió ostentosamente los dedos en el pañuelo. La manzana permaneció intacta sobre su pupitre hasta la mañana siguiente, cuando el pequeño Timothy Andrews, que barría la escuela y encendía el fuego, se la anexionó como una de sus prebendas. El lápiz de pizarra de Charlie Sloane, bellamente adornado con papel a rayas rojas y amarillas, que costaba dos centavos cuando los lápices ordinarios costaban sólo uno, y que él le envió después de la hora de la cena, tuvo una acogida más favorable. Ana tuvo la gentileza de aceptarlo y recompensó al donante con una sonrisa que exaltó de inmediato a aquel joven encaprichado hasta el séptimo cielo del deleite y le hizo cometer errores tan temibles en su dictado que el señor Phillips lo retuvo después de la escuela para reescribirlo.

Pero como,

"El desfile de César despojado del busto de Bruto

...no le recordaba más que al mejor hijo de Roma"...

así la marcada ausencia de todo homenaje o reconocimiento por parte de Diana Barry, que estaba sentada con Gertie Pye, amargó el pequeño triunfo de Ana.

"Diana podría haberme sonreído una sola vez, creo", se lamentó ante Marilla aquella noche. Pero a la mañana siguiente, Ana recibió una nota, doblada y retorcida de un modo terrible y maravilloso, y un pequeño paquete.

"Querida Ana -decía la primera-, mamá dice que no debo jugar contigo ni hablarte ni siquiera en la escuela. No es culpa mía y no te enfades conmigo, porque te quiero tanto como siempre. Te echo muchísimo de menos para contarte todos mis secretos y no me gusta nada Gertie Pye. Te he hecho uno de los nuevos marcapáginas de papel de seda rojo. Ahora están muy de moda y sólo tres chicas del colegio saben hacerlos. Cuando lo mires recuerda

"Tu verdadera amiga.

"Diana Barry".

Ana leyó la nota, besó el marcapáginas y envió una pronta respuesta al otro lado de la escuela.

"Mi querida Diana:-

"Por supuesto que no estoy enfadada contigo porque tengas que obedecer a tu madre. Nuestros espíritus pueden comulgar. Guardaré tu precioso regalo para siempre. Minnie Andrews es una niña muy simpática, aunque no tiene imaginación, pero después de haber sido amiga de Diana, yo no puedo serlo de Minnie. Por favor, disculpa las faltas porque mi ortografía aún no es muy buena, aunque ha mejorado mucho.

"Tuya hasta que la muerte nos separe.

"Ana o Cordelia Shirley.

"P. D. Esta noche dormiré con tu carta bajo la almohada.

"a. o c.s."

Marilla esperaba con pesimismo más problemas desde que Ana había vuelto a la escuela. Pero no hubo ninguno. Tal vez Ana se contagió algo del espíritu "modelo" de Minnie Andrews; por lo menos, desde entonces se llevaba muy bien con el señor Phillips. Se entregó en cuerpo y alma a sus estudios, decidida a no ser superada en ninguna clase por Gilbert Blythe. La rivalidad entre ambos no tardó en manifestarse; era enteramente bondadosa por parte de Gilbert; pero mucho es de temer que no pueda decirse lo mismo de Ana, que tenía ciertamente una tenacidad poco encomiable para guardar rencores. Era tan intensa en sus odios como en sus amores. No se rebajaba a admitir que pretendía rivalizar con Gilbert en las tareas escolares, porque eso habría sido reconocer su existencia, que Ana persistente-

mente ignoraba; pero la rivalidad existía y los honores fluctuaban entre ellos. Ahora Gilbert era el primero de la clase de ortografía; ahora Ana, con una sacudida de sus largas trenzas rojas, lo deletreaba mal. Una mañana, Gilbert tenía todas las sumas bien hechas y su nombre estaba escrito en la pizarra, en el cuadro de honor; a la mañana siguiente, Ana, que había luchado salvajemente con los decimales toda la tarde anterior, sería la primera. Un horrible día empataron y sus nombres se escribieron juntos. La mortificación de Ana era tan evidente como la satisfacción de Gilbert. Cuando se celebraron los exámenes escritos de fin de mes, el suspense fue terrible. El primer mes Gilbert sacó tres notas de ventaja. El segundo, Ana le ganó por cinco. Pero su triunfo se vio empañado por el hecho de que Gilbert la felicitó efusivamente ante toda la escuela. Habría sido mucho más dulce para ella si él hubiera sentido el aguijón de su derrota.

El señor Phillips podía no ser muy buen maestro; pero una alumna tan inflexiblemente decidida a aprender como Ana, difícilmente podía escapar a hacer progresos bajo cualquier clase de maestro. Al final del curso, Ana y Gilbert fueron promovidos a la quinta clase y se les permitió empezar a estudiar los elementos de "las ramas", es decir, latín, geometría, francés y álgebra. En geometría, Ana encontró su Waterloo.

"Es una materia espantosa, Marilla", se quejó. "Estoy segura de que nunca podré entenderla. No hay lugar para la imaginación en absoluto. El señor Phillips dice que soy la peor zopenca que ha visto en su vida. Y Gil... quiero decir, algunos de los otros son muy listos. Es extremadamente mortificante, Marilla. Hasta Diana se las arregla mejor que yo. Pero no me importa que Diana me gane. Aunque ahora nos veamos como extraños, aún la quiero con un amor inextinguible. A veces me entristece mucho pensar en ella. Pero de verdad, Marilla, uno no puede estar triste mucho tiempo en un mundo tan interesante, ¿verdad?".

CAPÍTULO XVIII: ANA AL RESCATE

Todas las cosas grandes están ligadas a todas las cosas pequeñas. A primera vista no parecería que la decisión de cierto primer ministro canadiense de incluir la Isla del Príncipe Eduardo en una gira política pudiera tener mucho o nada que ver con la suerte de la pequeña Ana Shirley en Tejas Verdes. Pero así fue.

Fue en enero cuando el Primer Ministro acudió para dirigirse a sus leales partidarios y a los que no lo eran y decidieron asistir a la multitudinaria reunión celebrada en Charlottetown. La mayoría de los habitantes de Avonlea estaban del lado político del primer ministro; por lo tanto, la noche de la reunión casi todos los hombres y una buena parte de las mujeres habían ido a la ciudad, a treinta millas de distancia. La señora Rachel Lynde también había ido. La señora Rachel Lynde era una política al rojo vivo y no podía creer que el mitin político pudiera llevarse a cabo sin ella, aunque estaba en el lado opuesto de la política. Así que fue a la ciudad y se llevó a su marido -Thomas sería útil para cuidar del caballo- y a Marilla Cuthbert con ella. A Marilla le interesaba furtivamente la política, y como pensó que podría ser su única oportunidad de ver a un verdadero Premier en vivo, no tardó en aprovecharla, dejando a Ana y a Matthew a cargo de la casa hasta su regreso al día siguiente.

Así, mientras Marilla y la señora Rachel se divertían enormemente en el mitin, Ana y Mateo tenían la alegre cocina de Tejas Verdes para ellos solos. En la anticuada estufa de Waterloo ardía un brillante fuego y en los cristales

de las ventanas brillaban cristales de escarcha azul blanquecina. Matthew cabeceaba sobre un Farmers' Advocate en el sofá y Ana, en la mesa, estudiaba sus lecciones con sombría determinación, a pesar de varias miradas nostálgicas al estante del reloj, donde yacía un libro nuevo que Jane Andrews le había prestado aquel día. Jane le había asegurado que estaba garantizado que le produciría un sinnúmero de emociones, o palabras por el estilo, y a Ana le hormigueaban los dedos por alcanzarlo. Pero eso significaría el triunfo de Gilbert Blythe al día siguiente. Ana dio la espalda a la estantería del reloj y trató de imaginar que no estaba allí.

"Matthew, ¿estudiaste alguna vez geometría cuando fuiste a la escuela?"

"Pues no, no estudié", dijo Matthew, saliendo de su letargo con un sobresalto.

"Ojalá lo hubieras hecho", suspiró Ana, "porque entonces serías capaz de simpatizar conmigo. No puedes simpatizar adecuadamente si nunca lo has estudiado. Está ensombreciendo toda mi vida. Soy una zopenca, Matthew".

"Bueno, no sé", dijo Matthew tranquilizadamente. "Supongo que se te da bien cualquier cosa. El Sr. Phillips me dijo la semana pasada en la tienda de Blair en Carmody que eras el alumno más inteligente de la escuela y que estabas haciendo rápidos progresos. 'Rápido progreso' fueron sus propias palabras. Hay quien critica a Teddy Phillips y dice que no es un gran maestro; pero supongo que está bien".

Matthew habría pensado que cualquiera que elogiara a Ana estaba "bien".

"Estoy segura de que me iría mejor con la geometría si al menos no cambiara las letras", se quejó Ana. "Me aprendo la proposición de memoria, y luego él la dibuja en la pizarra y pone letras distintas de las que hay en el libro y yo me lío. No creo que un profesor deba aprovecharse de forma tan mezquina, ¿verdad? Ahora estamos estudiando agricultura y por fin he descubierto qué hace que las carreteras sean rojas. Es un gran consuelo. Me pregunto cómo lo estarán pasando Marilla y la Sra. Lynde. La Sra. Lynde dice que Canadá se está yendo al garete por la forma en que se están llevando las cosas en Ottawa, y que es una terrible advertencia para los electores. Dice que si se permitiera votar a las mujeres pronto veríamos un bendito cambio. ¿En qué sentido votas, Matthew?"

"Conservador", dijo Matthew con prontitud. Votar conservador era parte de la religión de Matthew.

"Entonces yo también soy conservadora", dijo Ana con decisión. "Me alegro, porque Gil- porque algunos de los chicos de la escuela son Grits. Supongo que el señor Phillips también lo es, porque el padre de Prissy Andrews lo es, y Ruby Gillis dice que cuando un hombre corteja siempre tiene que estar de acuerdo con la madre de la chica en religión y con su padre en política. ¿Es eso cierto, Matthew?"

"Bueno, no lo sé", dijo Matthew.

"¿Has cortejado alguna vez, Matthew?"

"Bueno, no, no sé si alguna vez lo hice", dijo Matthew, que ciertamente nunca había pensado en tal cosa en toda su existencia.

Ana reflexionó con la barbilla entre las manos.

"Debe ser bastante interesante, ¿no crees, Matthew? Ruby Gillis dice que cuando crezca va a tener muchísimos pretendientes y que todos estarán locos por ella; pero yo creo que eso sería demasiado excitante. Preferiría tener sólo uno en su sano juicio. Pero Ruby Gillis sabe mucho de estos asuntos porque tiene muchas hermanas mayores, y la señora Lynde dice que las chicas Gillis han salido como churros. El Sr. Phillips va a ver a Prissy Andrews casi todas las tardes. Dice que es para ayudarla con sus lecciones, pero Miranda Sloane también está estudiando para Queen's, y yo creería que ella necesita ayuda mucho más que Prissy porque es mucho más estúpida, pero él nunca va a ayudarla por las tardes. Hay muchas cosas en este mundo que no puedo entender muy bien, Matthew".

"Bueno, no sé si yo mismo las comprendo todas", reconoció Matthew.

"Bueno, supongo que debo terminar mis lecciones. No me permitiré abrir ese nuevo libro que Jane me prestó hasta que termine. Pero es una tentación terrible, Matthew. Incluso cuando le doy la espalda puedo verla tan clara como antes. Jane dijo que lloró mucho por él. Me encantan los libros que me hacen llorar. Pero creo que llevaré ese libro a la sala de estar y lo encerraré en el armario de mermelada y te daré la llave. Y no debes dármelo, Matthew, hasta que termine mis lecciones, aunque te lo suplique de rodillas. Está muy bien decir resiste la tentación, pero es mucho más fácil resistirla si

no puedes conseguir la llave. ¿Y entonces voy al sótano a por unas russets, Matthew? ¿No te gustaría unas russets?"

"Pues no sé qué me gustaría", dijo Matthew, que nunca comía russets pero conocía la debilidad de Ana por ellos.

En el momento en que Ana salía triunfante del sótano con su plato de russets, se oyeron pasos rápidos en el helado camino de tablas del exterior y, al instante siguiente, la puerta de la cocina se abrió de golpe y entró Diana Barry, con la cara blanca y sin aliento, con un chal enrollado apresuradamente alrededor de la cabeza. Ana, sorprendida, soltó la vela y el plato, y el plato, la vela y las manzanas cayeron juntos por la escalera del sótano y al día siguiente Marilla los encontró en el fondo, cubiertos de grasa derretida.

"¿Qué te pasa, Diana?", gritó Ana. "¿Tu madre ha cedido al fin?"

"Oh, Ana, ven pronto", imploró Diana nerviosa. "Minnie May está muy enferma, tiene crup, dice el joven Mary Joe, y papá y mamá se han ido a la ciudad y no hay nadie que pueda ir a buscar al médico. Minnie May está muy mal y el joven Mary Joe no sabe qué hacer... y ¡oh, Ana, tengo tanto miedo!".

Matthew, sin decir palabra, cogió la gorra y el abrigo, pasó junto a Diana y se escabulló en la oscuridad del patio.

"Ha ido a enjaezar la yegua alazana para ir a Carmody a buscar al médico", dijo Ana, que se apresuraba a ponerse la capucha y la chaqueta. "Lo sé tan bien como si él lo hubiera dicho. Matthew y yo somos tan afines que puedo leer sus pensamientos sin necesidad de palabras".

"No creo que encuentre al doctor en Carmody", sollozó Diana. "Sé que el doctor Blair fue a la ciudad y supongo que el doctor Spencer también iría, la joven Mary Joe nunca vio a nadie con crup y la señora Lynde no está. ¡Oh, Ana!"

"No llores, Di", dijo Ana alegremente. "Sé exactamente qué hacer para el crup. Olvidas que la Sra. Hammond tuvo gemelos tres veces. Cuando cuidas a tres pares de gemelos, adquieres mucha experiencia. Todos tuvieron crup regularmente. Espere a que traiga el frasco de ipecacuana, quizá no tenga en su casa. Vamos".

Las dos niñas se apresuraron a salir cogidas de la mano y atravesaron a toda prisa la calle de los Enamorados y el campo cubierto de costra que había más allá, pues la nieve era demasiado profunda para ir por el camino más corto del bosque. Ana, aunque sinceramente apenada por Minnie May, estaba lejos de ser insensible al romanticismo de la situación y a la dulzura de compartir una vez más ese romanticismo con un espíritu afín.

La noche era clara y helada, todo ébano de sombra y plata de ladera nevada; grandes estrellas brillaban sobre los campos silenciosos; aquí y allá los oscuros abetos puntiagudos se erguían con la nieve espolvoreando sus ramas y el viento silbando entre ellas. Ana pensó que era una verdadera delicia recorrer todo aquel misterio y belleza con su amiga íntima, de la que había estado distanciada tanto tiempo.

Minnie May, de tres años, estaba realmente muy enferma. Estaba tumbada en el sofá de la cocina, febril e inquieta, mientras su ronca respiración se oía por toda la casa. La joven Mary Joe, una muchacha francesa del Creek, pechugona y de cara ancha, a quien la señora Barry había contratado para quedarse con los niños durante su ausencia, estaba indefensa y desconcertada, incapaz de pensar qué hacer, o de hacerlo si se le ocurría.

Ana se puso a trabajar con destreza y prontitud.

"Minnie May tiene crup; está bastante mal, pero las he visto peores. Primero debemos tener mucha agua caliente. Diana, ¿no hay más que una taza en la tetera! Ya la he llenado y, Mary Joe, puedes poner un poco de leña en la estufa. No quiero herir tus sentimientos, pero me parece que podrías haber pensado en esto antes si tuvieras algo de imaginación. Ahora, desvestiré a Minnie May y la pondré en la cama, y tú trata de encontrar algunos paños suaves de franela, Diana. Voy a darle una dosis de ipecacuana antes que nada".

A Minnie May no le sentó bien la ipecacuana, pero Ana no había criado tres pares de gemelas en vano. La ipecacuana bajó, no sólo una vez, sino muchas veces durante la larga y angustiosa noche en que las dos niñas trabajaron pacientemente sobre la sufrida Minnie May, y la joven Mary Joe, sinceramente ansiosa por hacer todo lo que podía, mantuvo encendido un fuego crepitante y calentó más agua de la que se hubiera necesitado para un hospital de bebés crupidos.

Eran las tres cuando Matthew llegó con el médico, pues se había visto obligado a ir hasta Spencervale en busca de uno. Pero la apremiante necesidad de asistencia ya había pasado. Minnie May estaba mucho mejor y dormía profundamente.

"Estuve a punto de darme por vencida", explicó Ana. "Fue empeorando hasta que estuvo más enferma que los gemelos Hammond, incluso que la última pareja. Llegué a pensar que iba a morir asfixiada. Le di hasta la última gota de ipecacuana del frasco, y cuando bajó la última dosis me dije a mí misma -no a Diana ni a la joven Mary Joe, porque no quería preocuparlas más de lo que ya estaban, pero tuve que decírmelo para aliviar mis sentimientos-: "Esta es la última esperanza que me queda y me temo que es vana". Pero en unos tres minutos expulsó la flema y empezó a mejorar enseguida. Imagínese mi alivio, doctor, porque no puedo expresarlo con palabras. Usted sabe que hay cosas que no se pueden expresar con palabras".

"Sí, lo sé", asintió el médico. Miró a Ana como si estuviera pensando algunas cosas sobre ella que no podían expresarse con palabras. Más tarde, sin embargo, se las expresó a los señores Barry.

"Esa niña pelirroja que tienen en Cuthbert's es tan lista como las hacen. Les aseguro que le salvó la vida a ese bebé, porque cuando yo llegué ya habría sido demasiado tarde. Parece tener una habilidad y una presencia de ánimo maravillosas en una niña de su edad. Nunca vi nada como sus ojos cuando me explicaba el caso".

Ana se había marchado a casa en aquella maravillosa mañana invernal de escarcha blanca, con los ojos pesados por la falta de sueño, pero sin dejar de hablar incansablemente con Matthew mientras cruzaban el largo campo blanco y caminaban bajo el resplandeciente arco de hadas de los arcos de Lovers' Lane.

"Oh, Matthew, ¿no es una mañana maravillosa? El mundo parece algo que Dios acabara de imaginar para su propio placer, ¿verdad? Esos árboles parecen como si pudiera hacerlos volar con un soplo. Estoy tan contenta de vivir en un mundo donde hay heladas blancas, ¿y tú? Y yo me alegro de que la Sra. Hammond tuviera tres pares de gemelos. Si no, no habría sabido qué hacer por Minnie May. Lamento haberme enojado con la Sra. Hammond por tener gemelos. Pero, Matthew, tengo tanto sueño. No puedo ir a la escuela. Sé que no podría mantener los ojos abiertos y sería tan estúpida. Pero

odio quedarme en casa por Gil- algunos de los otros se pondrán a la cabeza de la clase, y es tan difícil levantarse de nuevo- aunque por supuesto cuanto más difícil es más satisfacción tienes cuando te levantas, ¿no?"

"Bueno, supongo que te las arreglarás bien", dijo Matthew, mirando la carita blanca de Ana y las sombras oscuras bajo sus ojos. "Acuéstate y duerme bien. Yo haré todas las tareas".

Ana se metió en la cama y durmió tanto y tan profundamente que, bien entrada la blanca y sonrosada tarde de invierno, se despertó y bajó a la cocina, donde Marilla, que entretanto había llegado a casa, estaba sentada tejiendo.

"Oh, ¿has visto al Premier?", exclamó Ana de inmediato. "¿Qué aspecto tenía, Marilla?"

"Bueno, nunca llegó a primer ministro por su aspecto", dijo Marilla. "¿Qué nariz tenía ese hombre! Pero sabe hablar. Estaba orgulloso de ser conservador. A Rachel Lynde, por supuesto, como era liberal, no le servía de nada. Tu cena está en el horno, Ana; y puedes sacar de la despensa un poco de confitura de ciruelas azules. Supongo que tienes hambre. Matthew me ha estado contando lo de anoche. Debo decir que fue una suerte que supieras qué hacer. Yo no habría tenido ni idea, porque nunca he visto un caso de crup. Bueno, no hables hasta que hayas cenado. Por tu aspecto, sé que estás llena de discursos, pero ya se te pasarán".

Marilla tenía algo que decirle a Ana, pero no se lo dijo en aquel momento, porque sabía que si lo hacía, la excitación de Ana la sacaría de la región de asuntos tan materiales como el apetito o la cena. Marilla no dijo nada hasta que Ana hubo terminado su plato de ciruelas azules:

"La señora Barry estuvo aquí esta tarde, Ana. Quería verte, pero no quise despertarte. Dice que le salvaste la vida a Minnie May y que lamenta mucho haber actuado como lo hizo en aquel asunto del vino de grosella. Dice que ahora sabe que no era tu intención emborrachar a Diana, y espera que la perdones y vuelvas a ser buena amiga de Diana. Si quieres, puedes ir esta noche, porque Diana no puede salir de casa porque anoche se resfrió. Ahora, Ana Shirley, por piedad, no salgas volando por los aires".

La advertencia no parecía innecesaria, tan elevada y aérea era la expresión y la actitud de Ana cuando se puso en pie de un salto, con el rostro

irradiado por la llama de su espíritu.

"Oh, Marilla, ¿puedo irme ahora mismo, sin lavar los platos? Los lavaré cuando vuelva, pero no puedo atarme a algo tan poco romántico como lavar los platos en este emocionante momento."

"Sí, sí, vete", dijo Marilla con indulgencia. "Ana Shirley, ¿estás loca? Vuelve ahora mismo y ponte algo encima. También podría llamar al viento. Se ha ido sin gorra ni abrigo. Mírala corriendo por el huerto con el pelo alborotado. Será una misericordia si no se muere de frío".

Ana llegó bailando a casa en el crepúsculo púrpura del invierno a través de los parajes nevados. A lo lejos, en el sudoeste, se veía el gran destello perlado de una estrella vespertina en un cielo pálido, dorado y etéreo que se elevaba sobre espacios blancos y relucientes y oscuras cañadas de abetos. Los tintineos de las campanillas de los trineos entre las colinas nevadas llegaban como campanadas de duendes a través del aire helado, pero su música no era más dulce que la canción que Ana llevaba en el corazón y en los labios.

"Tienes ante ti a una persona perfectamente feliz, Marilla", anunció. "Soy perfectamente feliz; sí, a pesar de mi pelo rojo. Precisamente ahora tengo el alma por encima del pelo rojo. La señora Barry me besó y lloró y dijo que lo sentía mucho y que nunca podría pagármelo. Me sentí terriblemente avergonzada, Marilla, pero me limité a decir lo más educadamente que pude: "No le guardo rencor, señora Barry. Le aseguro de una vez por todas que no era mi intención intoxicar a Diana y en adelante cubriré el pasado con el manto del olvido'. Esa fue una manera muy digna de hablar, ¿no es así, Marilla? Sentí que estaba amontonando brasas de fuego sobre la cabeza de la Sra. Barry. Y Diana y yo pasamos una tarde encantadora. Diana me enseñó una nueva puntada de ganchillo que le enseñó su tía en Carmody. Sólo nosotras lo sabemos en Avonlea, y juramos solemnemente no revelárselo a nadie más. Diana me dio una hermosa tarjeta con una corona de rosas y un verso de poesía:

"Si me amas como yo te amo

Sólo la muerte podrá separarnos.

Y eso es verdad, Marilla. Vamos a pedirle al Sr. Phillips que nos deje sentarnos juntas de nuevo en la escuela, y Gertie Pye puede ir con Minnie An-

drews. Tomamos un té elegante. La Sra. Barry dispuso la mejor vajilla, Marilla, como si yo fuera una verdadera compañía. No puedo decirte qué emoción me dio. Nunca nadie había usado su mejor vajilla por mí. Y comimos pastel de frutas, pastel de libra, rosquillas y dos tipos de conservas, Marilla. Y la Sra. Barry me preguntó si tomaba el té y dijo: "Papá, ¿por qué no le pasas las galletas a Ana?". Debe ser encantador ser mayor, Marilla, cuando el simple hecho de que te traten como si lo fueras es tan agradable."

"No sé nada de eso", dijo Marilla con un breve suspiro.

"Bueno, de todos modos, cuando sea mayor -dijo Ana con decisión-, siempre hablaré a las niñas como si también lo fueran, y nunca me reiré cuando usen palabras mayores. Sé por dolorosa experiencia cómo hieren los sentimientos. Después del té, Diana y yo hicimos caramelo. El caramelo no estaba muy bueno, supongo que porque ni Diana ni yo lo habíamos hecho nunca. Diana me dejó removiéndolo mientras untaba los platos con mantequilla y yo me olvidé y dejé que se quemara; y luego, cuando lo pusimos en la plataforma para que se enfriara, el gato pasó por encima de un plato y hubo que tirarlo. Pero la preparación fue muy divertida. Luego, cuando volví a casa, la señora Barry me pidió que viniera todas las veces que pudiera y Diana se quedó en la ventana y me lanzó besos durante todo el camino hasta Lovers' Lane. Te aseguro, Marilla, que esta noche tengo ganas de rezar y voy a pensar en una nueva oración especial en honor de la ocasión."

CAPÍTULO XIX: UN CONCIERTO, UNA CATÁSTROFE Y UNA CONFESIÓN

"Marilla, ¿puedo ir un momento a ver a Diana?", preguntó Ana, bajando sin aliento del hastial oriental una tarde de febrero.

"No sé para qué quieres ir por ahí de noche", respondió Marilla. "Diana y tú volvisteis juntas de la escuela y luego os quedasteis allí abajo, en la nieve, durante media hora más, con la lengua suelta todo el tiempo, chasquido y chasquido. Así que no creo que estés muy mal por volver a verla".

"Pero ella quiere verme", suplicó Ana. "Tiene algo muy importante que decirme".

"¿Cómo sabes que lo tiene?"

"Porque acaba de hacerme señas desde su ventana. Nos hemos arreglado para hacer señales con nuestras velas y cartones. Ponemos la vela en el alféizar de la ventana y hacemos destellos pasando la cartulina de un lado a otro. Tantos destellos significan algo. Fue idea mía, Marilla".

"Te aseguro que lo fue", dijo Marilla enfáticamente. "Y lo siguiente que harás será prender fuego a las cortinas con tus tonterías de señales".

"Oh, tenemos mucho cuidado, Marilla. Y es muy interesante. Dos destellos significan '¿estás ahí?'. Tres significan 'sí' y cuatro 'no'. Cinco significan: 'Ven cuanto antes, porque tengo algo importante que revelarte'. Diana acaba de hacer cinco señales y estoy deseando saber de qué se trata".

"Pues no hace falta que sufras más", dijo Marilla sarcásticamente. "Puedes irte, pero tienes que estar de vuelta aquí en sólo diez minutos, recuérdalo".

Ana lo recordó y regresó en el tiempo estipulado, aunque probablemente ningún mortal sabrá jamás lo que le costó confinar la discusión de la importante comunicación de Diana dentro de los límites de diez minutos. Pero al menos los había aprovechado bien.

"Oh, Marilla, ¿qué te parece? Sabes que mañana es el cumpleaños de Diana. Bueno, su madre le dijo que podía pedirme que la acompañara a casa desde la escuela y que me quedara con ella toda la noche. Y sus primos van a venir desde Newbridge en un gran trineo para ir al concierto del Club de Debate mañana por la noche. Y nos llevarán a Diana y a mí al concierto, si me dejas ir. Lo harás, ¿verdad, Marilla? Estoy tan emocionada".

"Puedes calmarte entonces, porque no irás. Estarás mejor en casa, en tu cama, y en cuanto al concierto del Club, es una tontería, y a las niñas no se les debería permitir salir a esos sitios."

"Estoy segura de que el Club de Debates es un asunto de lo más respetable", suplicó Ana.

"No digo que no lo sea. Pero no vas a empezar a ir a conciertos y a quedarte fuera toda la noche. Bonitas cosas para niños. Me sorprende que la Sra. Barry deje ir a Diana".

"Pero es una ocasión tan especial", se lamentó Ana, al borde de las lágrimas. "Diana sólo cumple años una vez al año. No es como si los cumpleaños fueran cosas comunes, Marilla. Prissy Andrews va a recitar "El toque de queda no debe sonar esta noche". Es una pieza moral tan buena, Marilla, estoy segura de que me haría mucho bien escucharla. Y el coro va a cantar cuatro encantadoras canciones patéticas que son casi tan buenas como los himnos. Y, oh, Marilla, el ministro va a participar; sí, así es; va a dar un discurso. Eso será casi lo mismo que un sermón. Por favor, ¿puedo ir, Marilla?".

"Has oído lo que he dicho, Ana, ¿verdad? Quítate las botas y vete a la cama. Son más de las ocho".

"Sólo hay una cosa más, Marilla", dijo Ana, con aire de producir el último disparo en su casillero. "La señora Barry le dijo a Diana que podíamos dormir en la cama de la habitación de invitados. Piensa en el honor de que tu pequeña Ana duerma en la cama de invitados".

"Es un honor del que tendrás que prescindir. Vete a la cama, Ana, y que no te oiga decir ni una palabra más".

Cuando Ana, con las lágrimas rodando por sus mejillas, subió apesadumbrada a la habitación, Matthew, que aparentemente había estado profundamente dormido en el salón durante todo el diálogo, abrió los ojos y dijo con decisión:

"Bueno, Marilla, creo que deberías dejar marchar a Ana".

"Entonces no", replicó Marilla. "¿Quién va a criar a esta niña, Matthew, tú o yo?".

"Bueno, tú", admitió Matthew.

"No interfieras entonces".

"Bueno, no estoy interfiriendo. No es interferir tener tu propia opinión. Y mi opinión es que deberías dejar ir a Ana".

"Pensarías que debería dejar ir a Ana a la luna si se le ocurriera, no me cabe duda", fue la amable respuesta de Marilla. "Podría haberla dejado pasar la noche con Diana, si eso fuera todo. Pero no apruebo este plan del concierto. Iría allí y se resfriaría como si nada, y se le llenaría la cabeza de tonterías y excitación. La desestabilizaría durante una semana. Comprendo el carácter de esa niña y lo que es bueno para ella mejor que tú, Matthew".

"Creo que deberías dejar marchar a Ana", repitió Matthew con firmeza. Argumentar no era su punto fuerte, pero mantenerse firme en su opinión ciertamente lo era. Marilla dio un grito de impotencia y se refugió en el silencio. A la mañana siguiente, cuando Ana estaba lavando los platos del desayuno en la despensa, Matthew hizo una pausa en su camino hacia el granero para decirle a Marilla de nuevo:

"Creo que deberías dejar marchar a Ana, Marilla".

Por un momento Marilla miró cosas que no era lícito pronunciar. Luego cedió a lo inevitable y dijo secamente:

"Muy bien, puede irse, ya que nada más te complacerá".

Ana salió volando de la despensa, con un paño empapado en la mano.

"Oh, Marilla, Marilla, vuelve a decir esas benditas palabras".

"Supongo que una vez es suficiente para decirlas. Esto es cosa de Matthew y me lavo las manos. Si coges una pulmonía durmiendo en una cama extraña o saliendo de ese caluroso pasillo en mitad de la noche, no me culpes a mí, culpa a Matthew. Ana Shirley, estás goteando agua grasienta por todo el suelo. Nunca vi una niña tan descuidada".

"Oh, sé que soy una gran prueba para ti, Marilla", dijo Ana arrepentida. "Cometo tantos errores. Pero piensa en todos los que no cometo, aunque podría cometerlos. Traeré arena y limpiaré las manchas antes de ir a la escuela. Oh, Marilla, mi corazón sólo quería ir a ese concierto. Nunca he ido a un concierto en mi vida, y cuando las otras chicas hablan de ellos en la escuela me siento tan fuera de lugar. Tú no sabías cómo me sentía, pero Matthew sí. Matthew me comprende, y es tan agradable que te comprendan, Marilla".

Ana estaba demasiado excitada para hacerse justicia a sí misma en cuanto a las lecciones de aquella mañana en la escuela. Gilbert Blythe la delectó en clase y la perdió de vista en aritmética mental. Sin embargo, la humillación de Ana fue menor de lo que podría haber sido, en vista del concierto y de la cama en el cuarto de invitados. Diana y ella hablaron constantemente de ello durante todo el día, hasta el punto de que con un profesor más estricto que el señor Phillips, la desgracia habría sido inevitable.

Ana pensó que no habría podido soportarlo de no haber asistido al concierto, pues aquel día no se habló de otra cosa en la escuela. El Club de Debates de Avonlea, que se había reunido quincenalmente durante todo el invierno, había celebrado varios pequeños espectáculos gratuitos; pero éste iba a ser un gran acontecimiento, con una entrada de diez centavos, a beneficio de la biblioteca. Los jóvenes de Avonlea habían estado ensayando durante semanas, y todos los alumnos estaban especialmente interesados en el evento porque sus hermanos y hermanas mayores iban a participar. Todos en la escuela mayores de nueve años esperaban ir, excepto Carrie Sloane, cuyo padre compartía la opinión de Marilla acerca de que las niñas peque-

ñas fueran a conciertos nocturnos. Carrie Sloane lloró toda la tarde en su gramática y sintió que la vida no valía la pena.

Para Ana, la verdadera emoción comenzó con la salida de la escuela y fue in crescendo hasta llegar a un éxtasis positivo en el concierto mismo. Tomaron un "té perfectamente elegante", y luego vino la deliciosa ocupación de vestirse en el cuartito de Diana, en el piso de arriba. Diana peinó a Ana con el nuevo estilo pompadour y Ana ató los moños de Diana con la habilidad especial que poseía; y experimentaron por lo menos media docena de maneras diferentes de arreglarse el cabello de la espalda. Por fin estaban listas, con las mejillas coloradas y los ojos brillantes de emoción.

Es verdad que Ana sintió una pequeña punzada al comparar su sencillo traje negro y su casero abrigo gris de mangas ajustadas, sin forma, con el alegre gorro de piel y la elegante chaquetita de Diana. Pero con el tiempo recordó que tenía imaginación y que podía usarla.

Luego llegaron los primos de Diana, los Murray de Newbridge; todos se amontonaron en el gran trineo de pung, entre paja y túnicas de piel. Ana disfrutó del trayecto hasta la casa, deslizándose por los caminos satinados, con la nieve crujiendo bajo los patines. Había una magnífica puesta de sol, y las colinas nevadas y las aguas azul oscuro del golfo de San Lorenzo parecían enmarcarse en el esplendor como un enorme cuenco de perlas y zafiros rebosante de vino y fuego. De todas partes llegaban tintineos de campanillas de trineo y risas lejanas que parecían la alegría de los duendes del bosque.

"Oh, Diana -exhaló Ana, apretando la mano de Diana bajo la túnica de piel-, ¿no es todo como un hermoso sueño? ¿De verdad parezco la misma de siempre? Me siento tan diferente que me parece que debe notarse en mi aspecto".

"Estás muy guapa", dijo Diana, que acababa de recibir un cumplido de una de sus primas y sintió que debía transmitirlo. "Tienes un color precioso".

El programa de aquella noche fue una serie de "emociones" para al menos un oyente del público, y, como Ana aseguró a Diana, cada emoción sucesiva era más emocionante que la anterior. Cuando Prissy Andrews, ataviada con un nuevo talle de seda rosa, con un collar de perlas alrededor de

su tersa y blanca garganta y claveles de verdad en el pelo -los rumores susurraban que el maestro había enviado hasta la ciudad a buscarlos para ella- "subió por la viscosa escalera, oscura y sin un rayo de luz", Ana se estremeció con lujosa simpatía; Cuando el coro cantó "Lejos sobre las gentiles margaritas", Ana miró al techo como si estuviera pintado con ángeles; cuando Sam Sloane procedió a explicar e ilustrar "Cómo Sockery preparó una gallina", Ana se rió hasta que la gente sentada cerca de ella se rió también, más por simpatía hacia ella que por diversión ante una selección que resultaba bastante aburrida incluso en Avonlea; y cuando Mr. Phillips pronunció la oración de Marco Antonio sobre el cadáver de César en el tono más conmovedor -mirando a Prissy Andrews al final de cada frase-, Ana sintió que podría amotinarse en el acto si un solo ciudadano romano la guiara.

Sólo un número del programa dejó de interesarle. Cuando Gilbert Blythe recitó "Bingen en el Rin", Ana cogió el libro de la biblioteca de Rhoda Murray y lo leyó hasta que él hubo terminado, momento en que se sentó rígidamente rívida e inmóvil mientras Diana aplaudía hasta que le hormigueaban las manos.

Eran las once cuando llegaron a casa, saciadas de disipación, pero con el dulcísimo placer de hablar de todo lo sucedido. Todos parecían dormidos y la casa estaba oscura y silenciosa. Ana y Diana entraron de puntillas en el salón, una habitación larga y estrecha de la que salía el cuarto de invitados. Era agradablemente cálida y estaba tenuemente iluminada por las brasas de un fuego en la rejilla.

"Desnudémonos aquí", dijo Diana. "Es tan agradable y cálido".

"¿No ha sido un tiempo delicioso?" suspiró Ana con entusiasmo. "Debe de ser espléndido levantarse y recitar allí. ¿Crees que alguna vez nos pedirán que lo hagamos, Diana?".

"Sí, por supuesto, algún día. Siempre quieren que los grandes eruditos reciten. Gilbert Blythe lo hace a menudo y sólo tiene dos años más que nosotras. Oh, Ana, ¿cómo pudiste fingir que no le escuchabas? Cuando llegó a la línea,

"Hay otra, no una hermana,'
te miró de arriba abajo".

"Diana", dijo Ana con dignidad, "eres mi amiga íntima, pero no puedo permitir que ni siquiera tú me hables de esa persona. ¿Estás lista para ir a la cama? Hagamos una carrera y veamos quién llega primero a la cama".

La sugerencia atrajo a Diana. Las dos pequeñas figuras vestidas de blanco volaron por la larga habitación, atravesaron la puerta del cuarto de invitados y saltaron sobre la cama al mismo tiempo. Y entonces, algo se movió debajo de ellas, se oyó un grito ahogado y alguien dijo en voz baja:

"¡Madre mía!"

Ana y Diana nunca supieron cómo se levantaron de la cama y salieron de la habitación. Sólo sabían que, después de una frenética carrera, se encontraron subiendo las escaleras de puntillas y temblando.

"Oh, ¿quién era... qué era?", susurró Ana, con los dientes castañeteándole de frío y de miedo.

"Era la tía Josefina", dijo Diana, jadeando de risa. "Oh, Ana, era la tía Josefina, como quiera que haya venido. Sé que se pondrá furiosa. Es espantoso, realmente espantoso, pero ¿has conocido alguna vez algo tan divertido, Ana?".

"¿Quién es tu tía Josephine?"

"Es la tía de papá y vive en Charlottetown. Es muy mayor -tiene setenta años- y no creo que haya sido nunca una niña. La esperábamos de visita, pero no tan pronto. Es terriblemente remilgada y regañará terriblemente por esto, lo sé. Bueno, tendremos que dormir con Minnie May, y no te imaginas cómo pateo".

La señorita Josephine Barry no apareció en el desayuno de la mañana siguiente. La señora Barry sonrió amablemente a las dos niñas.

"¿Os lo pasasteis bien anoche? Intenté mantenerme despierta hasta que llegasteis a casa, porque quería deciros que había venido la tía Josephine y que, después de todo, tendríais que subir, pero estaba tan cansada que me quedé dormida. Espero que no hayas molestado a tu tía, Diana".

Diana guardó un discreto silencio, pero ella y Ana intercambiaron furtivas sonrisas de culpable diversión al otro lado de la mesa. Ana se apresuró a regresar a su casa después del desayuno, y así permaneció en feliz ignoran-

cia del alboroto que se produjo en el hogar de los Barry hasta la tarde, cuando bajó a casa de la señora Lynde con un encargo para Marilla.

"Así que Diana y tú casi matáis del susto a la pobre Srta. Barry anoche", dijo la Sra. Lynde con severidad, pero con un brillo en los ojos. "La señora Barry estuvo aquí hace unos minutos de camino a Carmody. Está muy preocupada. La vieja señorita Barry estaba de muy mal humor cuando se levantó esta mañana, y el temperamento de Josephine Barry no es ninguna broma, te lo aseguro. No quiso hablar con Diana en absoluto".

"No fue culpa de Diana", dijo Ana contrita. "Fue culpa mía. Sugerí una carrera para ver quién se metía primero en la cama".

"¡Lo sabía!", dijo la señora Lynde con la exultación de quien acierta. "Sabía que esa idea había salido de tu cabeza. Bueno, ha causado un buen montón de problemas, eso es lo que ha pasado. La vieja señorita Barry vino para quedarse un mes, pero ha declarado que no se quedará ni un día más y que volverá mañana a la ciudad, con domingo y todo. Se habría ido hoy si la hubieran podido llevar. Había prometido pagarle un trimestre de clases de música a Diana, pero ahora está decidida a no hacer nada por una marimacho como ella. Oh, supongo que lo pasaron muy bien allí esta mañana. Los Barry deben sentirse destrozados. La vieja Srta. Barry es rica y les gustaría quedar bien con ella. Por supuesto, la Sra. Barry no me dijo eso a mí, pero soy un buen juez de la naturaleza humana".

"Soy una chica con tan mala suerte", se lamentó Ana. "Siempre me meto en líos y mis mejores amigos -personas por las que derramaría la sangre de mi corazón- también. ¿Puede decirme por qué, señora Lynde?".

"Es porque eres demasiado imprudente e impulsiva, niña. Nunca te paras a pensar; cualquier cosa que se te pasa por la cabeza para decir o hacer, la dices o haces sin reflexionar un momento."

"Oh, pero eso es lo mejor", protestó Ana. "Algo te viene a la mente, tan excitante, y tienes que salir con ello. Si te paras a pensarlo, lo echas todo a perder. ¿No ha sentido usted eso alguna vez, Sra. Lynde?"

No, la Sra. Lynde no lo había sentido. Sacudió la cabeza sabiamente.

"Debes aprender a pensar un poco, Ana, eso es. El proverbio que debes seguir es: "Mira antes de saltar", especialmente en las camas supletorias".

La señora Lynde se rió cómodamente de su leve broma, pero Ana permaneció pensativa. No veía nada de qué reírse en la situación, que a sus ojos parecía muy seria. Cuando salió de casa de la señora Lynde, siguió su camino a través de los campos cubiertos de costra hasta Orchard Slope. Diana la recibió en la puerta de la cocina.

"Tu tía Josefina estaba muy enfadada por eso, ¿verdad?", susurró Ana.

"Sí -respondió Diana, ahogando una risita y echando una mirada aprensiva por encima del hombro a la puerta cerrada del salón-. "Bailaba de rabia, Ana. Cómo me regañaba. Dijo que yo era la niña peor educada que había visto y que mis padres deberían avergonzarse de cómo me habían criado. Dice que no se quedará y estoy segura de que no me importa. Pero a papá y a mamá sí".

"¿Por qué no les dijiste que era culpa mía?", preguntó Ana.

"Es probable que hiciera tal cosa, ¿no?", dijo Diana con justo desprecio. "No soy ninguna delatora, Ana Shirley, y de todos modos tuve tanta culpa como tú".

"Pues yo misma voy a decírselo", dijo Ana con decisión.

Diana se quedó mirando.

"¡Ana Shirley, nunca lo harías! ¿Por qué? ¡Te comerá viva!"

"No me asustes más de lo que estoy", imploró Ana. "Preferiría acercarme a la boca de un cañón. Pero tengo que hacerlo, Diana. Fue culpa mía y tengo que confesarlo. He tenido práctica en confesar, afortunadamente".

"Bueno, está en la habitación", dijo Diana. "Puedes entrar si quieres. Yo no me atrevería. Y no creo que te sirva de nada".

Con estos ánimos, Ana se puso como un león en su madriguera, es decir, se acercó resueltamente a la puerta del salón y llamó débilmente con los nudillos. Le siguió un agudo "Adelante".

La señorita Josephine Barry, delgada, remilgada y rígida, tejía ferozmente junto al fuego, sin aplacar su cólera y con los ojos chirriantes a través de sus gafas de montura dorada. Se dio la vuelta en su silla, esperando ver a Diana, y se encontró con una muchacha de rostro blanco cuyos grandes ojos estaban llenos de una mezcla de coraje desesperado y terror encogido.

"¿Quién es usted?", preguntó sin ceremonias la señorita Josephine Barry.

"Soy Ana de las Tejas Verdes", dijo trémulamente la pequeña visitante, juntando las manos con su gesto característico, "y he venido a confesarme, si es tan amable".

"¿Confesar qué?"

"Que fue todo culpa mía lo de saltar a la cama sobre ti anoche. Yo lo sugerí. Estoy segura de que a Diana nunca se le habría ocurrido algo así. Diana es una chica muy femenina, Srta. Barry. Así que debe ver lo injusto que es culparla".

"Oh, debo, ¿eh? Más bien creo que Diana hizo su parte del salto por lo menos. Semejante conducta en una casa respetable".

"Pero sólo nos divertíamos", insistió Ana. "Creo que debería perdonarnos, señorita Barry, ahora que nos hemos disculpado. Y de todos modos, por favor, perdone a Diana y permítale tener sus lecciones de música. El corazón de Diana está empeñado en sus clases de música, señorita Barry, y sé muy bien lo que es empeñarse en algo y no conseguirlo. Si debe enojarse con alguien, hágalo conmigo. Estoy tan acostumbrada a que la gente se enfade conmigo que puedo soportarlo mucho mejor que Diana".

Gran parte de la ira había desaparecido de los ojos de la anciana y había sido sustituida por un brillo de divertido interés. Pero aún así dijo severamente:

"No creo que te sirva de excusa decir que sólo te estabas divirtiendo. Las niñas nunca se divertían así cuando yo era joven. No sabes lo que es que te despierten de un sueño profundo, después de un largo y arduo viaje, dos muchachas grandes que vienen rebotando sobre ti."

"No lo sé, pero me lo imagino", dijo Ana con entusiasmo. "Estoy segura de que debe haber sido muy perturbador. Pero también está nuestra parte. ¿Tiene imaginación, señorita Barry? Si la tiene, póngase en nuestro lugar. No sabíamos que había alguien en esa cama y usted casi nos mata del susto. Fue horrible cómo nos sentimos. Y luego no pudimos dormir en la habitación de invitados después de que nos lo prometieran. Supongo que estáis acostumbrados a dormir en habitaciones libres. Pero imaginad cómo os sentiríais si fuerais una niña huérfana que nunca hubiera tenido tal honor".

Todo el chasquido había desaparecido para entonces. La señorita Barry se echó a reír de verdad, un sonido que hizo que Diana, que aguardaba en la cocina sin poder hablar, diera un gran suspiro de alivio.

"Me temo que mi imaginación está un poco oxidada, hace tanto tiempo que no la uso", dijo. "Me atrevo a decir que tu derecho a la compasión es tan fuerte como el mío. Todo depende de cómo lo miremos. Siéntate aquí y háblame de ti".

"Siento mucho no poder", dijo Ana con firmeza. "Me gustaría, porque parece usted una dama interesante, y hasta podría ser un alma gemela aunque no lo parezca mucho. Pero es mi deber ir a casa de la señorita Marilla Cuthbert. La señorita Marilla Cuthbert es una dama muy amable que me ha llevado a criar como es debido. Lo hace lo mejor que puede, pero es un trabajo muy desalentador. No debes culparla porque salté sobre la cama. Pero antes de irme me gustaría que me dijeras si perdonarás a Diana y te quedarás en Avonlea tanto tiempo como pretendías".

"Creo que tal vez lo haga si vienes de vez en cuando a hablar conmigo", dijo la señorita Barry.

Esa noche, la señorita Barry le regaló a Diana una pulsera de plata y les dijo a los miembros más antiguos de la familia que había desempacado su valija.

"He decidido quedarme sólo para conocer mejor a esa Ana", dijo con franqueza. "Me divierte, y en mi época una persona divertida es una rareza".

El único comentario de Marilla al oír la historia fue: "Te lo dije". Esto fue en beneficio de Matthew.

La señorita Barry se quedó un mes más. Era una invitada más agradable que de costumbre, pues Ana la mantenía de buen humor. Se hicieron muy amigas.

Cuando la señorita Barry se marchó dijo:

"Recuerda, Ana, que cuando vengas a la ciudad me visitarás y te pondré a dormir en la cama de mi habitación de invitados".

"Después de todo, la señorita Barry era un alma gemela", le confió Ana a Marilla. "No lo pensarías al mirarla, pero lo es. No lo descubres al princi-

pio, como en el caso de Matthew, pero después de un tiempo llegas a verlo. Los espíritus afines no son tan escasos como solía pensar. Es espléndido descubrir que hay tantos en el mundo".

CAPÍTULO XX: UNA BUENA IMAGINACIÓN QUE SALE MAL

La primavera había llegado una vez más a Tejas Verdes: la hermosa, caprichosa y reacia primavera canadiense, que se prolongó durante abril y mayo en una sucesión de días dulces, frescos y fríos, con puestas de sol rosadas y milagros de resurrección y crecimiento. Los arces de Lovers' Lane tenían los brotes rojos y alrededor de la burbuja de la dríade crecían pequeños helechos rizados. Lejos, en los barrens, detrás de la casa del señor Silas Sloane, florecían las flores de mayo, estrellas rosas y blancas de dulzura bajo sus hojas marrones. Todos los chicos y chicas de la escuela pasaron una tarde dorada recogiénolas y regresando a casa en el claro y resonante crepúsculo con los brazos y las cestas llenas de florido botín.

"Lo siento mucho por la gente que vive en tierras donde no hay flores de mayo", dijo Ana. "Diana dice que tal vez tengan algo mejor, pero no puede haber nada mejor que los Mayflower, ¿verdad, Marilla? Y Diana dice que si no saben cómo son no las echan de menos. Pero creo que eso es lo más triste de todo. Creo que sería trágico, Marilla, no saber cómo son los Mayflowers y no echarlos de menos. ¿Sabes lo que creo que son las flores de mayo, Marilla? Creo que deben ser las almas de las flores que murieron el verano pasado y este es su cielo. Pero lo pasamos espléndidamente hoy, Marilla. Almorzamos en una gran hondonada musgosa junto a un viejo pozo, un lugar tan romántico. Charlie Sloane retó a Arty Gillis a saltar por encima, y Arty lo hizo porque no aceptaba un reto. Nadie lo haría en la escuela. Está muy de moda atreverse. El Sr. Phillips le dio todas las flores de

mayo que encontró a Prissy Andrews y le oí decir "dulces a los dulces". Lo sacó de un libro, lo sé; pero demuestra que tiene algo de imaginación. A mí también me ofrecieron flores de mayo, pero las rechacé con desprecio. No puedo decirles el nombre de la persona porque he jurado no decirlo nunca. Hicimos coronas con las flores de mayo y las pusimos en nuestros sombreros; y cuando llegó la hora de volver a casa marchamos en procesión por la carretera, de dos en dos, con nuestros ramos y coronas, cantando "Mi hogar en la colina". Oh, fue tan emocionante, Marilla. Toda la gente del Sr. Silas Sloane se apresuró a vernos y todos los que nos cruzábamos en el camino se detenían y nos miraban. Causamos sensación".

"¡No es de extrañar! Qué tonterías!" fue la respuesta de Marilla.

Después de las flores de mayo vinieron las violetas, y Violet Vale se vació de ellas. Ana lo atravesaba camino de la escuela con pasos reverentes y ojos de adoración, como si pisara tierra sagrada.

"De alguna manera", le dijo a Diana, "cuando paso por aquí no me importa realmente si Gil... si alguien se me adelanta en clase o no. Pero cuando estoy en la escuela todo es diferente y me importa tanto como siempre. Hay tantas Anas diferentes en mí. A veces pienso que por eso soy una persona tan problemática. Si sólo fuera la única Ana sería mucho más cómodo, pero entonces no sería ni la mitad de interesante".

Una tarde de junio, cuando los huertos volvían a florecer de rosa, cuando las ranas cantaban dulcemente en las marismas de la cabecera del Lago de las Aguas Brillantes, y el aire estaba lleno del aroma de los campos de tréboles y de los bosques de abetos balsámicos, Ana estaba sentada junto a la ventana del frontón. Había estado estudiando sus lecciones, pero había oscurecido demasiado para ver el libro, por lo que se había sumido en un ensueño con los ojos muy abiertos, mirando más allá de las ramas de la Reina de las Nieves, una vez más adornada con sus mechones de flores.

En todos los aspectos esenciales, la pequeña habitación del frontón no había cambiado. Las paredes eran tan blancas, el alfiletero tan duro, las sillas tan rígidas y amarillentas como siempre. Sin embargo, todo el carácter de la habitación había cambiado. Estaba llena de una nueva personalidad vital y palpitante que parecía impregnarla y ser totalmente independiente de los libros, vestidos y cintas de colegiala, e incluso de la jarra azul agrietada llena de flores de manzano que había sobre la mesa. Era como si todos los

sueños, dormidos y despiertos, de su vívida ocupante hubieran tomado una forma visible aunque inmaterial y hubieran tapizado la desnuda habitación con espléndidos tejidos de arco iris y luz de luna. De pronto Marilla entró enérgicamente con algunos de los delantales recién planchados de Ana. Los colgó sobre una silla y se sentó con un breve suspiro. Aquella tarde había tenido uno de sus dolores de cabeza y, aunque el dolor había desaparecido, se sentía débil y "agotada", como ella decía. Ana la miró con ojos límpidos de simpatía.

"Me hubiera gustado tener ese dolor de cabeza en tu lugar, Marilla. Lo habría soportado con alegría por tu bien".

"Supongo que hiciste tu parte al ocuparte del trabajo y dejarme descansar", dijo Marilla. "Parece que te has desenvuelto bastante bien y has cometido menos errores que de costumbre. Claro que no era exactamente necesario almidonar los pañuelos de Matthew. Y la mayoría de la gente, cuando mete una tarta en el horno para calentarla para la cena, la saca y se la come cuando se calienta, en vez de dejar que se queme. Pero ésa no parece ser tu manera de ser, evidentemente".

Los dolores de cabeza siempre dejaban a Marilla algo sarcástica.

"Oh, lo siento mucho", dijo Ana arrepentida. "Nunca pensé en ese pastel desde el momento en que lo metí en el horno hasta ahora, aunque sentí instintivamente que faltaba algo en la mesa. Estaba firmemente resuelta, cuando me dejaste a cargo esta mañana, a no imaginar nada, sino mantener mis pensamientos en los hechos. Lo hice bastante bien hasta que puse la tarta, y entonces me asaltó la irresistible tentación de imaginar que era una princesa encantada encerrada en una torre solitaria con un apuesto caballero que cabalgaba a rescatarme en un corcel negro como el carbón. Así fue como me olvidé de la tarta. No sabía que había almidonado los pañuelos. Todo el tiempo que estuve planchando intentaba pensar en un nombre para la nueva isla que Diana y yo hemos descubierto en el arroyo. Es el lugar más encantador, Marilla. Tiene dos arcos y el arroyo fluye a su alrededor. Al final se me ocurrió que sería espléndido llamarla Isla Victoria porque la encontramos el día del cumpleaños de la Reina. Tanto Diana como yo somos muy leales. Pero siento mucho lo de la tarta y los pañuelos. Quería ser extra buena hoy porque es un aniversario. ¿Recuerdas lo que pasó este día el año pasado, Marilla?"

"No, no se me ocurre nada especial."

"Oh, Marilla, fue el día que vine a Tejas Verdes. Nunca lo olvidaré. Fue el punto de inflexión en mi vida. Claro que a ti no te parece tan importante. He estado aquí por un año y he sido tan feliz. Por supuesto, he tenido mis problemas, pero uno puede vivir sin problemas. ¿Lamentas haberme retenido, Marilla?"

"No, no puedo decir que lo sienta", dijo Marilla, que a veces se preguntaba cómo podía haber vivido antes de que Ana llegara a Tejas Verdes, "no, no lo siento exactamente. Si has terminado tus lecciones, Ana, quiero que vayas corriendo a preguntarle a la señora Barry si me presta el patrón del delantal de Diana."

"Oh-está-está demasiado oscuro", gritó Ana.

"¿Demasiado oscuro? Sólo es el crepúsculo. Y Dios sabe que ya has ido muchas veces al anochecer".

"Iré por la mañana temprano", dijo Ana con entusiasmo. "Me levantaré al amanecer e iré, Marilla".

"¿Qué se te ha metido ahora en la cabeza, Ana Shirley? Quiero ese patrón para cortar tu delantal nuevo esta tarde. Ve enseguida y espabila también".

"Tendré que ir por el camino, entonces", dijo Ana, cogiendo el sombrero de mala gana.

"¡Ir por el camino y perder media hora! Me gustaría alcanzarte!"

"No puedo atravesar el Bosque Embrujado, Marilla", gritó Ana desesperada.

Marilla se quedó mirando.

"¡El Bosque Embrujado! ¿Estás loca? ¿Qué es bajo el dosel el Bosque Embrujado?"

"El bosque de abetos que hay sobre el arroyo", dijo Ana en un susurro.

"¡Tonterías! El bosque encantado no existe en ninguna parte. ¿Quién te ha contado esas cosas?"

"Nadie", confesó Ana. "Diana y yo nos imaginamos que el bosque estaba encantado. Todos los lugares de por aquí son muy comunes. Sólo lo inven-

tamos para divertirnos. Lo empezamos en abril. Un bosque encantado es muy romántico, Marilla. Elegimos el bosque de abetos porque es muy sombrío. Oh, hemos imaginado las cosas más horripilantes. Hay una dama blanca que camina a lo largo del arroyo a esta hora de la noche y se retuerce las manos y lanza lamentos. Aparece cuando va a haber una muerte en la familia. Y el fantasma de un niño asesinado ronda la esquina de Idlewild; se arrastra detrás de ti y pone sus fríos dedos en tu mano. Oh, Marilla, me da escalofríos pensar en ello. Y hay un hombre sin cabeza acechando por el sendero y esqueletos que te miran entre las ramas. Oh, Marilla, yo no atravesaría el Bosque Embrujado de noche por nada del mundo. Estaría segura de que cosas blancas saldrían de detrás de los árboles y me agarrarían".

"Nadie ha oído jamás algo semejante!", exclamó Marilla, que había escuchado con mudo asombro. "Ana Shirley, ¿quieres decirme que crees todas esas perversas tonterías de tu propia imaginación?"

"No creer exactamente", vaciló Ana. "Al menos, no lo creo a la luz del día. Pero al anochecer, Marilla, es diferente. Es cuando los fantasmas caminan".

"Los fantasmas no existen, Ana".

"Oh, pero los hay, Marilla," gritó Ana ansiosamente. "Conozco gente que los ha visto. Y es gente respetable. Charlie Sloane dice que su abuela vio a su abuelo llevando las vacas a casa una noche después de haber estado enterrado durante un año. Sabes que la abuela de Charlie Sloane no contaría una historia por nada. Es una mujer muy religiosa. Y el padre de la Sra. Thomas fue perseguido a casa una noche por un cordero de fuego con la cabeza cortada colgando de una tira de piel. Dijo que sabía que era el espíritu de su hermano y que era una advertencia de que moriría en nueve días. No lo hizo, pero murió dos años después, así que ya ves que era realmente cierto. Y Ruby Gillis dice..."

"Ana Shirley -interrumpió Marilla con firmeza-, no quiero volver a oírte hablar de esa manera. Desde el principio he tenido mis dudas acerca de esa imaginación tuya, y si éste va a ser el resultado de ello, no voy a consentir que hagas semejante cosa. Irás directamente a Barry's, y atravesarás ese bosque de abetos, como lección y advertencia para ti. Y no vuelvas a decirme una palabra sobre bosques encantados".

Ana podía suplicar y llorar cuanto quisiera, y así lo hizo, pues su terror era muy real. Su imaginación se le había ido de las manos y, al caer la noche, sentía un miedo mortal por el bosque de abetos. Pero Marilla era inexorable. Llevó a la encogida buscadora de fantasmas hasta el manantial y le ordenó que pasara directamente por el puente y se adentrara en los oscuros refugios de las damas que lloraban y los espectros sin cabeza que había más allá.

"Oh, Marilla, ¿cómo puedes ser tan cruel?", sollozó Ana. "¿Qué sentirías si una cosa blanca me arrebatara y me llevara?"

"Me arriesgaré", dijo Marilla insensiblemente. "Sabes que siempre pienso lo que digo. Te curaré de imaginar fantasmas en los sitios. Marchad, ahora".

Ana marchó. Es decir, tropezó con el puente y subió temblando por el horrible sendero que había más allá. Ana nunca olvidó aquel paseo. Se arrepintió amargamente de la licencia que había dado a su imaginación. Los duendes de su fantasía acechaban en cada sombra a su alrededor, extendiendo sus manos frías y descarnadas para agarrar a la aterrorizada niña que los había creado. Una franja blanca de corteza de abedul que salía de la hondonada sobre el suelo marrón del bosquecillo hizo que su corazón se detuviera. El gemido prolongado de dos ramas viejas que se frotaban una contra otra hizo que el sudor de su frente se convirtiera en gotas. El vuelo de los murciélagos en la oscuridad sobre ella era como las alas de criaturas sobrenaturales. Cuando llegó al campo del señor William Bell, huyó a través de él como si la persiguiera un ejército de cosas blancas, y llegó a la puerta de la cocina de Barry tan sin aliento que apenas pudo jadear su petición del patrón del delantal. Diana estaba de viaje, así que no tenía excusa para demorarse. Había que afrontar el terrible viaje de regreso. Ana lo recorrió con los ojos cerrados, prefiriendo correr el riesgo de volarse los sesos entre las ramas que el de ver una cosa blanca. Cuando por fin tropezó con el puente de troncos, dio un largo suspiro de alivio.

"Bueno, ¿así que no te atrapó nada?", dijo Marilla sin compasión.

"Oh, Mar-Marilla", parloteó Ana, "me c-c-c-contentaré con lugares c-c-comunes después de esto".

CAPÍTULO XXI: UNA NUEVA PARTIDA EN SABORES

"Querida mía, en este mundo no hay más que encuentros y despedidas, como dice la señora Lynde", comentó Ana lastimeramente, dejando la pizarra y los libros sobre la mesa de la cocina el último día de junio y enjugándose los ojos enrojecidos con un pañuelo muy húmedo. "¿No fue una suerte, Marilla, que hoy llevara a la escuela un pañuelo de más? Tenía el presentimiento de que lo necesitaría".

"Nunca pensé que le tuvieras tanto cariño al señor Phillips como para necesitar dos pañuelos para secarte las lágrimas sólo porque se iba", dijo Marilla.

"No creo que llorara porque realmente le tuviera tanto cariño", reflexionó Ana. "Sólo lloraba porque todas las demás lo hacían. Fue Ruby Gillis quien empezó. Ruby Gillis siempre ha declarado que odiaba al señor Phillips, pero en cuanto él se levantó para pronunciar su discurso de despedida, ella rompió a llorar. Entonces todas las chicas empezaron a llorar, una tras otra. Intenté aguantar, Marilla. Intenté recordar la vez que el señor Phillips me obligó a sentarme con Gil... con un chico; y la vez que deletreó mi nombre sin e en la pizarra; y cómo dijo que yo era la peor zopenca que había visto en geometría y se rió de mi ortografía; y todas las veces que había sido tan horrible y sarcástico; pero de algún modo no pude, Marilla, y tuve que llorar también. Jane Andrews ha estado hablando durante un mes de lo contenta que estaría cuando el señor Phillips se fuera y declaró que nunca derramaría una lágrima. Bueno, ella estaba peor que cualquiera de nosotras y

tuvo que pedirle prestado un pañuelo a su hermano -por supuesto los chicos no lloraron- porque no había traído uno propio, no esperaba necesitarlo. Oh, Marilla, fue desgarrador. El Sr. Phillips pronunció un hermoso discurso de despedida que comenzaba así: "Ha llegado el momento de separarnos". Fue muy conmovedor. Y también tenía lágrimas en los ojos, Marilla. Oh, me sentí terriblemente apenada y arrepentida por todas las veces que había hablado en la escuela y hecho dibujos de él en mi pizarra y me había burlado de él y de Prissy. Puedo decirte que deseaba haber sido una alumna modelo como Minnie Andrews. Ella no tenía nada en su conciencia. Las niñas lloraron todo el camino a casa desde la escuela. Carrie Sloane no paraba de decir cada pocos minutos: "Ha llegado el momento de separarnos", y eso nos ponía en marcha de nuevo cada vez que estábamos en peligro de animarnos. Me siento terriblemente triste, Marilla. Pero uno no puede sentirse en lo más profundo de la desesperación con dos meses de vacaciones por delante, ¿verdad, Marilla? Y además, nos encontramos con el nuevo ministro y su esposa viniendo de la estación. A pesar de lo mal que me sentía por la marcha del Sr. Phillips, no podía evitar interesarme un poco por el nuevo ministro, ¿verdad? Su esposa es muy bonita. No exactamente encantadora como una reina, por supuesto; supongo que no sería bueno que un ministro tuviera una esposa encantadora como una reina, porque podría ser un mal ejemplo. La señora Lynde dice que la esposa del ministro de Newbridge da muy mal ejemplo porque viste muy a la moda. La esposa de nuestro nuevo pastor iba vestida de muselina azul con unas preciosas mangas abullonadas y un sombrero adornado con rosas. Jane Andrews dijo que las mangas abullonadas le parecían demasiado mundanas para la esposa de un ministro, pero yo no hice ningún comentario tan poco caritativo, Marilla, porque sé lo que es anhelar las mangas abullonadas. Además, sólo ha sido la esposa de un pastor durante poco tiempo, así que hay que hacer concesiones, ¿no? Van a alojarse con la señora Lynde hasta que la mansión esté lista".

Si Marilla, al ir a casa de la señora Lynde aquella tarde, estaba movida por algún motivo que no fuera su declarada intención de devolver los bastidores que le habían prestado el invierno anterior, se trataba de una amable debilidad compartida por la mayoría de los habitantes de Avonlea. Muchas cosas que la señora Lynde había prestado, a veces sin esperar volver a verlas, volvían a casa aquella noche a cargo de sus prestatarias. Un nuevo ministro, y además un ministro con esposa, era un legítimo objeto de curiosi-

dad en un pequeño y tranquilo asentamiento rural donde las sensaciones eran escasas y distantes entre sí.

El viejo señor Bentley, el ministro a quien Ana había encontrado falto de imaginación, había sido pastor de Avonlea durante dieciocho años. Era viudo cuando llegó, y viudo siguió siendo, a pesar de que las habladoras lo casaban regularmente con ésta, con aquélla o con la otra, cada año de su estancia. En el mes de febrero anterior había renunciado a su cargo y se había marchado en medio del pesar de su gente, la mayoría de la cual sentía por su buen pastor el afecto nacido de una larga relación, a pesar de sus defectos como orador. Desde entonces, la iglesia de Avonlea había disfrutado de una variedad de disipación religiosa al escuchar a los muchos y diversos candidatos y "suplentes" que venían domingo tras domingo a predicar a prueba. Pero cierta muchacha pequeña y pelirroja que se sentaba mansamente en un rincón del viejo banco de Cuthbert también tenía sus opiniones sobre ellos y las discutía a fondo con Matthew, aunque Marilla siempre se negaba por principio a criticar a los ministros de cualquier forma o manera.

"No creo que el Sr. Smith lo hubiera hecho, Matthew", fue el resumen final de Ana. "La Sra. Lynde dice que su discurso era muy pobre, pero yo creo que su peor defecto era igual que el del Sr. Bentley: no tenía imaginación. Y el señor Terry tenía demasiada; se dejó llevar por ella igual que yo hice con la mía en el asunto del Bosque Embrujado. Además, la Sra. Lynde dice que su teología no era sólida. El Sr. Gresham era un hombre muy bueno y muy religioso, pero contaba demasiadas historias divertidas y hacía reír a la gente en la iglesia; era indigno, y hay que tener cierta dignidad con un ministro, ¿no es así, Matthew? Yo pensaba que el señor Marshall era decididamente atractivo; pero la señora Lynde dice que no está casado, ni siquiera comprometido, porque hizo averiguaciones especiales sobre él, y dice que nunca sería bueno tener un ministro joven soltero en Avonlea, porque podría casarse en la congregación y eso crearía problemas. La Sra. Lynde es una mujer muy previsoras, ¿verdad, Matthew? Me alegro mucho de que hayan llamado al Sr. Allan. Me gustaba porque su sermón era interesante y rezaba como si lo dijera en serio y no sólo como si lo hiciera porque tenía la costumbre de hacerlo. La señora Lynde dice que no es perfecto, pero supone que no podemos esperar un ministro perfecto por setecientos cincuenta dólares al año, y de todos modos su teología es sólida porque le ha interrogado a fondo sobre todos los puntos de doctrina. Y ella conoce a

la gente de su esposa y son muy respetables y las mujeres son todas buenas amas de casa. La Sra. Lynde dice que la sana doctrina en el hombre y la buena ama de casa en la mujer forman una combinación ideal para la familia de un ministro".

El nuevo pastor y su esposa eran una pareja joven, de rostro agradable, todavía en su luna de miel, y llenos de todo el entusiasmo bueno y hermoso por la obra de su vida que habían elegido. Avonlea les abrió su corazón desde el principio. El joven franco y alegre, con sus elevados ideales, y la brillante y gentil señorita que asumió la dirección de la mansión gustaron a jóvenes y mayores. Ana se enamoró rápidamente y de todo corazón de la señora Allan. Había descubierto otro alma gemela.

"La señora Allan es encantadora", dijo un domingo por la tarde. "Nos ha dado clase y es una profesora espléndida. Enseguida dijo que no le parecía justo que la profesora hiciera todas las preguntas, y sabes, Marilla, eso es exactamente lo que yo siempre he pensado. Dijo que podíamos hacerle las preguntas que quisiéramos, y yo hice muchas. Se me da bien hacer preguntas, Marilla".

"Te creo", fue el enfático comentario de Marilla.

"Nadie más preguntó nada excepto Ruby Gillis, y ella preguntó si iba a haber un picnic de la escuela dominical este verano. No me pareció una pregunta muy apropiada porque no tenía nada que ver con la lección -la lección era sobre Daniel en el foso de los leones-, pero la señora Allan se limitó a sonreír y dijo que creía que lo habría. La señora Allan tiene una sonrisa encantadora; tiene unos hoyuelos exquisitos en las mejillas. Ojalá yo tuviera hoyuelos en las mejillas, Marilla. No estoy ni la mitad de flaca que cuando llegué aquí, pero aún no tengo hoyuelos. Si los tuviera tal vez podría influir en la gente para bien. La Sra. Allan dijo que siempre debemos tratar de influir en los demás para bien. Hablaba tan bien de todo. No sabía que la religión fuera algo tan alegre. Siempre pensé que era algo melancólica, pero la de la Sra. Allan no lo es, y me gustaría ser cristiana si pudiera ser una como ella. No me gustaría ser uno como el Sr. Superintendente Bell".

"Es muy travieso de tu parte hablar así del señor Bell", dijo Marilla severamente. "El señor Bell es un hombre muy bueno".

"Oh, claro que es bueno", convino Ana, "pero no parece que le sirva de consuelo. Si yo pudiera ser buena, bailarí y cantarí todo el día porque me alegrarí de ello. Supongo que la señora Allan es demasiado mayor para bailar y cantar y, por supuesto, no serí digno en la esposa de un ministro. Pero puedo sentir que se alegra de ser cristiana y que lo serí aunque pudiera llegar al cielo sin ello."

"Supongo que algún día tendremos que invitar al Sr. y a la Sra. Allan a tomar el té", dijo Marilla reflexivamente. "Han estado en casi todas partes menos aquí. Veamos. El próximo miércoles serí un buen momento para invitarlos. Pero no se lo digas ni una palabra a Matthew, porque si supiera que van a venir encontrarí alguna excusa para ausentarse ese día. Se había acostumbrado tanto al Sr. Bentley que no le importaba, pero le va a resultar difícil familiarizarse con un nuevo ministro, y la esposa de un nuevo ministro le darí un susto de muerte."

"Seré tan secreta como un muerto", aseguró Ana. "Pero, oh, Marilla, ¿me dejarás hacer un pastel para la ocasión? Me encantaría hacer algo para la señora Allan, y ya sabes que a estas alturas sé hacer una tarta bastante buena."

"Puedes hacer una tarta de capas", prometió Marilla.

El lunes y el martes hubo grandes preparativos en Tejas Verdes. Invitar al ministro y a su esposa a tomar el té era una empresa seria e importante, y Marilla estaba decidida a no dejarse eclipsar por ninguna de las amas de casa de Avonlea. Ana estaba entusiasmada y encantada. Habló de todo ello con Diana el martes por la noche, en el crepúsculo, mientras estaban sentadas sobre las grandes piedras rojas junto a la Burbuja de la dríade y hacían arco iris en el agua con ramitas mojadas en bálsamo de abeto.

"Todo está listo, Diana, excepto el pastel que haré por la mañana y las galletas que Marilla preparará antes de la merienda. Te aseguro, Diana, que Marilla y yo hemos tenido dos días muy ocupados. Es una gran responsabilidad tener a la familia de un ministro a tomar el té. Nunca había pasado por una experiencia así. Deberías ver nuestra despensa. Es un espectáculo para la vista. Vamos a tener pollo en gelatina y lengua fría. Vamos a tener dos tipos de gelatina, roja y amarilla, y nata montada y tarta de limón, y tarta de cerezas, y tres tipos de galletas, y tarta de frutas, y las famosas conservas de ciruelas amarillas de Marilla que guarda especialmente para los ministros, y

bizcocho y tarta de capas, y galletas como las mencionadas; y pan nuevo y pan viejo, en caso de que el ministro sea dispéptico y no pueda comer pan nuevo. La señora Lynde dice que la mayoría de los ministros son dispépticos, pero no creo que el señor Allan haya sido ministro el tiempo suficiente como para que le haya sentado mal. Me enfrió cuando pienso en mi pastel de capas. ¡Oh, Diana, y si no estuviera bueno! Anoche soñé que me perseguía por todas partes un temible duende con un gran pastel de capas por cabeza".

"Será bueno, sin duda", aseguró Diana, que era una amiga muy cómoda. "Estoy segura de que el trozo de la que hiciste que comimos en Idlewild hace dos semanas era perfectamente elegante".

"Sí; pero los pasteles tienen la terrible costumbre de salir malos justo cuando uno quiere especialmente que salgan buenos", suspiró Ana, poniendo a flote una ramita particularmente bien balsámica. "Sin embargo, supongo que tendré que confiar en la Providencia y tener cuidado al poner la harina. Oh, mira, Diana, ¡qué arco iris tan bonito! ¿Crees que la dríade saldrá cuando nos vayamos y se lo llevará como pañuelo?".

"Ya sabes que las dríades no existen", dijo Diana. La madre de Diana se había enterado de lo del Bosque Embrujado y se había enfadado mucho por ello. Como consecuencia, Diana se había abstenido de cualquier otro vuelo imitativo de la imaginación y no consideraba prudente cultivar un espíritu de creencia ni siquiera en las inofensivas dríadas.

"Pero es tan fácil imaginar que las hay", dijo Ana. "Todas las noches, antes de acostarme, miro por la ventana y me pregunto si la dríade estará realmente sentada aquí, peinando sus mechones con el resorte de un espejo. A veces busco sus huellas en el rocío de la mañana. Diana, no renuncies a tu fe en la dríade".

Llegó la mañana del miércoles. Ana se levantó al amanecer porque estaba demasiado excitada para dormir. Había cogido un fuerte resfriado en la cabeza a causa de sus chapuzones en la fuente la tarde anterior; pero nada que no fuese una absoluta pulmonía habría podido apagar aquella mañana su interés por los asuntos culinarios. Después de desayunar, se puso a preparar la tarta. Cuando por fin cerró la puerta del horno, dio un largo suspiro.

"Estoy segura de que esta vez no me he olvidado de nada, Marilla. ¿Pero crees que subirá? Supongamos que el polvo de hornear no es bueno. Lo usé de la lata nueva. Y la Sra. Lynde dice que nunca se puede estar segura de conseguir un buen polvo de hornear hoy en día cuando todo está tan adulterado. La Sra. Lynde dice que el gobierno debería ocuparse del asunto, pero dice que nunca veremos el día en que un gobierno conservador lo haga. Marilla, ¿y si ese pastel no sube?"

"Tendremos suficiente sin ella", fue la forma poco apasionada de Marilla de ver el asunto.

Sin embargo, el pastel subió y salió del horno tan ligero y esponjoso como una espuma dorada. Ana, enrojecida de alegría, lo aplaudió con capas de gelatina rubí y, en su imaginación, vio a la señora Allan comiéndoselo y posiblemente pidiendo otro trozo.

"Usarás el mejor juego de té, por supuesto, Marilla", dijo. "¿Puedo arreglar la mesa con helechos y rosas silvestres?"

"Creo que todo eso son tonterías", resopló Marilla. "En mi opinión, lo que importa es lo que se come y no los adornos extravagantes".

"La señora Barry hizo decorar su mesa -dijo Ana, que no era del todo inocente de la sabiduría de la serpiente-, y el ministro le hizo un elegante cumplido. Dijo que era un festín tanto para la vista como para el paladar".

"Bueno, haz lo que quieras", dijo Marilla, que estaba completamente decidida a no ser superada ni por la señora Barry ni por nadie. "Sólo ten cuidado de dejar espacio suficiente para la vajilla y la comida".

Ana se dispuso a decorar de un modo y manera que no dejase a la señora Barry en ningún sitio. Como tenía abundancia de rosas y helechos y un gusto muy artístico, hizo de aquella mesa de té algo tan bello que, cuando el ministro y su esposa se sentaron a ella, exclamaron a coro por su hermosura.

"Es obra de Ana", dijo Marilla, con un adusto gesto de justicia; y Ana sintió que la sonrisa de aprobación de la señora Allan era casi demasiada felicidad para este mundo.

Matthew estaba allí, pues sólo la bondad y Ana sabían cómo lo habían inducido a participar en la fiesta. Se hallaba en tal estado de timidez y ner-

viosismo que Marilla lo había abandonado desesperada, pero Ana lo tomó en sus manos con tanto éxito que ahora se sentaba a la mesa con sus mejores ropas y su cuello blanco y conversaba con el ministro no sin interés. Nunca le dirigió la palabra a la señora Allan, pero tal vez no era de esperar.

Todo transcurrió alegremente hasta que se sirvió la tarta de Ana. La señora Allan, que ya se había servido una variedad desconcertante, la rechazó. Pero Marilla, viendo la decepción en el rostro de Ana, dijo sonriendo:

"Tiene que tomar un trozo, señora Allan. Ana lo hizo a propósito para usted".

"En ese caso, debo probarlo", rió la señora Allan, sirviéndose un rollizo triángulo, al igual que el ministro y Marilla.

La señora Allan tomó un bocado y una expresión muy peculiar cruzó su rostro; sin embargo, no dijo ni una palabra, sino que siguió comiendo. Marilla vio la expresión y se apresuró a probar el pastel.

"¡Ana Shirley!", exclamó, "¿qué diablos has puesto en ese pastel?".

"Nada más que lo que decía la receta, Marilla", gritó Ana con una expresión de angustia. "Oh, ¿no está bien?".

"¡Está bien! Es sencillamente horrible. Sra. Allan, no intente comerlo. Ana, pruébalo tú misma. ¿Qué condimento has utilizado?"

"Vainilla", dijo Ana, con la cara escarlata de mortificación después de probar el pastel. "Sólo vainilla. Oh, Marilla, debe haber sido el polvo de hornear. Tenía mis sospechas de ese..."

¡"Polvo de hornear"! Ve y tráeme la botella de vainilla que usaste".

Ana huyó a la despensa y volvió con una botellita parcialmente llena de un líquido marrón y etiquetada amarillentamente: "Mejor vainilla".

Marilla lo cogió, lo destapó y lo olió.

"Piedad, Ana, has aromatizado ese pastel con linimento anodino. Rompí la botella de linimento la semana pasada y vertí lo que quedaba en una vieja botella vacía de vainilla. Supongo que en parte es culpa mía -debería haberte avisado-, pero, por piedad, ¿por qué no pudiste olerlo?".

Ana se deshizo en lágrimas ante esta doble desgracia.

"No pude... ¡tenía un resfriado tremendo!" Y con estas palabras huyó a la habitación del frontón, donde se echó en la cama y lloró como quien se niega a ser consolada.

De pronto se oyó un paso ligero en la escalera y alguien entró en la habitación.

"Oh, Marilla", sollozó Ana sin levantar la vista, "estoy deshonrada para siempre. Nunca podré olvidar esto. Se sabrá, las cosas siempre se saben en Avonlea. Diana me preguntará cómo me quedó el pastel y tendré que decirle la verdad. Siempre me señalarán como la chica que aromatizó un pastel con linimento anodino. Gil, los chicos de la escuela nunca dejarán de reírse de ello. Oh, Marilla, si tienes una chispa de piedad cristiana no me digas que debo bajar a lavar los platos después de esto. Los lavaré cuando el ministro y su esposa se hayan ido, pero no puedo volver a mirar a la Sra. Allan a la cara. Tal vez piense que traté de envenenarla. La Sra. Lynde dice que conoce a una huérfana que intentó envenenar a su benefactora. Pero el linimento no es venenoso. Está hecho para ser tomado internamente, aunque no en pasteles. ¿No se lo dirás a la Sra. Allan, Marilla?"

"Supongamos que saltas y se lo dices tú misma", dijo una voz alegre.

Ana se levantó de un salto, para encontrar a la señora Allan de pie junto a su cama, observándola con ojos risueños.

"Mi querida niña, no debes llorar así", dijo, realmente turbada por el rostro trágico de Ana. "Vaya, es sólo un error gracioso que cualquiera puede cometer".

"Oh, no, yo tengo que cometer ese error", dijo Ana con desaliento. "Y yo que quería tener ese pastel tan bonito para usted, señora Allan."

"Sí, lo sé, querida. Y te aseguro que aprecio tu amabilidad y consideración tanto como si hubiera salido bien. Ahora, no llores más, baja conmigo y enséñame tu jardín de flores. La Srta. Cuthbert me ha dicho que tienes una parcelita para ti sola. Quiero verlo, porque me interesan mucho las flores".

Ana se dejó llevar y consolar, pensando que era realmente providencial que la señora Allan fuese un alma gemela. No se habló más de la tarta de linimento, y cuando los invitados se marcharon, Ana se dio cuenta de que había disfrutado de la velada más de lo que cabía esperar, teniendo en cuenta aquel terrible incidente. Sin embargo, suspiró profundamente.

"Marilla, ¿no es agradable pensar que mañana será un nuevo día sin errores todavía?".

"Te aseguro que cometerás muchos", dijo Marilla. "Nunca he visto tu ritmo para cometer errores, Ana".

"Sí, y bien que lo sé", admitió Ana con tristeza. "Pero ¿has notado alguna vez una cosa alentadora en mí, Marilla? Nunca cometo el mismo error dos veces".

"No sé si eso es muy beneficioso cuando siempre estás cometiendo nuevos".

"Oh, ¿no lo ves, Marilla? Debe haber un límite para los errores que una persona puede cometer, y cuando llegue al final de ellos, entonces habré terminado con ellos. Es un pensamiento muy reconfortante".

"Bueno, será mejor que vayas y les des ese pastel a los cerdos", dijo Marilla. "No es apto para que lo coma ningún humano, ni siquiera Jerry Buote".

CAPÍTULO XXII: ANA INVITADA A TOMAR EL TÉ

"¿Y ahora por qué se te salen los ojos de las órbitas?", preguntó Marilla, cuando Ana acababa de llegar de una carrera a la oficina de correos. "¿Has descubierto otro alma gemela?".

La emoción envolvía a Ana como una prenda, brillaba en sus ojos, se encendía en cada uno de sus rasgos. Había llegado bailando por el sendero, como un duendecillo arrastrado por el viento, a través del suave sol y las perezosas sombras de la tarde de agosto.

"No, Marilla, pero ¿qué te parece? Estoy invitada a tomar el té en la mansión mañana por la tarde. La Sra. Allan dejó la carta para mí en la oficina de correos. Mírala, Marilla. "Srta. Ana Shirley, Tejas Verdes". Es la primera vez que me llaman "señorita". ¡Qué emoción me dio! Lo guardaré para siempre entre mis tesoros más preciados".

"La señora Allan me dijo que tenía la intención de invitar a todos los miembros de su clase de la escuela dominical a tomar el té por turnos", dijo Marilla, contemplando el maravilloso acontecimiento con mucha frialdad. "No hace falta que te pongas así. Aprende a tomarte las cosas con calma, niña".

Para Ana, tomarse las cosas con calma habría sido cambiar su naturaleza. Todo "espíritu, fuego y rocío", como era ella, los placeres y las penas de la vida le llegaban con una intensidad triplicada. Marilla sintió esto y se sintió vagamente preocupada por ello, dándose cuenta de que los altibajos de la

existencia probablemente apenas soportarían a esta alma impulsiva y no comprendiendo suficientemente que la capacidad igualmente grande para el deleite podría compensarlo con creces. Por lo tanto, Marilla creyó su deber educar a Ana en una tranquila uniformidad de disposición, tan imposible y ajena a ella como a un rayo de sol danzante en uno de los bajíos del arroyo. No avanzó mucho, como ella misma admitió con tristeza. La caída de alguna esperanza o plan querido sumía a Ana en "profundas aflicciones". Su realización la exaltaba a vertiginosos reinos de deleite. Marilla casi había empezado a desesperar de que pudiera convertir a aquella niña abandonada en su modelo de modales recatados y conducta refinada. Tampoco creía que Ana le gustase mucho más tal como era.

Aquella noche Ana se acostó muda de tristeza, porque Mateo había dicho que el viento soplaba del nordeste y temía que mañana lloviese. El susurro de las hojas de los álamos en torno a la casa la preocupaba, pues sonaba como el repiqueteo de las gotas de lluvia, y el sordo y lejano rugido del golfo, que otras veces escuchaba encantada, amando su ritmo extraño, sonoro e inquietante, ahora parecía una profecía de tormenta y desastre para una pequeña doncella que deseaba especialmente un buen día. Ana pensó que la mañana no llegaría nunca.

Pero todas las cosas tienen un final, incluso las noches anteriores al día en que te invitan a tomar el té en la mansión. La mañana, a pesar de las predicciones de Matthew, fue espléndida y el ánimo de Ana alcanzó su punto culminante.

"Oh, Marilla, hoy hay algo en mí que me hace querer a todos los que veo", exclamó mientras fregaba los platos del desayuno. "¿No sabes lo bien que me siento! ¿No sería estupendo que durara? Creo que podría ser una niña modelo si me invitaran a tomar el té todos los días. Pero, Marilla, también es una ocasión solemne. Me siento tan ansiosa. ¿Y si no me porto bien? Sabes que nunca antes había tomado el té en una mansión y no estoy segura de conocer todas las reglas de etiqueta, aunque he estado estudiando las reglas que se dan en el Departamento de Etiqueta del Herald de la Familia desde que llegué aquí. Tengo tanto miedo de hacer alguna tontería o de olvidarme de hacer algo que debería hacer. ¿Sería de buena educación tomar una segunda ración de algo si te apetece mucho?"

"El problema contigo, Ana, es que piensas demasiado en ti misma. Deberías pensar en la señora Allan y en lo que sería más agradable y placentero para ella", dijo Marilla, acertando por una vez en su vida con un consejo muy acertado y conciso. Ana se dio cuenta al instante.

"Tienes razón, Marilla. Procuraré no pensar en mí".

Evidentemente, Ana pasó la visita sin faltar gravemente a la "etiqueta", pues regresó a casa en el crepúsculo, bajo un gran cielo de nubes rosadas y azafrán, en un estado de ánimo beatífico, y se lo contó todo a Marilla, sentada en la gran losa de arenisca roja, junto a la puerta de la cocina, con la cabeza rizada y cansada en el regazo de guinga de Marilla.

Un viento fresco soplaba sobre los largos campos de cosecha desde los bordes de las firmes colinas occidentales y silbaba entre los álamos. Una estrella clara se cernía sobre el huerto y las luciérnagas revoloteaban por Lovers' Lane, entrando y saliendo entre los helechos y las ramas crujiendo. Ana las miraba mientras hablaba, y de algún modo sintió que el viento, las estrellas y las luciérnagas se entrelazaban en algo indeciblemente dulce y encantador.

"Marilla, he pasado unos días fascinantes. Siento que no he vivido en vano y siempre me sentiré así, aunque nunca me vuelvan a invitar a tomar el té en una mansión. Cuando llegué, la señora Allan me recibió en la puerta. Iba vestida con el vestido más dulce de organdí rosa pálido, con docenas de volantes y mangas al codo, y parecía un serafín. Creo que de mayor me gustaría ser la esposa de un pastor, Marilla. A un pastor no le importaría que fuera pelirroja porque no pensaría en cosas tan mundanas. Pero entonces, por supuesto, una tendría que ser buena por naturaleza y yo nunca lo seré, así que supongo que es inútil pensar en ello. Algunas personas son naturalmente buenas, ya sabes, y otras no. Yo soy una de las otras. La Sra. Lynde dice que estoy llena del pecado original. Por mucho que me esfuerce en ser buena, nunca podré conseguirlo tanto como los que son buenos por naturaleza. Es como la geometría, supongo. ¿Pero no crees que el esforzarse tanto debería contar para algo? La Sra. Allan es una de las personas naturalmente buenas. La amo apasionadamente. Sabes que hay algunas personas, como Matthew y la Sra. Allan, a las que puedes amar sin problemas. Y hay otras, como la Sra. Lynde, que tienes que esforzarte mucho para amarlas. Sabes que debes amarlos porque saben mucho y son trabajadores muy activos en

la iglesia, pero tienes que recordártelo todo el tiempo o te olvidas. Había otra niña en la mansión tomando el té, de la escuela dominical de White Sands. Se llamaba Laretta Bradley y era una niña muy simpática. No era exactamente un alma gemela, pero era muy simpática. Tomamos un té elegante, y creo que cumplí bastante bien todas las reglas de etiqueta. Después del té, la Sra. Allan tocó y cantó, y nos hizo cantar a Laretta y a mí también. La señora Allan dice que tengo buena voz y que después de esto tengo que cantar en el coro de la escuela dominical. No sabes cómo me emocioné con sólo pensarlo. He deseado tanto cantar en el coro de la escuela dominical, como Diana, pero temía que fuera un honor al que nunca podría aspirar. Laretta ha tenido que volver pronto a casa porque esta noche hay un gran concierto en el hotel White Sands y su hermana tiene que recitar en él. Laretta dice que los americanos del hotel dan un concierto cada quince días a beneficio del hospital de Charlottetown, y piden a mucha gente de White Sands que recite. Laretta dijo que esperaba que algún día se lo pidieran a ella. Me quedé mirándola con asombro. Cuando se marchó, la señora Allan y yo tuvimos una charla íntima. Le conté todo, sobre la Sra. Thomas y los gemelos y Katie Maurice y Violetta y sobre venir a Tejas Verdes y mis problemas con la geometría. ¿Y puedes creerlo, Marilla? La Sra. Allan me dijo que ella también era una zopenca en geometría. No sabes cómo me animó eso. La Sra. Lynde vino a la mansión justo antes de que me fuera, ¿y qué te parece, Marilla? Los administradores han contratado a una nueva maestra y es una dama. Se llama Srta. Muriel Stacy. ¿No es un nombre romántico? La Sra. Lynde dice que nunca habían tenido una maestra en Avonlea y cree que es una innovación peligrosa. Pero yo creo que será espléndido tener una maestra, y la verdad es que no sé cómo voy a aguantar las dos semanas que faltan para que empiecen las clases, estoy tan impaciente por verla."

CAPÍTULO XXIII: ANA SUFRE EN UN ASUNTO DE HONOR

Ana tuvo que vivir más de dos semanas, tal como sucedió. Como había transcurrido casi un mes desde el episodio de la torta de linimento, ya era hora de que se metiera en un nuevo lío de algún tipo, sin que valieran la pena los pequeños errores, como vaciar distraídamente una cacerola de leche descremada en un cesto de ovillos de lana en la despensa, en lugar de echarla en el cubo de los cerdos, y caminar limpiamente por el borde del puente de troncos hacia el arroyo mientras estaba envuelta en un ensueño imaginativo.

Una semana después del té en la mansión, Diana Barry dio una fiesta.

"Pequeña y selecta", aseguró Ana a Marilla. "Sólo las chicas de nuestra clase".

Se divirtieron mucho y no ocurrió nada extraño hasta después del té, cuando se encontraron en el jardín de los Barry, un poco cansadas de todos sus juegos y listas para cualquier forma tentadora de travesura que pudiera presentarse. Esta tomó la forma de "atrevimiento".

El atrevimiento era la diversión de moda entre los pequeños de Avonlea. Había comenzado entre los muchachos, pero pronto se extendió a las muchachas, y todas las tonterías que se hicieron en Avonlea ese verano porque quienes las hicieron se "atrevieron" a hacerlas llenarían un libro por sí solas.

En primer lugar, Carrie Sloane retó a Ruby Gillis a trepar hasta cierto punto del enorme y viejo sauce que había ante la puerta principal; cosa que Ruby Gillis, aunque con un miedo mortal a las gordas orugas verdes de las que estaba infestado dicho árbol y con el temor de su madre ante sus ojos por si rompía su vestido nuevo de muselina, hizo ágilmente, para desconcierto de la susodicha Carrie Sloane.

Luego Josie Pye retó a Jane Andrews a dar saltos sobre su pierna izquierda alrededor del jardín sin detenerse una sola vez ni poner el pie derecho en el suelo; cosa que Jane Andrews intentó hacer denodadamente, pero se rindió en la tercera esquina y tuvo que confesarse derrotada.

Como el triunfo de Josie fue bastante más pronunciado de lo que el buen gusto permitía, Ana Shirley la desafió a caminar por la parte superior de la valla de tablas que delimitaba el jardín por el este. Ahora bien, para "caminar" por las vallas de tablas se requiere más destreza y firmeza de cabeza y talón de lo que podría suponer quien nunca lo haya intentado. Pero Josie Pye, si bien carecía de algunas cualidades que contribuyen a la popularidad, tenía al menos un don natural e innato, debidamente cultivado, para caminar por vallas de tablas. Josie recorrió la valla de Barry con una despreocupación aérea que parecía dar a entender que una cosita así no merecía un "reto". Su hazaña fue recibida con reticente admiración, pues la mayoría de las otras chicas sabían apreciarla, ya que ellas mismas habían sufrido muchas cosas en sus esfuerzos por caminar por las vallas. Josie bajó de su percha, sonrojada por la victoria, y lanzó una mirada desafiante a Ana.

Ana se revolvió las trenzas rojas.

"No creo que sea tan maravilloso saltar una pequeña valla de tablas", dijo. "Conocí a una chica en Marysville que podía caminar por la cumbrera de un tejado".

"No me lo creo", dijo Josie rotundamente. "No creo que nadie pueda caminar por una cumbrera. Tú no podrías, en cualquier caso".

"¿No podría?", gritó Ana precipitadamente.

"Entonces te reto a que lo hagas", dijo Josie desafiante. "Te reto a que subas y camines por la cumbrera del tejado de la cocina del señor Barry".

Ana se puso pálida, pero estaba claro que sólo había una cosa que hacer. Se dirigió hacia la casa, donde había una escalera apoyada en el tejado de la

cocina. Todas las chicas de quinto dijeron: "¡Oh!", en parte emocionadas, en parte consternadas.

"No lo hagas, Ana", suplicó Diana. "Te caerás y morirás. No te preocupes por Josie Pye. No es justo desafiar a nadie a hacer algo tan peligroso".

"Debo hacerlo. Mi honor está en juego", dijo Ana solemnemente. "Caminaré por esa cresta, Diana, o moriré en el intento. Si me matan, te quedas con mi anillo de perlas".

Ana subió la escalera en medio de un silencio sin aliento, Ana subió la escalera en medio de un silencio sin aliento, "se balanceó erguida sobre aquel precario equilibrio, y empezó a caminar por ella, mareada y consciente de que estaba incómodamente alta en el mundo y de que caminar por las crestas no era algo en lo que la imaginación te ayudara mucho. Sin embargo, consiguió dar varios pasos antes de que sobreviniera la catástrofe. Entonces se tambaleó, perdió el equilibrio, tropezó, se tambaleó y cayó, deslizándose sobre el tejado tostado por el sol y cayendo al vacío a través de la maraña de enredaderas de Virginia que había debajo, todo ello antes de que el consternado círculo de abajo pudiera lanzar un grito simultáneo y aterrorizado.

Si Ana hubiera caído del tejado por el lado por el que había subido, Diana probablemente habría caído en ese mismo instante, heredera del anillo de perlas. Afortunadamente cayó por el otro lado, donde el tejado se extendía sobre el porche tan cerca del suelo que una caída desde allí era algo mucho menos grave. Sin embargo, cuando Diana y las demás muchachas corrieron frenéticamente alrededor de la casa -excepto Ruby Gillis, que se quedó como clavada en el suelo y se puso histérica-, encontraron a Ana tendida, blanca y sin fuerzas, entre los restos y ruinas de la enredadera de Virginia.

"Ana, ¿estás muerta?", gritó Diana, arrodillándose junto a su amiga. "Oh, Ana, querida Ana, dime una sola palabra y dime si estás muerta".

Para inmenso alivio de todas las muchachas, y especialmente de Josie Pye, a quien, a pesar de su falta de imaginación, le habían asaltado horribles visiones de un futuro marcado como la muchacha causante de la temprana y trágica muerte de Ana Shirley, Ana se incorporó mareada y contestó insegura:

"No, Diana, no me han matado, pero creo que me han dejado inconsciente".

"¿Dónde?", sollozó Carrie Sloane. "¿Dónde, Ana?"

Antes de que Ana pudiera responder, la señora Barry apareció en escena. Al verla, Ana trató de ponerse en pie, pero volvió a hundirse con un agudo grito de dolor.

"¿Qué te pasa? ¿Dónde te has hecho daño?", preguntó la señora Barry.

"En el tobillo", jadeó Ana. "Diana, por favor, busca a tu padre y pídele que me lleve a casa. Sé que nunca podré ir andando. Y estoy segura de que no podría saltar tan lejos en un pie cuando Jane ni siquiera podía dar saltitos por el jardín."

Marilla estaba en el huerto recogiendo manzanas de verano cuando vio al señor Barry cruzando el puente de troncos y subiendo la cuesta, con la señora Barry a su lado y toda una procesión de niñas que le seguían. En sus brazos llevaba a Ana, cuya cabeza estaba apoyada en su hombro.

En aquel momento Marilla tuvo una revelación. En la repentina punzada de miedo que le atravesó el corazón, se dio cuenta de lo que Ana había llegado a significar para ella. Hubiera admitido que Ana le caía bien, es más, que la quería mucho. Pero ahora sabía, mientras bajaba a toda prisa por la pendiente, que Ana le era más querida que nada en la tierra.

"Señor Barry, ¿qué le ha ocurrido?", jadeó, más pálida y conmovida de lo que Marilla, segura de sí misma y sensata, había estado durante muchos años.

La propia Ana contestó, levantando la cabeza.

"No te asustes mucho, Marilla. Estaba caminando por la cresta y me caí. Creo que me he torcido el tobillo. Pero, Marilla, podría haberme roto el cuello. Miremos el lado bueno de las cosas".

"Podía haber sabido que irías a hacer algo por el estilo cuando te dejé ir a esa fiesta", dijo Marilla, cortante y arpía en su mismo desahogo. "Tráigala aquí, señor Barry, y acuéstela en el sofá. Dios mío, la niña se ha desmayado".

Era cierto. Abrumada por el dolor de la herida, Ana vio cumplido uno más de sus deseos. Se había desmayado.

Mateo, llamado apresuradamente desde el campo de la cosecha, fue enviado inmediatamente a buscar al médico, que llegó a su debido tiempo, para descubrir que la lesión era más grave de lo que habían supuesto. Ana tenía el tobillo roto.

Aquella noche, cuando Marilla subió al frontón este, donde yacía una muchacha de rostro blanco, una voz lastimera la saludó desde la cama.

"¿No lo sientes mucho por mí, Marilla?"

"Fue culpa tuya", dijo Marilla, bajando la persiana y encendiendo una lámpara.

"Y precisamente por eso deberías sentirlo por mí -dijo Ana-, porque la idea de que todo es culpa mía es lo que lo hace tan duro. Si pudiera echarle la culpa a alguien, me sentiría mucho mejor. Pero, ¿qué habrías hecho tú, Marilla, si te hubieran desafiado a caminar por un risco?"

"Me habría quedado en terreno firme y habría dejado que se atrevieran. Qué absurdo!", dijo Marilla.

Ana suspiró.

"Pero tú tienes tanta fortaleza de ánimo, Marilla. Yo no la tengo. Sólo sentí que no podría soportar el desprecio de Josie Pye. Ella habría cacareado sobre mí toda mi vida. Y creo que me han castigado tanto que no tienes por qué enfadarte conmigo, Marilla. No es nada agradable desmayarse, después de todo. Y el doctor me lastimó terriblemente cuando me arregló el tobillo. No podré andar por ahí durante seis o siete semanas y echaré de menos a la nueva maestra. Ya no será nueva cuando pueda ir a la escuela. Y Gil, todos me adelantarán en clase. Oh, soy un mortal afligido. Pero intentaré soportarlo con valentía si no te enfadas conmigo, Marilla".

"Ya, ya, no estoy enfadada", dijo Marilla. "Eres una niña desafortunada, de eso no hay duda; pero, como tú dices, tendrás que sufrir por ello. Toma, intenta cenar algo".

"¿No es una suerte que tenga tanta imaginación?", dijo Ana. "Me ayudará espléndidamente, espero. ¿Qué crees, Marilla, que hace la gente que no tiene imaginación cuando se rompe un hueso?"

Ana tuvo buenas razones para bendecir su imaginación muchas veces durante las tediosas siete semanas que siguieron. Pero no dependía sólo de ella. Recibía muchas visitas y no pasaba un día sin que una o más de las colegialas pasaran a llevarle flores y libros y a contarle todos los sucesos del mundo juvenil de Avonlea.

"Todo el mundo ha sido tan bueno y amable, Marilla", suspiró Ana feliz, el día en que pudo cojear por primera vez por el suelo. "No es muy agradable estar postrada; pero tiene su lado bueno, Marilla. Descubres cuántos amigos tienes. Incluso el superintendente Bell vino a verme, y es realmente un buen hombre. No es un alma gemela, por supuesto, pero me cae bien y lamento mucho haber criticado sus oraciones. Ahora creo que las dice en serio, sólo que se ha acostumbrado a decirlas como si no fuera así. Podría superarlo si se tomara un poco de molestia. Le di una buena pista. Le conté lo mucho que me esforzaba por hacer interesantes mis pequeñas oraciones privadas. Me contó todo sobre la vez que se rompió el tobillo cuando era niño. Parece tan extraño pensar que el superintendente Bell haya sido niño. Incluso mi imaginación tiene sus límites porque no puedo imaginarlo. Cuando intento imaginármelo de niño, lo veo con bigotes grises y gafas, igual que en la escuela dominical, sólo que pequeño. Ahora, es tan fácil imaginar a la Sra. Allan como una niña pequeña. La Sra. Allan ha venido a verme catorce veces. ¿No es algo de lo que estar orgullosa, Marilla? ¿Cuando la esposa de un ministro tiene tantas demandas de su tiempo! También es una persona tan alegre para que te visite. Nunca te dice que es culpa tuya y espera que seas una chica mejor por ello. La señora Lynde siempre me decía eso cuando venía a verme; y lo decía de una manera que me hacía sentir que tal vez esperaba que yo fuera una chica mejor, pero que en realidad no creía que lo fuera a ser. Incluso Josie Pye vino a verme. La recibí tan cortésmente como pude, porque creo que lamentaba haberme desafiado a caminar por una cresta. Si me hubieran matado habría tenido que llevar una oscura carga de remordimiento toda su vida. Diana ha sido una amiga fiel. Ha venido todos los días a alegrar mi solitaria almohada. Pero me alegraré mucho cuando pueda ir a la escuela, porque me han hablado muy bien de la nueva maestra. Todas las niñas piensan que es muy dulce. Diana dice que tiene el pelo rizado más bonito y unos ojos fascinantes. Viste muy bien y sus mangas son más grandes que las de cualquier otra niña de Avonlea. Cada dos viernes por la tarde tiene recitaciones y todo el mundo tiene que decir una pieza o participar en un diálogo. Oh, es simplemente glorioso pensar en

ello. Josie Pye dice que lo odia, pero eso es sólo porque Josie tiene muy poca imaginación. Diana y Ruby Gillis y Jane Andrews están preparando un diálogo, llamado "Una visita matutina", para el próximo viernes. Y los viernes por la tarde que no tienen recitaciones la señorita Stacy las lleva a todas al bosque para un día de 'campo' y estudian helechos y flores y pájaros. Y tienen ejercicios de cultura física cada mañana y cada tarde. La señora Lynde dice que nunca había oído hablar de semejantes cosas y que todo se debe a que tienen una maestra. Pero creo que debe ser espléndido y creo que descubriré que la señorita Stacy es un espíritu afín".

"Hay una cosa que salta a la vista, Ana", dijo Marilla, "y es que tu caída del tejado de Barry no te ha lastimado la lengua en absoluto."

CAPÍTULO XXIV: LA SEÑORITA STACY Y SUS ALUMNAS PREPARAN UN CONCIERTO

Era de nuevo octubre cuando Ana se dispuso a volver a la escuela; un octubre glorioso, todo rojo y dorado, con mañanas suaves en las que los valles se llenaban de delicadas nieblas, como si el espíritu del otoño las hubiera vertido para que el sol las drenara: amatista, perla, plata, rosa y azul humo. El rocío era tan intenso que los campos relucían como un paño de plata y había montones de hojas crujientes en los huecos de los bosques de muchos tallos por los que correr nítidamente. El sendero de los abedules era un dosel amarillo y los helechos estaban dorados y marrones a lo largo de todo él. Había en el aire un aroma que inspiraba los corazones de las pequeñas doncellas que, a diferencia de los caracoles, se dirigían a la escuela con rapidez y buena voluntad; y era alegre estar de nuevo en el pequeño pupitre marrón junto a Diana, con Ruby Gillis asintiendo al otro lado del pasillo y Carrie Sloane enviando notas y Julia Bell pasando un chicle desde el asiento trasero. Ana exhaló un largo suspiro de felicidad mientras sacaba punta al lápiz y ordenaba las tarjetas con dibujos en su escritorio. La vida era ciertamente muy interesante.

En la nueva profesora había encontrado otra amiga verdadera y servicial. La señorita Stacy era una joven brillante y simpática, con el feliz don de ga-

narse y mantener el afecto de sus alumnas y sacar lo mejor que había en ellas mental y moralmente. Ana crecía como una flor bajo esta saludable influencia y llevaba a casa, al admirador Matthew y a la crítica Marilla, brillantes relatos sobre el trabajo y los objetivos de la escuela.

"Amo a la señorita Stacy con todo mi corazón, Marilla. Es tan femenina y tiene una voz tan dulce. Cuando pronuncia mi nombre siento instintivamente que lo escribe con e. Esta tarde hemos recitado. Ojalá hubieras estado allí para oírme recitar "María, reina de Escocia". Puse toda mi alma en ello. Ruby Gillis me dijo al volver a casa que la forma en que dije la línea, 'Ahora por el brazo de mi padre, dijo, mi corazón de mujer adiós,' le heló la sangre."

"Bueno, podrías recitármelo un día de estos, en el granero", sugirió Matthew.

"Claro que sí", dijo Ana meditabunda, "pero no podré hacerlo tan bien, lo sé. No será tan emocionante como cuando tienes delante a toda una escuela pendiente de tus palabras. Sé que no podré helarles la sangre".

"La señora Lynde dice que se le heló la sangre al ver a los chicos trepando a las copas de esos grandes árboles de la colina de Bell en busca de nidos de cuervos el viernes pasado", dijo Marilla. "Me extraña que la señorita Stacy lo alentara".

"Pero queríamos un nido de cuervo para estudiar la naturaleza", explicó Ana. "Eso fue en nuestra tarde de campo. Las tardes de campo son espléndidas, Marilla. Y la señorita Stacy lo explica todo tan bien. Tenemos que escribir composiciones en nuestras tardes de campo y yo escribo las mejores."

"Es muy vanidoso de tu parte decirlo entonces. Mejor deja que lo diga tu maestra".

"Pero ella lo dijo, Marilla. Y de hecho no soy vanidosa. ¿Cómo podría serlo, si soy un zopenco en geometría? Aunque realmente estoy empezando a ver a través de ella un poco, también. La Srta. Stacy lo deja tan claro. Aun así, nunca se me dará bien y te aseguro que es una reflexión humillante. Pero me encanta escribir composiciones. La mayoría de las veces, la señorita Stacy nos deja elegir nuestros propios temas; pero la semana que viene tenemos que escribir una composición sobre alguna persona notable. Es di-

fácil elegir entre tantas personas notables que han vivido. ¿No debe ser espléndido ser notable y tener composiciones escritas sobre ti después de muerto? Oh, me encantaría ser notable. Creo que de mayor seré enfermera e iré con la Cruz Roja al campo de batalla como mensajera de la misericordia. Eso si no salgo como misionera al extranjero. Eso sería muy romántico, pero habría que ser muy buena para ser misionera, y eso sería un escollo. También tenemos ejercicios de cultura física todos los días. Te hacen grácil y promueven la digestión".

"¡Promueven la digestión!", dijo Marilla, que sinceramente pensaba que todo aquello eran tonterías.

Pero todas las tardes de campo y los viernes de recitación y las contorsiones de la cultura física palidieron ante un proyecto que la señorita Stacy presentó en noviembre. Se trataba de que los alumnos de la escuela de Avonlea organizaran un concierto y lo celebraran en el salón la noche de Navidad, con el loable propósito de ayudar a pagar la bandera de la escuela. Todos y cada uno de los alumnos aceptaron amablemente este plan, y los preparativos del programa se iniciaron de inmediato. Y de todas las entusiasmadas artistas elegidas, ninguna lo estaba tanto como Ana Shirley, que se entregó en cuerpo y alma a la empresa, entorpecida como estaba por la desaprobación de Marilla. Marilla pensaba que todo era una tontería.

"No es más que llenaros la cabeza de tonterías y quitaros tiempo que deberíais dedicar a vuestras lecciones", refunfuñó. "No apruebo que los niños den conciertos y vayan corriendo a los entrenamientos. Los hace vanidosos, atrevidos y aficionados a las tonterías".

"Pero piensa en el digno objeto", suplicó Ana. "Una bandera cultivará el espíritu patriótico, Marilla".

"¡Caramba! Hay muy poco patriotismo en los pensamientos de cualquiera de ustedes. Todo lo que queréis es pasarlo bien".

"Bueno, cuando puedes combinar patriotismo y diversión, ¿no está bien? Claro que es muy agradable organizar un concierto. Tendremos seis coros y Diana cantará un solo. Yo estoy en dos diálogos: "La Sociedad para la Supresión de los Chismes" y "La Reina de las Hadas". Los chicos también tendrán un diálogo. Y yo tendré dos recitaciones, Marilla. Tiemblo cuando pienso en ello, pero es un tipo de temblor agradable. Y tendremos un cuadro

al final: "Fe, esperanza y caridad". Diana, Ruby y yo estaremos en él, todas vestidas de blanco y con el pelo suelto. Yo seré Esperanza, con las manos entrelazadas y los ojos levantados. Voy a practicar mis recitaciones en la buhardilla. No te alarmes si me oyes gemir. Tengo que gemir desgarradoramente en uno de ellos, y es realmente difícil conseguir un buen gemido artístico, Marilla. Josie Pye está enfurruñada porque no consiguió el papel que quería en el diálogo. Quería ser la reina de las hadas. Eso habría sido ridículo, porque ¿quién ha oído hablar de una reina de las hadas tan gorda como Josie? Las reinas de las hadas deben ser delgadas. Jane Andrews será la reina y yo seré una de sus damas de honor. Josie dice que le parece tan ridícula un hada pelirroja como una gorda, pero no me importa lo que diga Josie. Llevaré una corona de rosas blancas en el pelo y Ruby Gillis me prestará sus zapatillas porque no tengo las mías. Es necesario que las hadas tengan zapatillas, sabes. No te imaginas a un hada con botas, ¿verdad? ¿Especialmente con dedos de cobre? Vamos a decorar el vestíbulo con abetos rastrojos y lemas de abeto con rosas de papel de seda rosa en ellos. Y vamos a desfilas de dos en dos después de que el público esté sentado, mientras Emma White toca una marcha en el órgano. Oh, Marilla, sé que no te entusiasma tanto como a mí, pero ¿no esperas que tu pequeña Ana se distinga?".

"Todo lo que espero es que se porte bien. Me alegraré mucho cuando todo este alboroto termine y puedas calmarte. Ahora no sirves para nada, con la cabeza llena de diálogos, gemidos y cuadros. En cuanto a tu lengua, es una maravilla que no esté gastada".

Ana suspiró y se dirigió al patio trasero, sobre el que una joven luna nueva brillaba a través de las ramas de álamo sin hojas desde un cielo occidental verde manzana, y donde Mateo estaba partiendo leña. Ana se encaramó a un bloque y habló del concierto con él, segura de contar con un oyente comprensivo al menos en este caso.

"Bueno, creo que va a ser un concierto bastante bueno. Y espero que tú hagas bien tu parte", le dijo, sonriendo a su carita ansiosa y vivaracha. Ana le devolvió la sonrisa. Aquellas dos eran las mejores amigas y Matthew agradeció muchas veces a sus estrellas que él no tuviera nada que ver con su educación. Ese era el deber exclusivo de Marilla; si hubiera sido el suyo, se habría preocupado por los frecuentes conflictos entre la inclinación y dicho deber. Así las cosas, era libre de "malcriar a Ana" -en palabras de Marilla- tanto como quisiera. Pero, después de todo, no era un arreglo tan malo;

un poco de "aprecio" a veces hace tanto bien como toda la "educación" concienzuda del mundo.

CAPÍTULO XXV: MATTHEW INSISTE EN LAS MANGAS ABULLONADAS

Matthew estaba pasando diez minutos muy malos. Había entrado en la cocina, en el crepúsculo de una fría y gris tarde de diciembre, y se había sentado en el rincón de la caja de madera para quitarse las pesadas botas, inconsciente de que Ana y un grupo de sus compañeras de escuela estaban ensayando "La reina de las hadas" en el salón. En seguida salieron corriendo por el vestíbulo hacia la cocina, riendo y charlando alegremente. No vieron a Matthew, que se escondió tímidamente en las sombras más allá de la caja de madera, con una bota en una mano y un calzador en la otra, y los observó tímidamente durante los diez minutos antes mencionados, mientras se ponían las gorras y las chaquetas y hablaban del diálogo y del concierto. Ana estaba entre ellos, con los ojos brillantes y animada como ellos; pero Matthew se dio cuenta de pronto de que había en ella algo diferente de sus compañeros. Y lo que preocupaba a Matthew era que la diferencia le impresionaba como algo que no debería existir. Ana tenía una cara más brillante, y ojos más grandes y estrellados, y rasgos más delicados que las otras; incluso el tímido y poco observador Mateo había aprendido a fijarse en estas cosas; pero la diferencia que le inquietaba no consistía en ninguno de estos aspectos. Entonces, ¿en qué consistía?

Esta pregunta persiguió a Matthew mucho tiempo después de que las muchachas se hubieron marchado, cogidas del brazo, por el largo y helado sen-

dero, y Ana se hubo entregado a sus libros. No podía hacérsela a Marilla, quien, a su juicio, olfatearía desdeñosamente y comentaría que la única diferencia que veía entre Ana y las demás muchachas era que ellas a veces callaban la lengua, mientras que Ana nunca lo hacía. Esto, pensó Matthew, no sería de gran ayuda.

Aquella noche recurrió a su pipa para que le ayudara a estudiarlo, para disgusto de Marilla. Después de dos horas de fumar y reflexionar, Matthew llegó a la solución de su problema. Ana no iba vestida como las demás muchachas.

Cuanto más pensaba Matthew en el asunto, más se convencía de que Ana nunca había vestido como las demás muchachas, nunca desde que había llegado a Tejas Verdes. Marilla la vestía con trajes sencillos y oscuros, confeccionados siguiendo el mismo patrón invariable. Si Matthew sabía que existía algo parecido a la moda en el vestir era mucho más que él; pero estaba completamente seguro de que las mangas de Ana no se parecían en nada a las mangas que llevaban las otras niñas. Recordó el grupo de niñas que había visto a su alrededor aquella tarde -todas alegres con cinturas rojas y azules y rosas y blancas- y se preguntó por qué Marilla la mantenía siempre tan sencilla y sobriamente vestida.

Por supuesto, debía de estar bien. Marilla sabía más y Marilla la estaba educando. Probablemente, algún motivo sabio e inescrutable serviría de algo. Pero seguramente no haría ningún daño dejar que la niña tuviera un vestido bonito, algo como lo que siempre llevaba Diana Barry. Matthew decidió que le regalaría uno, lo que sin duda no podía objetarse como una intervención injustificada de su parte. Sólo faltaban quince días para Navidad. Un bonito vestido nuevo sería el regalo perfecto. Matthew, con un suspiro de satisfacción, guardó su pipa y se fue a la cama, mientras Marilla abría todas las puertas y ventilaba la casa.

A la noche siguiente, Matthew se dirigió a Carmody para comprar el vestido, decidido a pasar lo peor y acabar con ello. Estaba seguro de que no sería una prueba insignificante. Había algunas cosas que Matthew podía comprar y demostrar que no era un regateador de poca monta; pero sabía que estaría a merced de los tenderos cuando se tratase de comprar el vestido de una chica.

Después de pensarlo mucho, Matthew decidió ir a la tienda de Samuel Lawson en lugar de a la de William Blair. Sin duda, los Cuthbert siempre habían ido a la tienda de William Blair; para ellos era casi una cuestión de conciencia, tanto como asistir a la iglesia presbiteriana y votar a los conservadores. Pero las dos hijas de William Blair atendían allí con frecuencia a los clientes y Matthew les tenía un pavor absoluto. Podía arreglárselas para tratar con ellas cuando sabía exactamente lo que quería y podía indicárselo; pero en un asunto como éste, que requería explicaciones y consultas, Matthew sentía que debía estar seguro de que había un hombre detrás del mostrador. Así que iría a Lawson's, donde Samuel o su hijo le atenderían.

Pero, ¡ay! Matthew no sabía que Samuel, en la reciente expansión de su negocio, había contratado también a una dependienta; era una sobrina de su esposa y una joven muy elegante, con un enorme y caído pompadour, grandes ojos marrones y una sonrisa muy amplia y desconcertante. Iba vestida con gran elegancia y llevaba varias pulseras que brillaban y tintineaban con cada movimiento de sus manos. Matthew estaba lleno de confusión al encontrarla allí, y aquellos brazaletes le hicieron perder la cabeza de un plumazo.

"¿Qué puedo hacer por usted esta noche, Sr. Cuthbert?" preguntó la señorita Lucilla Harris, enérgica y congraciadamente, golpeando el mostrador con ambas manos.

"¿Tiene algún... algún... bueno, digamos algún rastrillo de jardín?", tartamudeó Matthew.

La señorita Harris pareció algo sorprendida, como no podía ser de otra manera, al oír a un hombre preguntar por rastrillos de jardín en pleno mes de diciembre.

"Creo que nos quedan uno o dos", dijo, "pero están arriba, en el trastero. Iré a ver".

Durante su ausencia Matthew reunió sus dispersos sentidos para otro esfuerzo.

Cuando la señorita Harris regresó con el rastrillo y preguntó alegremente: "¿Algo más esta noche, Sr. Cuthbert?" Matthew se armó de valor y respondió: "Bueno, ya que usted lo sugiere, bien podría tomar-o sea-mirar-comprar-algo de semilla de heno".

La señorita Harris había oído llamar raro a Matthew Cuthbert. Ahora llegó a la conclusión de que estaba completamente loco.

"Sólo guardamos semillas de heno en primavera", explicó con altivez. "Ahora mismo no tenemos ninguna a mano".

"Oh, claro, claro, como usted diga", tartamudeó el infeliz Matthew, cogiendo el rastrillo y dirigiéndose a la puerta. En el umbral recordó que no lo había pagado y se volvió miserablemente. Mientras la señorita Harris contaba el cambio, hizo acopio de fuerzas para un último y desesperado intento.

"Bueno, ahora, si no es mucha molestia, podría, es decir, me gustaría ver algo de azúcar".

"¿Blanco o moreno?", preguntó pacientemente la señorita Harris.

"Bueno, marrón", dijo Matthew débilmente.

"Hay un barril por allí", dijo la señorita Harris, sacudiendo sus brazaletes hacia él. "Es el único que tenemos".

"Me llevaré veinte libras", dijo Matthew, con gotas de sudor en la frente.

Matthew había recorrido medio camino hasta su casa antes de volver a ser él mismo. Había sido una experiencia espantosa, pero se lo merecía, pensó, por haber cometido la herejía de ir a una tienda extraña. Cuando llegó a casa escondió el rastrillo en el cuarto de herramientas, pero el azúcar se lo llevó a Marilla.

"¡Azúcar moreno!", exclamó Marilla. "¿Qué te ha poseído para conseguir tanta? Sabes que nunca la uso, salvo para las gachas del jornalero o la tarta de frutas negras. Jerry se ha ido y yo he hecho mi tarta hace tiempo. Tampoco es azúcar buena, es gruesa y oscura, William Blair no suele conservar azúcar así".

"Pensé que podría ser útil alguna vez", dijo Matthew, escapando.

Cuando Matthew reflexionó sobre el asunto, decidió que se necesitaba una mujer para hacer frente a la situación. Marilla estaba descartada. Matthew estaba seguro de que ella echaría agua fría sobre su proyecto de inmediato. Sólo quedaba la señora Lynde, pues Matthew no se habría atrevido a pedir consejo a ninguna otra mujer de Avonlea. Acudió en consecuencia a

la señora Lynde, y aquella buena señora no tardó en quitarle el asunto de las manos al acosado hombre.

"¿Elegir un vestido para que se lo regales a Ana? Claro que sí. Mañana iré a Carmody y me ocuparé de ello. ¿Tienes algo en particular en mente? ¿No? Bueno, entonces me guiaré por mi propio criterio. Creo que un marrón intenso le quedaría bien a Ana, y William Blair tiene un nuevo gloria que es muy bonito. ¿Quizá te gustaría que se lo hiciera yo también, ya que si Marilla se lo hiciera Ana probablemente se enteraría antes de tiempo y estropearía la sorpresa? Bien, lo haré. No, no es ninguna molestia. Me gusta coser. Lo haré a la medida de mi sobrina, Jenny Gillis, porque ella y Ana son tan parecidas como dos guisantes en cuanto a figura."

"Bien, se lo agradezco mucho", dijo Matthew, "y... no sé... pero me gustaría... creo que hoy en día las mangas son diferentes a las de antes. Si no es mucho pedir, me gustaría que me las hicieran como antes".

"¿Mangas? Por supuesto. No tienes que preocuparte más, Matthew. Lo haré a la última moda", dijo la Sra. Lynde. Y añadió para sí misma cuando Matthew se hubo ido:

"Será una verdadera satisfacción ver a esa pobre niña vistiendo algo decente por una vez. La forma en que Marilla la viste es verdaderamente ridícula, eso es lo que pasa, y he querido decírselo claramente una docena de veces. Pero me he mordido la lengua, porque veo que Marilla no quiere consejos y cree que sabe más que yo sobre cómo educar a los niños, a pesar de ser una solterona. Pero siempre es así. La gente que ha educado a sus hijos sabe que no hay método duro y rápido en el mundo que se adapte a todos los niños. Pero los que nunca lo han hecho piensan que todo es tan sencillo y fácil como la regla de tres: sólo tienes que establecer tus tres términos de esa manera y la suma será correcta. Pero la carne y la sangre no entran en la aritmética y ahí es donde Marilla Cuthbert comete su error. Supongo que está tratando de cultivar un espíritu de humildad en Ana vistiéndola como lo hace; pero es más probable que cultive la envidia y el descontento. Estoy segura de que la niña debe sentir la diferencia entre su ropa y la de las otras niñas. ¡Pero pensar en Matthew dándose cuenta de ello! Ese hombre está despertando después de haber estado dormido durante más de sesenta años".

Marilla supo durante toda la quincena siguiente que Matthew tenía algo en mente, pero no pudo adivinar qué era hasta Nochebuena, cuando la señora Lynde le trajo el vestido nuevo. Marilla se comportó bastante bien en general, aunque es muy probable que desconfiara de la diplomática explicación de la señora Lynde de que había hecho el vestido porque Matthew temía que Ana se enterara demasiado pronto si lo hacía Marilla.

"Así que esto es lo que Matthew ha estado mirando tan misteriosamente y sonriendo para sí mismo durante dos semanas, ¿verdad? "Sabía que estaba tramando alguna tontería. Bueno, debo decir que no creo que Ana necesitara más vestidos. Este otoño le hice tres buenos, abrigados y útiles, y cualquier cosa más es pura extravagancia. Hay suficiente material en esas mangas para hacer una cintura, declaro que sí. Sólo mimarás la vanidad de Ana, Matthew, y ahora es tan vanidosa como un pavo real. Bueno, espero que por fin esté satisfecha, porque sé que ha estado anhelando esas tontas mangas desde que llegaron, aunque nunca dijo una palabra después de la primera. Las mangas son cada vez más grandes y ridículas; ahora son tan grandes como globos. El año que viene cualquiera que las lleve tendrá que atravesar una puerta de lado".

La mañana de Navidad amaneció en un hermoso mundo blanco. Había sido un diciembre muy benigno y la gente esperaba una Navidad verde; pero por la noche cayó suavemente la nieve suficiente para transfigurar Avonlea. Ana se asomó con ojos encantados a la ventana de su frontón escarchado. Los abetos del Bosque Embrujado se veían plumosos y maravillosos; los abedules y los cerezos silvestres se perfilaban perlados; los campos arados eran extensiones de hoyuelos nevados; y en el aire se respiraba un frescor glorioso. Ana corrió escaleras abajo cantando hasta que su voz resonó en Tejas Verdes.

"Feliz Navidad, Marilla. ¡Feliz Navidad, Matthew! ¿No es una Navidad preciosa? Me alegro tanto de que sea blanca. Cualquier otro tipo de Navidad no parece real, ¿verdad? No me gustan las Navidades verdes. No son verdes, sólo son marrones y grises descoloridos. ¿Por qué la gente las llama verdes? ¿Por qué Matthew, eso es para mí? Ay, Matthew".

Matthew había desdoblado tímidamente el vestido de sus envoltorios de papel y se lo tendió con una mirada de desaprobación a Marilla, que fingía

estar llenando despectivamente la tetera, pero que sin embargo observaba la escena de reojo con aire bastante interesado.

Ana cogió el vestido y lo miró en reverente silencio. Oh, qué bonito era: una preciosa y suave gloria marrón con todo el brillo de la seda; una falda con delicados volantes y tirantes; una cintura elaboradamente ceñida con alfileres de la manera más moderna, con un pequeño volante de fino encaje en el cuello. Pero las mangas eran el broche de oro. Largos puños en los codos, y sobre ellos dos hermosos puffs divididos por hileras de fruncidos y lazos de cinta de seda marrón.

"Es un regalo de Navidad para ti, Ana", dijo Matthew tímidamente. "¿Por qué, por qué, Ana, no te gusta? Bueno, bueno, bueno".

Los ojos de Ana se llenaron de lágrimas.

"¡Me gusta! Oh, Matthew!" Ana dejó el vestido sobre una silla y juntó las manos. "Matthew, es perfectamente exquisito. Nunca podré agradecértelo lo suficiente. ¡Mira esas mangas! Oh, me parece que esto debe ser un sueño feliz".

"Bueno, bueno, desayunemos", interrumpió Marilla. "Debo decir, Ana, que no creo que necesitaras el vestido; pero ya que Matthew te lo ha conseguido, procura cuidarlo bien. La señora Lynde te ha dejado una cinta para el pelo. Es marrón, a juego con el vestido. Ven, siéntate".

"No sé cómo voy a desayunar", dijo Ana con entusiasmo. "El desayuno parece tan vulgar en un momento tan emocionante. Prefiero deleitarme con ese vestido. Me alegro tanto de que las mangas abullonadas sigan estando de moda. Me parecía que nunca me recuperaría si salían antes de tener un vestido con ellas. Nunca me habría sentido satisfecha. También fue muy amable la Sra. Lynde al darme el lazo. Siento que debería ser una chica muy buena. En momentos como éste lamento no ser una niña modelo, y siempre me propongo serlo en el futuro. Pero de algún modo es difícil cumplir tus propósitos cuando aparecen tentaciones irresistibles. Aun así, haré un esfuerzo extra después de esto".

Cuando terminó el banal desayuno, Diana apareció cruzando el blanco puente de troncos de la hondonada, como una alegre figurita vestida con su ulster carmesí. Ana bajó a su encuentro.

"Feliz Navidad, Diana. Es una Navidad maravillosa. Tengo algo espléndido que mostrarte. Matthew me ha regalado el vestido más bonito, con esas mangas. No podría imaginar algo más bonito".

"Tengo algo más para ti", dijo Diana sin aliento. "Toma, esta caja. Tía Josephine nos envió una gran caja con muchas cosas, y esto es para ti. Te la habría traído anoche, pero no llegó hasta que oscureció, y ahora no me siento muy cómoda atravesando el Bosque Embrujado en la oscuridad."

Ana abrió la caja y echó un vistazo. Primero, una tarjeta con la inscripción "Para la niña Ana y Feliz Navidad"; y luego, un par de delicadísimas pantuflas de cabritilla, con cuentas en los dedos, lazos de raso y relucientes hebillas.

"Diana, esto es demasiado. Debo de estar soñando".

"Yo lo llamo providencial", dijo Diana. "Ya no tendrás que pedirle prestadas las zapatillas a Ruby, y eso es una bendición, porque son dos tallas más grandes que la tuya, y sería horrible oír a un hada arrastrando los pies. Josie Pye estaría encantada. Eso sí, Rob Wright se fue a casa con Gertie Pye del ensayo de anteanoche. ¿Habéis oído alguna vez algo igual?".

Todos los alumnos de Avonlea estaban muy excitados aquel día, pues había que decorar la sala y celebrar un último gran ensayo.

El concierto se celebró por la noche y fue un gran éxito. La pequeña sala estaba abarrotada; todos los intérpretes lo hicieron excelentemente bien, pero Ana fue la brillante estrella particular de la ocasión, como ni siquiera la envidia, en la forma de Josie Pye, se atrevió a negar.

"¿No ha sido una velada brillante?" suspiró Ana, cuando todo hubo terminado y Diana y ella caminaban juntas hacia su casa, bajo un cielo oscuro y estrellado.

"Todo ha salido muy bien", dijo Diana prácticamente. "Supongo que habremos ganado unos diez dólares. Eso sí, el señor Allan va a enviar un informe a los periódicos de Charlottetown".

"Oh, Diana, ¿veremos nuestros nombres impresos? Me emociona pensarlo. Tu solo fue perfectamente elegante, Diana. Me sentí más orgullosa que tú cuando fue aplaudido. Me dije a mí misma: "Es mi querida amiga íntima la que se siente tan honrada".

"Bueno, tus recitaciones acaban de derribar la casa, Ana. Ese triste fue simplemente espléndido."

"Oh, estaba tan nerviosa, Diana. Cuando el Sr. Allan dijo mi nombre, no sé cómo pude subir al estrado. Sentí como si un millón de ojos me estuvieran mirando y a través de mí, y por un terrible momento estuve segura de que no podría comenzar. Entonces pensé en mis preciosas mangas abullonadas y me armé de valor. Sabía que debía estar a la altura de esas mangas, Diana. Así que empecé, y mi voz parecía venir de muy lejos. Me sentí como un loro. Fue providencial que practicara esas recitaciones tan a menudo en la buhardilla, o nunca habría sido capaz de hacerlo. ¿Gimí bien?"

"Sí, en efecto, gemiste de maravilla", aseguró Diana.

"Vi a la vieja señora Sloane enjugándose las lágrimas cuando me senté. Fue espléndido pensar que había tocado el corazón de alguien. Es tan romántico participar en un concierto, ¿verdad? Ha sido una ocasión memorable".

"¿No estuvo bien el diálogo de los chicos?" dijo Diana. "Gilbert Blythe estuvo espléndido. Ana, creo que es muy mezquino el modo en que tratas a Gil. Espera a que te lo cuente. Cuando saliste corriendo del andén después del diálogo de las hadas, una de tus rosas se te cayó del pelo. Vi a Gil recogerla y guardársela en el bolsillo. Ya está. Eres tan romántica que estoy segura de que deberías estar contenta por eso".

"A mí no me importa nada lo que haga esa persona", dijo Ana con altivez. "Simplemente nunca pierdo un pensamiento en él, Diana".

Aquella noche Marilla y Matthew, que habían ido a un concierto por primera vez en veinte años, se sentaron un rato junto al fuego de la cocina, después de que Ana se hubiera acostado.

"Bueno, supongo que nuestra Ana lo hizo tan bien como cualquiera de ellos", dijo Matthew con orgullo.

"Sí", admitió Marilla. "Es una niña inteligente, Matthew. Y tenía muy buen aspecto. Me he opuesto a esta idea del concierto, pero supongo que, después de todo, no tiene nada de malo. De todos modos, estaba orgullosa de Ana esta noche, aunque no se lo voy a decir".

"Bueno, yo estaba orgullosa de ella y se lo dije antes de que subiera", dijo Matthew. "Debemos ver qué podemos hacer por ella alguno de estos días, Marilla. Supongo que dentro de poco necesitará algo más que la escuela de Avonlea".

"Hay tiempo suficiente para pensar en eso", dijo Marilla. "Sólo cumplirá trece años en marzo. Aunque esta noche me he dado cuenta de que está creciendo mucho. La señora Lynde le ha hecho el vestido un poco largo, y Ana parece muy alta. Aprende rápido y supongo que lo mejor que podemos hacer por ella será enviarla a Queen's después de un tiempo. Pero no hace falta decir nada sobre eso hasta dentro de un año o dos".

"Bueno, no hará daño pensarlo de vez en cuando", dijo Matthew. "Cosas así son las mejores para pensarlas mucho".

CAPÍTULO XXVI: SE FORMA EL CLUB DE CUENTOS

A la pequeña Avonlea le costó adaptarse de nuevo a la monótona existencia. A Ana, en particular, las cosas le parecían terriblemente planas, rancias y poco provechosas después de la copa de excitación que había estado sorbiendo durante semanas. ¿Podría volver a los tranquilos placeres de aquellos lejanos días anteriores al concierto? Al principio, como le dijo a Diana, no creía que pudiera.

"Estoy completamente segura, Diana, de que la vida nunca volverá a ser como en aquellos viejos tiempos", dijo con tristeza, como si se refiriera a un período de al menos cincuenta años atrás. "Tal vez después de un tiempo me acostumbre, pero me temo que los conciertos estropean a la gente para la vida cotidiana. Supongo que por eso Marilla los desaprueba. Marilla es una mujer muy sensata. Debe de ser mucho mejor ser sensata; pero aun así, no creo que realmente quisiera ser una persona sensata, porque son tan poco románticos. La señora Lynde dice que no hay peligro de que llegue a serlo, pero nunca se sabe. Tengo la impresión de que aún puedo llegar a ser sensata. Pero tal vez sea sólo porque estoy cansada. Anoche no pude dormir en mucho tiempo. Me quedé despierta imaginando el concierto una y otra vez. Esa es una cosa espléndida de estos asuntos: es tan encantador recordarlos".

Con el tiempo, sin embargo, la escuela de Avonlea volvió a las andadas y retomó sus antiguos intereses. Sin duda, el concierto dejó huellas. Ruby Gillis y Emma White, que se habían peleado por un punto de precedencia en sus asientos de la plataforma, ya no se sentaban en el mismo pupitre, y una

prometedora amistad de tres años se rompió. Josie Pye y Julia Bell no se "hablaron" durante tres meses, porque Josie Pye le había dicho a Bessie Wright que la reverencia de Julia Bell cuando se levantaba para recitar le hacía pensar en un pollo sacudiendo la cabeza, y Bessie se lo dijo a Julia. Ninguno de los Sloane tendría trato alguno con los Bell, porque éstos habían declarado que los Sloane tenían demasiado que hacer en el programa, y los Sloane habían replicado que los Bell no eran capaces de hacer bien lo poco que tenían que hacer. Por último, Charlie Sloane se peleó con Moody Spurgeon MacPherson, porque Moody Spurgeon había dicho que Ana Shirley se daba aires de grandeza en sus recitados, y Moody Spurgeon estaba "chafado"; en consecuencia, la hermana de Moody Spurgeon, Ella May, no "hablaría" con Ana Shirley en todo el resto del invierno. Con la excepción de estas fricciones insignificantes, el trabajo en el pequeño reino de la señorita Stacy se desarrolló con regularidad y suavidad.

Las semanas de invierno se deslizaron. Fue un invierno excepcionalmente suave, con tan poca nieve que Ana y Diana pudieron ir a la escuela casi todos los días por el camino de los abedules. El día del cumpleaños de Ana lo recorrían a tropezones, con los ojos y los oídos atentos en medio de sus charlas, pues la señorita Stacy les había dicho que pronto tendrían que escribir una composición sobre "Un paseo invernal por el bosque", y les convenía ser observadoras.

"Piensa, Diana, que hoy cumpla trece años", comentó Ana con voz atónita. "Apenas puedo darme cuenta de que estoy en la adolescencia. Cuando me desperté esta mañana me pareció que todo debía ser diferente. Hace un mes que tienes trece años, así que supongo que no te parece una novedad como a mí. Hace que la vida parezca mucho más interesante. Dentro de dos años habré crecido de verdad. Es un gran consuelo pensar que entonces podré usar grandes palabras sin que se rían de mí."

"Ruby Gillis dice que piensa tener un pretendiente en cuanto cumpla quince años", dijo Diana.

"Ruby Gillis sólo piensa en pretendientes", dijo Ana con desdén. "En realidad, le encanta que alguien escriba su nombre en un aviso, por mucho que finja estar loca. Pero me temo que es un discurso poco caritativo. La Sra. Allan dice que nunca debemos pronunciar discursos poco caritativos, pero a menudo se nos escapan antes de que nos demos cuenta, ¿verdad? No

puedo hablar de Josie Pye sin hacer un discurso poco caritativo, así que nunca la menciono. Te habrás dado cuenta. Trato de parecerme lo más posible a la Sra. Allan, porque creo que es perfecta. El Sr. Allan también lo cree. La Sra. Lynde dice que él sólo adora el suelo que ella pisa y que no le parece correcto que un ministro fije tanto su afecto en un ser mortal. Pero Diana, incluso los ministros son humanos y tienen sus pecados como todo el mundo. Tuve una charla muy interesante con la Sra. Allan sobre los pecados acosadores el domingo pasado por la tarde. Hay pocas cosas de las que se debe hablar los domingos y ésta es una de ellas. Mi pecado acosante es imaginar demasiado y olvidar mis deberes. Me esfuerzo mucho por superarlo y ahora que tengo trece años de verdad quizá me vaya mejor."

"En cuatro años más podremos recoger el pelo", dijo Diana. "Alice Bell sólo tiene dieciséis años y lleva el suyo recogido, pero a mí me parece ridículo. Yo esperaré a tener diecisiete".

"Si yo tuviera la nariz torcida de Alice Bell -dijo Ana con decisión-, no lo haría... ¡pero ya está! No diré lo que iba a decir porque era muy poco caritativo. Además, la estaba comparando con mi propia nariz y eso es vanidad. Me temo que pienso demasiado en mi nariz desde que oí aquel cumplido hace mucho tiempo. Realmente es un gran consuelo para mí. Oh, Diana, mira, hay un conejo. Eso es algo para recordar en nuestra composición del bosque. Creo que los bosques son tan hermosos en invierno como en verano. Están tan blancos y quietos, como si estuvieran dormidos y soñando bonitos sueños".

"No me importará escribir esa composición cuando llegue su momento", suspiró Diana. "Puedo arreglármelas para escribir sobre el bosque, pero la que tenemos que entregar el lunes es terrible. La idea de que la Srta. Stacy nos diga que escribamos una historia de nuestras propias cabezas".

"Vaya, es tan fácil como guiñar un ojo", dijo Ana.

"Para ti es fácil porque tienes imaginación", replicó Diana, "pero ¿qué harías si hubieras nacido sin ella? Supongo que ya tienes la composición hecha".

Ana asintió, esforzándose por no parecer virtuosamente complaciente y fracasando estrepitosamente.

"La escribí el lunes pasado por la noche. Se llama 'El rival celoso; o, en la muerte no dividida'. Se lo leí a Marilla y dijo que eran cosas y tonterías. Luego se lo leí a Matthew y dijo que estaba bien. Ese es el tipo de crítica que me gusta. Es una historia triste y dulce. Lloré como una niña mientras la escribía. Trata de dos hermosas doncellas llamadas Cordelia Montmorency y Geraldine Seymour, que vivían en el mismo pueblo y estaban muy unidas la una a la otra. Cordelia era una regia morena con una coronilla de cabellos de medianoche y ojos brillantes como el crepúsculo. Geraldine era una rubia reina con el pelo como oro hilado y ojos púrpura aterciopelados".

"Nunca he visto a nadie con los ojos morados", dijo Diana dubitativa.

"Yo tampoco. Me los imaginaba. Quería algo fuera de lo común. Geraldine también tenía las cejas de alabastro. He descubierto lo que es una ceja de alabastro. Esa es una de las ventajas de tener trece años. Sabes mucho más de lo que sabías cuando sólo tenías doce".

"Bueno, ¿qué fue de Cordelia y Geraldine?" preguntó Diana, que empezaba a sentirse bastante interesada por su destino.

"Crecieron en belleza una al lado de la otra hasta los dieciséis años. Entonces Bertram De Vere llegó a su pueblo natal y se enamoró de la bella Geraldine. Le salvó la vida cuando su caballo se escapó con ella en un carruaje, y ella se desmayó en sus brazos y él la llevó a casa tres millas; porque, como comprenderá, el carruaje estaba destrozado. Me resultaba bastante difícil imaginarme la propuesta porque no tenía ninguna experiencia en la que basarme. Le pregunté a Ruby Gillis si sabía algo sobre cómo se declaraban los hombres, porque pensé que probablemente sería una autoridad en la materia, al tener tantas hermanas casadas. Ruby me contó que estaba escondida en la despensa del vestíbulo cuando Malcolm Andrews le propuso matrimonio a su hermana Susan. Dijo que Malcolm le contó a Susan que su padre le había cedido la granja a su nombre y luego le dijo: "¿Qué te parece, querida, si nos casamos este otoño? Susan respondió: "Sí, no, no sé, déjame ver", y así de rápido se comprometieron. Pero ese tipo de propuesta no me parecía muy romántica, así que al final tuve que imaginármela lo mejor que pude. La hice muy florida y poética y Bertram se arrodilló, aunque Ruby Gillis dice que eso no se hace hoy en día. Geraldine lo aceptó en un discurso de una página de largo. Puedo decirte que me tomé muchas molestias con ese discurso. Lo reescribí cinco veces y lo considero mi obra maestra.

Bertram le regaló un anillo de diamantes y un collar de rubíes y le dijo que irían a Europa de viaje de bodas, pues él era inmensamente rico. Pero entonces, por desgracia, las sombras comenzaron a oscurecerse sobre su camino. Cordelia estaba secretamente enamorada de Bertram y cuando Geraldine le contó lo del compromiso se puso furiosa, sobre todo cuando vio el collar y el anillo de diamantes. Todo su afecto por Geraldine se convirtió en odio amargo y juró que nunca se casaría con Bertram. Pero fingió ser amiga de Geraldine como siempre. Una tarde estaban de pie en el puente sobre un arroyo turbulento y Cordelia, pensando que estaban solas, empujó a Geraldine por el borde con un salvaje y burlón: "Ja, ja, ja". Pero Bertram lo vio todo e inmediatamente se zambulló en la corriente, exclamando: "Te salvaré, mi incomparable Geraldine". Pero, por desgracia, había olvidado que no sabía nadar, y ambos murieron ahogados, abrazados. Sus cuerpos fueron arrastrados a la orilla poco después. Fueron enterrados en la misma tumba y su funeral fue muy imponente, Diana. Es mucho más romántico terminar una historia con un funeral que con una boda. En cuanto a Cordelia, se volvió loca de remordimiento y la encerraron en un manicomio. Pensé que era una poética retribución por su crimen".

"¡Qué perfectamente encantador!" suspiró Diana, que pertenecía a la escuela de críticos de Matthew. "No entiendo cómo puedes inventar cosas tan emocionantes de tu propia cabeza, Ana. Ojalá mi imaginación fuera tan buena como la tuya".

"Lo sería si la cultivaras", dijo Ana animada. "Se me acaba de ocurrir un plan, Diana. Que tú y yo tengamos un club de cuentos propio y escribamos historias para practicar. Yo te ayudaré hasta que puedas hacerlo por ti misma. Debes cultivar tu imaginación, sabes. La Srta. Stacy lo dice. Sólo que debemos tomar el camino correcto. Le conté lo del Bosque Embrujado, pero dijo que en eso nos equivocamos de camino".

Así nació el club de cuentos. Al principio se limitaba a Diana y Ana, pero pronto se amplió para incluir a Jane Andrews y Ruby Gillis y a una o dos más que consideraban que era necesario cultivar su imaginación. No se admitían chicos -aunque Ruby Gillis opinaba que su admisión lo haría más emocionante- y cada miembro tenía que producir una historia a la semana.

"Es muy interesante", le dijo Ana a Marilla. "Cada chica tiene que leer su historia en voz alta y luego la comentamos. Vamos a guardarlos todos sa-

gradamente y los tendremos para leérselos a nuestros descendientes. Cada una escribe bajo un seudónimo. El mío es Rosamond Montmorency. Todas las chicas lo hacen bastante bien. Ruby Gillis es bastante sentimental. Pone demasiado amor en sus historias y sabes que demasiado es peor que demasiado poco. Jane nunca pone nada porque dice que se siente muy tonta cuando tiene que leerlo en voz alta. Las historias de Jane son muy sensatas. Diana pone demasiados asesinatos en las suyas. Dice que la mayoría de las veces no sabe qué hacer con la gente, así que la mata para deshacerse de ella. Casi siempre tengo que decirles sobre qué escribir, pero eso no es difícil porque tengo millones de ideas".

"Creo que esto de escribir historias es lo más tonto que hay", se burló Marilla. "Se os meterán en la cabeza un montón de tonterías y perderéis un tiempo que deberíais dedicar a vuestras lecciones. Leer historias ya es malo, pero escribirlas es peor".

"Pero tenemos tanto cuidado de poner una moraleja en todos ellos, Marilla", explicó Ana. "Insisto en ello. Todas las personas buenas son recompensadas y todas las malas son debidamente castigadas. Estoy segura de que eso tiene un efecto saludable. La moral es lo más importante. El Sr. Allan lo dice. Le leí una de mis historias a él y a la Sra. Allan y ambos estuvieron de acuerdo en que la moraleja era excelente. Sólo que se rieron en los lugares equivocados. Me gusta más cuando la gente llora. Jane y Ruby casi siempre lloran cuando llego a las partes patéticas. Diana escribió a su tía Josephine sobre nuestro club y su tía Josephine le contestó que le enviáramos algunos de nuestros cuentos. Así que copiamos cuatro de los mejores y se los enviamos. La Srta. Josephine Barry nos contestó que no había leído nada tan divertido en su vida. Eso nos desconcertó porque las historias eran todas muy patéticas y casi todo el mundo moría. Pero me alegro de que a la Srta. Barry le gustaran. Demuestra que nuestro club está haciendo algo bueno en el mundo. La Sra. Allan dice que ése debe ser nuestro objetivo en todo. Trato de hacerlo, pero a menudo lo olvido cuando me divierto. Espero ser un poco como la Sra. Allan cuando crezca. ¿Crees que hay alguna posibilidad de ello, Marilla?"

"No diría que hay muchas", fue la alentadora respuesta de Marilla. "Estoy segura de que la Sra. Allan nunca fue una niña tan tonta y olvidadiza como tú".

"No; pero tampoco fue siempre tan buena como lo es ahora", dijo Ana seriamente. "Ella misma me lo contó; es decir, me dijo que de niña era terriblemente traviesa y que siempre se metía en líos. Me sentí muy animada cuando oí eso. ¿Es muy malo por mi parte, Marilla, sentirme animada cuando oigo que otras personas han sido malas y traviesas? La Sra. Lynde dice que sí. La señora Lynde dice que siempre se escandaliza cuando oye que alguien ha sido travieso, por pequeño que fuera. La Sra. Lynde dice que una vez oyó a un ministro confesar que cuando era niño robó una tarta de fresas de la despensa de su tía y nunca más volvió a sentir respeto por ese ministro. Yo no me habría sentido así. Habría pensado que era muy noble por su parte confesarlo, y habría pensado que sería muy alentador para los niños pequeños de hoy en día que hacen cosas malas y se arrepienten de ellas saber que tal vez lleguen a ser ministros a pesar de ello. Así me sentiría yo, Marilla".

"Lo que yo siento en este momento, Ana", dijo Marilla, "es que ya es hora de que laves esos platos. Has tardado media hora más de lo debido con toda tu cháchara. Aprende a trabajar primero y a hablar después".

CAPÍTULO XXVII: VANIDAD Y VEJACIÓN DE ESPÍRITU

Marilla, volviendo a casa una tarde de finales de abril después de una reunión del Aid, se dio cuenta de que el invierno había terminado y se había ido con el estremecimiento de deleite que la primavera nunca deja de producir tanto a los más viejos y tristes como a los más jóvenes y alegres. Marilla no era dada al análisis subjetivo de sus pensamientos y sentimientos. Probablemente se imaginaba que estaba pensando en los sida y en su caja de misioneros y en la nueva alfombra para la sacristía, pero bajo estas reflexiones había una conciencia armoniosa de campos rojos que se convertían en nieblas pálidas y púrpuras bajo el sol declinante, de sombras de abeto largas y puntiagudas que caían sobre el prado más allá del arroyo, de arcos inmóviles y de brotes carmesíes alrededor de un estanque de madera que parecía un espejo, de un despertar en el mundo y de una agitación de impulsos ocultos bajo el césped gris. La primavera se extendía por la tierra y el paso sobrio y maduro de Marilla era más ligero y rápido debido a su alegría profunda y primitiva.

Sus ojos se detuvieron afectuosamente en Tejas Verdes, asomándose a través de su red de árboles y reflejando la luz del sol desde sus ventanas en varias pequeñas coruscaciones de gloria. Marilla, mientras avanzaba por el húmedo sendero, pensó que era una verdadera satisfacción saber que regresaba a casa, donde el fuego de leña chisporroteaba enérgicamente y la mesa estaba bien servida para el té, en lugar de la fría comodidad de las viejas tardes de reunión antes de que Ana llegase a Tejas Verdes.

Por consiguiente, cuando Marilla entró en la cocina y encontró el fuego apagado, sin rastro de Ana por ninguna parte, se sintió justamente decepcionada e irritada. Había dicho a Ana que se asegurase de tener listo el té a las cinco, pero ahora debía apresurarse a quitarse su segundo mejor vestido y preparar ella misma la comida antes de que Matthew regresase de arar.

"Ya me ocuparé yo de la señorita Ana cuando vuelva a casa -dijo Marilla con gesto adusto, mientras afeitaba los kindlings con un cuchillo de trinchar y más brío del estrictamente necesario. Matthew había entrado y esperaba pacientemente el té en su rincón. "Anda por ahí con Diana, escribiendo historias o practicando diálogos o alguna tontería por el estilo, y no piensa ni una sola vez en la hora o en sus obligaciones. Hay que pararla en seco y de repente en este tipo de cosas. No me importa que la Sra. Allan diga que es la niña más inteligente y dulce que ha conocido. Puede que sea lo bastante inteligente y dulce, pero tiene la cabeza llena de tonterías y nunca se sabe qué forma tomará a continuación. Tan pronto como se le pasa una tontería, empieza con otra. ¡Pero bueno! Aquí estoy diciendo lo mismo por lo que me enfadé tanto con Rachel Lynde en el Aid de hoy. Me alegré mucho de que la señora Allan hablara en favor de Ana, porque si no lo hubiera hecho, sé que le habría dicho algo demasiado agudo a Rachel delante de todo el mundo. Ana tiene muchos defectos, Dios lo sabe, y yo no puedo negarlo. Pero la estoy educando a ella y no a Rachel Lynde, que le buscaría defectos al mismísimo Ángel Gabriel si viviera en Avonlea. De todos modos, Ana no tiene por qué salir así de casa cuando le dije que se quedara en casa esta tarde y se ocupara de todo. Debo decir que, con todos sus defectos, nunca me había parecido desobediente ni poco de fiar, y me da mucha pena encontrarla así ahora".

"Bueno, no sé", dijo Matthew, quien, siendo paciente y sabio y, sobre todo, hambriento, había considerado mejor dejar que Marilla hablara de su ira sin impedimentos, habiendo aprendido por experiencia que ella terminaba con cualquier trabajo que tuviera entre manos mucho más rápido si no se retrasaba por discusiones inoportunas. "Tal vez la estés juzgando demasiado apresuradamente, Marilla. No la llames indigna de confianza hasta que estés segura de que te ha desobedecido. Tal vez todo pueda explicarse: Ana es muy buena dando explicaciones".

"No está aquí cuando le dije que se quedara", replicó Marilla. "Creo que le resultará difícil explicarlo a mi satisfacción. Por supuesto que sabía que

te pondrías de su parte, Matthew. Pero soy yo quien la educa, no tú".

Había oscurecido cuando la cena estuvo lista, y aún no había rastro de Ana, que venía apresuradamente por el puente de troncos o por Lovers' Lane, sin aliento y arrepentida por haber descuidado sus deberes. Marilla lavó y guardó los platos con tristeza. Luego, queriendo una vela para iluminar el sótano, subió al hastial oriental en busca de la que generalmente estaba sobre la mesa de Ana. Al encenderla, se volvió y vio a Ana tendida en la cama, boca abajo entre las almohadas.

"Piedad de nosotros", dijo Marilla asombrada, "¿has estado durmiendo, Ana?".

"No", fue la respuesta amortiguada.

"¿Estás enferma entonces?", preguntó Marilla ansiosamente, acercándose a la cama.

Ana se acurrucó más en las almohadas, como si quisiera ocultarse para siempre a los ojos de los mortales.

"No. Pero, por favor, Marilla, vete y no me mires. Estoy sumida en la desesperación y ya no me importa quién sea el primero de la clase, ni quién escriba la mejor composición, ni quién cante en el coro de la escuela dominical. Pequeñas cosas como esas no tienen importancia ahora porque supongo que nunca podré volver a ir a ninguna parte. Mi carrera está cerrada. Por favor, Marilla, vete y no me mires".

"¿Alguien ha oído algo parecido?", quiso saber la desconcertada Marilla. "Ana Shirley, ¿qué te pasa? ¿Qué has hecho? Levántate ahora mismo y dímelo. Ahora mismo, he dicho. ¿Qué pasa?"

Ana se había deslizado hasta el suelo en desesperada obediencia.

"Mírame el pelo, Marilla", susurró.

Marilla levantó la vela y miró escrutadoramente el cabello de Ana, que caía en grandes mechones por su espalda. Ciertamente tenía un aspecto muy extraño.

"Ana Shirley, ¿qué te has hecho en el pelo? Está verde".

Verde podría llamarse, si fuera de cualquier color terrenal, un verde raro, apagado, bronceado, con vetas aquí y allá del rojo original para realzar el

espantoso efecto. En toda su vida, Marilla no había visto nada tan grotesco como el cabello de Ana en aquel momento.

"Sí, es verde", gimió Ana. "Creía que nada podía ser tan malo como el pelo rojo. Pero ahora sé que es diez veces peor tener el pelo verde. Oh, Marilla, no sabes lo desgraciada que soy".

"Poco sé cómo te has metido en este lío, pero pienso averiguarlo", dijo Marilla. "Baja a la cocina -aquí hace mucho frío- y cuéntame lo que has hecho. Hace tiempo que espero algo extraño. No te has metido en ningún lío desde hace más de dos meses, y estaba segura de que te esperaba otro. ¿Qué te has hecho en el pelo?"

"Me lo teñí."

"¡Teñido! ¡Te teñiste el pelo! Ana Shirley, ¿no sabías que era una maldad?"

"Sí, sabía que era un poco perverso", admitió Ana. "Pero pensé que valía la pena ser un poco malvada para librarme del pelo rojo. Calculé el precio, Marilla. Además, pensaba ser más buena en otros aspectos para compensarlo".

"Bueno", dijo Marilla sarcásticamente, "si hubiera decidido que valía la pena teñirme el pelo, al menos me lo habría teñido de un color decente. No me lo habría teñido de verde".

"Pero yo no quería teñirlo de verde, Marilla", protestó Ana abatida. "Si era malvada, pretendía serlo con algún fin. Me dijo que me teñiría el pelo de un hermoso negro cuervo; me aseguró que así sería. ¿Cómo podría dudar de su palabra, Marilla? Sé lo que se siente cuando se duda de tu palabra. Y la Sra. Allan dice que nunca debemos sospechar que alguien no nos dice la verdad, a menos que tengamos pruebas de lo contrario. Ahora tengo pruebas: el pelo verde es prueba suficiente para cualquiera. Pero entonces no las tenía y creí implícitamente cada palabra que dijo".

"¿Quién lo dijo? ¿De quién estás hablando?"

"El vendedor ambulante que estuvo aquí esta tarde. Le compré el tinte a él".

"Ana Shirley, ¡cuántas veces te he dicho que nunca dejes entrar en casa a uno de esos italianos! No creo en alentarlos a que vengan".

"Oh, no le dejé entrar en casa. Recordé lo que me dijiste y salí, cerré la puerta con cuidado y miré sus cosas en el escalón. Además, no era italiano, era judío alemán. Tenía una gran caja llena de cosas muy interesantes y me dijo que estaba trabajando mucho para ganar suficiente dinero para traer a su mujer y a sus hijos de Alemania. Hablaba de ellos con tanto sentimiento que me llegó al corazón. Quise comprarle algo para ayudarlo en tan digno objetivo. Entonces vi el frasco de tinte para el pelo. El vendedor ambulante dijo que estaba garantizado para teñir cualquier cabello de un hermoso negro cuervo y que no se iría con los lavados. En un santiamén me vi con un hermoso cabello negro como el cuervo y la tentación fue irresistible. Pero el precio del frasco era de setenta y cinco centavos y a mí sólo me quedaban cincuenta centavos de mi dinero para gallinas. Creo que el vendedor ambulante tenía un corazón muy bondadoso, pues dijo que, al ver que era yo, la vendería por cincuenta céntimos y eso era regalarla. Así que lo compré, y en cuanto se hubo ido subí aquí y me lo apliqué con un viejo cepillo para el pelo, tal como decían las instrucciones. Me gasté todo el frasco y, oh, Marilla, cuando vi el horrible color que le había dado a mi pelo, me arrepentí de ser mala, te lo aseguro. Y he estado arrepintiéndome desde entonces".

"Pues espero que te arrepientas de buena gana", dijo Marilla severamente, "y que hayas abierto los ojos para darte cuenta de adónde te ha llevado tu vanidad, Ana. Dios sabe lo que hay que hacer. Supongo que lo primero será lavarte bien el pelo, a ver si te sirve de algo."

Ana se lavó el pelo, restregándose enérgicamente con agua y jabón, pero por mucho que se lo lavara, bien podría haberle lavado el rojo original. El vendedor ambulante había dicho la verdad cuando declaró que el tinte no se quitaría, aunque su veracidad pudiera ser cuestionada en otros aspectos.

"Oh, Marilla, ¿qué voy a hacer?", preguntó Ana entre lágrimas. "Nunca podré olvidar esto. La gente ha olvidado bastante bien mis otros errores: la tarta de linimento, emborrachar a Diana y enojarme con la señora Lynde. Pero nunca olvidarán esto. Pensarán que no soy respetable. Oh, Marilla, "qué enmarañada red tejemos cuando primero practicamos el engaño. Eso es poesía, pero es verdad. ¡Y cómo se reirá Josie Pye! Marilla, no puedo enfrentar a Josie Pye. Soy la chica más infeliz de la Isla del Príncipe Eduardo".

La infelicidad de Ana continuó durante una semana. Durante ese tiempo no fue a ninguna parte y se lavó el pelo con champú todos los días. Diana era la única que conocía el secreto fatal, pero prometió solemnemente no contarlo nunca, y puede afirmarse aquí y ahora que cumplió su palabra. Al final de la semana Marilla dijo decididamente:

"Es inútil, Ana. Eso es tinte rápido si alguna vez lo hubo. Hay que cortarte el pelo; no hay otro remedio. No puedes salir así".

Los labios de Ana temblaron, pero se dio cuenta de la amarga verdad de los comentarios de Marilla. Con un lúgubre suspiro, cogió las tijeras.

"Por favor, córtala de una vez, Marilla, y que se acabe. Oh, siento que se me ha roto el corazón. Es una aflicción tan poco romántica. Las chicas de los libros pierden el pelo en las fiebres o lo venden para conseguir dinero para alguna buena obra, y estoy segura de que a mí no me importaría ni la mitad perderlo de esa manera. Pero no hay nada reconfortante en que te corten el pelo porque te lo has teñido de un color horrible, ¿verdad? Voy a llorar todo el tiempo que me lo cortes, si no te molesta. Me parece algo tan trágico".

Ana lloró entonces, pero más tarde, cuando subió a la escalera y miró en el cristal, se calmó de desesperación. Marilla había hecho su trabajo a conciencia y había sido necesario rizar el cabello lo más posible. El resultado no era de recibo, por decirlo de la manera más suave posible. Ana volvió rápidamente su vaso hacia la pared.

"Nunca, nunca volveré a mirarme hasta que me crezca el pelo", exclamó apasionadamente.

Luego, de repente, enderezó el vaso.

"Sí, yo también lo haré. Haré penitencia por ser malvada de esa manera. Me miraré cada vez que llegue a mi cuarto y veré lo fea que soy. Y tampoco trataré de imaginármelo. Nunca pensé que fuera vanidosa por mi pelo, de todas las cosas, pero ahora sé que lo era, a pesar de ser rojo, porque era tan largo, grueso y rizado. Supongo que ahora me pasará algo con la nariz".

La cabeza cortada de Ana causó sensación en la escuela el lunes siguiente, pero para su alivio nadie adivinó la verdadera razón, ni siquiera Josie Pye, quien, sin embargo, no dejó de informar a Ana de que parecía un perfecto espantapájaros.

"No dije nada cuando Josie me dijo eso -confesó Ana aquella noche a Marilla, que estaba tendida en el sofá después de uno de sus dolores de cabeza-, porque pensé que era parte de mi castigo y que debía soportarlo con paciencia. Es duro que te digan que pareces un espantapájaros y yo quería replicar. Pero no lo hice. Me limité a lanzarle una mirada desdeñosa y luego la perdoné. Te hace sentir muy virtuoso cuando perdonas a la gente, ¿verdad? Me propongo dedicar todas mis energías a ser buena después de esto y no volveré a intentar ser guapa. Claro que es mejor ser buena. Sé que lo es, pero a veces es tan difícil creer una cosa incluso cuando la sabes. Realmente quiero ser buena, Marilla, como tú y la Sra. Allan y la Srta. Stacy, y crecer para ser un orgullo para ustedes. Diana dice que cuando me empiece a crecer el pelo me ate una cinta de terciopelo negro alrededor de la cabeza con un lazo a un lado. Dice que cree que quedará muy bien. Lo llamaré una siesta, suena muy romántico. ¿Pero estoy hablando demasiado, Marilla? ¿Te duele la cabeza?"

"Mi cabeza está mejor ahora. Pero esta tarde me dolía mucho. Estos dolores de cabeza míos son cada vez peores. Tendré que ir al médico. En cuanto a tu cháchara, no sé si me molesta, me he acostumbrado tanto".

Que era la forma que tenía Marilla de decir que le gustaba oírlo.

CAPÍTULO XXVIII: UNA DESAFORTUNADA DONCELLA DE LIRIO

"Claro que debes de ser Elaine, Ana", dijo Diana. "Yo nunca podría tener el valor de flotar allí abajo".

"Yo tampoco", dijo Ruby Gillis con un escalofrío. "No me importa bajar flotando cuando somos dos o tres en el piso y podemos sentarnos. Entonces es divertido. Pero tumbarme y fingir que estoy muerta... no podría. Me moriría de miedo".

"Claro que sería romántico", concedió Jane Andrews. "Pero sé que no podría quedarme quieta. Me levantaría cada minuto para ver dónde estoy y si no me estoy alejando demasiado. Y ya sabes, Ana, eso estropearía el efecto".

"Pero es tan ridículo tener una Elaine pelirroja", se lamentó Ana. "No tengo miedo de flotar hacia abajo y me encantaría ser Elaine. Pero es ridículo igualmente. Ruby debería ser Elaine, porque es tan hermosa y tiene un pelo tan largo y dorado... Elaine tenía 'todo el pelo brillante suelto', ya sabes. Y Elaine era la doncella del lirio. Ahora bien, una persona pelirroja no puede ser una doncella de lirios".

"Tu tez es tan clara como la de Ruby", dijo Diana seriamente, "y tu pelo es mucho más oscuro de lo que solía ser antes de que te lo cortaras".

"¿De veras lo crees?", exclamó Ana, sonrojándose sensiblemente de placer. "A veces he pensado que era yo misma, pero nunca me he atrevido a preguntar a nadie por miedo a que me dijera que no. ¿Crees que ahora podría llamarse castaño, Diana?"

"Sí, y creo que es muy bonito", dijo Diana, mirando con admiración los rizos cortos y sedosos que se amontonaban sobre la cabeza de Ana y que estaban sujetos por una cinta y un moño de terciopelo negro muy atrevidos.

Estaban de pie en la orilla del estanque, debajo de la cuesta del Huerto, donde un pequeño promontorio bordeado de abedules salía de la orilla; en su extremo había una pequeña plataforma de madera construida en el agua para comodidad de los pescadores y cazadores de patos. Ruby y Jane pasaban la tarde de verano con Diana, y Ana había venido a jugar con ellas.

Ese verano, Ana y Diana habían pasado la mayor parte del tiempo jugando en el estanque y sus alrededores. Idlewild era cosa del pasado, pues el Sr. Bell había talado sin piedad el pequeño círculo de árboles de su prado trasero en primavera. Ana se había sentado entre los tocones y había llorado, no sin cierto romanticismo; pero pronto se consoló, pues, después de todo, como decían Diana y ella, las muchachas de trece años, a punto de cumplir catorce, eran demasiado mayores para diversiones tan infantiles como las casitas de juego, y en el estanque se podían practicar deportes más fascinantes. Era espléndido pescar truchas sobre el puente y las dos niñas aprendieron a remar en el pequeño bote de fondo plano que el señor Barry tenía para cazar patos.

Fue idea de Ana que dramatizaran a Elaine. Habían estudiado el poema de Tennyson en la escuela el invierno anterior, ya que el Superintendente de Educación lo había prescrito en el curso de inglés para las escuelas de la Isla del Príncipe Eduardo. Lo habían analizado y desmenuzado y hecho pedazos en general, hasta que era un milagro que les quedara algún significado, pero al menos la doncella del lirio y Lancelot y Ginebra y el rey Arturo se habían convertido en personas muy reales para ellos, y Ana se sentía devorada por el secreto pesar de no haber nacido en Camelot. Aquellos días, decía, eran mucho más románticos que el presente.

El plan de Ana fue acogido con entusiasmo. Las muchachas habían descubierto que si se empujaba la planicie desde el embarcadero, ésta se deslizaba con la corriente por debajo del puente y finalmente encallaba en otro

promontorio, más abajo, que salía de una curva del estanque. Habían bajado así a menudo y nada podía ser más conveniente para jugar a Elaine.

"Bien, yo seré Elaine", dijo Ana, cediendo a regañadientes, pues, aunque le habría encantado interpretar al personaje principal, su sentido artístico exigía una buena aptitud para ello y esto, según ella, sus limitaciones lo hacían imposible. "Ruby, tú debes ser el rey Arturo, Jane será Ginebra y Diana será Lancelot. Pero primero debes ser los hermanos y el padre. No podemos tener al viejo sirviente tonto porque no hay lugar para dos en el piso cuando uno está acostado. Debemos cubrir toda la barcaza con samita negra. Ese viejo chal negro de tu madre será justo lo que necesitas, Diana".

Conseguido el chal negro, Ana lo extendió sobre el piso y se tendió en el fondo, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho.

"Oh, parece muerta de verdad", susurró Ruby Gillis nerviosa, observando la carita inmóvil y blanca bajo las sombras parpadeantes de los abedules. "Me da miedo, chicas. ¿Creéis que está bien actuar así? La Sra. Lynde dice que todo juego es abominablemente perverso".

"Ruby, no deberías hablar de la señora Lynde", dijo Ana con severidad. "Arruina el efecto porque esto es cientos de años antes de que naciera la Sra. Lynde. Jane, organízalo tú. Es una tontería que Elaine hable cuando está muerta".

Jane estuvo a la altura de las circunstancias. No había paño de oro para la colcha, pero un viejo pañuelo de piano de crespón amarillo japonés era un excelente sustituto. No se podía conseguir un lirio blanco en ese momento, pero el efecto de un alto iris azul colocado en una de las manos de Ana era todo lo que se podía desear.

"Ya está lista -dijo Jane-. "Debemos besar sus cejas tranquilas y, Diana, tú di: 'Hermana, adiós para siempre', y Ruby, tú di: 'Adiós, dulce hermana', ambas tan apenadas como puedan. Ana, por el amor de Dios, sonríe un poco. Ya sabes que Elaine "yacía como si sonriera". Así está mejor. Ahora empuja el piso".

El piso fue empujado en consecuencia, raspando ásperamente sobre una vieja estaca incrustada en el proceso. Diana, Jane y Ruby sólo esperaron el tiempo suficiente para ver cómo la corriente la atrapaba y se dirigieron hacia el puente antes de corretear por el bosque, cruzar la carretera y descen-

der hasta el promontorio inferior donde, como Lancelot, Ginebra y el Rey, debían estar preparadas para recibir a la doncella de lirios.

Durante unos minutos Ana, bajando lentamente, disfrutó plenamente del romanticismo de su situación. Entonces ocurrió algo nada romántico. El piso empezó a gotear. En muy pocos instantes fue necesario que Elaine se pusiera en pie, recogiera su manto de oro y su manto de samita negrísima y mirara sin comprender una gran grieta en el fondo de su barcaza por la que el agua se colaba literalmente a raudales. La afilada estaca del rellano había arrancado la tira de bateo clavada en el piso. Ana no lo sabía, pero no tardó en darse cuenta de que se hallaba en una situación peligrosa. A este ritmo, la planicie se llenaría y se hundiría mucho antes de poder derivar hacia el cabo inferior. ¿Dónde estaban los remos? Abandonados en el embarcadero.

Ana lanzó un pequeño grito ahogado que nadie oyó jamás; estaba blanca hasta los labios, pero no perdió la compostura. Había una oportunidad, sólo una.

"Estaba terriblemente asustada", le contó a la señora Allan al día siguiente, "y me parecieron años mientras el piso iba a la deriva hacia el puente y el agua subía en él a cada momento. Rezaba, señora Allan, muy fervientemente, pero no cerraba los ojos para rezar, porque sabía que la única manera de que Dios me salvara era dejar que el piso flotara lo bastante cerca de uno de los pilotes del puente para que yo pudiera subirme a él. Ya sabes que los pilotes no son más que viejos troncos de árbol y que en ellos hay montones de nudos y viejos troncos de ramas. Era apropiado rezar, pero yo tenía que hacer mi parte vigilando y lo sabía muy bien. Me limité a decir: 'Querido Dios, por favor, lleva el piso cerca de una pila y yo haré el resto', una y otra vez. En tales circunstancias no piensas mucho en hacer una oración florida. Pero la mía fue escuchada, porque el piso chocó contra una pila durante un minuto y yo me eché la bufanda y el chal al hombro y me subí a un gran tronco providencial. Y allí estaba yo, señora Allan, aferrada a aquel viejo y resbaladizo montón sin poder subir ni bajar. Era una posición muy poco romántica, pero no pensé en eso en ese momento. No se piensa mucho en el romanticismo cuando se acaba de escapar de una tumba de agua. Enseguida recé una oración de agradecimiento y luego dediqué toda mi atención a agarrarme con fuerza, pues sabía que probablemente tendría que depender de la ayuda humana para volver a tierra firme."

La planicie quedó a la deriva bajo el puente y luego se hundió prontamente en medio de la corriente. Ruby, Jane y Diana, que ya lo esperaban en el promontorio inferior, lo vieron desaparecer ante sus propios ojos y no tuvieron la menor duda de que Ana se había hundido con él. Por un momento se quedaron inmóviles, blancos como la nieve, helados de horror ante la tragedia; luego, chillando a pleno pulmón, echaron a correr frenéticamente bosque arriba, sin detenerse al cruzar el camino principal para otear el camino del puente. Ana, aferrada desesperadamente a su precario punto de apoyo, vio sus formas voladoras y oyó sus gritos. Pronto llegaría la ayuda, pero mientras tanto su posición era muy incómoda.

Los minutos pasaban, cada uno de los cuales le parecía una hora a la desdichada doncella. ¿Por qué no venía nadie? ¿Adónde habían ido las chicas? Supongamos que se hubieran desmayado todas. Supongamos que nunca viniera nadie. Supongamos que estaba tan cansada y acalambrada que no podía aguantar más. Ana miró las perversas profundidades verdes que se extendían bajo ella, entre sombras largas y aceitosas, y se estremeció. Su imaginación empezó a sugerirle toda clase de horripilantes posibilidades.

Entonces, cuando pensaba que no podría soportar más el dolor de brazos y muñecas, Gilbert Blythe llegó remando bajo el puente en el bote de Harmon Andrews.

Gilbert levantó la vista y, para su asombro, contempló una carita blanca y desdeñosa que lo miraba con unos ojos grises, grandes y asustados, pero también desdeñosos.

"¿Ana Shirley! ¿Cómo diablos has llegado ahí?", exclamó.

Sin esperar respuesta, se acercó a la pila y le tendió la mano. No hubo más remedio; Ana, aferrándose a la mano de Gilbert Blythe, bajó a duras penas al bote, donde se sentó, desaliñada y furiosa, en la popa, con los brazos llenos de chal chorreante y crespón mojado. Sin duda era muy difícil ser digna en aquellas circunstancias.

"¿Qué ha ocurrido, Ana?", preguntó Gilbert, tomando los remos.

"Estábamos jugando a Elaine -explicó Ana frígidamente, sin mirar siquiera a su salvador-, y tuve que ir a la deriva hasta Camelot en la barcaza, es decir, en el piso. El piso empezó a hacer agua y yo salí a la pila. Las chi-

cas fueron a buscar ayuda. ¿Serías tan amable de llevarme remando hasta el embarcadero?"

Gilbert, complacido, remó hasta el embarcadero y Ana, desdeñando la ayuda, saltó ágilmente a la orilla.

"Te estoy muy agradecida", dijo con altivez al alejarse. Pero Gilbert había bajado también de la barca y le puso una mano en el brazo.

"Ana -dijo apresuradamente-, mira. ¿No podemos ser buenos amigos? Siento mucho haberme burlado de tu pelo aquella vez. No era mi intención molestarte y sólo pretendía bromear. Además, fue hace tanto tiempo. Ahora tu pelo me parece muy bonito, de verdad. Seamos amigas".

Por un momento Ana dudó. Tuvo la extraña conciencia, recién despertada bajo toda su indignada dignidad, de que la expresión medio tímida, medio ansiosa de los ojos avellana de Gilbert era algo muy bueno de ver. Su corazón dio un rápido y extraño latido. Pero la amargura de su antiguo agravio endureció rápidamente su vacilante determinación. Aquella escena de hacía dos años volvió a su memoria tan vívidamente como si hubiera tenido lugar ayer. Gilbert la había llamado "zanahoria" y la había deshonrado ante toda la escuela. Su resentimiento, que para otras personas de más edad podía ser tan risible como su causa, no se había apaciguado ni suavizado aparentemente con el tiempo. Odiaba a Gilbert Blythe. Jamás lo perdonaría.

"No", dijo fríamente, "nunca seré amiga tuya, Gilbert Blythe; ¡y no quiero serlo!"

"¡Está bien!" Gilbert saltó a su esquife con un color furioso en las mejillas. "Nunca volveré a pedirte que seamos amigos, Ana Shirley. Y tampoco me importa".

Se alejó con rápidas brazadas desafiantes, y Ana subió por el sendero empinado y helecho bajo los arcos. Llevaba la cabeza muy alta, pero era consciente de un extraño sentimiento de pesar. Casi deseaba haber respondido a Gilbert de otro modo. Por supuesto, él la había insultado terriblemente, pero aun así... En conjunto, Ana pensó que sería un alivio sentarse y echarse a llorar. Estaba muy nerviosa, pues la reacción al susto y a su estrechez se hacía sentir.

A mitad de camino se encontró con Jane y Diana que volvían corriendo al estanque en un estado que apenas distaba del frenesí positivo. No habían

encontrado a nadie en Orchard Slope, ya que el señor y la señora Barry no estaban. Allí Ruby Gillis había sucumbido a la histeria y la habían dejado recuperarse lo mejor posible, mientras Jane y Diana volaban a través del Bosque Embrujado y cruzaban el arroyo hasta Tejas Verdes. Allí tampoco encontraron a nadie, pues Marilla se había ido con Carmody y Matthew estaba haciendo heno en el campo de atrás.

"Ana -jadeó Diana, echándosele al cuello y llorando de alivio y alegría-, Ana, creímos que te habías ahogado, y nos sentimos como asesinas, porque te habíamos convertido en Elaine. Y Ruby está histérica... Oh, Ana, ¿cómo escapaste?"

"Me subí a uno de los pilotes", explicó Ana con cansancio, "y Gilbert Blythe llegó en el dory del señor Andrews y me trajo a tierra".

"¡Oh, Ana, qué espléndido por su parte! Qué romántico!", dijo Jane, encontrando al fin aliento suficiente para expresarse. "Por supuesto que hablarás con él después de esto."

"Claro que no", dijo Ana con un momentáneo retorno de su antiguo espíritu. "Y no quiero volver a oír la palabra romántico, Jane Andrews. Siento mucho que os asustarais tanto, chicas. Todo es culpa mía. Estoy segura de que nací bajo una estrella desafortunada. Todo lo que hago me mete a mí o a mis amigos más queridos en un lío. Hemos perdido el piso de tu padre, Diana, y presiento que ya no nos dejarán remar en el estanque".

El presentimiento de Ana resultó ser más verídico de lo que suelen serlo los presentimientos. Grande fue la consternación en los hogares de Barry y Cuthbert cuando se conocieron los sucesos de la tarde.

"¿Alguna vez entrarás en razón, Ana?", gimió Marilla.

"Oh, sí, creo que lo tendré, Marilla", respondió Ana con optimismo. Un buen llanto, dado en la agradecida soledad del hastial oriental, había calmado sus nervios y le había devuelto su acostumbrada alegría. "Creo que mis perspectivas de llegar a ser sensata son ahora más brillantes que nunca".

"No veo cómo", dijo Marilla.

"Bueno -explicó Ana-, hoy he aprendido una nueva y valiosa lección. Desde que llegué a Tejas Verdes he estado cometiendo errores, y cada error me ha ayudado a curarme de algún gran defecto. El asunto del broche de

amatista me curó de meterme con cosas que no me pertenecían. El error del bosque encantado me curó de dejarme llevar por la imaginación. El error de la tarta de linimento me curó del descuido en la cocina. Teñirme el pelo me curó de la vanidad. Ahora nunca pienso en mi pelo ni en mi nariz, al menos muy pocas veces. Y el error de hoy me va a curar de ser demasiado romántica. He llegado a la conclusión de que es inútil intentar ser romántica en Avonlea. Probablemente era bastante fácil en el Camelot de hace cientos de años, pero el romanticismo no se aprecia ahora. Estoy segura de que pronto verás una gran mejora en mí a este respecto, Marilla".

"Eso espero", dijo Marilla con escepticismo.

Pero Matthew, que había estado sentado en silencio en su rincón, puso una mano sobre el hombro de Ana cuando Marilla hubo salido.

"No renuncies a todo tu romanticismo, Ana", susurró tímidamente, "un poco de él es algo bueno -no demasiado, por supuesto-, pero conserva un poco de él, Ana, conserva un poco de él".

CAPÍTULO XXIX: UNA ÉPOCA EN LA VIDA DE ANA

Ana traía las vacas del prado trasero por el camino de los enamorados. Era una tarde de septiembre y todos los huecos y claros del bosque estaban rebosantes de la luz rubí del atardecer. Aquí y allá el sendero estaba salpicado de ella, pero en su mayor parte ya estaba bastante sombrío bajo los arcos, y los espacios bajo los abetos estaban llenos de un claro crepúsculo violeta como el vino aéreo. Los vientos soplaban en sus copas, y no hay música más dulce en la tierra que la que el viento produce en los abetos al atardecer.

Las vacas se balanceaban plácidamente por el sendero, y Ana las seguía soñadoramente, repitiendo en voz alta el canto de batalla de "Marmion" - que también había formado parte de su curso de inglés el invierno anterior y que miss Stacy les había hecho aprender de memoria- y exultante por sus líneas apresuradas y el choque de lanzas en su imaginación. Cuando llegó a las líneas:

"Los obstinados lanceros seguían defendiendo
su oscuro bosque impenetrable".

se detuvo extasiada y cerró los ojos para imaginarse mejor que formaba parte de aquel anillo heroico. Cuando volvió a abrirlos, vio a Diana que entraba por la puerta que daba al campo de Barry, con un aspecto tan importante que Ana adivinó al instante que había noticias que comunicar. Pero no quiso traicionar una curiosidad demasiado ansiosa.

"¿No es esta noche como un sueño púrpura, Diana? Me alegro tanto de estar viva. Por las mañanas siempre pienso que las mañanas son mejores; pero cuando llega la noche pienso que es aún más hermosa."

"Es una tarde muy bonita -dijo Diana-, pero tengo tantas noticias, Ana. Adivina. Puedes adivinar tres veces".

"Charlotte Gillis se va a casar en la iglesia después de todo y la señora Allan quiere que la decoremos", gritó Ana.

"No. El pretendiente de Charlotte no está de acuerdo con eso, porque nadie se ha casado en la iglesia todavía, y piensa que parecería demasiado un funeral. Es demasiado mezquino, porque sería muy divertido. Adivina otra vez".

"¿La madre de Jane le va a permitir celebrar una fiesta de cumpleaños?".

Diana negó con la cabeza, sus ojos negros bailando de alegría.

"No se me ocurre qué puede ser -dijo Ana con desesperación-, a menos que sea que Moody Spurgeon MacPherson te vio anoche en casa después de la reunión de oración. ¿Lo hizo?"

"Yo creería que no", exclamó Diana indignada. "No sería capaz de presumir de ello si lo hubiera hecho, ¡esa horrible criatura! Sabía que no podrías adivinarlo. Mamá recibió hoy una carta de tía Josephine, y tía Josephine quiere que tú y yo vayamos a la ciudad el próximo martes y nos quedemos con ella para la Exposición. ¡Ya está!"

"Oh, Diana -susurró Ana, viéndose obligada a apoyarse en un arce para sostenerse-, ¿lo dices en serio? Pero me temo que Marilla no me dejará ir. Dirá que no puede animarse a andar por ahí. Eso fue lo que dijo la semana pasada cuando Jane me invitó a ir con ellas en su calesa de dos asientos al concierto americano en el hotel White Sands. Yo quería ir, pero Marilla dijo que estaría mejor en casa aprendiendo mis lecciones y Jane también. Me sentí amargamente decepcionada, Diana. Me sentía tan desconsolada que no rezaba mis oraciones cuando me iba a la cama. Pero me arrepentí de eso y me levanté en medio de la noche y las dije".

"Te diré", dijo Diana, "haremos que mamá le pregunte a Marilla. Entonces estará más dispuesta a dejarte ir; y si lo hace, nos divertiremos como nunca, Ana. Nunca he ido a una Exposición, y es tan irritante oír a las otras

chicas hablar de sus viajes. Jane y Ruby han estado dos veces, y van a ir este año otra vez".

"No voy a pensar en ello en absoluto hasta que sepa si puedo ir o no", dijo Ana resueltamente. "Si lo hiciera y luego me decepcionara, sería más de lo que podría soportar. Pero en caso de que vaya, me alegro mucho de que mi nuevo abrigo esté listo para entonces. Marilla no creía que necesitara un abrigo nuevo. Dijo que el viejo me serviría para otro invierno y que debería conformarme con tener un vestido nuevo. El vestido es muy bonito, Diana, azul marino y está hecho a la moda. Ahora Marilla siempre me hace los vestidos a la moda, porque dice que no quiere que Matthew vaya a la señora Lynde a hacérselos. Me alegro mucho. Es mucho más fácil estar bien si tu ropa está a la moda. Al menos, es más fácil para mí. Supongo que no hay tanta diferencia para la gente buena por naturaleza. Pero Matthew dijo que tenía que tener un abrigo nuevo, así que Marilla compró una preciosa pieza de paño azul, y la está haciendo una modista de verdad en Carmody. Me lo van a hacer el sábado por la noche, y estoy intentando no imaginarme caminando por el pasillo de la iglesia el domingo con mi traje nuevo y mi gorro, porque me temo que no está bien imaginarse esas cosas. Pero se me pasa por la cabeza a pesar mío. Mi gorra es tan bonita. Matthew me la compró el día que estuvimos en Carmody. Es uno de esos pequeños de terciopelo azul que están de moda, con cordón dorado y borlas. Tu nuevo sombrero es elegante, Diana, y te sienta tan bien. Cuando te vi entrar en la iglesia el domingo pasado mi corazón se hinchó de orgullo al pensar que eras mi amiga más querida. ¿Crees que está mal que pensemos tanto en nuestra ropa? Marilla dice que es muy pecaminoso. Pero es un tema tan interesante, ¿verdad?".

Marilla accedió a que Ana fuera a la ciudad, y se acordó que el señor Barry llevara a las niñas el martes siguiente. Como Charlottetown estaba a treinta millas de distancia y el señor Barry deseaba ir y volver el mismo día, fue necesario madrugar mucho. Pero Ana lo consideró todo una alegría, y el martes por la mañana estaba levantada antes del amanecer. Una mirada desde la ventana le aseguró que el día sería bueno, pues el cielo oriental, detrás de los abetos del Bosque Embrujado, estaba plateado y sin nubes. A través de la brecha entre los árboles, una luz brillaba en el hastial occidental de Orchard Slope, señal de que Diana también se había levantado.

Ana ya estaba vestida cuando Matthew encendió el fuego y tenía el desayuno listo cuando Marilla bajó, pero por su parte estaba demasiado excitada para comer. Después de desayunar se puso la nueva gorra y la chaqueta, y Ana se apresuró a cruzar el arroyo y los abetos hasta Orchard Slope. El señor Barry y Diana la esperaban, y pronto se pusieron en camino.

El viaje fue largo, pero Ana y Diana disfrutaron cada minuto. Era delicioso avanzar traqueteando por los húmedos caminos a la temprana luz roja del sol que se deslizaba por los esquilados campos de siega. El aire era fresco y fresco, y pequeñas nieblas azules como el humo se enroscaban en los valles y flotaban desde las colinas. A veces el camino atravesaba bosques donde los arces empezaban a desplegar banderas escarlata; a veces cruzaba ríos por puentes que hacían estremecerse la carne de Ana con el viejo y medio encantador temor; a veces serpenteaba a lo largo de la orilla de un puerto y pasaba junto a un pequeño grupo de cabañas de pescadores de color grisáceo; de nuevo subía a las colinas desde donde se divisaba una gran extensión de tierras altas curvadas o un cielo azul brumoso; pero por dondequiera que pasara había mucho de interés que discutir. Era casi mediodía cuando llegaron a la ciudad y encontraron el camino a "Beechwood". Era una antigua mansión bastante bonita, apartada de la calle en un retiro de olmos verdes y hayas ramificadas. La señorita Barry los recibió en la puerta con un brillo en sus agudos ojos negros.

"Así que por fin has venido a verme, Ana", dijo. "¡Caramba, niña, cómo has crecido! Eres más alta que yo, te lo aseguro. Y también estás mucho más guapa que antes. Pero me atrevo a decir que lo sabes sin que te lo haya dicho".

"Por supuesto que no", dijo Ana radiante. "Sé que ya no tengo tantas pecas como antes, así que tengo mucho que agradecer, pero la verdad es que no me había atrevido a esperar que hubiera alguna otra mejora. Me alegro mucho de que piense que sí, señorita Barry".

La casa de la señorita Barry estaba amueblada con "gran magnificencia", como Ana dijo después a Marilla. Las dos muchachitas del campo se sintieron bastante avergonzadas por el esplendor del salón donde la señorita Barry las dejó cuando fue a ver lo de la cena.

"¿No es como un palacio?", susurró Diana. "Nunca había estado en casa de tía Josephine y no tenía ni idea de que fuera tan grandiosa. Ojalá Julia

Bell pudiera ver esto; se da tantos aires con el salón de su madre".

"Alfombra de terciopelo", suspiró Ana lujosamente, "¡y cortinas de seda! He soñado con cosas así, Diana. Pero sabes que no creo que me sienta muy cómoda con ellas después de todo. Hay tantas cosas en esta habitación y todas tan espléndidas que no hay margen para la imaginación. Ese es un consuelo cuando eres pobre: hay muchas más cosas sobre las que puedes imaginar".

Su estancia en la ciudad fue algo que Ana y Diana fecharon durante años. Del primero al último estuvo repleta de delicias.

El miércoles la señorita Barry las llevó al recinto de la Exposición y las tuvo allí todo el día.

"Fue espléndido", relató Ana a Marilla más tarde. "Nunca imaginé nada tan interesante. La verdad es que no sé qué sección era la más interesante. Creo que me gustaron más los caballos, las flores y el trabajo de fantasía". Josie Pye se llevó el primer premio de encaje de punto. Me alegré mucho de que lo hiciera. Y yo me alegré de alegrarme, porque eso demuestra que estoy mejorando, ¿no crees, Marilla, que puedo alegrarme del éxito de Josie? El Sr. Harmon Andrews se llevó el segundo premio por manzanas Gravens-tein y el Sr. Bell se llevó el primer premio por un cerdo. Diana dijo que le parecía ridículo que un superintendente de escuela dominical se llevara un premio en cerdos, pero yo no veo por qué. ¿Y tú? Ella dijo que siempre lo pensaría después de esto cuando él rezaba tan solemnemente. Clara Louise MacPherson se llevó un premio de pintura, y la Sra. Lynde obtuvo el primer premio de mantequilla y queso caseros. Así que Avonlea estaba bastante bien representada, ¿no? La Sra. Lynde estaba allí ese día, y nunca supe cuánto me gustaba hasta que vi su rostro familiar entre todos esos extraños. Había miles de personas allí, Marilla. Me hizo sentir terriblemente insignificante. Y la Srta. Barry nos llevó a la tribuna para ver las carreras de caballos. La Sra. Lynde no quiso ir; dijo que las carreras de caballos eran una abominación, y como ella era miembro de la iglesia, pensó que era su deber dar buen ejemplo manteniéndose alejada. Pero había tantos allí que no creo que se notara la ausencia de la Sra. Lynde. No creo, sin embargo, que deba ir muy a menudo a las carreras de caballos, porque son terriblemente fascinantes. Diana se emocionó tanto que me ofreció apostar diez centavos a que ganaría el caballo rojo. Yo no creía que ganaría, pero me negué a apostar,

porque quería contárselo todo a la señora Allan, y estaba segura de que no estaría bien decírselo. Siempre está mal hacer algo que no puedas contarle a la esposa del ministro. Es tan bueno como una conciencia extra tener a la esposa de un ministro como amiga. Y me alegré mucho de no haber apostado, porque el caballo rojo ganó y yo habría perdido diez centavos. Así que ya ven que la virtud era su propia recompensa. Vimos a un hombre subir en globo. Me encantaría subir en globo, Marilla; sería sencillamente emocionante; y vimos a un hombre que vendía fortunas. Le pagabas diez céntimos y un pajarito elegía tu fortuna. La señorita Barry nos dio diez centavos a Diana y a mí para que nos adivinara el futuro. La mía fue que me casaría con un hombre de tez oscura que era muy rico, y me iría a vivir al otro lado del mar. Miré atentamente a todos los hombres morenos que vi después de aquello, pero no me interesó mucho ninguno de ellos, y de todos modos supongo que es demasiado pronto para estar pendiente de él todavía. Fue un día inolvidable, Marilla. Estaba tan cansada que no pude dormir por la noche. La Srta. Barry nos alojó en la habitación de invitados, según lo prometido. Era una habitación elegante, Marilla, pero de alguna manera dormir en una habitación libre no es lo que yo solía pensar que era. Eso es lo peor de crecer, y estoy empezando a darme cuenta. Las cosas que tanto deseabas cuando eras niña no te parecen ni la mitad de maravillosas cuando las consigues."

El jueves las muchachas dieron un paseo en coche por el parque, y por la noche la señorita Barry las llevó a un concierto en la Academia de Música, donde iba a cantar una famosa prima donna. Para Ana la velada fue una deslumbrante visión de deleite.

"Oh, Marilla, fue indescriptible. Estaba tan emocionada que no podía ni hablar, así que ya sabes lo que sentí. Me quedé sentada en un silencio embobado. Madame Selitsky era perfectamente hermosa, y vestía satén blanco y diamantes. Pero cuando empezó a cantar no pensé en nada más. Oh, no puedo decirle cómo me sentí. Pero me pareció que ya nunca sería difícil ser buena. Me sentí como cuando miro las estrellas. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero eran lágrimas de felicidad. Me sentí tan apenada cuando todo terminó, y le dije a la señorita Barry que no sabía cómo iba a volver a la vida común. Me dijo que si íbamos al restaurante de enfrente y nos tomábamos un helado, me ayudaría. Eso sonaba tan prosaico, pero para mi sorpresa descubrí que era verdad. El helado estaba delicioso, Marilla, y era tan en-

cantador y disipado estar allí sentada comiéndolo a las once de la noche. Diana dijo que creía haber nacido para la vida en la ciudad. La señorita Barry me preguntó cuál era mi opinión, pero le dije que tendría que pensarlo muy seriamente antes de decirle lo que realmente pensaba. Así que lo pensé después de acostarme. Ese es el mejor momento para pensar las cosas. Y llegué a la conclusión, Marilla, de que no había nacido para la vida de ciudad y que me alegraba de ello. De vez en cuando es agradable comer helado en restaurantes brillantes a las once de la noche; pero como cosa habitual preferiría estar en el hastial este a las once, profundamente dormido, pero sabiendo incluso en sueños que las estrellas brillaban fuera y que el viento soplaba en los abetos al otro lado del arroyo. Se lo dije a la señorita Barry en el desayuno de la mañana siguiente y se rió. La señorita Barry solía reírse de todo lo que yo decía, incluso de las cosas más solemnes. No creo que me gustara, Marilla, porque no intentaba hacerme la graciosa. Pero es una señora muy hospitalaria y nos trató de maravilla".

El viernes llegó la hora de volver a casa y el Sr. Barry fue a buscar a las niñas.

"Espero que se hayan divertido", dijo la Srta. Barry al despedirse.

"Desde luego que sí", dijo Diana.

"¿Y tú, Ana-girl?"

"He disfrutado cada minuto", dijo Ana, echando impulsivamente los brazos al cuello de la anciana y besando su arrugada mejilla. Diana nunca se habría atrevido a hacer semejante cosa, y se sintió más bien horrorizada por la libertad de Ana. Pero la señorita Barry estaba contenta, y se quedó en su porche observando cómo se perdía de vista la calesa. Luego volvió a su gran casa con un suspiro. Parecía muy solitaria, sin aquellas jóvenes vidas frescas. La señorita Barry era una anciana bastante egoísta, a decir verdad, y nunca le había importado mucho nadie más que ella misma. Sólo valoraba a las personas en la medida en que le servían o le divertían. Ana la había divertido y, por consiguiente, gozaba de la simpatía de la anciana. Pero la señorita Barry no pensaba tanto en los pintorescos discursos de Ana como en sus frescos entusiasmos, en sus emociones transparentes, en sus maneras poco convincentes y en la dulzura de sus ojos y de sus labios.

"Creí que Marilla Cuthbert era una vieja loca cuando me enteré de que había adoptado a una niña de un asilo de huérfanos -se dijo-, pero creo que no se equivocó mucho después de todo. Si tuviera una niña como Ana en casa todo el tiempo sería una mujer mejor y más feliz".

Ana y Diana encontraron el camino de regreso a casa tan agradable como el de ida; más agradable aún, porque al final del trayecto les aguardaba la deliciosa conciencia del hogar. Era el atardecer cuando atravesaron White Sands y tomaron la carretera de la costa. Más allá, las colinas de Avonlea se perfilaban oscuras contra el cielo azafrán. Detrás de ellas, la luna surgía del mar, que se tornaba radiante y transfigurado bajo su luz. Cada pequeña cala a lo largo de la curva carretera era una maravilla de ondas danzantes. Las olas rompían con un suave batir en las rocas bajo ellos, y el sabor del mar se respiraba en el aire fuerte y fresco.

"Oh, qué bueno es estar vivo y volver a casa", suspiró Ana.

Cuando cruzó el puente de troncos sobre el arroyo, la luz de la cocina de Tejas Verdes le devolvió un amistoso guiño de bienvenida, y a través de la puerta abierta brilló el fuego de la chimenea, enviando su cálido resplandor rojo a través de la fría noche otoñal. Ana corrió alegremente colina arriba y entró en la cocina, donde una cena caliente esperaba sobre la mesa.

"¿Así que has vuelto?", dijo Marilla, doblando su tejido.

"Sí, y, oh, es tan bueno estar de vuelta", dijo Ana con alegría. "Podría besarlo todo, hasta el reloj. Marilla, ¡un pollo a la parrilla! No querrás decir que lo has cocinado para mí".

"Sí, lo hice", dijo Marilla. "Pensé que tendrías hambre después de semejante viaje y que necesitarías algo muy apetitoso. Date prisa, quítate tus cosas y cenaremos en cuanto llegue Matthew. Me alegro de que hayas vuelto, debo decir. Me he sentido terriblemente sola aquí sin ti, y nunca he pasado cuatro días más largos."

Después de la cena, Ana se sentó ante el fuego, entre Mateo y Marilla, y les hizo un relato completo de su visita.

"Me lo he pasado estupendamente -concluyó contenta-, y creo que ha marcado una época en mi vida. Pero lo mejor de todo ha sido la vuelta a casa".

CAPÍTULO XXX: SE ORGANIZA LA CLASE DE LA REINA

Marilla dejó su tejido sobre el regazo y se reclinó en la silla. Tenía los ojos cansados y pensó vagamente que la próxima vez que fuera a la ciudad tendría que ir a que le cambiaran las gafas, pues últimamente se le cansaban muy a menudo.

Era casi de noche, pues el apagado crepúsculo de noviembre había caído en torno a Tejas Verdes, y la única luz de la cocina procedía de las llamas rojas que danzaban en la estufa.

Ana estaba acurrucada en la alfombra de la chimenea, contemplando aquel alegre resplandor donde la madera de arce destilaba el sol de cien veranos. Había estado leyendo, pero su libro se había caído al suelo y ahora estaba soñando, con una sonrisa en los labios entreabiertos. Relucientes castillos de España se perfilaban en la niebla y el arco iris de su viva fantasía; aventuras maravillosas y cautivadoras le ocurrían en el país de las nubes, aventuras que siempre terminaban triunfalmente y nunca la involucraban en líos como los de la vida real.

Marilla la miraba con una ternura que nunca se habría revelado bajo otra luz más clara que aquella suave mezcla de fuego y sombra. Marilla nunca pudo aprender la lección de un amor que debería manifestarse fácilmente con palabras y miradas. Pero había aprendido a amar a aquella muchacha delgada y de ojos grises con un afecto tanto más profundo y fuerte cuanto menos demostrativo era. Su amor la hacía temer ser excesivamente indul-

gente. Tenía la inquietante sensación de que era bastante pecaminoso dedicarse tan intensamente a una criatura humana como ella se había dedicado a Ana, y tal vez realizaba una especie de penitencia inconsciente por ello, siendo más estricta y crítica que si la muchacha le hubiera sido menos querida. Ciertamente, Ana no tenía la menor idea de cuánto la quería Marilla. A veces pensaba con nostalgia que Marilla era muy difícil de contentar y que carecía claramente de simpatía y comprensión. Pero siempre reprimía el pensamiento, recordando lo que le debía a Marilla.

"Ana", dijo Marilla bruscamente, "la señorita Stacy estuvo aquí esta tarde cuando tú saliste con Diana".

Ana volvió de su otro mundo con un sobresalto y un suspiro.

"¿Estuvo? Oh, siento mucho no haber estado. ¿Por qué no me llamaste, Marilla? Diana y yo sólo estábamos en el Bosque Embrujado. El bosque está precioso ahora. Todas las pequeñas cosas del bosque -los helechos y las hojas de raso y las bayas- se han ido a dormir, como si alguien las hubiera guardado hasta la primavera bajo un manto de hojas. Creo que fue una pequeña hada gris con un pañuelo arco iris la que vino de puntillas la última noche de luna y lo hizo. Aunque Diana no quiso decir mucho al respecto. Diana nunca ha olvidado la regañina que le echó su madre por imaginar fantasmas en el Bosque Embrujado. Tuvo un efecto muy negativo en la imaginación de Diana. La arruinó. La Sra. Lynde dice que Myrtle Bell es un ser arruinado. Le pregunté a Ruby Gillis por qué Myrtle estaba arruinada, y Ruby dijo que suponía que era porque su joven la había abandonado. Ruby Gillis sólo piensa en hombres jóvenes, y cuanto más mayor se hace, peor es. Los hombres jóvenes están muy bien en su lugar, pero no sirve de nada arrastrarlos a todo, ¿verdad? Diana y yo estamos pensando seriamente en prometernos que nunca nos casaremos, sino que seremos solteras y viviremos juntas para siempre. Diana, sin embargo, no acaba de decidirse, porque piensa que tal vez sería más noble casarse con algún joven salvaje, apuesto y malvado y reformarlo. Diana y yo hablamos mucho de temas serios. Sentimos que somos mucho mayores que antes y que no nos conviene hablar de cosas de niños. Es tan solemne tener casi catorce años, Marilla. La señorita Stacy nos llevó a todas las adolescentes al arroyo el miércoles pasado y nos habló de ello. Dijo que no podíamos ser demasiado cuidadosas con los hábitos que formábamos y los ideales que adquiriríamos en la adolescencia, porque cuando tuviéramos veinte años nuestro carácter ya estaría

desarrollado y se habrían puesto los cimientos de toda nuestra vida futura. Y decía que si los cimientos eran débiles, nunca podríamos construir sobre ellos nada que realmente valiera la pena. Diana y yo hablamos del asunto al volver de la escuela. Nos sentíamos muy solemnes, Marilla. Y decidimos que trataríamos de ser muy cuidadosas y formar hábitos respetables y aprender todo lo que pudiéramos y ser tan sensatas como fuera posible, para que cuando tuviéramos veinte años nuestro carácter estuviera bien desarrollado. Es espantoso pensar en tener veinte años, Marilla. Suena tan terriblemente viejo y maduro. Pero, ¿por qué estaba la Srta. Stacy aquí esta tarde?"

"Eso es lo que quiero decirte, Ana, si alguna vez me das la oportunidad de decir algo. Estaba hablando de ti".

"¿De mí?" Ana parecía asustada. Luego se ruborizó y exclamó:

"Oh, ya sé lo que decía. Quería decírtelo, Marilla, de verdad, pero lo olvidé. La señorita Stacy me sorprendió leyendo "Ben Hur" en la escuela ayer por la tarde, cuando debería haber estado estudiando mi historia de Canadá. Jane Andrews me lo prestó. Lo estaba leyendo a la hora de la cena, y acababa de llegar a la carrera de cuadrigas cuando entró el colegio. Me moría de ganas de saber cómo acababa la cosa -aunque estaba segura de que Ben Hur debía ganar, porque no sería justicia poética que no lo hiciera-, así que extendí la historia sobre la tapa de mi escritorio y metí Ben Hur entre el escritorio y mi rodilla. Parecía como si estuviera estudiando historia canadiense, ya sabes, mientras me deleitaba con "Ben Hur". Estaba tan interesado en ella que no me di cuenta de que la señorita Stacy venía por el pasillo hasta que, de repente, levanté la vista y allí estaba ella, mirándome con cara de reproche. No sabes lo avergonzada que me sentí, Marilla, sobre todo cuando oí las risitas de Josie Pye. La Srta. Stacy se llevó "Ben Hur", pero entonces no dijo ni una palabra. Me retenía en el recreo y hablaba conmigo. Me dijo que lo había hecho muy mal en dos aspectos. En primer lugar, estaba perdiendo el tiempo que debería haber dedicado a mis estudios; y en segundo lugar, estaba engañando a mi profesora al intentar que pareciera que estaba leyendo historia, cuando en realidad era un libro de cuentos. Nunca me había dado cuenta hasta ese momento, Marilla, de que lo que estaba haciendo era un engaño. Me quedé estupefacta. Lloré amargamente y le pedí a la señorita Stacy que me perdonara y que nunca volvería a hacer algo así; y me ofrecí a hacer penitencia no volviendo a mirar "Ben Hur" en toda una semana, ni siquiera para ver cómo acababa la carrera de cuadrigas. Pero la seño-

rita Stacy dijo que no lo exigiría y me perdonó libremente. Así que creo que no fue muy amable de su parte venir aquí a hablarte de eso después de todo."

"La señorita Stacy nunca me mencionó tal cosa, Ana, y es sólo tu mala conciencia lo que te pasa. No tienes por qué llevar libros de cuentos a la escuela. De todos modos lees demasiadas novelas. Cuando era niña no me dejaban ni mirar una novela".

"¿Cómo puedes llamar novela a Ben Hur, cuando en realidad es un libro religioso?", protestó Ana. "Claro que es un poco demasiado emocionante para ser lectura de domingo, y yo sólo lo leo entre semana. Y ahora nunca leo ningún libro a menos que la señorita Stacy o la señora Allan piensen que es un libro apropiado para que lo lea una niña de trece años y tres cuartos. La Srta. Stacy me lo hizo prometer. Un día me encontró leyendo un libro titulado "El espeluznante misterio de la sala encantada". Era uno que Ruby Gillis me había prestado, y, oh, Marilla, era tan fascinante y espeluznante. Me hervía la sangre en las venas. Pero la Srta. Stacy dijo que era un libro muy tonto y malsano, y me pidió que no volviera a leerlo ni ninguno parecido. No me importó prometerle que no volvería a leer nada parecido, pero fue angustioso devolver aquel libro sin saber cómo había acabado. Pero mi amor por la Srta. Stacy resistió la prueba y lo hice. Es realmente maravilloso, Marilla, lo que puedes hacer cuando estás verdaderamente ansiosa por complacer a cierta persona."

"Bueno, supongo que encenderé la lámpara y me pondré a trabajar", dijo Marilla. "Veo claramente que no quieres oír lo que la señorita Stacy tenía que decir. Estás más interesada en el sonido de tu propia lengua que en cualquier otra cosa."

"Oh, en efecto, Marilla, sí quiero oírlo", gritó Ana contrita. "No diré ni una palabra más. Sé que hablo demasiado, pero estoy tratando de superarlo, y aunque digo demasiado, si supieras cuántas cosas quiero decir y no digo, me darías algo de crédito por ello. Por favor, dime, Marilla".

"Bueno, la señorita Stacy quiere organizar una clase entre sus alumnos avanzados que pretenden estudiar para el examen de ingreso en Queen's. Pretende darles clases extra durante una hora después de clase. Y vino a preguntarnos a Matthew y a mí si nos gustaría que te unieras a ella. ¿Qué te parece, Ana? ¿Te gustaría ir a Queen's y pasar por profesora?".

"¡Oh, Marilla!" Ana se puso de rodillas y juntó las manos. "Ha sido el sueño de mi vida, es decir, de los últimos seis meses, desde que Ruby y Jane empezaron a hablar de estudiar para el ingreso. Pero no dije nada al respecto, porque supuse que sería perfectamente inútil. Me encantaría ser maestra. ¿Pero no será terriblemente caro? El señor Andrews dice que le costó ciento cincuenta dólares sacar a Prissy adelante, y Prissy no era ninguna zopenca en geometría."

"Supongo que no necesitas preocuparte por esa parte. Cuando Matthew y yo te criamos decidimos que haríamos lo mejor que pudiéramos por ti y te daríamos una buena educación. Creo que una chica debe estar preparada para ganarse la vida, tenga que hacerlo o no. Siempre tendrás un hogar en Tejas Verdes mientras Matthew y yo estemos aquí, pero nadie sabe lo que va a pasar en este mundo incierto, y es mejor estar preparada. Así que puedes unirme a la clase de la Reina si quieres, Ana".

"Oh, Marilla, gracias." Ana rodeó la cintura de Marilla con los brazos y la miró seriamente a la cara. "Os estoy muy agradecida a ti y a Matthew. Estudiaré todo lo que pueda y me esforzaré al máximo para ser digna de ustedes. Te advierto que no esperes mucho de mí en geometría, pero creo que puedo defenderme en cualquier otra cosa si trabajo duro."

"Me atrevo a decir que lo harás bastante bien. La Srta. Stacy dice que eres brillante y diligente". Por nada del mundo Marilla le habría contado a Ana lo que la señorita Stacy había dicho de ella; eso habría sido mimar la vanidad. "No hace falta que te apresures a matarte por tus libros. No hay prisa. No estarás lista para intentar el ingreso hasta dentro de un año y medio. Pero es bueno empezar a tiempo y estar bien cimentada, dice la señorita Stacy".

"Ahora pondré más interés que nunca en mis estudios", dijo Ana dichosa, "porque tengo un propósito en la vida. El señor Allan dice que todo el mundo debería tener un propósito en la vida y perseguirlo fielmente. Sólo que él dice que primero debemos asegurarnos de que es un propósito digno. Yo diría que es un propósito digno querer ser maestra como la Srta. Stacy, ¿tú no, Marilla? Creo que es una profesión muy noble".

La clase de la Reina se organizó a su debido tiempo. Gilbert Blythe, Ana Shirley, Ruby Gillis, Jane Andrews, Josie Pye, Charlie Sloane y Moody Spurgeon MacPherson se unieron a ella. Diana Barry no lo hizo, ya que sus

padres no tenían intención de enviarla a Queen's. Esto le pareció a Ana poco menos que una calamidad. Nunca, desde la noche en que Minnie May había tenido crup, Diana y ella habían estado separadas en nada. La tarde en que la clase de la Reina se quedó por primera vez en la escuela para las lecciones suplementarias y Ana vio a Diana salir lentamente con las demás, para caminar sola a casa por el sendero de los Abedules y Violet Vale, fue todo lo que la primera pudo hacer para mantenerse sentada y abstenerse de precipitarse impulsivamente tras su compañera. Se le hizo un nudo en la garganta y se retiró apresuradamente detrás de las páginas de su gramática latina para ocultar las lágrimas de sus ojos. Por nada del mundo Ana hubiera permitido que Gilbert Blythe o Josie Pye vieran aquellas lágrimas.

"Pero, oh, Marilla, realmente sentí que había probado la amargura de la muerte, como dijo el señor Allan en su sermón del domingo pasado, cuando vi a Diana salir sola", dijo afligida aquella noche. "Pensé en lo espléndido que habría sido si Diana hubiera ido también a estudiar para la Entrada. Pero no podemos tener las cosas perfectas en este mundo imperfecto, como dice la señora Lynde. La Sra. Lynde no es precisamente una persona reconfortante a veces, pero no hay duda de que dice muchas cosas muy ciertas. Y creo que la clase de la Reina va a ser sumamente interesante. Jane y Ruby van a estudiar para ser maestras. Ese es el colmo de sus ambiciones. Ruby dice que sólo enseñará durante dos años después de terminar, y luego tiene la intención de casarse. Jane dice que dedicará toda su vida a la enseñanza, y que nunca, nunca se casará, porque a una le pagan un sueldo por enseñar, pero un marido no le paga nada, y gruñe si le pides una parte del dinero de los huevos y la mantequilla. Supongo que Jane habla por triste experiencia, porque la señora Lynde dice que su padre es un perfecto viejo cascarrabias, y más malo que el segundo descremado. Josie Pye dice que va a la universidad sólo por educación, porque no tendrá que ganarse la vida; dice que, por supuesto, es diferente con los huérfanos que viven de la caridad: tienen que apurarse. Moody Spurgeon va a ser ministro. La señora Lynde dice que no podría ser otra cosa con un nombre como ése. Espero que no sea malvado de mi parte, Marilla, pero realmente la idea de que Moody Spurgeon sea ministro me hace reír. Es un muchacho de aspecto tan gracioso, con esa cara grande y gorda, y sus ojitos azules, y sus orejas que sobresalen como aletas. Pero tal vez tenga un aspecto más intelectual cuando crezca. Charlie Sloane dice que se va a dedicar a la política y que va a ser miembro del Parlamento, pero la señora Lynde dice que nunca lo conseguirá, porque los Sloane

son todos gente honrada, y hoy en día sólo los granujas se dedican a la política."

"¿Qué va a ser Gilbert Blythe?", preguntó Marilla, viendo que Ana abría su Cæsar.

"No sé cuál es la ambición de Gilbert Blythe, si es que tiene alguna -respondió Ana con desdén.

Ahora existía una abierta rivalidad entre Gilbert y Ana. Antes la rivalidad había sido más bien unilateral, pero ya no cabía duda de que Gilbert estaba tan decidido a ser el primero de la clase como Ana. Era un enemigo digno de su acero. Los demás miembros de la clase reconocían tácitamente su superioridad, y jamás soñaban con intentar competir con él.

Desde aquel día junto al estanque en que ella se había negado a escuchar su súplica de perdón, Gilbert, salvo por la mencionada rivalidad decidida, no había manifestado reconocimiento alguno de la existencia de Ana Shirley. Hablaba y bromeaba con las otras muchachas, intercambiaba libros y rompecabezas con ellas, discutía lecciones y planes, a veces volvía a casa con alguna de ellas de la reunión de oración o del Club de Debate. Pero a Ana Shirley simplemente la ignoraba, y Ana descubrió que no es agradable que te ignoren. En vano se decía a sí misma con un movimiento de cabeza que no le importaba. En el fondo de su caprichoso y femenino corazoncito sabía que sí le importaba, y que si volviera a tener la oportunidad de visitar el Lago de las Aguas Brillantes, su respuesta sería muy diferente. De repente, como le pareció, y para su secreta consternación, descubrió que el viejo resentimiento que había abrigado contra él había desaparecido, justo cuando más necesitaba su poder sustentador. Fue en vano que recordara cada incidente y emoción de aquella memorable ocasión y tratara de sentir la antigua y satisfactoria ira. Aquel día junto al estanque había sido testigo de su último destello espasmódico. Ana se dio cuenta de que había perdonado y olvidado sin saberlo. Pero ya era demasiado tarde.

Y al menos ni Gilbert ni nadie, ni siquiera Diana, debían sospechar jamás cuánto lo sentía y cuánto deseaba no haber sido tan orgullosa y horrible. Decidió "envolver sus sentimientos en el más profundo olvido", y puede afirmarse aquí y ahora que lo consiguió, con tanto éxito que Gilbert, que posiblemente no era tan indiferente como parecía, no pudo consolarse con la creencia de que Ana sintiera su desprecio de represalia. El único consuelo

que le quedaba era que ella desairara a Charlie Sloane, sin piedad, continua e inmerecidamente.

Por lo demás, el invierno transcurrió entre agradables deberes y estudios. Para Ana los días se deslizaban como cuentas de oro en el collar del año. Estaba contenta, ansiosa, interesada; había lecciones que aprender y honores que ganar; libros deliciosos que leer; nuevas piezas que ensayar para el coro de la escuela dominical; agradables tardes de sábado en la mansión con la señora Allan; y luego, casi antes de que Ana se diera cuenta, la primavera había llegado de nuevo a Tejas Verdes y todo el mundo florecía una vez más.

La clase de la Reina, que se había quedado rezagada en la escuela mientras los demás se dispersaban por los verdes senderos, las frondosas arboledas y los caminos de los prados, miraba con nostalgia por las ventanas y descubría que los verbos latinos y los ejercicios de francés habían perdido de algún modo el sabor y el entusiasmo que habían tenido en los crujientes meses de invierno. Incluso Ana y Gilbert se rezagaban y se volvían indiferentes. Profesora y alumno se alegraron por igual cuando terminó el curso y los días de vacaciones se extendieron alegremente ante ellos.

"Pero habéis hecho un buen trabajo este último año", les dijo la señorita Stacy la última tarde, "y os merecéis unas buenas y alegres vacaciones. Pasadlo lo mejor que podáis al aire libre y acumulad salud, vitalidad y ambición para el año que viene. Será el tira y afloja, ya sabes: el último año antes de la Entrada".

"¿Volverá el año que viene, señorita Stacy?", preguntó Josie Pye.

Josie Pye nunca tenía reparos en hacer preguntas; en este caso, el resto de la clase se sintió agradecida; ninguna de ellas se habría atrevido a preguntárselo a la señorita Stacy, pero todas querían hacerlo, porque hacía tiempo que corrían rumores alarmantes por toda la escuela de que la señorita Stacy no iba a volver al año siguiente, que le habían ofrecido un puesto en la escuela graduada de su propio distrito y que pensaba aceptarlo. La clase de la Reina esperó su respuesta sin aliento.

"Sí, creo que lo haré", dijo la señorita Stacy. "Pensé en tomar otra escuela, pero he decidido regresar a Avonlea. A decir verdad, me he interesado

tanto por mis alumnas de aquí que me he dado cuenta de que no podía dejarlas. Así que me quedaré a verlos pasar".

"¡Hurra!" dijo Moody Spurgeon. Moody Spurgeon nunca se había dejado llevar tanto por sus sentimientos, y se ruborizaba incómodo cada vez que pensaba en ello durante una semana.

"Oh, me alegro mucho", dijo Ana con ojos brillantes. "Querida señorita Stacy, sería terrible que no volviera. No creo que me animara a seguir estudiando si viniera otra profesora."

Cuando Ana llegó a casa aquella noche, guardó todos sus libros de texto en un viejo baúl del desván, lo cerró y echó la llave en la caja de mantas.

"Ni siquiera voy a mirar un libro de texto en vacaciones", le dijo a Marilla. "He estudiado todo lo que he podido durante el curso y he estudiado a fondo esa geometría hasta que me sé de memoria todas las proposiciones del primer libro, incluso cuando las letras están cambiadas. Me siento cansado de todo lo sensato y voy a dejar volar mi imaginación durante el verano. Oh, no necesitas alarmarte, Marilla. Sólo la dejaré volar dentro de límites razonables. Pero quiero divertirme mucho este verano, porque tal vez sea el último verano que sea una niña. La señora Lynde dice que si el año que viene sigo estirándome como lo he hecho este, tendré que ponerme faldas más largas. Dice que me corren hasta las piernas y los ojos. Y cuando me ponga faldas más largas sentiré que tengo que estar a su altura y ser muy digna. Me temo que entonces ni siquiera creeré en las hadas; así que este verano voy a creer en ellas con todo mi corazón. Creo que vamos a tener unas vacaciones muy alegres. Ruby Gillis va a celebrar pronto una fiesta de cumpleaños y el mes que viene hay un picnic de la escuela dominical y el concierto de los misioneros. Y el Sr. Barry dice que alguna noche nos llevará a Diana y a mí al hotel White Sands y cenaremos allí. Cenan allí por la noche, ya sabes. Jane Andrews fue una vez el verano pasado y dice que fue un espectáculo deslumbrante ver las luces eléctricas y las flores y todas las damas invitadas con vestidos tan hermosos. Jane dice que fue su primer vistazo a la alta vida y que nunca lo olvidará hasta el día de su muerte".

Al día siguiente por la tarde, la Sra. Lynde vino a averiguar por qué Marilla no había asistido a la reunión del jueves. Cuando Marilla no estaba en la reunión de Ayuda la gente sabía que algo iba mal en Tejas Verdes.

"Matthew tuvo un ataque al corazón el jueves", explicó Marilla, "y no me apetecía dejarle. Oh, sí, ahora está bien de nuevo, pero tiene esos ataques más a menudo de lo que solía y estoy preocupada por él. El médico dice que debe tener cuidado de no excitarse. Eso es bastante fácil, porque Matthew no va por ahí buscando emociones de ninguna manera y nunca lo hizo, pero tampoco debe hacer ningún trabajo muy pesado y tú también podrías decirle a Matthew que no respire como que no trabaje. Ven y deja tus cosas, Rachel. ¿Te quedarás a tomar el té?"

"Bueno, ya que me apremia tanto, quizá sea mejor que me quede", dijo la señora Rachel, que no tenía la menor intención de hacer otra cosa.

La señora Rachel y Marilla se sentaron cómodamente en el salón mientras Ana preparaba el té y galletas calientes que eran lo bastante ligeras y blancas como para desafiar incluso las críticas de la señora Rachel.

"Debo decir que Ana se ha convertido en una chica muy lista", admitió la señora Rachel, mientras Marilla la acompañaba al final del camino al atardecer. "Debe de serte de gran ayuda".

"Lo es", dijo Marilla, "y ahora es muy firme y fiable. Solía temer que nunca superara sus manías, pero lo ha hecho y ahora no me daría miedo confiar en ella para nada."

"Nunca hubiera pensado que hubiera salido tan bien aquel primer día que estuve aquí hace tres años", dijo la señora Rachel. "¡Santo cielo, nunca olvidaré aquella rabieta suya! Cuando volví a casa aquella noche le dije a Thomas: 'Recuerda lo que te digo, Thomas, Marilla Cuthbert vivirá para lamentar el paso que ha dado'. Pero me equivoqué y me alegro mucho de ello. No soy de esa clase de personas, Marilla, que nunca reconocen que han cometido un error. No, nunca he sido así, gracias a Dios. Cometí un error al juzgar a Ana, pero no era de extrañar, porque nunca hubo en este mundo una bruja más rara e inesperada. No había forma de descifrarla según las reglas que funcionaban con otros niños. Es nada menos que maravilloso cómo ha mejorado en estos tres años, pero sobre todo en apariencia. Es una chica muy guapa, aunque no puedo decir que me guste demasiado ese estilo pálido y de ojos grandes. Me gustan más los chasquidos y el color, como los que tienen Diana Barry o Ruby Gillis. Los looks de Ruby Gillis son muy llamativos. Pero de alguna manera, no sé cómo, pero cuando Ana y ellas están juntas, aunque ella no es ni la mitad de guapa, las hace parecer comunes y exa-

geradas, algo así como esos lirios de junio blancos que ella llama narcisos junto a las grandes peonías rojas".

CAPÍTULO XXXI: DONDE SE UNEN EL ARROYO Y EL RÍO

Ana pasó su "buen" verano y lo disfrutó de todo corazón. Diana y ella vivían al aire libre, disfrutando de todos los placeres que ofrecían el Callejón de los Enamorados, la Burbuja de la Dríada, Willowmere y la Isla Victoria. Marilla no ponía objeciones a las andanzas de Ana. El médico de Spencervale, que había acudido la noche en que Minnie May tuvo crup, se encontró con Ana en casa de una paciente una tarde al comienzo de las vacaciones, la miró detenidamente, torció la boca, sacudió la cabeza y envió un mensaje a Marilla Cuthbert por medio de otra persona. Era:

"Mantén a esa pelirroja tuya al aire libre todo el verano y no la dejes leer libros hasta que tenga más brío".

Este mensaje asustó mucho a Marilla. Leyó la sentencia de muerte de Ana por consumo en ella a menos que fuera escrupulosamente obedecida. En consecuencia, Ana pasó el mejor verano de su vida en cuanto a libertad y diversión. Caminó, remó, berreó y soñó a su antojo; y cuando llegó septiembre estaba con los ojos brillantes y alerta, con un paso que habría satisfecho al médico de Spencervale y un corazón lleno de ambición y entusiasmo una vez más.

"Me apetece mucho estudiar", declaró cuando bajó sus libros del desván. "Oh, viejos amigos, me alegro de volver a ver vuestras caras sinceras... sí, incluso a ti, geometría. He tenido un verano perfectamente hermoso, Marilla, y ahora me regocijo como un hombre fuerte para correr una carrera,

como dijo el Sr. Allan el domingo pasado. ¿No predica magníficos sermones el Sr. Allan? La Sra. Lynde dice que está mejorando cada día y lo primero que sabremos es que alguna iglesia de la ciudad lo engullirá y entonces nos quedaremos sin nada y tendremos que recurrir a otro predicador verde. Pero no veo la utilidad de encontrarnos con problemas a mitad de camino, ¿verdad, Marilla? Creo que sería mejor disfrutar del Sr. Allan mientras lo tengamos. Si fuera hombre, creo que sería pastor. Pueden tener tanta influencia para el bien, si su teología es sólida; y debe ser emocionante predicar espléndidos sermones y conmover los corazones de tus oyentes. ¿Por qué las mujeres no pueden ser ministras, Marilla? Se lo pregunté a la Sra. Lynde y se escandalizó y dijo que sería un escándalo. Dijo que tal vez hubiera mujeres ministras en Estados Unidos y que creía que sí, pero que gracias a Dios aún no habíamos llegado a esa etapa en Canadá y que esperaba que nunca lo hiciéramos. Pero no veo por qué. Creo que las mujeres serían ministras espléndidas. Cuando hay que organizar una actividad social o un té en la iglesia o cualquier otra cosa para recaudar dinero, las mujeres tienen que acudir y hacer el trabajo. Estoy segura de que la Sra. Lynde puede rezar tan bien como el superintendente Bell y no dudo de que también podría predicar con un poco de práctica".

"Sí, creo que podría", dijo Marilla secamente. "Ya hace muchos sermones extraoficiales. Nadie tiene muchas posibilidades de equivocarse en Avonlea con Rachel para supervisarlos".

"Marilla -dijo Ana en un arranque de confianza-, quiero contarte algo y preguntarte qué piensas al respecto. Me ha preocupado muchísimo, sobre todo los domingos por la tarde, cuando pienso especialmente en esos asuntos. Realmente quiero portarme bien; y cuando estoy contigo, con la señora Allan o con la señorita Stacy, lo deseo más que nunca y quiero hacer justo lo que te agradaría y lo que aprobarías. Pero sobre todo cuando estoy con la señora Lynde me siento desesperadamente malvada y como si quisiera ir y hacer precisamente lo que ella me dice que no debo hacer. Me siento irresistiblemente tentada a hacerlo. ¿Cuál cree que es la razón por la que me siento así? ¿Crees que es porque soy realmente mala y no estoy regenerada?".

Marilla pareció dudosa por un momento. Luego se rió.

"Si es así, supongo que yo también lo soy, Ana, porque Rachel a menudo tiene ese mismo efecto en mí. A veces pienso que tendría más influencia

para el bien, como tú misma dices, si no se pasara el día regañando a la gente para que hiciera lo correcto. Debería haber un mandamiento especial contra los regaños. Pero no debería hablar así. Rachel es una buena mujer cristiana y tiene buenas intenciones. No hay un alma más bondadosa en Avonlea y nunca elude su parte del trabajo".

"Me alegro mucho de que pienses lo mismo", dijo Ana con decisión. "Es muy alentador. No debería preocuparme tanto por eso después de esto. Pero me atrevo a decir que habrá otras cosas que me preocupen. Siempre surgen cosas nuevas que te dejan perpleja. Resuelves una cuestión y justo después hay otra. Hay tantas cosas en las que pensar y decidir cuando empiezas a crecer. Me mantiene ocupada todo el tiempo pensando en ellas y decidiendo lo que es correcto. Crecer es algo serio, ¿verdad, Marilla? Pero cuando tengo tan buenos amigos como tú y Matthew y la Sra. Allan y la Srta. Stacy debería crecer con éxito, y estoy segura de que será culpa mía si no lo hago. Siento que es una gran responsabilidad porque sólo tengo una oportunidad. Si no crezco bien, no puedo volver atrás y empezar de nuevo. He crecido cinco centímetros este verano, Marilla. El Sr. Gillis me midió en la fiesta de Ruby. Estoy tan contenta de que haya hecho mis nuevos vestidos más largos. Ese verde oscuro es tan bonito y fue muy dulce de tu parte ponerle el volante. Sé que no era necesario, pero los volantes están de moda este otoño y Josie Pye lleva volantes en todos sus vestidos. Sé que podré estudiar mejor gracias al mío. Tendré una sensación tan cómoda en el fondo de mi mente con ese volante".

"Vale la pena tener eso", admitió Marilla.

La señorita Stacy regresó a la escuela de Avonlea y encontró de nuevo a todas sus alumnas ansiosas por trabajar. Especialmente la clase de la Reina se preparó para la lucha, porque al final del curso siguiente, ensombreciendo ya su camino, se vislumbraba esa cosa fatídica conocida como "la Entrada", ante cuyo pensamiento todos y cada uno sentían que se les hundía el corazón en los zapatos. Supongamos que no pasaban. Aquel pensamiento estaba condenado a atormentar a Ana durante todas las horas de vigilia de aquel invierno, domingos por la tarde inclusive, con exclusión casi total de los problemas morales y teológicos. Cuando Ana tenía pesadillas, se encontraba mirando miserablemente las listas de aprobados de los exámenes de ingreso, en las que el nombre de Gilbert Blythe figuraba a la cabeza y en las que el suyo no aparecía en absoluto.

Pero fue un invierno alegre, ajetreado y feliz. El trabajo escolar era tan interesante y la rivalidad entre las clases tan absorbente como antaño. Nuevos mundos de pensamientos, sentimientos y ambiciones, nuevos y fascinantes campos de conocimientos inexplorados parecían abrirse ante los ojos ávidos de Ana.

"Colinas se asomaban sobre colinas y Alpes sobre Alpes se levantaban".

Gran parte de todo esto se debía al tacto, el cuidado y la amplitud de miras de Miss Stacy. Llevaba a su clase a pensar, explorar y descubrir por sí mismos, y animaba a desviarse de los viejos caminos trillados hasta un punto que escandalizaba a la señora Lynde y a los administradores de la escuela, que veían con bastante recelo todas las innovaciones sobre los métodos establecidos.

Aparte de sus estudios, Ana se expandió socialmente, pues Marilla, consciente del dictamen del médico de Spencervale, ya no vetó las salidas ocasionales. El Club de Debate floreció y dio varios conciertos; hubo una o dos fiestas que casi rayaban en la edad adulta; hubo paseos en trineo y juegos de patinaje en abundancia.

Entre una cosa y otra, Ana crecía con tal rapidez que Marilla se asombró un día, cuando estaban una al lado de la otra, al ver que la niña era más alta que ella.

"Ana, ¡cómo has crecido!", dijo casi con incredulidad. A estas palabras siguió un suspiro. Marilla sintió un extraño pesar por los centímetros de Ana. La niña a la que había aprendido a amar había desaparecido de algún modo y en su lugar estaba aquella muchacha de quince años, alta, de ojos serios, con las cejas pensativas y la cabecita orgullosamente erguida. Marilla amaba a la muchacha tanto como había amado a la niña, pero era consciente de una extraña sensación de pérdida. Y aquella noche, cuando Ana había ido a la reunión de oración con Diana, Marilla se sentó sola en el crepúsculo invernal y se permitió la debilidad de un llanto. Matthew, que entraba con un farol, la sorprendió y la miró con tal consternación que Marilla tuvo que reír entre lágrimas.

"Estaba pensando en Ana", explicó. "Tiene que ser una niña tan grande... y probablemente estará lejos de nosotras el próximo invierno. La echaré muchísimo de menos".

"Podrá venir a casa a menudo", se consoló Matthew, para quien Ana era todavía y sería siempre la niña pequeña y ansiosa que él había traído a casa desde Bright River aquella tarde de junio de cuatro años atrás. "Para entonces el ramal del ferrocarril estará construido hasta Carmody".

"No será lo mismo que tenerla aquí todo el tiempo", suspiró Marilla sombríamente, decidida a disfrutar sin incomodidades de su lujo de pena. "¡Pero hay-hombres no pueden entender estas cosas!".

Hubo otros cambios en Ana no menos reales que el cambio físico. En primer lugar, se había vuelto mucho más silenciosa. Tal vez pensaba más y soñaba tanto como siempre, pero sin duda hablaba menos. Marilla también lo notó y lo comentó.

"Ya no parloteas ni la mitad de lo que solías, Ana, ni usas la mitad de palabras grandilocuentes. ¿Qué te pasa?"

Ana se puso colorada y se rió un poco, mientras dejaba caer el libro y miraba soñadoramente por la ventana, donde grandes y gordos capullos rojos brotaban de la enredadera en respuesta a la atracción del sol primaveral.

"No sé... no me apetece hablar tanto", dijo, golpeándose la barbilla pensativamente con el índice. "Es más agradable tener pensamientos bonitos y queridos y guardarlos en el corazón, como tesoros. No me gusta que se rían de ellos ni que se pregunten por ellos. Y, de alguna manera, ya no quiero usar grandes palabras. Es casi una pena, ¿verdad?, ahora que estoy creciendo lo suficiente como para decirlas si quisiera. Es divertido ser casi mayor en algunos aspectos, pero no es el tipo de diversión que esperaba, Marilla. Hay tanto que aprender y hacer y pensar que no hay tiempo para grandes palabras. Además, la Srta. Stacy dice que las cortas son mucho más fuertes y mejores. Nos hace escribir todas nuestras redacciones de la forma más sencilla posible. Al principio fue difícil. Estaba tan acostumbrada a amontonar todas las palabras bonitas que se me ocurrían, y se me ocurrían muchas. Pero ahora me he acostumbrado y veo que es mucho mejor".

"¿Qué ha sido de tu club de cuentos? Hace mucho que no te oigo hablar de él".

"El club de cuentos ya no existe. No teníamos tiempo para ello y, de todos modos, creo que nos habíamos cansado. Era una tontería escribir sobre amor, asesinatos, fugas y misterios. La señorita Stacy a veces nos hace es-

cribir una historia para entrenarnos en la composición, pero no nos deja escribir nada que no sea lo que podría ocurrir en Avonlea en nuestras propias vidas, y lo critica muy duramente y nos hace criticar las nuestras también. Nunca pensé que mis composiciones tuvieran tantos defectos hasta que empecé a buscarlos yo misma. Me sentía tan avergonzada que quería abandonar por completo, pero la señorita Stacy me dijo que podría aprender a escribir bien si me entrenaba para ser mi crítica más severa. Y así lo estoy intentando".

"Sólo te quedan dos meses antes de la Entrada", dijo Marilla. "¿Crees que serás capaz de superarlo?"

Ana se estremeció.

"No lo sé. A veces pienso que me irá bien, y luego me entra un miedo horrible. Hemos estudiado mucho y la señorita Stacy nos ha instruido a fondo, pero puede que no lo consigamos. Cada una tenemos un obstáculo. El mío es geometría, por supuesto, y el de Jane es latín y el de Ruby y Charlie es álgebra y el de Josie es aritmética. Moody Spurgeon dice que siente en sus huesos que va a fracasar en historia inglesa. La señorita Stacy nos va a hacer exámenes en junio tan duros como los de la Entrada y nos va a calificar igual de estrictamente, para que nos hagamos una idea. Desearía que todo hubiera terminado, Marilla. Me atormenta. A veces me despierto por la noche y me pregunto qué haré si no apruebo".

"Pues ir a la escuela el año que viene e intentarlo de nuevo", dijo Marilla despreocupada.

"Oh, no creo que tenga corazón para ello. Sería una desgracia suspender, especialmente si Gil... si los otros aprobaran. Y me pongo tan nerviosa en un examen que es probable que lo estropee todo. Desearía tener nervios como Jane Andrews. Nada la pone nerviosa".

Ana suspiró y, apartando los ojos de las brujerías del mundo primaveral, del día de brisa y azul, y de las cosas verdes que brotaban en el jardín, se enterró resueltamente en su libro. Habría otras primaveras, pero si no lograba pasar la Entrada, Ana estaba convencida de que nunca se recuperaría lo suficiente para disfrutarlas.

CAPÍTULO XXXII: LA LISTA DE APROBADOS

Con el fin del mes de junio llegó el término del trimestre y el fin del reinado de la señorita Stacy en la escuela de Avonlea. Ana y Diana regresaron a casa aquella tarde sintiéndose muy sobrias. Los ojos enrojecidos y los pañuelos húmedos daban testimonio convincente de que las palabras de despedida de la señorita Stacy debieron ser tan conmovedoras como lo habían sido las del señor Phillips en circunstancias similares tres años antes. Diana miró hacia la escuela desde el pie de la colina y suspiró profundamente.

"Parece como si fuera el final de todo, ¿verdad?"

"No deberías sentirte ni la mitad de mal que yo", dijo Ana, buscando en vano una mancha seca en su pañuelo. "Volverás el próximo invierno, pero supongo que habré dejado para siempre la vieja y querida escuela, si tengo buena suerte".

"No será lo mismo. Miss Stacy no estará allí, ni tú, ni Jane, ni Ruby probablemente. Tendré que sentarme sola, porque no podría soportar tener otra compañera de pupitre después de ti. Oh, hemos tenido momentos alegres, ¿no es así, Ana? Es terrible pensar que se han acabado".

Dos grandes lágrimas rodaron junto a la nariz de Diana.

"Si dejaras de llorar, podría hacerlo", dijo Ana implorante. "Apenas guardo mi pañuelo te veo rebosante y eso me hace empezar de nuevo. Como

dice la señora Lynde: "Si no puedes estar alegre, sé lo más alegre que puedas". Después de todo, me atrevo a decir que volveré el año que viene. Esta es una de las veces que sé que no voy a pasar. Se están volviendo alarmantemente frecuentes".

"Vaya, saliste espléndida en los exámenes que hizo la señorita Stacy".

"Sí, pero esos exámenes no me pusieron nerviosa. Cuando pienso en los exámenes de verdad, no puedes imaginarte la horrible sensación de frío que me recorre el corazón. Y luego mi número es el trece y Josie Pye dice que da mala suerte. No soy supersticiosa y sé que eso no cambia nada. Pero aún así desearía que no fuera trece".

"Me gustaría ir contigo", dijo Diana. "¿No pasaríamos un rato perfectamente elegante? Pero supongo que tendrás que empollar por las tardes".

"No; la señorita Stacy nos ha hecho prometer que no abriremos ningún libro. Dice que sólo nos cansaría y nos confundiría y que debemos salir a pasear y no pensar en absoluto en los exámenes y acostarnos temprano. Es un buen consejo, pero supongo que será difícil de seguir; los buenos consejos suelen serlo, creo yo. Prissy Andrews me dijo que todas las noches de la semana de ingreso se pasaba media noche en vela, estudiando hasta la extenuación, y yo estaba decidida a quedarme en vela al menos tanto como ella. Fue muy amable tu tía Josephine al pedirme que me quedara en Beechwood mientras estoy en la ciudad".

"Me escribirás mientras estés aquí, ¿verdad?"

"Te escribiré el martes por la noche y te contaré cómo me ha ido el primer día", prometió Ana.

"El miércoles rondaré la oficina de correos", juró Diana.

Ana se fue a la ciudad el lunes siguiente, y el miércoles Diana rondó la oficina de correos, como habían acordado, y recibió su carta.

"Queridísima Diana -escribió Ana-, es martes por la noche y escribo esto en la biblioteca de Beechwood. Anoche me sentí terriblemente sola en mi habitación y deseé tanto que estuvieras conmigo. No podía 'empollar' porque le había prometido a la señorita Stacy que no lo haría, pero era tan difícil no abrir mi historia como solía serlo no leer un cuento antes de aprender mis lecciones.

"Esta mañana la señorita Stacy vino a buscarme y nos fuimos a la Academia, llamando a Jane, Ruby y Josie por el camino. Ruby me pidió que le tocara las manos y las tenía frías como el hielo. Josie dijo que parecía como si no hubiera pegado ojo y que no me creía lo bastante fuerte como para aguantar el duro curso de magisterio, aunque lo superara. Aún hay momentos en los que siento que no he hecho grandes progresos para que Josie Pye me caiga bien.

"Cuando llegamos a la Academia había allí decenas de estudiantes de toda la Isla. La primera persona que vimos fue a Moody Spurgeon, sentado en la escalera y murmurando para sí mismo. Jane le preguntó qué diablos estaba haciendo y él respondió que repetía la tabla de multiplicar una y otra vez para calmar sus nervios y, por piedad, para no interrumpirlo, porque si se detenía un momento se asustaba y olvidaba todo lo que sabía, pero la tabla de multiplicar mantenía todos sus datos firmemente en su lugar.

"Cuando nos asignaron nuestras habitaciones, la señorita Stacy tuvo que dejarnos. Jane y yo nos sentamos juntas y Jane estaba tan serena que la envidiaba. No necesitaba la tabla de multiplicar para la buena, firme y sensata Jane. Me preguntaba si me veía como me sentía y si podían oír el latido de mi corazón al otro lado de la habitación. Entonces entró un hombre y empezó a distribuir las hojas del examen de inglés. Se me enfriaron las manos y la cabeza me dio vueltas al cogerlo. Fue un momento horrible -Diana, me sentí exactamente igual que hace cuatro años, cuando le pregunté a Marilla si podía quedarme en Tejas Verdes- y luego todo se aclaró en mi mente y mi corazón empezó a latir de nuevo -¡olvidé decir que se había detenido por completo!

"A mediodía nos fuimos a casa a cenar y por la tarde volvimos para estudiar historia. La historia era un trabajo bastante difícil y me confundí terriblemente con las fechas. Aun así, creo que hoy lo he hecho bastante bien. Pero, Diana, mañana toca el examen de geometría y, cuando pienso en ello, necesito toda la determinación que poseo para no abrir mi Euclides. Si pensara que la tabla de multiplicar me ayudaría, la recitaría desde ahora hasta mañana por la mañana.

"Bajé a ver a las otras chicas esta tarde. En mi camino me encontré a Moody Spurgeon vagando distraído. Dijo que sabía que había fracasado en historia y que había nacido para ser una decepción para sus padres y que se

iba a casa en el tren de la mañana; y que, de todos modos, sería más fácil ser carpintero que ministro. Le animé y le convencí de que se quedara hasta el final porque sería injusto para la señorita Stacy que no lo hiciera. A veces he deseado haber nacido varón, pero cuando veo a Moody Spurgeon siempre me alegro de ser una niña y no su hermana.

"Ruby estaba histérica cuando llegué a su pensión; acababa de descubrir un terrible error que había cometido en su trabajo de inglés. Cuando se recuperó, fuimos a la ciudad a tomar un helado. Cómo nos hubiera gustado que estuvieras con nosotros.

"¡Oh, Diana, si al menos hubiera terminado el examen de geometría! Pero ahí, como diría la señora Lynde, el sol seguirá saliendo y poniéndose, suspenda o no en geometría. Eso es cierto, pero no especialmente reconfortante. Creo que preferiría que no siguiera si suspendo.

"Atentamente.

"Ana."

El examen de geometría y todos los demás terminaron a su debido tiempo y Ana llegó a casa el viernes por la tarde, bastante cansada, pero con un aire de triunfo escarmentado. Diana estaba en Tejas Verdes cuando ella llegó y se encontraron como si hubiesen estado separadas durante años.

"Querida, es espléndido verte de vuelta. Parece una eternidad desde que fuiste a la ciudad y oh, Ana, ¿cómo te fue?"

"Bastante bien, creo, en todo menos en geometría. No sé si la aprobé o no, y tengo el espeluznante presentimiento de que no. ¡Oh, qué bueno es estar de vuelta! Tejas Verdes es el lugar más querido y adorable del mundo".

"¿Cómo les fue a los otros?"

"Las chicas dicen que saben que no aprobaron, pero creo que lo hicieron bastante bien. Josie dice que la geometría era tan fácil que un niño de diez años podría hacerla. Moody Spurgeon sigue pensando que suspendió en historia y Charlie dice que suspendió en álgebra. Pero en realidad no sabemos nada al respecto y no lo sabremos hasta que se publique la lista de aprobados. Eso no será hasta dentro de quince días. ¡Imagínate vivir quince días en suspenso! Ojalá pudiera dormirme y no despertarme hasta que todo acabe".

Diana sabía que sería inútil preguntar cómo le había ido a Gilbert Blythe, así que se limitó a decir:

"Oh, lo pasarás bien. No te preocupes".

"Prefiero no aprobar a no salir muy bien parada en la lista", espetó Ana, queriendo decir con ello -y Diana sabía que quería decir- que el éxito sería incompleto y amargo si no salía por delante de Gilbert Blythe.

Con este fin, Ana había puesto a prueba todos sus nervios durante los exámenes. Gilbert también. Se habían encontrado y cruzado por la calle una docena de veces sin dar señales de reconocerse, y cada vez Ana había levantado un poco más la cabeza y deseado un poco más sinceramente haberse hecho amiga de Gilbert cuando éste se lo pidió, y había jurado un poco más resueltamente superarle en el examen. Sabía que todo Avonlea junior se preguntaba quién saldría primero; incluso sabía que Jimmy Glover y Ned Wright habían hecho una apuesta sobre la cuestión y que Josie Pye había dicho que no cabía la menor duda de que Gilbert sería el primero; y sentía que su humillación sería insoportable si fracasaba.

Pero tenía otro motivo más noble para desear hacerlo bien. Quería "pasar alto" por el bien de Matthew y Marilla, especialmente por Matthew. Matthew le había declarado su convicción de que ella "vencería a toda la Isla". Eso, pensaba Ana, era algo que sería una tontería esperar ni en los sueños más descabellados. Pero deseaba fervientemente quedar entre las diez primeras, al menos, para poder ver los ojos marrones y amables de Matthew brillar de orgullo por su hazaña. En su opinión, sería una dulce recompensa por su duro trabajo y su paciente búsqueda entre ecuaciones y conjugaciones poco imaginativas.

Al final de la quincena, Ana se dedicó también a "rondar" la oficina de correos, en la distraída compañía de Jane, Ruby y Josie, abriendo los diarios de Charlottetown con manos temblorosas y sentimientos de frío y hundimiento tan malos como los experimentados durante la semana de la Entrada. Charlie y Gilbert no dejaron de hacer lo mismo, pero Moody Spurgeon se mantuvo resueltamente al margen.

"No tengo valor para ir allí y mirar un periódico a sangre fría", le dijo a Ana. "Voy a esperar a que alguien venga y me diga de repente si he aprobado o no".

Cuando pasaron tres semanas sin que apareciera la lista de aprobados, Ana empezó a sentir que realmente no podría soportar la tensión mucho más tiempo. Le fallaba el apetito y languidecía su interés por las cosas de Avonlea. La señora Lynde quería saber qué más se podía esperar con un superintendente de educación conservador al frente de los asuntos, y Matthew, al notar la palidez e indiferencia de Ana y los pasos rezagados que la llevaban a casa desde la oficina de correos todas las tardes, empezó a preguntarse seriamente si no sería mejor votar a Grit en las próximas elecciones.

Pero una tarde llegó la noticia. Ana estaba sentada junto a la ventana abierta, olvidada por un momento de los problemas de los exámenes y de las preocupaciones del mundo, mientras disfrutaba de la belleza del crepúsculo de verano, perfumado con el dulce aroma de los alientos de las flores del jardín de abajo y el susurro sibilante de los álamos. El cielo del este, por encima de los abetos, se sonrosaba débilmente por el reflejo del oeste, y Ana se preguntaba soñadoramente si el espíritu del color se vería así, cuando vio a Diana bajar volando entre los abetos, cruzar el puente de troncos y subir por la ladera, con un periódico ondeante en la mano.

Ana se puso en pie de un salto, sabiendo en seguida lo que contenía aquel periódico. Había salido la lista de aprobados. La cabeza le daba vueltas y el corazón le latía hasta hacerle daño. No podía dar un paso. Le pareció que había transcurrido una hora antes de que Diana llegara corriendo por el pasillo e irrumpiera en la habitación sin siquiera llamar, tan grande era su excitación.

"Ana, has pasado -exclamó-, has pasado la primera, Gilbert y tú, estáis empatados, pero tu nombre es el primero. Estoy tan orgullosa".

Diana arrojó el papel sobre la mesa y se tumbó en la cama de Ana, completamente sin aliento e incapaz de seguir hablando. Ana encendió la lámpara, rebasando la caja de cerillas y gastando media docena de fósforos antes de que sus manos temblorosas pudieran realizar la tarea. Luego cogió el periódico. Sí, había aprobado; su nombre figuraba el primero de una lista de doscientos. Valía la pena vivir por aquel momento.

"Lo has hecho espléndidamente, Ana", dijo Diana, recuperándose lo suficiente para sentarse y hablar, pues Ana, con los ojos desorbitados y embelesada, no había pronunciado palabra. "Papá trajo el periódico de Bright River no hace ni diez minutos -salió en el tren de la tarde, ya sabes, y no llega-

rá hasta mañana por correo- y cuando vi la lista de aprobados me precipité como una loca. Todos habéis aprobado, todos, Moody Spurgeon y todos, aunque él está condicionado en historia. Jane y Ruby lo hicieron bastante bien -están a mitad de camino- y también Charlie. Josie pasó por los pelos con tres notas de sobra, pero ya veréis que se dará tantos aires como si hubiera dirigido. ¿No estará encantada la Srta. Stacy? Oh, Ana, ¿qué se siente al ver tu nombre a la cabeza de una lista de aprobados como esa? Si fuera yo sé que me volvería loca de alegría. Ya estoy casi loca, pero tú estás tan tranquila y fresca como una tarde de primavera".

"Estoy deslumbrada por dentro", dijo Ana. "Quiero decir cien cosas y no encuentro palabras para decirlas. Nunca soñé con esto; sí, yo también lo hice, ¡sólo una vez! Me permití pensar una vez: "¿Y si salgo yo primero?" Temblando, ya sabes, porque me parecía tan vano y presuntuoso pensar que yo podía guiar a la Isla. Discúlpame un minuto, Diana. Debo correr al campo a decirle a Matthew. Luego iremos por el camino y les daremos la buena noticia a los demás".

Se apresuraron a ir al campo de heno que había debajo del granero, donde Matthew estaba enrollando heno y, para su suerte, la señora Lynde estaba hablando con Marilla en la valla del carril.

"¡Oh, Matthew!", exclamó Ana, "¡he pasado y soy la primera, o una de las primeras! No soy vanidosa, pero estoy agradecida".

"Bueno, siempre lo he dicho", dijo Matthew, mirando encantado la lista de aprobados. "Sabía que podías ganarles a todos fácilmente".

"Debo decir que lo has hecho bastante bien, Ana", dijo Marilla, tratando de ocultar su extremo orgullo por Ana ante la mirada crítica de la señora Raquel. Pero aquella buena alma dijo de corazón

"-Supongo que lo ha hecho bien, y lejos de mí estar retraída al decirlo. Eres un orgullo para tus amigas, Ana, eso es, y todas estamos orgullosas de ti".

Aquella noche, Ana, que había terminado una agradable velada conversando seriamente con la señora Allan en la casa solariega, se arrodilló dulcemente junto a la ventana abierta, bajo la luz de la luna, y murmuró una oración de gratitud y de aspiración que le salía directamente del corazón. Había en ella gratitud por el pasado y reverente petición por el futuro; y

cuando dormía sobre su blanca almohada sus sueños eran tan hermosos y brillantes como la doncella podría desear.

CAPÍTULO XXXIII: EL CONCIERTO DEL HOTEL

"Ponte tu organdí blanco, Ana", aconsejó Diana con decisión.

Estaban juntas en la habitación del hastial oriental; fuera sólo había crepúsculo, un hermoso crepúsculo verde amarillento con un cielo azul despejado y sin nubes. Una luna grande y redonda, que lentamente iba perdiendo su pálido brillo para convertirse en plata bruñida, se cernía sobre el Bosque Encantado; el aire estaba lleno de dulces sonidos veraniegos: trinos de pájaros dormidos, brisas extrañas, voces y risas lejanas. Pero en la habitación de Ana la persiana estaba echada y la lámpara encendida, pues se estaba haciendo un aseo importante.

El hastial oriental era un lugar muy distinto de lo que había sido aquella noche de cuatro años atrás, cuando Ana había sentido que su desnudez penetraba hasta la médula de su espíritu con su frío inhóspito. Los cambios habían ido introduciéndose, Marilla conviviendo con ellos resignadamente, hasta convertirlo en el nido más dulce y delicado que una joven pudiera desear.

La alfombra de terciopelo con las rosas rosadas y las cortinas de seda rosa de las primeras visiones de Ana nunca se habían materializado; pero sus sueños habían seguido el ritmo de su crecimiento, y no es probable que los lamentara. El suelo estaba cubierto de una bonita estera, y las cortinas que suavizaban la alta ventana y ondeaban con las brisas vagabundas eran de muselina artística de color verde pálido. Las paredes, colgadas no con

tapices de brocado de oro y plata, sino con un delicado papel de flores de manzano, estaban adornadas con unos cuantos buenos cuadros regalados a Ana por la señora Allan. La fotografía de la señorita Stacy ocupaba el lugar de honor, y Ana se empeñaba sentimentalmente en mantener flores frescas en el soporte debajo de ella. Esta noche, una espiga de lirios blancos perfumaba tenuemente la habitación como el sueño de una fragancia. No había "muebles de caoba", pero sí una estantería pintada de blanco y llena de libros, una mecedora de mimbre acolchada, una mesa de tocador rellena de muselina blanca, un pintoresco espejo de marco dorado con cupidos rosas regordetes y uvas moradas pintadas en su parte superior arqueada, que solía estar colgado en la habitación de invitados, y una cama blanca baja.

Ana se estaba vistiendo para un concierto en el hotel White Sands. Los huéspedes lo habían organizado en beneficio del hospital de Charlottetown, y habían buscado a todos los aficionados disponibles en los distritos circundantes para que colaborasen en su realización. Se había pedido a Bertha Sampson y Pearl Clay, del coro baptista de White Sands, que cantaran a dúo; a Milton Clark, de Newbridge, que diera un solo de violín; a Winnie Adella Blair, de Carmody, que cantara una balada escocesa; y a Laura Spencer, de Spencervale, y Ana Shirley, de Avonlea, que recitaran.

Como Ana hubiera dicho en alguna ocasión, se trataba de "una época en su vida", y estaba deliciosamente embelesada por la emoción que le producía. Matthew estaba en el séptimo cielo de orgullo gratificado por el honor conferido a su Ana, y Marilla no le iba a la zaga, aunque hubiera preferido morir antes que admitirlo, y dijo que no le parecía muy apropiado que un montón de jóvenes se pasearan por el hotel sin que les acompañara ninguna persona responsable.

Ana y Diana iban a ir con Jane Andrews y su hermano Billy en su calesa de dos asientos, y también irían otros chicos y chicas de Avonlea. Se esperaba a un grupo de visitantes de la ciudad, y después del concierto se ofrecería una cena a los artistas.

"¿De verdad crees que la organdí será la mejor?", preguntó Ana con ansiedad. "No creo que sea tan bonito como mi muselina de flores azules, y desde luego no está tan de moda".

"Pero te queda mucho mejor", dijo Diana. "Es tan suave, con volantes y tan ceñido. La muselina es rígida y te hace parecer demasiado arreglada.

Pero el organdí parece como si hubiera crecido en ti".

Ana suspiró y cedió. Diana empezaba a tener fama de tener un gusto notable para vestirse, y sus consejos sobre estos temas eran muy solicitados. Ella misma estaba muy guapa aquella noche, con un vestido de un precioso rosa silvestre, del que Ana estaba excluida para siempre; pero no iba a tomar parte en el concierto, de modo que su aspecto no tenía mayor importancia. Todos sus esfuerzos se concentraron en Ana, a quien juró que, por el honor de Avonlea, debía vestir, peinar y adornar al gusto de la reina.

"Saca un poco más ese volante; toma, deja que te ate el fajín; ahora las zapatillas. Te voy a trenzar el pelo en dos gruesas trenzas, y te las voy a atar a media altura con grandes moños blancos; no, no te saques ni un solo rizo sobre la frente; sólo la parte suave. No hay forma de peinarte que te sienta tan bien, Ana, y la señora Allan dice que pareces una Madonna cuando te lo haces así. Te pondré esta pequeña rosa blanca justo detrás de la oreja. Sólo había una en mi mata, y la guardé para ti".

"¿Me pongo mis cuentas de perlas?", preguntó Ana. "Matthew me trajo un collar de la ciudad la semana pasada, y sé que le gustaría vérmelas puestas".

Diana frunció los labios, puso su negra cabeza de lado con aire crítico, y finalmente se pronunció a favor de los abalorios, que fueron anudados alrededor de la esbelta garganta blanca como la leche de Ana.

"Hay algo muy elegante en ti, Ana -dijo Diana con admiración envidiosa-. "Sostienes la cabeza con ese aire. Supongo que es tu figura. Yo no soy más que una bola de masa. Siempre me ha dado miedo, y ahora sé que es así. Bueno, supongo que tendré que resignarme".

"Pero qué hoyuelos tienes", dijo Ana, sonriendo afectuosamente a aquella cara bonita y vivaracha tan cercana a la suya. "Hermosos hoyuelos, como pequeñas abolladuras en la crema. He perdido toda esperanza de tener hoyuelos. Mi sueño de los hoyuelos nunca se hará realidad; pero tantos de mis sueños se han hecho realidad que no debo quejarme. ¿Ya estoy lista?"

"Todo listo", aseguró Diana, cuando Marilla apareció en la puerta, una figura demacrada con el pelo más gris que antaño y no menos ángulos, pero con un rostro mucho más suave. "Entra y mira a nuestra elocucionista, Marilla. ¿No está encantadora?"

Marilla emitió un sonido entre un resoplido y un gruñido.

"Parece pulcra y correcta. Me gusta esa forma de arreglarse el pelo. Pero supongo que arruinará ese vestido conduciendo por el polvo y el rocío, y parece demasiado fino para estas noches húmedas. De todos modos, el organdí es el material más inservible del mundo, y así se lo dije a Matthew cuando lo compró. Pero hoy en día es inútil decirle nada a Matthew. Hubo un tiempo en que me hacía caso, pero ahora no hace más que comprar cosas para Ana, y los dependientes de Carmody saben que pueden endosarle cualquier cosa. Basta con que le digan que una cosa es bonita y está de moda para que Matthew desembolse su dinero por ella. No te pongas la falda en la rueda, Ana, y abrígate bien".

Entonces Marilla bajó las escaleras, pensando con orgullo en lo dulce que se veía Ana, con aquel

"Un rayo de luna desde la frente hasta la coronilla"

y lamentando no poder ir ella misma al concierto para oír recitar a su niña.

"Me pregunto si estará demasiado húmedo para mi vestido", dijo Ana con ansiedad.

"Ni un poco", dijo Diana, subiendo la persiana de la ventana. "Es una noche perfecta, y no habrá rocío. Mira la luz de la luna".

"Me alegro tanto de que mi ventana dé al este, al amanecer", dijo Ana, acercándose a Diana. "Es tan espléndido ver la mañana asomarse por esas largas colinas y brillar a través de las puntiagudas copas de los abetos. Es nueva cada mañana, y siento como si lavara mi alma misma en ese baño de los primeros rayos del sol. Oh, Diana, quiero tanto a esta pequeña habitación. No sé cómo me las arreglaré sin ella cuando me vaya a la ciudad el mes que viene".

"No hables de tu partida esta noche", rogó Diana. "No quiero pensar en ello, me hace sentir tan desgraciada, y quiero pasarlo bien esta noche. ¿Qué vas a recitar, Ana? ¿Y estás nerviosa?"

"En absoluto. He recitado tantas veces en público que ya no me importa. He decidido recitar "El voto de la doncella". Es tan patético. Laura Spencer va a hacer un recitado cómico, pero prefiero hacer llorar a la gente que reír".

"¿Qué recitarás si te hacen un bis?"

"No se les ocurrirá repetirlo", se burló Ana, que tenía la secreta esperanza de que lo hicieran, y ya se imaginaba contárselo todo a Matthew en el desayuno de la mañana siguiente. "Ahí están Billy y Jane; oigo las ruedas. Vamos".

Billy Andrews insistió en que Ana viajase con él en el asiento delantero, y ella subió de mala gana. Hubiera preferido sentarse atrás con las muchachas, donde habría podido reír y charlar a gusto. Billy no tenía mucho de risa ni de charla. Era un joven de veinte años, grande, gordo y macizo, con un rostro redondo e inexpresivo y una dolorosa falta de dotes para la conversación. Pero admiraba inmensamente a Ana, y estaba henchido de orgullo ante la perspectiva de conducir hasta White Sands con aquella figura esbelta y erguida a su lado.

Ana, a fuerza de hablar por encima del hombro con las muchachas y de pasar de vez en cuando un soplo de cortesía a Billy -que sonreía y se reía entre dientes y nunca se le ocurría ninguna respuesta hasta que era demasiado tarde-, se esforzaba por disfrutar del viaje a pesar de todo. Era una noche para disfrutar. La carretera estaba llena de calesas, todas con destino al hotel, y las risas, claras como la plata, resonaban una y otra vez a lo largo de ella. Cuando llegaron al hotel, estaba iluminado de arriba abajo. Fueron recibidos por las damas del comité del concierto, una de las cuales condujo a Ana al camerino de los artistas, que estaba lleno de miembros de un club sinfónico de Charlottetown, entre los cuales Ana se sintió de pronto tímida, asustada y contrariada. Su vestido, que en el frontón este le había parecido tan delicado y bonito, ahora le parecía simple y sencillo, demasiado simple y sencillo, pensó, entre todas las sedas y encajes que brillaban y crujían a su alrededor. ¿Qué eran sus cuentas de perlas comparadas con los diamantes de la gran dama que tenía a su lado? Y ¿qué pobre debía de parecer su única rosita blanca al lado de todas las flores de invernadero que llevaban las demás! Ana se quitó el sombrero y la chaqueta y se arrinconó miserablemente. Deseó volver a la blanca habitación de Tejas Verdes.

Peor aún era la situación en la plataforma de la gran sala de conciertos del hotel, donde se encontraba en aquel momento. Las luces eléctricas deslumbraban sus ojos, el perfume y el zumbido la desconcertaban. Deseó estar sentada entre el público con Diana y Jane, que parecían estar pasárselo

espléndidamente al fondo. Estaba encajonada entre una señora corpulenta vestida de seda rosa y una chica alta de aspecto desdeñoso con un vestido de encaje blanco. De vez en cuando, la señora corpulenta giraba la cabeza y miraba a Ana a través de sus gafas, hasta que Ana, muy sensible al escrutinio, se sentía obligada a gritar; y la muchacha de encaje blanco no dejaba de hablar en voz alta con su vecina de al lado acerca de los "campesinos" y las "bellas rústicas" que había entre el público, anticipando lánguidamente "la diversión" que le depararían las muestras de talento local del programa. Ana creía que odiaría a aquella chica de encaje blanco hasta el fin de sus días.

Por desgracia para Ana, una elocucionista profesional se alojaba en el hotel y había accedido a recitar. Era una mujer ágil, de ojos oscuros, vestida con un maravilloso vestido gris brillante como rayos de luna entretejidos, con gemas en el cuello y en el pelo oscuro. Tenía una voz maravillosamente flexible y una gran fuerza expresiva; el público enloqueció con su selección. Ana, olvidándose por un momento de sí misma y de sus problemas, escuchaba absorta y con los ojos brillantes; pero cuando terminó la recitación se llevó de pronto las manos a la cara. Después de aquello, nunca pudo levantarse a recitar... nunca. ¿Había pensado alguna vez que podía recitar? ¡Oh, si estuviera de vuelta en Tejas Verdes!

En aquel momento poco propicio, la llamaron por su nombre. De algún modo, Ana -que no se dio cuenta del pequeño sobresalto de sorpresa que dio la muchacha de los encajes blancos, y de haberlo notado no habría comprendido el sutil cumplido implícito en él- se puso en pie y se dirigió vertiginosamente hacia el frente. Estaba tan pálida que Diana y Jane, entre el público, se estrecharon las manos en un gesto de nerviosa compasión.

Ana era víctima de un ataque de pánico escénico. Aunque había recitado muchas veces en público, nunca se había enfrentado a un público como aquél, y la visión de éste paralizó por completo sus energías. Todo era tan extraño, tan brillante, tan desconcertante: las filas de damas vestidas de noche, los rostros críticos, toda la atmósfera de riqueza y cultura que la rodeaba. Todo aquello era muy diferente de los sencillos bancos del Club de Debates, llenos de rostros hogareños y simpáticos de amigos y vecinos. Esa gente, pensó, sería una crítica despiadada. Tal vez, como la chica del encaje blanco, esperaban divertirse con sus "rústicos" esfuerzos. Se sintió desesperada, impotente, avergonzada y miserable. Le temblaban las rodillas, le palpitaba el corazón, la invadía un horrible desvanecimiento; no podía pronun-

ciar ni una palabra, y al momento siguiente habría huido del estrado a pesar de la humillación que, en su opinión, le tocaría vivir si lo hacía.

Pero de repente, mientras sus ojos dilatados y asustados miraban al público, vio a Gilbert Blythe al fondo de la sala, inclinado hacia delante con una sonrisa en el rostro, una sonrisa que a Ana le pareció a la vez triunfante y burlona. En realidad no era nada de eso. Gilbert se limitaba a sonreír con aprecio por todo el asunto en general y, en particular, por el efecto que producían la esbelta figura blanca y el rostro espiritual de Ana sobre un fondo de palmeras. Josie Pye, a quien había conducido, estaba sentada a su lado, y su rostro era ciertamente triunfante y burlón a la vez. Pero Ana no vio a Josie, y no le habría importado si la hubiera visto. Dio un largo suspiro y levantó la cabeza con orgullo, sintiendo que el valor y la determinación la invadían como una descarga eléctrica. No fracasaría ante Gilbert Blythe; él nunca podría reírse de ella, ¡nunca, nunca! Su miedo y su nerviosismo desaparecieron y comenzó a recitar, con una voz clara y dulce que llegaba hasta el último rincón de la sala sin temblar ni quebrarse. Recuperó la serenidad y, en la reacción a aquel horrible momento de impotencia, recitó como nunca antes lo había hecho. Cuando terminó, hubo estallidos de aplausos sinceros. Ana, volviendo a su asiento, ruborizada por la timidez y el placer, se encontró con la mano vigorosamente estrechada y estrechada por la corpulenta dama de seda rosa.

"Querida, lo has hecho espléndidamente", resopló. "He estado llorando como un bebé, la verdad es que sí. Allí, te están acorralando, ¡están obligados a tenerte de vuelta!"

"Oh, no puedo ir", dijo Ana confusa. "Pero debo ir, o Matthew se sentirá decepcionado. Dijo que me harían un bis".

"Entonces no decepciones a Matthew", dijo la dama rosa, riendo.

Sonriente, ruborizada, con los ojos límpidos, Ana volvió a tropezar y dio una pintoresca y graciosa pequeña selección que cautivó aún más a su público. El resto de la velada fue un pequeño triunfo para ella.

Al terminar el concierto, la mujer de un millonario americano, una mujer robusta y rosada, la acogió bajo su protección y la presentó a todo el mundo, que se mostró muy amable con ella. La elocucionista profesional, la señora Evans, se acercó y charló con ella, diciéndole que tenía una voz encan-

tadora e "interpretaba" sus selecciones maravillosamente. Incluso la chica del encaje blanco le hizo un pequeño y lánguido cumplido. Cenaron en el gran comedor, bellamente decorado; Diana y Jane fueron invitadas a cenar también, ya que habían venido con Ana, pero Billy no aparecía por ninguna parte, pues había huido temiendo mortalmente una invitación semejante. Sin embargo, estaba esperándolas con el equipo cuando todo terminó y las tres muchachas salieron alegremente a la tranquila y blanca luz de la luna. Ana respiró profundamente y miró al cielo despejado más allá de las oscuras ramas de los abetos.

¡Qué bien se estaba de nuevo en la pureza y el silencio de la noche! Qué grandioso, quieto y maravilloso era todo, con el murmullo del mar resonando a través de él y los oscuros acantilados más allá como lúgubres gigantes guardando costas encantadas.

"¿No ha sido una época espléndida?", suspiró Jane mientras se alejaban. "Desearía ser una americana rica y poder pasar el verano en un hotel y llevar joyas y vestidos de cuello bajo y comer helado y ensalada de pollo todos los benditos días. Estoy segura de que sería mucho más divertido que enseñar en la escuela. Ana, tu recitado fue sencillamente genial, aunque al principio pensé que no ibas a empezar nunca. Creo que fue mejor que el de la Sra. Evans".

"Oh, no, no digas esas cosas, Jane", dijo Ana rápidamente, "porque parece una tontería. No podría ser mejor que la de la señora Evans, ya sabes, porque ella es una profesional, y yo sólo soy una colegiala, con una pequeña habilidad para recitar. Me conformo con que a la gente le haya gustado la mía".

"Tengo un cumplido para ti, Ana", dijo Diana. "Al menos creo que debe ser un cumplido por el tono en que lo dijo. En parte lo fue de todos modos. Había un americano sentado detrás de Jane y de mí, un hombre de aspecto tan romántico, con el pelo y los ojos negros como el carbón. Josie Pye dice que es un artista distinguido, y que la prima de su madre en Boston está casada con un hombre que solía ir a la escuela con él. Bueno, le oímos decir - ¿verdad, Jane? - "¿Quién es esa chica del andén con ese espléndido pelo a lo Tiziano? Tiene una cara que me gustaría pintar". Ya está, Ana. Pero, ¿qué significa pelo de Tiziano?"

"Al ser interpretado significa rojo liso, supongo", rió Ana. "Tiziano era un artista muy famoso al que le gustaba pintar mujeres pelirrojas".

"¿Viste todos los diamantes que llevaban esas damas?", suspiró Jane. "Eran sencillamente deslumbrantes. ¿No os encantaría ser ricas, chicas?".

"Somos ricas", dijo Ana con firmeza. "Tenemos dieciséis años a nuestras espaldas, y somos felices como reinas, y todas tenemos imaginación, más o menos. Mirad ese mar, muchachas, todo plata y sombra y visión de cosas que no se ven. No podríamos disfrutar más de su belleza aunque tuviéramos millones de dólares y cuerdas de diamantes. No te convertirías en ninguna de esas mujeres aunque pudieras. ¿Querías ser esa chica de encaje blanco y llevar una mirada agria toda tu vida, como si hubieras nacido volviendo la nariz al mundo? ¿O la señora rosa, amable y simpática como ella sola, tan corpulenta y bajita que en realidad no tienes figura? ¿O incluso la Sra. Evans, con esa mirada tan triste? Debe haber sido terriblemente infeliz alguna vez para tener esa mirada. ¡Sabes que no lo harías, Jane Andrews!"

"No lo sé, exactamente", dijo Jane poco convencida. "Creo que los diamantes consolarían mucho a una persona".

"Bueno, yo no quiero ser nadie más que yo misma, aunque los diamantes no me reconforten en toda mi vida", declaró Ana. "Me conformo con ser Ana de las Tejas Verdes, con mi collar de perlas. Sé que Matthew me dio tanto amor con ellas como el que jamás me dieron las joyas de Madame la Dama Rosa".

CAPÍTULO XXXIV: LA HIJA DE LA REINA

Las tres semanas siguientes fueron de mucho trabajo en Tejas Verdes, pues Ana se preparaba para ir a Queen's, y había mucho que coser y muchas cosas que discutir y arreglar. El traje de Ana era amplio y bonito, pues Matthew se ocupaba de ello, y Marilla, por una vez, no puso objeción alguna a nada de lo que él compraba o sugería. Una tarde subió al frontón este con los brazos llenos de un delicado tejido verde pálido.

"Ana, aquí tienes algo para un bonito vestido ligero para ti. No creo que realmente lo necesites; tienes muchas cinturas bonitas; pero pensé que tal vez te gustaría algo realmente elegante para ponerte si te invitaran a salir alguna noche en la ciudad, a una fiesta o algo por el estilo. He oído que Jane, Ruby y Josie tienen "vestidos de noche", como ellas los llaman, y no quiero decir que tú vayas detrás de ellas. Conseguí que la Sra. Allan me ayudara a elegirlo en la ciudad la semana pasada, y conseguiremos que Emily Gillis te lo haga. Emily tiene buen gusto, y sus arrebatos no se pueden igualar."

"Oh, Marilla, es precioso", dijo Ana. "Muchísimas gracias. No creo que debas ser tan amable conmigo; cada día me resulta más difícil marcharme."

El vestido verde estaba confeccionado con tantos pliegues y volantes como permitía el gusto de Emily. Ana se lo puso una tarde a Matthew y a Marilla, y les recitó "El voto de la doncella" en la cocina. Mientras Marilla observaba el rostro brillante y animado y sus gráciles movimientos, sus

pensamientos se remontaron a la tarde en que Ana había llegado a Tejas Verdes, y la memoria le evocó una vívida imagen de la extraña y asustada niña con su absurdo vestido marrón amarillento, la mirada desgarrada de sus ojos llorosos. Algo en el recuerdo hizo brotar lágrimas de los ojos de Marilla.

"Te aseguro que mi recitación te ha hecho llorar, Marilla", dijo Ana alegremente, inclinándose sobre la silla de Marilla para dejar caer un beso de mariposa en la mejilla de aquella dama. "Ahora, yo llamo a eso un triunfo positivo".

"No, no estaba llorando por tu pieza", dijo Marilla, que hubiera despreciado dejarse traicionar en tal debilidad por cualquier "cosa de poesía". "Es que no podía dejar de pensar en la niña que solías ser, Ana. Y deseaba que hubieras seguido siendo una niña, incluso con todas tus rarezas. Ya has crecido y te vas; y te ves tan alta y elegante y tan-tan-diferente en ese vestido como si no pertenecieras a Avonlea en absoluto-y me sentí sola pensando en todo eso."

"¡Marilla!" Ana se sentó en el regazo de guinga de Marilla, tomó entre sus manos el rostro delineado de Marilla y la miró grave y tiernamente a los ojos. "No he cambiado nada, en realidad no. Sólo estoy podada y ramificada. Mi verdadero yo -aquí atrás- es el mismo. No importa adónde vaya ni cuánto cambie exteriormente; en el fondo siempre seré tu pequeña Ana, que te querrá a ti y a Mateo y a la querida Tejas Verdes más y mejor cada día de su vida."

Ana apoyó su fresca y joven mejilla en la descolorida de Marilla, y alargó una mano para acariciar el hombro de Mateo. Marilla habría dado mucho por poseer en aquel momento el poder de Ana para expresar sus sentimientos con palabras; pero la naturaleza y la costumbre lo habían querido de otro modo, y sólo pudo estrechar los brazos alrededor de su hija y estrecharla tiernamente contra su corazón, deseando no tener que dejarla marchar nunca.

Matthew, con una sospechosa humedad en los ojos, se levantó y salió al exterior. Bajo las estrellas de la noche azul de verano, caminó agitadamente por el patio hasta la puerta, bajo los álamos.

"Bueno, supongo que no ha sido muy mimada", murmuró, orgulloso. "Supongo que, después de todo, no le he hecho mucho daño con mi remo ocasional. Es lista y guapa, y también cariñosa, lo cual es mejor que todo lo demás. Ha sido una bendición para nosotros, y nunca hubo un error más afortunado que el que cometió la señora Spencer, si es que fue suerte. No creo que haya sido tal cosa. Fue la Providencia, porque el Todopoderoso vio que la necesitábamos, supongo".

Por fin llegó el día en que Ana debía ir a la ciudad. Ella y Matthew llegaron en coche una hermosa mañana de septiembre, después de una despedida con lágrimas en los ojos con Diana y una despedida práctica y sin lágrimas -al menos por parte de Marilla- con Marilla. Pero cuando Ana se hubo marchado, Diana se secó las lágrimas y se fue a un picnic en la playa de White Sands con algunas de sus primas Carmody, donde se las arregló para pasarlo bastante bien; mientras que Marilla se sumergió ferozmente en un trabajo innecesario y se mantuvo en él durante todo el día con el más amargo dolor de corazón, el dolor que quema y roe y no puede lavarse con lágrimas. Pero aquella noche, cuando Marilla se fue a la cama, aguda y miserablemente consciente de que la pequeña habitación del frontón, al final del pasillo, no estaba habitada por ninguna vida joven y animada por ninguna respiración suave, enterró la cara en la almohada y lloró por su hija con una pasión de sollozos que la horrorizaron cuando se calmó lo suficiente como para reflexionar en lo perverso que debía ser hacerse cargo de una criatura tan pecadora.

Ana y el resto de los alumnos de Avonlea llegaron a la ciudad justo a tiempo para dirigirse apresuradamente a la Academia. Aquel primer día transcurrió en un torbellino de emoción, conociendo a todos los nuevos alumnos, aprendiendo a conocer a los profesores de vista y siendo distribuidos y organizados en las clases. Ana tenía la intención de cursar Segundo Curso, aconsejada por la señorita Stacy; Gilbert Blythe optó por hacer lo mismo. Esto significaba obtener la licencia de maestro de Primera Clase en un año en lugar de dos, si tenían éxito; pero también significaba mucho más trabajo y más duro. Jane, Ruby, Josie, Charlie y Moody Spurgeon, a quienes no inquietaba la ambición, se contentaron con el trabajo de segunda clase. Ana sintió una punzada de soledad cuando se encontró en una habitación con otros cincuenta alumnos, a ninguno de los cuales conocía, excepto al muchacho alto y de pelo castaño del otro lado de la habitación; y conocerlo

en la forma en que lo conocía, no la ayudaba mucho, según reflexionaba con pesimismo. Sin embargo, era innegable que se alegraba de que estuvieran en la misma clase; la vieja rivalidad podía seguir existiendo, y Ana apenas habría sabido qué hacer si hubiera faltado.

"No me sentiría a gusto sin ella", pensó. "Gilbert parece terriblemente decidido. Supongo que se está decidiendo, aquí y ahora, a ganar la medalla. ¡Qué barbilla tan espléndida tiene! Nunca me había fijado. Desearía que Jane y Ruby hubieran ido también en primera clase. Supongo que no me sentiré como un gato en una buhardilla extraña cuando me familiarice con ellas. Me pregunto cuáles de las chicas de aquí serán mis amigas. Es realmente una especulación interesante. Por supuesto que le prometí a Diana que ninguna chica de la Reina, por mucho que me gustara, sería nunca tan querida para mí como ella; pero tengo un montón de afectos de segunda para otorgar. Me gusta el aspecto de esa chica de ojos marrones y cintura carmesí. Parece viva y rojiza; y ahí está esa rubia pálida que mira por la ventana. Tiene un pelo precioso y parece como si supiera un par de cosas sobre los sueños. Me gustaría conocerlas a las dos, conocerlas bien, lo bastante como para pasear con el brazo alrededor de sus cinturas y ponerles apodos. Pero ahora mismo no las conozco y ellas no me conocen a mí, y probablemente no quieran conocerme a mí en particular. Es una soledad".

Más solitaria aún se sintió Ana cuando aquella noche, al anochecer, se encontró sola en el dormitorio del vestíbulo. No iba a alojarse con las otras muchachas, que tenían parientes en la ciudad que se apiadaban de ellas. A la señorita Josephine Barry le hubiera gustado alojarla, pero Beechwood estaba tan lejos de la Academia que era imposible; así que la señorita Barry buscó una pensión, asegurando a Matthew y a Marilla que era el lugar adecuado para Ana.

"La señora que la regenta es una gentilhomme reducida", explicó la señorita Barry. "Su marido era oficial británico, y tiene mucho cuidado con la clase de huéspedes que acepta. Ana no se encontrará bajo su techo con ninguna persona desagradable. La mesa es buena, y la casa está cerca de la Academia, en un barrio tranquilo".

Todo esto podía ser muy cierto, y así resultó, pero no ayudó a Ana en la primera agonía de nostalgia que se apoderó de ella. Miró consternada su estrecha y pequeña habitación, con sus paredes empapeladas y sin cuadros, su

pequeño somier de hierro y su librería vacía; Y un horrible ahogo se apoderó de su garganta al pensar en su blanca habitación de Tejas Verdes, donde tendría la agradable conciencia de una gran naturaleza verde al aire libre, de los dulces guisantes que crecían en el jardín, de la luz de la luna que caía sobre el huerto, del arroyo al pie de la ladera y de las ramas de los abetos mecidas por el viento nocturno, de un vasto cielo estrellado y de la luz de la ventana de Diana brillando a través del hueco entre los árboles. Aquí no había nada de esto; Ana sabía que fuera de su ventana había una calle dura, con una red de cables telefónicos que tapaban el cielo, el traqueteo de pies ajenos y mil luces brillando en rostros extraños. Sabía que iba a llorar y luchó contra ello.

"No lloraré. Es una tontería... y una debilidad... ahí está la tercera lágrima salpicándome la nariz. Vienen más. Debo pensar en algo gracioso para detenerlas. Pero no hay nada divertido excepto lo que está relacionado con Avonlea, y eso sólo empeora las cosas-cuatro-cinco-me voy a casa el próximo viernes, pero eso parece estar a cien años de distancia. Oh, Matthew ya casi está en casa, y Marilla está en la puerta, buscándolo por el camino... seis-siete-ocho... ¡oh, es inútil contarlos! Vendrán en avalancha. No puedo animarme, no quiero animarme. Es mejor ser desgraciada".

El torrente de lágrimas habría llegado, sin duda, de no haber aparecido Josie Pye en aquel momento. En la alegría de ver una cara conocida, Ana olvidó que nunca había habido mucho amor perdido entre ella y Josie. Como parte de la vida de Avonlea incluso una Pye era bienvenida.

"Me alegro mucho de que hayas venido", dijo Ana con sinceridad.

"Has estado llorando -observó Josie con agravante compasión-. "Supongo que extrañas tu casa; algunas personas tienen muy poco autocontrol en ese sentido. No tengo intención de añorar mi casa, te lo aseguro. La ciudad es demasiado alegre después de esa vieja Avonlea. Me pregunto cómo pude vivir allí tanto tiempo. No deberías llorar, Ana; no te sienta bien, porque se te enrojecen la nariz y los ojos, y entonces pareces toda roja. Hoy me lo he pasado de maravilla en la Academia. Nuestro profesor de francés es simplemente un pato. Su bigote te daría dolor de corazón. ¿Tienes algo de comer por aquí, Ana? Estoy literalmente hambrienta. Ah, supuse que Marilla te llenaría de pastel. Por eso llamé. Si no, habría ido al parque a escuchar a la banda tocar con Frank Stockley. Se aloja en el mismo lugar que yo, y es un

deportista. Se fijó en ti en clase y me preguntó quién era la chica pelirroja. Le dije que eras una huérfana que los Cuthbert habían adoptado, y que nadie sabía mucho de lo que habías sido antes de eso."

Ana se preguntaba si, después de todo, la soledad y las lágrimas no serían más satisfactorias que la compañía de Josie Pye, cuando aparecieron Jane y Ruby, cada una con un centímetro de cinta del color de la Reina -púrpura y escarlata- prendida orgullosamente a su abrigo. Como Josie no "hablaba" con Jane en ese momento, tuvo que calmarse en una relativa inofensividad.

"Bueno -dijo Jane con un suspiro-, me siento como si hubiera vivido muchas lunas desde esta mañana. Debería estar en casa estudiando a Virgilio; ese viejo y horrible profesor nos dio veinte líneas para empezar mañana. Pero simplemente no pude ponerme a estudiar esta noche. Ana, me parece ver rastros de lágrimas. Si has estado llorando, confiesa. Me devolverá la autoestima, ya que derramaba lágrimas libremente antes de que llegara Ruby. No me importa ser un ganso si alguien más también lo es. ¿Pastel? Me darás un trocito, ¿verdad? Te lo agradezco. Tiene el verdadero sabor de Avonlea".

Ruby, al ver el calendario de la Reina sobre la mesa, quiso saber si Ana tenía intención de intentar conseguir la medalla de oro.

Ana se sonrojó y admitió que lo estaba pensando.

"Ah, eso me recuerda -dijo Josie- que, después de todo, Queen's obtendrá una de las becas Avery. La noticia llegó hoy. Frank Stockley me lo dijo. Su tío es uno de los miembros de la junta de gobierno. Mañana se anunciará en la Academia".

¡Una beca Avery! Ana sintió que el corazón le latía más aprisa, y que los horizontes de su ambición se desplazaban y ampliaban como por arte de magia. Antes de que Josie le diera la noticia, la máxima aspiración de Ana había sido la licencia provincial de maestra, la primera clase, a fin de año, ¡y tal vez la medalla! Pero ahora, en un instante, Ana se veía a sí misma ganando la beca Avery, haciendo un curso de Arte en el Redmond College, y graduándose con toga y birrete, todo ello antes de que el eco de las palabras de Josie se hubiera apagado. La beca Avery se concedía en inglés, y Ana sintió que pisaba su tierra natal.

Un acaudalado fabricante de New Brunswick había fallecido y dejado parte de su fortuna para dotar un gran número de becas que se distribuirían entre los diversos institutos y academias de las Provincias Marítimas, según sus respectivas clasificaciones. Había habido muchas dudas sobre si se asignaría una a Queen's, pero al fin se resolvió el asunto, y al final del año el graduado que sacara la nota más alta en Inglés y Literatura Inglesa ganaría la beca: doscientos cincuenta dólares al año durante cuatro años en Redmond College. No es de extrañar que Ana se acostara aquella noche con un cosquilleo en las mejillas.

"Ganaré la beca si puedo hacerlo trabajando duro", resolvió. "¿No se sentiría orgulloso Matthew si yo consiguiera ser una B. A.? Oh, es encantador tener ambiciones. Estoy tan contenta de tener tantas. Y parece que nunca se acaban, eso es lo mejor. Tan pronto como alcanzas una ambición, ves otra brillando aún más alto. Eso hace la vida tan interesante".

CAPÍTULO XXXV: EL INVIERNO EN QUEEN'S

La nostalgia de Ana fue desapareciendo, ayudada en gran parte por sus visitas a casa los fines de semana. Todos los viernes por la noche, mientras duró el buen tiempo, los estudiantes de Avonlea fueron a Carmody en el nuevo ramal ferroviario. Diana y otros jóvenes de Avonlea solían ir a recibirlos, y todos caminaban hacia Avonlea en alegre fiesta. Ana pensaba que aquellos paseos nocturnos de los viernes por las colinas otoñales, con el aire dorado y fresco y las luces de Avonlea titilando más allá, eran las horas mejores y más entrañables de toda la semana.

Gilbert Blythe casi siempre caminaba con Ruby Gillis y le llevaba la cartera. Ruby era una joven muy atractiva, que ahora se creía tan adulta como era en realidad; llevaba las faldas tan largas como su madre se lo permitía y se recogía el pelo en la ciudad, aunque tenía que soltárselo cuando volvía a casa. Tenía unos ojos grandes y de un azul intenso, una tez brillante y una figura regordeta y vistosa. Se reía mucho, era alegre y de buen humor, y disfrutaba francamente de las cosas agradables de la vida.

"Pero no creo que fuese el tipo de chica que le gustaría a Gilbert", susurró Jane a Ana. Ana tampoco lo creía, pero no lo habría dicho por la beca Avery. No podía dejar de pensar, además, que sería muy agradable tener un amigo como Gilbert con quien bromear y charlar e intercambiar ideas sobre libros y estudios y ambiciones. Gilbert tenía ambiciones, ella lo sabía, y Ruby Gillis no parecía el tipo de persona con la que se pudiera discutir provechosamente.

No había ningún sentimiento tonto en las ideas de Ana respecto a Gilbert. Los muchachos eran para ella, cuando pensaba en ellos, simplemente posibles buenos camaradas. Si Gilbert y ella hubiesen sido amigos, no le habría importado cuántos amigos tuviese ni con quién anduviese. Tenía genio para la amistad; amigas tenía en abundancia; pero tenía la vaga conciencia de que la amistad masculina podía ser también una buena cosa para redondear los conceptos de compañerismo y proporcionar puntos de vista más amplios para juzgar y comparar. No es que Ana hubiera podido definir tan claramente sus sentimientos al respecto. Pero pensó que si Gilbert la hubiera acompañado alguna vez a casa desde el tren, por los campos crujientes y a lo largo de los caminos cubiertos de helechos, habrían tenido muchas conversaciones alegres e interesantes sobre el nuevo mundo que se abría a su alrededor y sobre sus esperanzas y ambiciones en él. Gilbert era un joven inteligente, con sus propias ideas sobre las cosas y la determinación de sacar lo mejor de la vida y poner lo mejor en ella. Ruby Gillis le dijo a Jane Andrews que no entendía la mitad de las cosas que Gilbert Blythe decía; él hablaba igual que Ana Shirley cuando estaba pensativa y, por su parte, ella no creía que fuera divertido molestarse con libros y ese tipo de cosas cuando no era necesario. Frank Stockley era mucho más atrevido, pero no era ni la mitad de guapo que Gilbert, y ella no podía decidirse por uno de los dos.

En la Academia, Ana fue formando poco a poco un pequeño círculo de amigas, alumnas reflexivas, imaginativas y ambiciosas como ella. Pronto se hizo íntima de Stella Maynard, la muchacha de las "rosas rojas", y de Priscilla Grant, la "muchacha de los sueños", y descubrió que esta última, una doncella pálida y de aspecto espiritual, estaba llena de travesuras, bromas y diversión, mientras que Stella, de ojos negros y vivaces, tenía un corazón lleno de sueños y fantasías melancólicos, tan aéreos y luminosos como los de Ana.

Después de las vacaciones de Navidad, las alumnas de Avonlea dejaron de ir a casa los viernes y se dedicaron a trabajar duro. Para entonces, todos los alumnos de la Reina se habían situado en sus propios puestos y las diversas clases habían adquirido matices de individualidad distintos y asentados. Ciertos hechos habían llegado a ser generalmente aceptados. Se admitía que los aspirantes a medalla se habían reducido prácticamente a tres: Gilbert Blythe, Ana Shirley y Lewis Wilson; la beca Avery era más dudosa, ya que cualquiera de los seis podía ganarla. La medalla de bronce en Mate-

máticas se daba por ganada por un chico del campo, gordo y gracioso, con la frente llena de baches y un abrigo lleno de remiendos.

Ruby Gillis era la chica más guapa del año en la Academia; en las clases de segundo año Stella Maynard se llevaba la palma en belleza, con una pequeña pero crítica minoría a favor de Ana Shirley. Todos los jueces competentes reconocieron que Ethel Marr era la más elegante en peluquería, y Jane Andrews -una Jane sencilla, trabajadora y concienzuda- se llevó los honores en el curso de ciencias domésticas. Incluso Josie Pye alcanzó cierta preeminencia como la joven de lengua más afilada que asistía a Queen's. Así pues, puede afirmarse que las antiguas alumnas de la señorita Stacy se defendían bien en el amplio campo del curso académico.

Ana trabajaba duro y con constancia. Su rivalidad con Gilbert era tan intensa como siempre lo había sido en la escuela de Avonlea, aunque no era conocida en la clase en general, pero de alguna manera la amargura había desaparecido. Ana ya no deseaba ganar por vencer a Gilbert, sino por la orgullosa conciencia de una victoria bien ganada sobre un digno enemigo. Merecía la pena ganar, pero ya no pensaba que la vida sería insoportable si no lo hacía.

A pesar de las lecciones, los estudiantes encontraban ocasiones para pasar ratos agradables. Ana pasaba muchas de sus horas libres en Beechwood y generalmente cenaba allí los domingos e iba a la iglesia con la señorita Barry. Esta última, como ella misma admitía, estaba envejeciendo, pero sus ojos negros no se apagaban ni el vigor de su lengua disminuía en lo más mínimo. Pero nunca afiló ésta contra Ana, que seguía siendo la principal favorita de la crítica anciana.

"Esa Ana mejora constantemente", decía. "Me cansan las otras muchachas: son tan provocadoras y eternamente iguales. Ana tiene tantos matices como el arco iris, y cada uno de ellos es el más bonito mientras dura. No sé si es tan divertida como cuando era niña, pero me hace quererla y me gustan las personas que me hacen quererlas. Me ahorra tantos problemas en hacer que yo las ame".

Entonces, casi antes de que nadie se diera cuenta, había llegado la primavera; en Avonlea, las flores de mayo asomaban rosadas en los páramos donde permanecían las coronas de nieve; y la "niebla verde" cubría los bosques

y los valles. Pero en Charlottetown los acosados estudiantes de Queen's sólo pensaban y hablaban de exámenes.

"No parece posible que el curso esté a punto de terminar", dijo Ana. "Vaya, el otoño pasado parecía tan largo de esperar: todo un invierno de estudios y clases. Y aquí estamos, con los exámenes a la vuelta de la esquina. Chicas, a veces siento como si esos exámenes lo fueran todo, pero cuando miro los grandes brotes que se hinchan en esos castaños y el aire azul brumoso al final de las calles no parecen ni la mitad de importantes."

Jane, Ruby y Josie, que se habían dejado caer por allí, no lo veían así. Para ellas, los exámenes eran siempre muy importantes, mucho más que los brotes de los castaños o las brumas de mayo. Estaba muy bien que Ana, que estaba segura de aprobar al menos, tuviera sus momentos de menosprecio, pero cuando todo tu futuro dependía de ellos -como las muchachas pensaban realmente que era el suyo- no podías considerarlos filosóficamente.

"He perdido dos kilos en las últimas dos semanas", suspiró Jane. "Es inútil decir que no me preocupe. Me preocuparé. Preocuparse te ayuda un poco; parece como si estuvieras haciendo algo cuando te preocupas. Sería terrible si no consiguiera mi licencia después de ir a Queen's todo el invierno y gastar tanto dinero."

"No me importa", dijo Josie Pye. "Si no apruebo este año, volveré el próximo. Mi padre puede permitirse enviarme. Ana, Frank Stockley dice que el profesor Tremaine dijo que Gilbert Blythe obtendría la medalla con toda seguridad y que Emily Clay probablemente ganaría la beca Avery."

"Puede que eso me haga sentir mal mañana, Josie", rió Ana, "pero ahora mismo siento sinceramente que mientras sepa que las violetas están saliendo todas moradas en la hondonada que hay debajo de Tejas Verdes y que los pequeños helechos asoman la cabeza en Lovers' Lane, no hay gran diferencia en que gane o no la Avery. Lo he hecho lo mejor que he podido y empiezo a comprender lo que significa "la alegría de la lucha". Después de intentarlo y ganar, lo mejor es intentarlo y fracasar. ¡Chicas, no habléis de exámenes! Mirad ese arco de cielo verde pálido sobre esas casas e imaginaos lo que debe parecer sobre los hayedos púrpura-oscuros de Avonlea".

"¿Qué te vas a poner para la graduación, Jane?", preguntó Ruby prácticamente.

Jane y Josie contestaron a la vez y la charla se convirtió en un remolino de modas. Pero Ana, con los codos apoyados en el alféizar de la ventana, la suave mejilla apoyada en las manos entrelazadas y los ojos llenos de visiones, miraba sin disimulo a través de los tejados y las agujas de la ciudad hacia aquella gloriosa cúpula de cielo al atardecer y tejía sus sueños de un futuro posible con el tejido dorado del optimismo propio de la juventud. Todo el Más Allá era suyo, con sus posibilidades acechando rosadamente en los años venideros, cada año una rosa de promesa para ser tejida en una coronilla inmortal.

CAPÍTULO XXXVI: LA GLORIA Y EL SUEÑO

La mañana en que los resultados finales de todos los exámenes iban a ser expuestos en el tablón de anuncios de Queen's, Ana y Juana caminaban juntas por la calle. Jane estaba sonriente y contenta; los exámenes habían terminado y estaba cómodamente segura de haber aprobado al menos; consideraciones ulteriores no preocupaban a Jane en absoluto; no tenía ambiciones desmesuradas y, por consiguiente, no se sentía afectada por la inquietud que ello conllevaba. Porque todo lo que conseguimos o tomamos en este mundo tiene un precio; y aunque vale la pena tener ambiciones, éstas no se consiguen a bajo precio, sino que exigen trabajo y abnegación, ansiedad y desaliento. Ana estaba pálida y tranquila; en diez minutos más sabría quién había ganado la medalla y quién el Avery. Más allá de esos diez minutos no parecía haber, en aquel momento, nada digno de llamarse Tiempo.

"Por supuesto que ganarás una de todas formas", dijo Jane, que no podía entender cómo la facultad podía ser tan injusta como para ordenarlo de otro modo.

"No tengo ninguna esperanza en el Avery", dijo Ana. "Todo el mundo dice que lo ganará Emily Clay. Y no voy a marchar hasta ese tablón de anuncios y mirarlo delante de todo el mundo. No tengo valor moral. Voy directamente al vestuario de las chicas. Debes leer los anuncios y luego venir a decírmelo, Jane. Y te imploro en nombre de nuestra vieja amistad que lo hagas lo antes posible. Si he fallado sólo dilo, sin tratar de romperlo suavemente; y hagas lo que hagas no simpatice conmigo. Prométemelo, Jane".

Jane prometió solemnemente; pero, como sucedió, no había necesidad de tal promesa. Cuando subieron los escalones de entrada de Queen's encontraron el vestíbulo lleno de muchachos que llevaban a Gilbert Blythe a hombros y gritaban a voz en cuello: "¡Viva Blythe, medallista!".

Por un momento Ana sintió una nauseabunda punzada de derrota y decepción. Ella había fracasado y Gilbert había ganado. Matthew lo lamentaría; estaba tan seguro de que ella ganaría.

Y entonces...

Alguien gritó:

"¡Tres hurras por la Srta. Shirley, ganadora del Avery!"

"¡Oh, Ana!", jadeó Jane, mientras huían hacia el vestuario de las chicas en medio de efusivos vítores. "¡Oh, Ana, estoy tan orgullosa! ¿No es espléndido?"

Y entonces las chicas las rodearon y Ana fue el centro de un grupo que reía y felicitaba. Le golpearon los hombros y le estrecharon las manos enérgicamente. La empujaron, tiraron de ella y la abrazaron, y entre todo eso consiguió susurrarle a Jane:

"¡Oh, no se alegrarán Matthew y Marilla! Debo escribir la noticia a casa enseguida".

La ceremonia de graduación fue el siguiente acontecimiento importante. Los ejercicios se celebraron en el gran salón de actos de la Academia. Se pronunciaron discursos, se leyeron ensayos, se cantaron canciones y se hizo la entrega pública de diplomas, premios y medallas.

Matthew y Marilla estaban allí, con ojos y oídos para una sola estudiante en el estrado: una chica alta vestida de verde pálido, con las mejillas ligeramente sonrojadas y los ojos estrellados, que leyó la mejor redacción y fue señalada y susurrada como la ganadora de Avery.

"¿Te alegras de que nos la hayamos quedado, Marilla?", susurró Matthew, hablando por primera vez desde que había entrado en la sala, cuando Ana terminó su redacción.

"No es la primera vez que me alegro", replicó Marilla. "Te gusta restregar las cosas, Matthew Cuthbert".

La señorita Barry, que estaba sentada detrás de ellas, se inclinó hacia delante y le dio un golpe en la espalda a Marilla con su sombrilla.

"¿No estás orgullosa de esa Ana-girl? Lo estoy", dijo.

Aquella tarde Ana regresó a Avonlea con Matthew y Marilla. No había estado en casa desde abril y sentía que no podía esperar ni un día más. Los manzanos estaban en flor y el mundo era fresco y joven. Diana estaba en Tejas Verdes para recibirla. En su blanca habitación, en cuyo alféizar Marilla había colocado un rosal en flor, Ana miró a su alrededor y exhaló un largo suspiro de felicidad.

"Oh, Diana, me alegro tanto de haber vuelto. Me alegro tanto de ver esos abetos puntiagudos resaltando contra el cielo rosado, y ese huerto blanco y la vieja Reina de las Nieves. ¿No es delicioso el aliento de la menta? Y esa rosa de té es una canción, una esperanza y una plegaria, todo en uno. Y me alegro de volver a verte, Diana".

"Creí que te gustaba más esa Stella Maynard que yo", dijo Diana con reproche. "Josie Pye me dijo que sí. Josie dijo que estabas encaprichada de ella".

Ana se echó a reír y lanzó a Diana los desvaídos "lirios de junio" de su ramo.

"Stella Maynard es la chica más querida del mundo, excepto una, y esa eres tú, Diana", dijo. "Te quiero más que nunca, y tengo tantas cosas que decirte. Pero ahora mismo siento como si me bastara con sentarme aquí y mirarte. Estoy cansada, creo, cansada de ser estudiosa y ambiciosa. Mañana pienso pasar al menos dos horas tumbado en la hierba del huerto, sin pensar en absolutamente nada."

"Lo has hecho espléndidamente, Ana. Supongo que no darás clases ahora que has ganado el Avery."

"No. Me voy a Redmond en septiembre. ¿No te parece maravilloso? Tendré una nueva ambición después de tres gloriosos y dorados meses de vacaciones. Jane y Ruby van a enseñar. ¿No es espléndido pensar que todos lo hemos conseguido, incluso Moody Spurgeon y Josie Pye?"

"Los administradores de Newbridge ya han ofrecido a Jane su escuela", dijo Diana. "Gilbert Blythe también va a enseñar. Tiene que hacerlo. Al fin

y al cabo, su padre no puede permitirse enviarlo a la universidad el año que viene, así que tiene la intención de ganarse la vida. Espero que consiga la escuela aquí si la señorita Ames decide marcharse".

Ana sintió una extraña sensación de consternada sorpresa. No lo sabía; esperaba que Gilbert se marchase también a Redmond. ¿Qué haría ella sin su inspiradora rivalidad? ¿No sería el trabajo, incluso en una universidad mixta con un verdadero título en perspectiva, más bien plano sin su amigo el enemigo?

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Ana se dio cuenta de repente de que Matthew no tenía buen aspecto. Estaba mucho más canoso que un año antes.

"Marilla", dijo vacilante cuando él hubo salido, "¿se encuentra Matthew bien?".

"No, no lo está", dijo Marilla en tono preocupado. "Ha tenido algunos problemas cardíacos esta primavera y no se salva ni un ápice. He estado muy preocupada por él, pero desde hace un tiempo está un poco mejor y tenemos un buen empleado, así que espero que descanse y se recupere. Tal vez lo haga ahora que estás en casa. Tú siempre le animas".

Ana se inclinó sobre la mesa y tomó el rostro de Marilla entre sus manos.

"Tú tampoco tienes el aspecto que me gustaría verte, Marilla. Pareces cansada. Me temo que has trabajado demasiado. Debes tomar un descanso, ahora que estoy en casa. Voy a tomarme este día libre para visitar todos los viejos y queridos lugares y cazar mis viejos sueños, y luego te tocará a ti hacer el vago mientras yo hago el trabajo."

Marilla sonrió afectuosamente a su hija.

"No es el trabajo, es mi cabeza. Ahora me duele a menudo detrás de los ojos. El doctor Spencer me ha estado poniendo gafas, pero no me sirven de nada. Hay un oculista distinguido que viene a la isla el último de junio y el doctor dice que debo verlo. Supongo que tendré que hacerlo. Ya no puedo leer ni coser cómodamente. Bueno, Ana, debo decir que lo has hecho muy bien en Queen's. Sacar la licencia de primera clase en un año y ganar la beca Avery... bueno, bueno, la señora Lynde dice que el orgullo precede a la caída y no cree en absoluto en la educación superior de las mujeres; dice que las incapacita para la verdadera esfera de la mujer. No creo ni una pala-

bra. Hablando de Rachel me recuerda... ¿has oído algo sobre el Abbey Bank últimamente, Ana?"

"Oí que estaba inestable", respondió Ana. "¿Por qué?"

"Eso dijo Rachel. Estuvo aquí un día de la semana pasada y dijo que se había hablado de ello. Matthew se sintió muy preocupado. Todo lo que hemos ahorrado está en ese banco, hasta el último céntimo. Yo quería que Matthew lo pusiera en la Caja de Ahorros en primer lugar, pero el viejo Sr. Abbey era un gran amigo de papá y siempre había hecho sus operaciones bancarias con él. Matthew dijo que cualquier banco con él a la cabeza era lo suficientemente bueno para cualquiera".

"Creo que sólo ha sido su director nominal durante muchos años", dijo Ana. "Es un hombre muy mayor; sus sobrinos están realmente al frente de la institución".

"Bueno, cuando Rachel nos dijo eso, quise que Matthew sacara nuestro dinero de inmediato y él dijo que lo pensaría. Pero el señor Russell le dijo ayer que el banco estaba bien".

Ana tuvo su buen día en la compañía del mundo exterior. Nunca olvidó aquel día, tan luminoso, dorado y hermoso, tan libre de sombras y tan pródigo en flores. Ana pasó algunas de sus ricas horas en el huerto; fue a la Burbuja de la dríade y a Willowmere y Violet Vale; pasó por la mansión y tuvo una satisfactoria conversación con la señora Allan; y finalmente, al atardecer, fue con Matthew a por las vacas, a través de Lovers' Lane hasta el prado trasero. Todo el bosque estaba cubierto por la puesta de sol y su cálido esplendor se colaba por las brechas de las colinas del oeste. Matthew caminaba lentamente con la cabeza inclinada; Ana, alta y erguida, acompasaba su paso saltarín al de él.

"Hoy has trabajado demasiado, Matthew", le reprochó. "¿Por qué no te tomas las cosas con más calma?"

"Bueno, parece que no puedo", dijo Matthew, mientras abría la puerta del corral para dejar pasar a las vacas. "Es sólo que me estoy haciendo viejo, Ana, y sigo olvidándolo. Bueno, bueno, siempre he trabajado muy duro y prefiero dejarme caer en los arreos".

"Si yo hubiera sido el muchacho que mandaste llamar", dijo Ana con nostalgia, "podría ayudarte tanto ahora y prescindir de ti de cien maneras.

Podría encontrar en mi corazón el deseo de haber sido, sólo por eso".

"Bueno, ahora, prefiero tenerte a ti que a una docena de chicos, Ana", dijo Matthew dándole palmaditas en la mano. "Piensa en eso: antes que a una docena de chicos. Bueno, supongo que no fue un chico el que se llevó la beca Avery, ¿verdad? Fue una chica-mi chica-de la que estoy orgulloso".

Le dedicó su tímida sonrisa mientras salía al patio. Ana se llevó consigo el recuerdo cuando aquella noche se fue a su habitación y se sentó largo rato junto a su ventana abierta, pensando en el pasado y soñando con el futuro. Afuera, la Reina de las Nieves se veía brumosamente blanca bajo la luz de la luna; las ranas cantaban en el pantano, más allá de la Ladera del Huerto. Ana recordaba siempre la plateada y apacible belleza y la fragante calma de aquella noche. Fue la última noche antes de que la tristeza tocara su vida, y ninguna vida vuelve a ser la misma una vez que ese toque frío y santificador se ha posado sobre ella.

CAPÍTULO XXXVII: EL SEGADOR QUE SE LLAMA MUERTE

"Matthew-Matthew-¿qué te pasa? Matthew, ¿estás enfermo?"

Era Marilla quien hablaba, alarmada en cada palabra entrecortada. Ana atravesó el vestíbulo, con las manos llenas de narcisos blancos -pasó mucho tiempo antes de que Ana pudiera volver a amar la vista o el olor de los narcisos blancos-, a tiempo de oírla y de ver a Matthew de pie en la puerta del porche, con un papel doblado en la mano y el rostro extrañamente demacrado y gris. Ana dejó caer sus flores y corrió hacia él a través de la cocina, al mismo tiempo que Marilla. Llegaron demasiado tarde; antes de que pudieran alcanzarlo, Matthew había caído al otro lado del umbral.

"Se ha desmayado", jadeó Marilla. "Ana, corre a buscar a Martin, ¡rápido, rápido! Está en el granero".

Martin, el jornalero, que acababa de llegar a casa desde la oficina de correos, partió inmediatamente hacia el médico, pasando por Orchard Slope en su camino para enviar al señor y la señora Barry. La señora Lynde, que estaba allí haciendo un recado, vino también. Encontraron a Ana y a Marilla distraídas tratando de devolver el conocimiento a Matthew.

La señora Lynde las apartó suavemente, le tomó el pulso y le puso la oreja sobre el corazón. Miró con tristeza sus rostros ansiosos y las lágrimas afloraron a sus ojos.

"Oh, Marilla", dijo con gravedad. "No creo que podamos hacer nada por él".

"Sra. Lynde, usted no cree... no puede creer que Matthew esté... esté...". Ana no pudo pronunciar la terrible palabra; se puso enferma y pálida.

"Niña, sí, me lo temo. Mírale la cara. Cuando hayas visto esa mirada tantas veces como yo, sabrás lo que significa".

Ana miró el rostro inmóvil y allí contempló el sello de la Gran Presencia.

Cuando llegó el médico, dijo que la muerte había sido instantánea y probablemente indolora, causada con toda probabilidad por una conmoción repentina. Se descubrió que el secreto de la conmoción estaba en el periódico que Matthew tenía en la mano y que Martin había traído de la oficina aquella mañana. En él se informaba de la quiebra del Abbey Bank.

La noticia se difundió rápidamente por Avonlea, y durante todo el día amigos y vecinos se agolparon en Tejas Verdes e iban y venían a hacer recados de bondad para los muertos y los vivos. Por primera vez el tímido y callado Matthew Cuthbert era una persona de importancia central; la blanca majestuosidad de la muerte había caído sobre él y lo había distinguido como alguien coronado.

Cuando la serena noche cayó suavemente sobre Tejas Verdes, la vieja casa estaba silenciosa y tranquila. En el salón yacía Matthew Cuthbert en su ataúd, con su larga cabellera gris enmarcando su plácido rostro, en el que se dibujaba una sonrisa amable, como si estuviera durmiendo y soñando sueños agradables. Había flores a su alrededor, flores dulces y antiguas que su madre había plantado en el jardín de la casa en sus días de novia y por las que Matthew siempre había sentido un amor secreto y sin palabras. Ana las había recogido y se las había llevado, con sus ojos angustiados y sin lágrimas ardiendo en su rostro blanco. Era lo último que podía hacer por él.

Los Barry y la señora Lynde se quedaron con ellos aquella noche. Diana, dirigiéndose al hastial oriental, donde Ana estaba de pie junto a su ventana, le dijo suavemente:

"Ana querida, ¿te gustaría que durmiera contigo esta noche?"

"Gracias, Diana. Ana miró seriamente a su amiga. "Creo que no me malinterpretarás si te digo que quiero estar sola. No tengo miedo. No he estado

sola ni un minuto desde que sucedió, y quiero estarlo. Quiero estar en silencio y tranquila y tratar de darme cuenta. No puedo darme cuenta. La mitad del tiempo me parece que Matthew no puede estar muerto; y la otra mitad me parece como si llevara muerto mucho tiempo y yo tuviera este horrible dolor sordo desde entonces."

Diana no acababa de comprender. El apasionado dolor de Marilla, que rompía todos los límites de la reserva natural y de la costumbre de toda la vida en su tempestuoso arrebató, podía comprenderlo mejor que la agonía sin lágrimas de Ana. Pero se marchó amablemente, dejando a Ana sola en su primera vigilia de dolor.

Ana esperaba que las lágrimas brotaran en la soledad. Le parecía terrible no poder derramar una lágrima por Mateo, a quien tanto había amado y que tan amable había sido con ella, Mateo, que había caminado con ella la última tarde al atardecer y que ahora yacía en la penumbra de la habitación de abajo con aquella horrible paz en su frente. Pero al principio no hubo lágrimas, ni siquiera cuando se arrodilló junto a la ventana en la oscuridad y rezó mirando las estrellas más allá de las colinas; no hubo lágrimas, sólo el mismo horrible dolor sordo de la miseria que siguió doliéndole hasta que se quedó dormida, agotada por el dolor y la excitación del día.

Por la noche se despertó, con la quietud y la oscuridad a su alrededor, y el recuerdo del día la invadió como una ola de dolor. Podía ver el rostro de Mateo sonriéndole como le había sonreído cuando se separaron en la puerta aquella última noche; podía oír su voz diciendo: "Mi niña, mi niña de la que estoy orgulloso". Entonces brotaron las lágrimas y Ana lloró desconsoladamente. Marilla la oyó y se arrastró para consolarla.

"No llores tanto, querida. No puede traerlo de vuelta. No está bien llorar así. Lo sabía hoy, pero no pude evitarlo entonces. Siempre había sido un hermano tan bueno y amable conmigo, pero Dios sabe más".

"Oh, déjame llorar, Marilla", sollozó Ana. "Las lágrimas no me duelen como me dolía aquel dolor. Quédate un rato conmigo y no me sueltes el brazo. No podría permitir que Diana se quedara, ella es buena, amable y dulce, pero no es su dolor, ella está fuera de él y no podría acercarse lo suficiente a mi corazón para ayudarme. Es nuestro dolor, tuyo y mío. Oh, Marilla, ¿qué haremos sin él?"

"Nos tenemos la una a la otra, Ana. No sé qué haría si no estuvieras aquí, si nunca hubieras venido. Oh, Ana, sé que tal vez he sido algo estricta y dura contigo, pero no debes pensar que no te he querido tanto como Matthew, a pesar de todo. Quiero decírtelo ahora que puedo. Nunca me ha sido fácil decir las cosas de corazón, pero en momentos como éste es más fácil. Te quiero tanto como si fueras de mi propia sangre y has sido mi alegría y mi consuelo desde que llegaste a Tejas Verdes."

Dos días después llevaron a Matthew Cuthbert al otro lado del umbral de su casa y lo alejaron de los campos que había labrado y de los huertos que había amado y de los árboles que había plantado; y entonces Avonlea volvió a su placidez habitual e incluso en Tejas Verdes los asuntos se deslizaron en su antigua rutina y el trabajo se hizo y los deberes se cumplieron con la regularidad de antes, aunque siempre con la dolorosa sensación de "pérdida en todas las cosas familiares." Ana, nueva en el dolor, pensaba que era casi triste que pudiera ser así, que pudieran seguir como antes, sin Matthew. Sintió algo parecido a la vergüenza y el remordimiento cuando descubrió que los amaneceres detrás de los abetos y los pálidos capullos rosados que se abrían en el jardín le producían el viejo arrebató de alegría al verlos; que las visitas de Diana le resultaban agradables y que las alegres palabras y maneras de Diana la movían a risas y sonrisas; que, en resumen, el hermoso mundo de las flores, el amor y la amistad no había perdido nada de su poder para complacer su fantasía y emocionar su corazón, que la vida aún la llamaba con muchas voces insistentes.

"En cierto modo, me parece una deslealtad hacia Matthew encontrar placer en estas cosas ahora que se ha ido", le dijo con nostalgia a la señora Allan una tarde que estaban juntas en el jardín de la mansión. "Lo echo tanto de menos -todo el tiempo- y, sin embargo, señora Allan, el mundo y la vida me parecen muy hermosos e interesantes a pesar de todo. Hoy Diana dijo algo gracioso y me encontré riendo. Pensé que cuando ocurriera no podría volver a reír nunca más. Y de alguna manera parece como si no debiera".

"Cuando Matthew estaba aquí le gustaba oírte reír y le gustaba saber que encontrabas placer en las cosas agradables que te rodeaban", dijo la señora Allan con dulzura. "Ahora está lejos; y le gusta saberlo igualmente. Estoy segura de que no deberíamos cerrar nuestros corazones a las influencias curativas que nos ofrece la naturaleza. Pero comprendo su sentimiento. Creo

que todos experimentamos lo mismo. Nos resentimos al pensar que algo puede complacernos cuando alguien a quien amamos ya no está aquí para compartir el placer con nosotros, y casi sentimos como si fuéramos infieles a nuestra pena cuando descubrimos que nuestro interés por la vida vuelve a nosotros."

"Esta tarde fui al cementerio a plantar un rosal en la tumba de Matthew", dijo Ana soñadoramente. "Cogí una ramita del rosal escocés blanco que su madre trajo de Escocia hace mucho tiempo; a Matthew siempre le gustaron más esas rosas, tan pequeñas y dulces en sus tallos espinosos. Me alegré de poder plantarla junto a su tumba, como si estuviera haciendo algo que le complaciera al llevarla allí para que estuviera cerca de él. Espero que tenga rosas como éstas en el cielo. Tal vez las almas de todas esas pequeñas rosas blancas que él ha amado tantos veranos estén allí para encontrarse con él. Ahora debo irme a casa. Marilla está sola y se siente sola al anochecer".

"Me temo que se sentirá aún más sola cuando vuelvas a la universidad - dijo la señora Allan.

Ana no contestó; dio las buenas noches y regresó lentamente a Tejas Verdes. Marilla estaba sentada en el umbral de la puerta y Ana se sentó a su lado. La puerta estaba abierta detrás de ellas, sostenida por una gran caracola rosada que en sus suaves circunvoluciones interiores dejaba entrever atardeceres marinos.

Ana recogió unas ramitas de madre selva amarillo pálido y se las puso en el pelo. Le gustaba la deliciosa fragancia que desprendía, como una bendición aérea, cada vez que se movía.

"El doctor Spencer estuvo aquí mientras no estabas", dijo Marilla. "Dice que el especialista estará mañana en la ciudad e insiste en que debo ir a que me examinen los ojos. Supongo que será mejor que vaya. Estaré más que agradecida si el hombre puede darme el tipo de gafas adecuado para mis ojos. No te importará quedarte aquí sola mientras estoy fuera, ¿verdad? Martin tendrá que llevarme y tengo que planchar y hornear".

"Estaré bien. Diana vendrá a hacerme compañía. Me ocuparé de planchar y hornear estupendamente; no debes temer que almidone los pañuelos o condimente el pastel con linimento".

Marilla se rió.

"Qué chica eras en aquellos tiempos para cometer errores, Ana. Siempre te metías en líos. Solía pensar que estabas poseída. ¿Te acuerdas de la vez que te teñiste el pelo?"

"Sí, claro. Nunca lo olvidaré", sonrió Ana, tocándose la pesada trenza de pelo que envolvía su torneada cabeza. "Ahora me río un poco cuando pienso en lo mucho que me preocupaba mi pelo; pero no me río mucho, porque entonces era un verdadero problema. Sufría terriblemente por mi pelo y mis pecas. Mis pecas realmente han desaparecido; y la gente es lo suficientemente amable como para decirme que mi cabello es castaño ahora, todos menos Josie Pye. Ella me informó ayer de que realmente le parecía más rojo que nunca, o al menos mi vestido negro lo hacía parecer más rojo, y me preguntó si las personas que tenían el pelo rojo se acostumbraban alguna vez a tenerlo. Marilla, casi he decidido renunciar a intentar que me guste Josie Pye. He hecho lo que una vez hubiera llamado un esfuerzo heroico por caerle bien, pero Josie Pye no cae bien".

"Josie es una Pye", dijo Marilla secamente, "así que no puede evitar ser desagradable. Supongo que las personas de esa clase sirven para algo en la sociedad, pero debo decir que no sé para qué sirven, como tampoco sé para qué sirven los cardos. ¿Va Josie a dar clases?"

"No, va a volver a Queen's el año que viene. También Moody Spurgeon y Charlie Sloane. Jane y Ruby van a enseñar y ambas tienen escuelas: Jane en Newbridge y Ruby en algún lugar del oeste".

"Gilbert Blythe también va a enseñar, ¿verdad?"

"Sí", brevemente.

"Es un joven muy apuesto", dijo Marilla distraídamente. "Lo vi en la iglesia el domingo pasado y parecía tan alto y varonil. Se parece mucho a su padre cuando tenía la misma edad. John Blythe era un buen muchacho. Éramos muy buenos amigos, él y yo. La gente lo llamaba mi galán".

Ana levantó la vista con rápido interés.

"Oh, Marilla, ¿y qué pasó? ¿Por qué no...?"

"Tuvimos una pelea. No quise perdonarle cuando me lo pidió. Quise hacerlo después de un tiempo, pero estaba enfurruñada y enfadada y quería castigarle primero. Nunca volvió; los Blythes eran muy independientes.

Pero siempre lo lamenté. Siempre deseé haberlo perdonado cuando tuve la oportunidad".

"Así que tú también has tenido un poco de romance en tu vida", dijo Ana suavemente.

"Sí, supongo que podría llamarse así. No lo pensarías al mirarme, ¿verdad? Pero la gente nunca se conoce por fuera. Todo el mundo se ha olvidado de John y de mí. Yo misma me había olvidado. Pero todo volvió a mí cuando vi a Gilbert el domingo pasado".

CAPÍTULO XXXVIII: EL RECODO DEL CAMINO

Marilla fue a la ciudad al día siguiente y regresó por la tarde. Ana había ido a Orchard Slope con Diana y al volver encontró a Marilla en la cocina, sentada junto a la mesa con la cabeza apoyada en la mano. Algo en su actitud abatida heló el corazón de Ana. Nunca había visto a Marilla tan inerte.

"¿Estás muy cansada, Marilla?"

"Sí, no, no lo sé", dijo Marilla con cansancio, levantando la vista. "Supongo que estoy cansada, pero no he pensado en ello. No es eso".

"¿Viste al oculista? ¿Qué te dijo?", preguntó Ana con ansiedad.

"Sí, le he visto. Me examinó los ojos. Dice que si dejo por completo de leer y coser y de hacer cualquier trabajo que fuerce los ojos, y si tengo cuidado de no llorar, y si llevo las gafas que me ha dado, cree que mis ojos no empeorarán y que mis dolores de cabeza se curarán. Pero si no lo hago, dice que dentro de seis meses estaré ciego de piedra. ¡Ciega! Ana, piénsalo".

Ana, después de la primera exclamación de consternación, guardó silencio durante un minuto. Le pareció que no podía hablar. Luego dijo con valentía, pero con un quiebro en la voz:

"Marilla, no pienses en eso. Sabes que te ha dado esperanzas. Si tienes cuidado no perderás la vista del todo; y si sus gafas te curan los dolores de cabeza será una gran cosa."

"Yo no lo llamo mucha esperanza", dijo Marilla amargamente. "¿Para qué voy a vivir si no puedo leer ni coser ni hacer nada de eso? Da igual que esté ciega o muerta. Y en cuanto a llorar, no puedo evitarlo cuando me siento sola. Pero bueno, no es bueno hablar de ello. Si me traes una taza de té, te lo agradeceré. Estoy a punto de salir. No le digas nada de esto a nadie durante un tiempo. No soporto que la gente venga aquí a preguntar, compadecerse y hablar de ello".

Cuando Marilla hubo almorzado, Ana la convenció de que se acostase. Entonces Ana se dirigió al hastial oriental y se sentó junto a la ventana, en la oscuridad, a solas con sus lágrimas y la pesadumbre de su corazón. ¡Cuán tristemente habían cambiado las cosas desde que se sentó allí la noche después de volver a casa! Entonces estaba llena de esperanza y alegría, y el futuro parecía prometedor. Ana se sentía como si hubiera vivido años desde entonces, pero antes de acostarse tenía una sonrisa en los labios y paz en el corazón. Había mirado valientemente a la cara a su deber y lo había encontrado amigo, como lo es siempre el deber cuando se le encuentra francamente.

Una tarde, pocos días después, Marilla llegó lentamente del patio, donde había estado hablando con un visitante, un hombre a quien Ana conocía de vista como John Sadler, de Carmody. Ana se preguntó qué le estaría diciendo para que Marilla pusiera aquella cara.

"¿Qué quería el señor Sadler, Marilla?" .

Marilla se sentó junto a la ventana y miró a Ana. Había lágrimas en sus ojos desafiando la prohibición del oculista y su voz se quebró al decir:

"Se enteró de que iba a vender Tejas Verdes y quiere comprarla".

"¿Comprarla! ¿Comprar Tejas Verdes?" Ana se preguntó si había oído bien. "¡Oh, Marilla, no querrás vender Tejas Verdes!" .

"Ana, no sé qué otra cosa se puede hacer. Lo he pensado todo. Si mis ojos fueran fuertes podría quedarme aquí y arreglármelas para cuidar de las cosas y administrarlas, con un buen hombre contratado. Pero tal como están las cosas, no puedo. Puedo perder la vista por completo; y de todos modos no estaré en condiciones de dirigir las cosas. Oh, nunca pensé que viviría para ver el día en que tuviera que vender mi casa. Pero las cosas irían cada vez peor, hasta que nadie quisiera comprarla. Cada céntimo de nuestro dine-

ro se fue en ese banco; y hay algunos pagarés que Matthew dio el otoño pasado para pagar. La señora Lynde me aconseja que venda la granja y me aloje en algún sitio, supongo que con ella. No ganaré mucho, es pequeña y los edificios son viejos. Pero creo que me bastará para vivir. Agradezco que tengas esa beca, Ana. Siento que no tengas una casa a la que venir en vacaciones, eso es todo, pero supongo que te las arreglarás de algún modo."

Marilla se derrumbó y lloró amargamente.

"No debes vender Tejas Verdes", dijo Ana resueltamente.

"Oh, Ana, ojalá no tuviera que hacerlo. Pero puedes verlo por ti misma. No puedo quedarme aquí sola. Me volvería loca de angustia y de soledad. Y perdería la vista, sé que la perdería".

"No tendrás que quedarte aquí sola, Marilla. Estaré contigo. No iré a Redmond".

"¡No iré a Redmond!" Marilla levantó su rostro ajado de las manos y miró a Ana. "¿Por qué, qué quieres decir?"

"Justo lo que digo. No voy a aceptar la beca. Lo decidí la noche después de que llegaras de la ciudad. Seguro que no crees que podría dejarte sola en tus problemas, Marilla, después de todo lo que has hecho por mí. He estado pensando y planeando. Déjame contarte mis planes. El Sr. Barry quiere alquilar la granja para el próximo año. Así que no tendrás problemas por eso. Y yo voy a enseñar. He solicitado la escuela de aquí, pero no espero conseguirla porque entiendo que los administradores se la han prometido a Gilbert Blythe. Pero puedo tener la escuela Carmody; el Sr. Blair me lo dijo anoche en la tienda. Claro que no será tan agradable ni conveniente como la escuela de Avonlea. Pero puedo volver a casa y conducir hasta Carmody y volver, al menos cuando hace calor. E incluso en invierno puedo volver a casa los viernes. Tendremos un caballo para eso. Lo tengo todo planeado, Marilla. Y te leeré y te mantendré animada. No estarás aburrida ni sola. Y estaremos muy cómodos y felices aquí juntos, tú y yo".

Marilla había escuchado como una mujer en un sueño.

"Oh, Ana, me iría muy bien si estuvieras aquí, lo sé. Pero no puedo permitir que te sacrifiques así por mí. Sería terrible".

"¡Tonterías!" Ana rió alegremente. "No hay ningún sacrificio. Nada podría ser peor que renunciar a Tejas Verdes; nada podría hacerme más daño. Debemos conservar el viejo y querido lugar. Estoy completamente decidida, Marilla. No iré a Redmond y me quedaré aquí a enseñar. No te preocupes por mí".

"Pero tus ambiciones..."

"Soy tan ambiciosa como siempre. Sólo que he cambiado el objeto de mis ambiciones. Voy a ser una buena maestra y voy a salvar tu vista. Además, quiero estudiar aquí en casa y hacer un pequeño curso universitario yo sola. Tengo docenas de planes, Marilla. Llevo una semana pensándolos. Le daré a la vida aquí lo mejor de mí, y creo que ella me dará lo mejor a cambio. Cuando dejé Queen's, mi futuro parecía extenderse ante mí como una carretera recta. Pensé que podría ver a lo largo de ella muchos hitos. Ahora hay una curva. No sé qué hay detrás de la curva, pero voy a creer que lo mejor está ahí. Esa curva tiene su propia fascinación, Marilla. Me pregunto cómo sigue el camino más allá de ella-qué hay de gloria verde y luz y sombras suaves y ajedrezadas-qué nuevos paisajes-qué nuevas bellezas-qué curvas y colinas y valles más adelante."

"No me parece que deba dejar que lo dejes", dijo Marilla, refiriéndose a la beca.

"Pero no puedes impedírmelo. Tengo dieciséis años y medio, 'obstinada como una mula', como me dijo una vez la señora Lynde", rió Ana. "Oh, Marilla, no vayas a compadecerme. No me gusta que me compadezcan, y no hay necesidad de ello. Me alegra el corazón la sola idea de quedarme en la querida Tejas Verdes. Nadie podría amarla como tú y yo, así que debemos conservarla".

"¡Bendita niña!" dijo Marilla, cediendo. "Me siento como si me hubieras dado una nueva vida. Supongo que debería insistir y obligarte a ir a la universidad, pero sé que no puedo, así que no voy a intentarlo. Pero te compensaré, Ana".

Cuando se supo en Avonlea que Ana Shirley había renunciado a la idea de ir a la universidad y que pensaba quedarse en casa a enseñar, hubo una gran discusión al respecto. La mayoría de las buenas gentes, sin saber lo de los ojos de Marilla, pensaron que era una tonta. La señora Allan no. Se lo

dijo a Ana con palabras de aprobación que hicieron brotar lágrimas de placer en los ojos de la muchacha. Tampoco la buena señora Lynde. Subió una tarde y encontró a Ana y a Marilla sentadas a la puerta de la casa, en el cálido y perfumado crepúsculo de verano. Les gustaba sentarse allí cuando caía el crepúsculo y las blancas polillas revoloteaban por el jardín y el olor a menta llenaba el aire de rocío.

La señora Rachel depositó su corpulento cuerpo en el banco de piedra junto a la puerta, detrás del cual crecía una hilera de altas malvarrosas rosas y amarillas, con un largo suspiro de cansancio y alivio mezclados.

"Me alegro de sentarme. He estado de pie todo el día, y doscientas libras son mucho peso para dos pies. Es una gran bendición no estar gorda, Marilla. Espero que lo aprecies. Bueno, Ana, he oído que has renunciado a tu idea de ir a la universidad. Me alegró mucho oírlo. Ya tienes toda la educación con la que una mujer puede sentirse cómoda. No creo en las chicas que van a la universidad con los hombres y les llenan la cabeza de latín y griego y todas esas tonterías".

"Pero voy a estudiar latín y griego igualmente, señora Lynde", dijo Ana riendo. "Haré mi curso de Artes aquí mismo, en Tejas Verdes, y estudiaré todo lo que estudiaría en la universidad".

La señora Lynde levantó las manos con santo horror.

"Ana Shirley, te vas a matar".

"Ni por asomo. Prosperaré con ello. Oh, no voy a exagerar las cosas. Como dice 'La mujer de Josiah Allen', seré 'mejum'. Pero tendré mucho tiempo libre en las largas tardes de invierno, y no tengo vocación para el trabajo extravagante. Voy a dar clases en Carmody, ya lo sabes".

"No lo sé. Supongo que vas a enseñar aquí mismo, en Avonlea. Los administradores han decidido darte la escuela".

"¡Señora Lynde!", gritó Ana, poniéndose en pie de un salto por su sorpresa. "Creía que se la habían prometido a Gilbert Blythe.

"Así fue. Pero en cuanto Gilbert se enteró de que tú lo habías solicitado, fue a verlos (anoche tuvieron una reunión de trabajo en la escuela, como sabes) y les dijo que retiraba su solicitud y sugería que aceptaran la tuya. Dijo que iba a enseñar en White Sands. Por supuesto, renunció a la escuela

sólo para complacerte, porque sabía cuánto deseabas quedarte con Marilla, y debo decir que creo que fue muy amable y considerado de su parte. Muy sacrificado, también, porque tendrá que pagar su pensión en White Sands, y todo el mundo sabe que tiene que ganarse su propio camino en la universidad. Así que los administradores decidieron llevarte. Me hizo mucha gracia cuando Thomas vino a casa y me lo dijo".

"No creo que deba aceptarlo", murmuró Ana. "Quiero decir... no creo que deba permitir que Gilbert haga tal sacrificio por... por mí."

"Supongo que ahora no puedes impedírselo. Ha firmado los papeles con los fideicomisarios de White Sands. Así que no le haría ningún bien que te negaras. Por supuesto que aceptarás la escuela. Te las arreglarás bien, ahora que los Pyes no se van. Josie era la última de ellos, y menos mal que lo era. Ha habido algún que otro Pye yendo a la escuela de Avonlea durante los últimos veinte años, y supongo que su misión en la vida era recordar a los maestros de escuela que la tierra no es su hogar. ¡Santo cielo! ¿Qué significan todos esos guiños y parpadeos en el frontón Barry?"

"Diana me está haciendo señas para que me acerque", rió Ana. "Ya sabes que mantenemos la vieja costumbre. Discúlpame mientras voy corriendo a ver qué quiere".

Ana echó a correr como un ciervo por la pendiente de tréboles y desapareció en las firmes sombras del Bosque Embrujado. La señora Lynde la siguió con indulgencia.

"En cierto modo, todavía tiene mucho de niña".

"Hay mucho más de mujer en ella en otros", replicó Marilla, con un momentáneo retorno de su crispación de antaño.

Pero la crispación ya no era la característica distintiva de Marilla. Como la Sra. Lynde le dijo a Thomas aquella noche.

"Marilla Cuthbert se ha suavizado. Eso es".

Ana fue al pequeño cementerio de Avonlea la tarde siguiente para poner flores frescas en la tumba de Matthew y regar el rosal escocés. Permaneció allí hasta el anochecer, disfrutando de la paz y la calma del pequeño lugar, con sus álamos cuyo susurro era como un discurso bajo y amistoso, y sus hierbas susurrantes que crecían a su antojo entre las tumbas. Cuando por fin

lo abandonó y descendió por la larga colina que se inclinaba hacia el Lago de las Aguas Brillantes, ya había pasado la puesta de sol y todo Avonlea se extendía ante ella en una penumbra de ensueño: "un refugio de paz ancestral". Había una frescura en el aire como la de un viento que hubiera soplado sobre campos de trébol dulces como la miel. Las luces de las casas titilaban aquí y allá entre los árboles de las granjas. Más allá estaba el mar, brumoso y púrpura, con su inquietante e incesante murmullo. El oeste era una gloria de suaves matices mezclados, y el estanque los reflejaba en matices aún más suaves. La belleza de todo aquello estremeció el corazón de Ana, y agradecida le abrió las puertas de su alma.

"Querido viejo mundo -murmuró-, eres muy hermoso, y me alegro de vivir en ti".

A medio camino de la colina, un muchacho alto salió silbando de una verja frente a la granja de los Blythe. Era Gilbert, y el silbido se apagó en sus labios al reconocer a Ana. Levantó la gorra cortésmente, pero habría seguido adelante en silencio si Ana no se hubiera detenido y le hubiera tendido la mano.

"Gilbert -dijo ella, con las mejillas coloradas-, quiero agradecerte que hayas renunciado a la escuela por mí. Fue muy bueno de tu parte, y quiero que sepas que te lo agradezco".

Gilbert tomó la mano que le ofrecía con entusiasmo.

"No fue especialmente bueno por mi parte, Ana. Me ha complacido poder prestarte un pequeño servicio. ¿Vamos a ser amigos después de esto? ¿De verdad me has perdonado mi antigua falta?".

Ana se echó a reír y trató infructuosamente de retirar la mano.

"Te perdoné aquel día junto al embarcadero del estanque, aunque yo no lo sabía. Qué terca era. Desde entonces me he estado arrepintiendo... puedo hacer una confesión completa".

"Vamos a ser los mejores amigos", dijo Gilbert, jubiloso. "Nacimos para ser buenos amigos, Ana. Ya has frustrado el destino bastante tiempo. Sé que podemos ayudarnos mutuamente de muchas maneras. Vas a seguir estudiando, ¿verdad? Yo también. Ven, voy a acompañarte a casa".

Marilla miró con curiosidad a Ana cuando ésta entró en la cocina.

"¿Quién fue el que subió contigo por el camino, Ana?"

"Gilbert Blythe", contestó Ana, contrariada al verse ruborizada. "Lo conocí en la colina de Barry".

"No creí que Gilbert Blythe y tú fueran tan buenos amigos como para estar media hora en la puerta hablando con él", dijo Marilla, con una sonrisa seca.

"No lo hemos sido; hemos sido buenos enemigos. Pero hemos decidido que será mucho más sensato ser buenos amigos en el futuro. ¿Realmente estuvimos allí media hora? Parecían sólo unos minutos. Pero, ya ves, tenemos cinco años de conversaciones perdidas que recuperar, Marilla".

Aquella noche Ana permaneció largo rato sentada junto a la ventana, acompañada de un alegre contento. El viento ronroneaba suavemente en las ramas de los cerezos, y el aliento a menta llegaba hasta ella. Las estrellas centelleaban sobre los puntiagudos abetos de la hondonada y la luz de Diana brillaba a través de la vieja brecha.

Los horizontes de Ana se habían cerrado desde la noche en que se sentó allí después de volver de Queen's; pero si el sendero puesto ante sus pies había de ser estrecho, ella sabía que a lo largo de él florecerían flores de tranquila felicidad. Las alegrías del trabajo sincero, de la aspiración digna y de la amistad agradable serían suyas; nada podría robarle su derecho de nacimiento a la fantasía o su mundo ideal de sueños. Y siempre había una curva en el camino.

"Dios está en su cielo, todo está bien en el mundo", susurró Ana en voz baja.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB